LIBROdot.com

A la sombra del granado

Tariq Ali




LIBROdot.com

*http://www.librodot.com*

En 1499 el cardenal Cisneros, confesor de la reina Isabel la Católica, se hizo cargo de la diócesis de Granada y emprendió la tarea de cristianizar a todos los musulmanes de la península De nada sirvió que siete años antes, en 1492, los Reyes Católicos, tras la capitulación del reino de Granada, hubieran prometido respetar la religión y las tradiciones musulmanas.

La puerta de Bibarrambla vio arder, en un auto de fe, todos los libros escritos en árabe que Cisneros pudo reunir. En 1502 el decreto de conversión situaría a las últimas comunidades moriscas en la encrucijada de perder su identidad o partir hacia el exilio.

Tariq Ali nació en Pakistán y estudió en la Universidad de Oxford. Este novelista anglopakistani; que reside en Londres, ha escrito también obras históricas, políticas y algunas biografías, entre las que destacan The Nebrus and the Gandhis, Can Pakistan Survive? y Streetfighting Years. En 1990 publicó Redemption, su primera novela. Se ha aventurado en el mundo del teatro como dramaturgo y en el de la imagen como productor de programas de televisión.



Librodot

# A la sombra del granado.
# Una novela de la España musulmana
# Tariq Ali

Para Aisha,

Chengiz y Natasha



Librodot

## *NOTA DEL AUTOR*

En la España musulmana, como en el mundo árabe actual, se identificaba a los niños por el nombre de su madre o de su padre, además de por aquel que recibían al nacer. En esta novela, Zuhayr bin Umar significa Zuhayr, hijo de Umar, mientras que Asma bint Dorotea es Asma, hija de Dorotea. Bastaba el nombre paterno para reconocer públicamente a un hombre; así, Ibn Farid e Ibn Khaldun significan, respectivamente, hijo de Farid o de Khaldun. Los musulmanes de esta novela usan sus propios apelativos para ciudades que ahora tienen nombres españoles, incluyendo los de varias poblaciones fundadas por ellos mismos. Estos nombres, junto con algunas palabras árabes comunes, se explican en el glosario de la página 203.



Librodot

## *PRÓLOGO*

Los cinco caballeros cristianos convocados a los aposentos de Jiménez de Cisneros no recibieron con alegría la llamada nocturna. Su reacción no se debía a que estuvieran pasando el invierno más frío que recordaban. Eran veteranos de la Reconquista y las tropas que mandaban habían entrado triunfalmente en Gharnata siete años antes, ocupando la ciudad en representación de Fernando e Isabel.

Ninguno de los cinco hombres pertenecía a la región. El mayor era hijo ilegítimo de un fraile de Toledo; los demás eran castellanos y estaban ansiosos por regresar a su tierra. Aunque eran todos buenos católicos, no les gustaba que nadie diera por sentada su lealtad, ni siquiera el propio confesor de la reina. Sabían que este último se había hecho trasladar desde Toledo, donde era arzobispo de la ciudad conquistada. Nadie ignoraba que Cisneros era un instrumento de la reina Isabel y que su poder iba más allá de las materias del espíritu. Los caballeros sabían perfectamente cómo reaccionaría la corte si desafiaban su autoridad.

Los cinco hombres, envueltos en capas, pero todavía temblorosos de frío, fueron conducidos a la alcoba de Cisneros. Sorprendidos por la austeridad del mobiliario, intercambiaron miradas de asombro. Parecía inaudito que un príncipe de la Iglesia se alojara en unos aposentos más apropiados para un monje fanático; no estaban acostumbrados a ver prelados que vivieran de acuerdo con sus prédicas.

Cisneros alzó la vista y sonrió. La voz que les dio las instrucciones no tenía visos de autoritarismo y los caballeros se sorprendieron. El hombre de Toledo se dirigió a sus compañeros con un susurro audible:

—Isabel ha entregado las llaves del palomar a un gato.

Cisneros prefirió ignorar aquel alarde de insolencia, y se limitó a alzar el tono de voz:

—Quiero aclarar que no estoy interesado en cumplir ninguna venganza personal. Les hablo con el poder que me confieren la Iglesia y la corona.

Aunque eso no era del todo cierto, los soldados no acostumbraban cuestionar a la autoridad. Una vez convencido de que habían entendido a la perfección sus instrucciones, el arzobispo despidió a los caballeros. Había querido dejar claro que la capucha monacal estaba por encima de la espada. Una semana después, el primer día de diciembre de 1499, los soldados cristianos, mandados por los cinco caballeros, penetraron en las ciento noventa y cinco bibliotecas de la ciudad y en la docena de mansiones donde se albergaban las colecciones privadas más famosas y confiscaron todas las obras escritas en árabe.

El día antes, eruditos al servicio de la Iglesia habían convencido a Cisneros de que eximiera del edicto a trescientos manuscritos. El arzobispo había accedido con la condición de que éstos se guardaran en la biblioteca que planeaba erigir en Alcalá. La mayoría de esos manuscritos eran manuales árabes de medicina y astronomía, que reseñaban los principales avances en estas y otras ciencias afines desde la antigüedad. Contenían gran parte del material que había viajado desde la península de al-Andalus y



Librodot

desde Sicilia hacia el resto de Europa, preparando el camino para el Renacimiento.

Hombres uniformados retiraron indiscriminadamente varios miles de copias del Corán, junto con comentarios eruditos y reflexiones filosóficas sobre sus méritos y faltas, todos elaborados en la más exquisita caligrafía. Los soldados cargaban a sus espaldas, en improvisados fardos, manuscritos extraordinarios, pilares de la vida intelectual del al-Andalus.

A lo largo del día erigieron un muro con centenares de miles de manuscritos. La sabiduría colectiva de toda la península yacía en el antiguo mercado de seda, junto a Bab al-Ramla.

Era el mismo sitio donde los caballeros moros solían cabalgar y competir en torneos para ganar la atención de las damas; donde se aglomeraba el populacho y los niños se montaban a hombros de sus padres, tíos o hermanos mayores para alentar a sus favoritos; donde las silbatinas saludaban la entrada de los que desfilaban en armaduras de caballeros por el solo hecho de ser súbditos del sultán. Cuando resultaba evidente que un hombre valeroso había dejado ganar a un miembro de la corte por deferencia hacia el rey o, lo que era igualmente probable, porque le habían prometido una bolsa llena de dinares de oro, los ciudadanos de Gharnata se burlaban de él a voz en cuello. Era un pueblo famoso por su mentalidad independiente, su agudo ingenio y su resistencia a reconocer la autoridad de sus superiores. Éstos eran la ciudad y el sitio preciso que Cisneros había elegido para su exhibición de fuegos artificiales.

Los volúmenes lujosamente encuadernados e ilustrados constituían el testamento artístico de los árabes peninsulares y superaban los criterios de calidad de los propios monasterios cristianos. Los escritos que contenían provocaban la envidia de los eruditos de toda Europa: ¡qué espléndida hoguera se encendió aquella noche ante la población de la ciudad!

Los soldados que habían estado construyendo el muro de libros desde el amanecer rehuían las miradas de los granadinos. Algunos espectadores estaban apesadumbrados, otros coléricos, con las caras llenas de furia y despecho, y otros más balanceaban suavemente sus cuerpos con expresión ausente. Uno de ellos, un viejo, repetía una y otra vez la única frase que era capaz de articular ante semejante calamidad:

—Nos hundimos en un mar de indefensión.

Algunos soldados eran conscientes de la magnitud del crimen que estaban contribuyendo a perpetrar, tal vez porque ellos mismos nunca habían aprendido a leer o a escribir. Les preocupaba el papel que debían desempeñar. Hijos de campesinos, recordaban las historias que solían escuchar de boca de sus abuelos, cuyos relatos de la crueldad morisca contrastaban con las descripciones de su cultura y su erudición.

Aunque estos soldados no eran mayoría, su acción se hizo notar: mientras caminaban por las calles estrechas, abandonaban deliberadamente algunos manuscritos frente a las puertas cerradas a cal y canto. Al carecer de cualquier otro criterio de juicio, suponían que los volúmenes más pesados serían también los más importantes. Pese a la falsedad de la presuposición, no cabía duda de que la intención era honorable, y todos supieron apreciar su gesto. En cuanto los soldados desaparecían de la vista, se abría la puerta y una figura envuelta en un manto salía al exterior, cogía los libros y se perdía otra vez tras la relativa seguridad de cerrojos y barrotes. De este modo, gracias a



Librodot

la instintiva honestidad de un grupo de soldados, sobrevivieron varios centenares de manuscritos importantes, que más tarde serian transportados por mar a las bibliotecas privadas de Fez.

En la plaza comenzaba a oscurecer. Los soldados habían reunido a una multitud de ciudadanos remisos, casi todos hombres. Nobles musulmanes y predicadores con turbantes se mezclaban con tenderos, comerciantes, campesinos, artesanos y mercachifles, así como con proxenetas, prostitutas y locos: la humanidad entera estaba representada allí.

Tras la ventana de una casa de huéspedes, el más afortunado centinela de la Iglesia de Roma observaba con satisfacción el creciente terraplén de libros. Jiménez de Cisneros estaba convencido de que sólo podrían vencer a los paganos si se aniquilaba por completo su cultura, y eso requería la destrucción sistemática de todos sus libros. Las tradiciones orales sobrevivirían por un tiempo, hasta que la Inquisición prohibiera las lenguas ofensivas. Si no hubiera sido él, algún otro habría tenido que organizar aquella fogata necesaria: alguien que comprendiera que era preciso asegurar el futuro por medio de la firmeza y de la disciplina y no del amor y de la educación como proclamaban incansablemente esos imbéciles dominicanos. ¿Acaso alguna vez habían conseguido algo?

Cisneros estaba exultante: el Todopoderoso lo había elegido como instrumento de su voluntad. Aunque otros hubieran podido llevar a cabo aquella tarea, nadie lo habría hecho tan escrupulosamente como él. Una sonrisa desdeñosa se dibujó en sus labios. ¿Qué podía esperarse de clérigos cuyos abades, apenas cien años atrás, se llamaban Mohammed, Umar, Uthman y nombres por el estilo?

Cisneros estaba orgulloso de la pureza de su raza. Las burlas que había tenido que soportar en la infancia carecían de fundamento, pues era evidente que no tenían antecesores judíos. Sus venas no estaban manchadas con sangre mestiza.

Cisneros miró fijamente al soldado apostado ante la ventana y le hizo un gesto de asentimiento. La señal pasó a los portadores de las antorchas y se encendió el fuego. Durante medio segundo reinó un silencio absoluto. Luego, un lamento descomunal desgarró la noche de diciembre, seguido de gritos de «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta».

A una distancia considerable de Cisneros, un grupo cantaba, pero él no alcanzaba a oír la letra de sus cánticos, que de cualquiera forma no habría podido comprender porque los versos estaban en árabe. El fuego se elevaba cada vez más alto; el propio cielo parecía haberse convertido en un abismo flameante, un espectro de chispas que flotaban en el aire mientras la caligrafía de delicado colorido se deshacía en cenizas. Era como si las estrellas lloraran su dolor con una lluvia de fuego.

La multitud comenzó a alejarse lentamente, atontada, hasta que un mendigo se quitó las ropas y comenzó a escalar el muro de fuego.

—¿Qué sentido tiene la vida sin los libros de erudición? —gritó con el poco aire que quedaba en sus pulmones abrasados—. Lo pagarán. Pagarán lo que nos han hecho hoy.

Entonces se desmayó y las llamas lo envolvieron. Se derramaron silenciosas lágrimas de odio, pero las lágrimas no bastaban para apagar las hogueras encendidas



Librodot

aquel día, y la gente se alejó.

La plaza está en silencio. Aquí y allí todavía humean viejas fogatas. Cisneros camina entre las cenizas con una sonrisa maligna en la cara, mientras planea el paso siguiente. Piensa en voz alta:

—Cualquier venganza que conciban, empujados por su dolor, será inútil. Hemos ganado. La de esta noche ha sido nuestra auténtica victoria.

Cisneros entiende el poder de las ideas mejor que ningún otro en la península, mejor aún que la temible Isabel. Patea una pila de pergaminos chamuscados hasta reducirlos a cenizas. Sobre las brasas de una tragedia acecha furtivamente la sombra de otra.



Librodot

## *CAPÍTULO 1*

—Si las cosas continúan así —dijo Ama con la voz distorsionada por una boca semidesdentada—, sólo quedará un recuerdo fragante de nosotros.

Rota su concentración, Yazid arrugó la frente y levantó la vista del juego de ajedrez. Estaba en un extremo del patio, enfrascado en una desesperada lucha por dominar las estrategias del ajedrez. Sus hermanas Hind y Kulthum, expertas estrategas, estaban en Gharnata con el resto de la familia, y Yazid deseaba sorprenderlas a su regreso con una jugada de apertura poco ortodoxa.

Había intentado interesar a Ama en el juego, pero la vieja se había reído de su idea y había declinado la invitación. Yazid no podía entender su rechazo: ¿no era mucho mejor jugar al ajedrez que manosear unas cuentas, como hacia ella permanentemente? ¿Por qué se negaba a reconocer un hecho tan evidente?

Comenzó a guardar las piezas de ajedrez a regañadientes. «¡Qué maravillosas son!», pensó mientras las ordenaba cuidadosamente en sus pequeños compartimientos. Habían sido especialmente encargadas por su padre. Juan, el carpintero, había recibido instrucciones precisas de tallarías a tiempo para su décimo cumpleaños, en el año 905 AH[1], 1500 según el calendario cristiano.

La familia de Juan había estado al servicio del Banu Hudayl durante siglos. En el año 932 de la era cristiana, el jefe del clan Hudayl, Hamza bin Hudayl, había huido de Dimashk para llevar a su familia y a sus seguidores a los territorios occidentales del Islam. Se había establecido en las laderas de las colinas, a treinta kilómetros de Gharnata. Allí había construido la aldea que luego se conocería como al-Hudayl, emplazada sobre tierras altas y visible desde una gran distancia. En primavera, los arroyos de montaña que la rodeaban se convertían en torrentes de nieve derretida. Los hijos de Hamza cultivaban la tierra y cuidaban sus huertos en las afueras de la aldea. Cincuenta años después de la muerte de Hamza, sus descendientes construyeron un palacio rodeado de tierras cultivadas, viñedos y huertos de almendros, naranjales, granados y moreras que parecían niños acurrucados en torno a su madre.

Cada pieza del mobiliario, con excepción de aquellas saqueadas por Ibn Farid durante las guerras, había sido creada con esmero por los antecesores de Juan. El carpintero, como cualquier otro habitante de la ciudad, era consciente de la posición de Yazid en la familia —el niño era el favorito absoluto— y en consecuencia decidió fabricar un juego de ajedrez que los sorprendería a todos. Al hacerlo, superó incluso sus más fantasiosas aspiraciones.

Asignó el color blanco a los moriscos. La reina era una hermosa noble con mantilla; su esposo, un monarca de barba roja con ojos azules y el cuerpo envuelto en una ondeante túnica árabe, adornada con extraordinarias piedras preciosas. Las torres eran réplicas de aquella que dominaba la entrada de la mansión palaciega del Banu Hudayl. Los caballeros representaban al bisabuelo de Yazid, el guerrero Ibn Farid,

[1] [1]AH: *anno hegirae* o año de hégira, era de los musulmanes que se cuenta a partir de la huida de Mahoma de La Meca a Medina y está compuesta de años lunares de 354 días. (*N. de la T.*)

cuyas legendarias aventuras de amor y guerra ocupaban un lugar privilegiado en el acervo cultural de la familia. Los alfiles blancos habían sido modelados a imagen de los imanes de la mezquita de la ciudad, mientras que los peones guardaban una misteriosa semejanza con el propio Yazid.

Los cristianos no sólo eran negros; también tenían aspecto de monstruos. Los ojos de la reina negra brillaban con destellos malignos, en brutal contraste con la Virgen en miniatura que colgaba de su cuello. Sus labios estaban pintados del color de la sangre y el anillo que llevaba en uno de sus dedos exhibía una siniestra calavera. La corona del rey era móvil, de modo que podía retirarse con facilidad, pero como si ese simbolismo no fuera suficiente, el iconoclasta carpintero había dotado al monarca de un minúsculo par de cuernos. Esta original versión de Fernando e Isabel estaba rodeada de figuras igualmente grotescas. Los caballeros mostraban unas manos manchadas de sangre y los dos alfiles habían sido esculpidos a imagen de Satanás. Todos portaban dagas y lucían rabos como látigos. Era una pena que Juan no hubiera tenido oportunidad de conocer a Jiménez de Cisneros, pues los ojos fulminantes del arzobispo y su nariz torcida le habrían facilitado la caricatura ideal. Los peones representaban a frailes, provistos de sus indefectibles capuchas, miradas voraces y vientres abultados; criaturas de la Inquisición en busca de presas inocentes.

Todo aquel que contemplaba el ajedrez de Juan coincidía en afirmar que era una obra de arte. Sin embargo Umar, el padre de Yazid, estaba preocupado. Sabía que si algún espía de la Inquisición descubría el juego de ajedrez, el carpintero sería torturado hasta la muerte. Pero Juan era obstinado: el niño debía recibir el regalo. Seis años antes, el padre del carpintero había sido acusado de apostasía cuando visitaba a unos parientes en Tulaytula. Más tarde había muerto en prisión de las heridas infligidas a su orgullo durante la tortura a que lo habían sometido los frailes, quienes, como broche final, le habían cortado los dedos de ambas manos. El viejo carpintero había perdido todo deseo de vivir y ahora el joven Juan estaba sediento de venganza. El diseño del ajedrez era sólo el comienzo.

Juan había grabado el nombre de Yazid en la base de cada figura y el niño se sentía tan apegado a ellas como si fuesen criaturas de carne y hueso. Su favorita era Isabel, la reina negra, que lo asustaba y lo fascinaba al mismo tiempo. Con el pasar de los días, aquella pieza de ajedrez se convertiría en su confesora, en alguien a quien le confiaría todas sus preocupaciones aunque únicamente cuando estaba seguro de estar solo. Yazid terminó de guardar las piezas de ajedrez, volvió a mirar a la vieja y suspiró.

¿Por qué Ama hablaba tanto sola en los últimos tiempos? ¿Se estaría volviendo loca? Hind decía que sí, pero él no estaba tan seguro. La hermana de Yazid decía algunas cosas por puro despecho, pero él sabía que si Ama hubiera estado loca, su padre le habría buscado un sitio en el *maristan* de Gharnata, junto a la tía abuela Zahra. Hind estaba enfadada porque Ama insistía en que ya era hora de que sus padres le encontraran un marido.

Yazid cruzó el patio y se sentó en el regazo de Ama. La cara de la vieja, que ya era un nido de líneas, se arrugó aún más al sonreír al pequeño. Ama dejó las cuentas sin ceremonia y acarició la cara del niño mientras lo besaba con dulzura en la cabeza.

—Que Alá te bendiga. ¿Tienes hambre?

—No, Ama. ¿Con quién hablabas hace unos minutos?



Librodot

—¿Quién iba a querer escuchar a una vieja, Ibn Umar? Daría igual que estuviera muerta.

Jamás había oído a Ama llamarlo por su propio nombre. Nunca. ¿Pues no era cierto que Yazid era el nombre del califa que había vencido y matado a los nietos del Profeta, cerca de Kerbala? Aquel Yazid había ordenado a sus soldados que guardaran los caballos en la mezquita de Medina, donde el propio Profeta había rezado sus plegarias. Aquel Yazid había tratado a los compañeros del Profeta con desprecio, y pronunciar su nombre era manchar la memoria de la familia del Profeta. Ama no podía decírselo al niño, pero esa razón le bastaba para llamarlo siempre Ibn Umar, hijo de su padre. En una ocasión Yazid la había interrogado al respecto delante de la familia y Ama había respondido mirando con furia a la madre del niño, Zubayda, como si hubiera querido decir: la culpa es de ella. ¿Por qué no se lo preguntas a ella? Pero entonces todo el mundo se había echado a reír y Ama se había marchado enfadada.

—Te estaba escuchando. Te oí hablar. Puedo decirte lo que oí. ¿Quieres que repita tus palabras?

—Oh, hijo mío —suspiró Ama—. Hablaba con la sombra del granado. Al menos ella estará aquí cuando todos nosotros nos hayamos ido.

—¿Ido? ¿Adónde, Ama?

—Pues al cielo, pequeño. Todos nos iremos al cielo. Tú irás al séptimo cielo, mi pequeño retazo de luna, pero no estoy segura de que los demás puedan acompañarte. Lo que es tu hermana, Hind bint Umar, no podrá ir ni siquiera al primer cielo. Temo que una fuerza maligna se apodere de esa niña, que se deje arrastrar por pasiones salvajes y que la vergüenza caiga sobre tu padre, que Dios lo proteja.

Yazid había comenzado a reír ante la idea de que su hermana no pudiera llegar siquiera al primer cielo, y su risa era tan contagiosa que Ama lo imitó, exhibiendo un patrimonio completo de ocho dientes.

Yazid amaba a Hind más que a cualquiera de sus hermanos y hermanas. Los demás aún lo trataban como si fuera un bebé. Parecían azorados de que pudiera hablar o pensar por sí mismo, lo alzaban en brazos y lo besaban como si fuera una mascota. Él sabía que era el favorito, pero le molestaba que nunca respondieran a sus preguntas. Por eso los despreciaba a todos.

A todos, excepto a Hind, que a pesar de ser seis años mayor que él le trataba de igual a igual. Discutían y peleaban mucho, pero se adoraban el uno al otro. Ese amor por su hermana era tan profundo, que ninguna de las premoniciones místicas de Ama le preocupaba en lo más mínimo ni afectaba sus sentimientos hacia Hind. Ella le había revelado la auténtica razón de la visita del tío abuelo Miguel, que tanto había preocupado a sus padres la semana anterior. Él también se había preocupado al oír que Miguel quería que todos fueran a Qurtuba, donde él era obispo, para convertirlos personalmente al catolicismo. Había sido Miguel quien tres días antes los había llevado a todos a Gharnata, incluyendo a Hind. Yazid se volvió una vez más hacia la anciana:

—¿Por qué el tío abuelo Miguel no habla en árabe?

Ama se estremeció con la pregunta, y como los viejos hábitos nunca mueren, escupió automáticamente al suelo al oír el nombre de Miguel, y comenzó a tantear sus



Librodot

cuentas de una forma casi desesperada, murmurando todo el tiempo:

—No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta.

—Contéstame, Ama, contéstame.

Ama contempló la cara brillante del pequeño, cuyos ojos color almendra destellaban de rabia. Le recordaba a su bisabuelo, y ese recuerdo la tranquilizó lo suficiente para responder a la pregunta:

—Tu tío abuelo Miguel lee, habla y escribe en árabe, pero..., pero... —La voz de Ama se ahogó de furia—. ¿Notaste que esta vez apestaba igual que ellos?

Yazid comenzó a reír otra vez. Sabía que el tío abuelo Miguel no era un miembro popular en la familia, pero nadie había hablado nunca de él de una forma tan irrespetuosa. Ama tenía razón, hasta su padre se había unido a las risas cuando Ibn Zubayda había descrito el desagradable olor que emanaba del obispo comparándolo con el de un camello que había comido demasiados dátiles.

—¿Siempre ha apestado así?

—¡Por supuesto que no! —respondió Ama, molesta por la pregunta—. En los viejos tiempos, antes de que vendiera su alma y comenzara a venerar imágenes de hombres sangrantes clavados a cruces de madera, era el hombre más limpio del mundo. Cinco baños al día, cinco mudas de ropa. Recuerdo bien aquellos tiempos. Ahora huele como un establo de caballos. ¿Sabes por qué? —Yazid confesó su ignorancia—. Para que nadie pueda acusarlo de ser un musulmán debajo de la sotana. ¡Apestosos católicos! Los cristianos de la Tierra Santa eran limpios, pero estos sacerdotes católicos le tienen miedo al agua. Creen que bañarse es una traición al santo que llaman hijo de Dios. Ahora levántate y ven conmigo. Es hora de cenar. El sol se está poniendo y no podemos esperar a que los demás vuelvan de Gharnata. Acabo de recordar algo, ¿has tomado hoy tu miel?

Yazid asintió con un gesto impaciente. Desde el día de su nacimiento, Ama le había obligado, igual que a sus hermanos y hermanas, a tragar una cucharada de depurativa miel silvestre cada mañana.

—¿Cómo vamos a cenar antes de tus oraciones de la tarde?

Ella arrugó la frente en un gesto de desaprobación. ¿Cómo podía imaginar siquiera que había olvidado su ritual sagrado? Yazid sonrió y Ama no pudo evitar imitarlo, mientras se levantaba despacio y se dirigía al baño a hacer sus abluciones.

Yazid permaneció sentado bajo el granado. Amaba aquella hora del día, cuando los pájaros se preparaban ruidosamente para retirarse a descansar por la noche. Los cuclillos estaban ocupados transmitiendo sus últimos mensajes y las palomas se arrullaban en una glorieta de la torre que daba al patio exterior y al resto del mundo.

De repente, la luz cambió y reinó un silencio absoluto. El cielo intensamente azul había cobrado un tono anaranjado purpúreo, envolviendo en un mágico hechizo las cumbres de las montañas, todavía cubiertas de nieve. En el patio de la gran casa, Yazid aguzó la vista para localizar la primera estrella, pero aún no había ninguna visible. ¿Debería correr a la torre y mirar a través de la lupa? ¿Y si la primera estrella aparecía mientras él subía las escaleras? Yazid cerró los ojos, como si el irresistible aroma de los



Librodot

jazmines hubiera embriagado sus sentidos como el hachís, adormeciéndolo, pero en realidad contaba hasta quinientos. Era su forma de matar el tiempo hasta que apareciera la estrella del norte.

La llamada del almuédano a la oración interrumpió al niño. Ama salió cojeando, con la alfombrilla para rezar, la colocó en dirección al este y comenzó a recitar sus oraciones. Cuando ella acababa de postrarse en dirección a la Caaba de La Meca, Yazid vio a al-Hutay'a, el cocinero, que le hacia señas frenéticas desde el sendero pavimentado que unía el patio con la cocina. El niño corrió hacia él.

—¿Qué pasa, Enano?

El cocinero se llevó un dedo a los labios para pedir silencio y el niño le obedeció. Por un momento ambos permanecieron inmóviles, y por fin el cocinero habló.

—Escucha, sólo escucha. ¿Lo oyes?

Los ojos de Yazid se iluminaron. A lo lejos se oía el ruido inconfundible de unos cascos de caballos, seguido del traqueteo de un carro. El niño corrió fuera de la casa, y los ruidos se volvieron más fuertes. El cielo estaba estrellado y Yazid pudo ver a los criados encendiendo las antorchas para dar la bienvenida a la familia. Entonces resonó el eco de una voz lejana.

—Umar bin Abdallah ha regresado. Umar bin Abdallah ha regresado...

Se encendieron nuevas antorchas y la emoción de Yazid creció todavía más. Entonces divisó a tres hombres a caballo y comenzó a gritar:

—¡Abu! ¡Abu! ¡Zuhayr! ¡Hind! ¡Hind! Daos prisa, tengo hambre.

Por fin llegaron todos, y Yazid tuvo que reconocer un error. Uno de los tres jinetes era en realidad su hermana Hind. Zuhayr estaba en el carro, envuelto en una manta. Umar bin Abdallah levantó al niño en el aire y lo abrazó.

—¿Qué tal se ha portado mi príncipe? ¿Has sido bueno?

Yazid asintió con un gesto mientras su madre colmaba su cara de besos. Antes de que los demás pudieran unírsele en este juego, Hind lo cogió de una mano y ambos corrieron hacia la casa.

—¿Por qué montabas el caballo de Zuhayr?

Hind se detuvo un momento, con la cara tensa, y meditó sobre la posibilidad de decirle la verdad. Por fin decidió no hacerlo para no alarmar a Yazid. Ella conocía mejor que nadie el mundo de fantasías en que a menudo se refugiaba su hermano pequeño.

—¡Hind! ¿Qué le pasa a Zuhayr?

—Tiene fiebre.

—Espero que no sea la peste.

Hind estalló en carcajadas.

—Has estado oyendo las historias de Ama otra vez, ¿verdad? Tonto, cuando ella



Librodot

habla de la peste se refiere al cristianismo, y ésa no es la causa de la fiebre de Zuhayr. No es nada serio; mamá dice que estará bien en unos días. Tiene alergia al cambio de las estaciones y es una fiebre otoñal. Ven a bañarte con nosotros. Hoy nos toca el primer turno.

Yazid la miró con indignación.

—Ya me he bañado. Además, Ama dice que ya soy demasiado mayor para bañarme con las mujeres y que...

—Creo que Ama está demasiado vieja. ¡A veces dice cada tontería!

—También dice cosas serias, y sabe mucho más que tú, Hind. —Yazid hizo una pausa para ver si su reproche había surtido algún efecto en su hermana, pero ella parecía indiferente. Luego vio la sonrisa en sus ojos mientras le ofrecía el brazo izquierdo y caminaba rápidamente hacia la casa. Yazid no prestó atención a la mano extendida pero cruzó el patio a su lado y entró en los baños con ella.

—Yo no me bañaré, pero entraré a charlar con vosotras.

La estancia estaba llena de criadas que desvestían a la madre de Yazid y a Kulthum. Al niño le llamó la atención la expresión ligeramente preocupada de su madre, aunque supuso que podía deberse al cansancio del viaje o a la fiebre de Zuhayr, y dejó de pensar en ello. Hind se desvistió y su doncella personal corrió a recoger sus ropas del suelo. Las tres mujeres se enjabonaron y se frotaron con las esponjas más suaves del mundo mientras las criadas les arrojaban cubos de agua limpia. Después se sumergieron en una tina del tamaño de un pequeño estanque. El arroyo que corría debajo de la casa había sido canalizado para proporcionar un suministro regular de agua fresca a los baños.

—¿Se lo has dicho a Yazid? —preguntó la madre.

Hind negó con la cabeza.

—¿Si me ha dicho qué?

Kulthum rió.

—El tío abuelo Miguel quiere que Hind se case con Juan.

—¡Pero es tan gordo y feo! —rió Yazid.

—Ya ves, madre —gritó Hind—. Hasta Yazid está de acuerdo. Tiene una calabaza por cabeza, ¿cómo puede ser tan estúpido? El tío abuelo Miguel es un pesado, pero no es tonto. ¿Cómo puede haber producido este cruzamiento entre cerdo y oveja?

—En estas cuestiones no hay leyes, niña.

—No estoy tan segura —intervino Kulthum—. Podría ser un castigo de Dios por convertirse en cristiano.

Hind rió y empujó la cabeza de su hermana mayor bajo el agua. Kulthum emergió de buen humor. Ella se había comprometido unos meses antes y se había acordado que la ceremonia de bodas y la partida de la casa paterna se llevarían a cabo el primer mes del año siguiente. Podía esperar. Conocía a su prometido, Ibn Harid, desde la infancia.



Librodot

Era hijo de una prima de su madre y la había amado desde los dieciséis años. Ella hubiera preferido vivir en Gharnata en lugar de en Ishbiliya, pero no había nada que hacer. Una vez que estuvieran casados, intentaría convencerlo de que se mudaran más cerca de su casa.

—¿Y Juan también apesta como el tío abuelo Miguel?

Nadie respondió a la pregunta de Yazid. A una palmada de su madre, las criadas que aguardaban en la puerta entraron con toallas y aceites aromáticos. Luego secaron y untaron con aceites a las tres mujeres, mientras Yazid las observaba con aire pensativo.

Fuera se oyó un murmullo impaciente de Umar, y las mujeres pasaron a la habitación siguiente, donde aguardaban sus ropas. Yazid las siguió pero su madre le envió a la cocina, con instrucciones para el Enano: la comida debía servirse en media hora exactamente.

Cuando salía, Hind le susurró al oído:

—Juan huele aún peor que el pesado de Miguel.

—Ya lo ves, Ama no se equivoca en todo —gritó el niño con voz triunfante mientras salía de la habitación.

Había tal combinación de aromas, que ni siquiera Yazid, que era un gran amigo del cocinero, podía adivinar lo que el genio enano había preparado para celebrar el regreso de la familia a Gharnata. La cocina estaba llena de criados, algunos de los cuales habían vuelto con Umar de la gran ciudad. Conversaban con tal entusiasmo, que nadie vio entrar al niño, excepto el Enano, que media prácticamente lo mismo que él.

—¿A que no adivinas qué he guisado? —preguntó el cocinero mientras corría al encuentro de Yazid.

—No. Pero ¿por qué están todos tan agitados?

—¿Quieres decir que no lo sabes?

—¿Si sé qué? Dímelo de inmediato, Enano. Insisto en saberlo.

Yazid había alzado la voz sin proponérselo, haciendo que los demás repararan en él. Como consecuencia, la cocina se sumió en un silencio absoluto, roto sólo por el ruido siseante de las albóndigas en la gran cacerola.

El Enano miró al niño con una sonrisa triste en los labios.

—Tu hermano, Zuhayr bin Umar...

—Sólo tiene un poco de fiebre. Pero hay algo más, ¿verdad? ¿Por qué no me lo ha dicho Hind? Dímelo, Enano. ¡Debes decírmelo!

—Joven amo, ignoro las circunstancias, pero tu hermano no tiene un poco de fiebre. Fue apuñalado en la ciudad en una pelea con un cristiano. Se encuentra bien, pues sólo ha sido una herida superficial, pero necesitará varias semanas para recuperarse del todo.

Yazid olvidó su misión y salió de la cocina corriendo. Cruzó el patio, y cuando



Librodot

estaba a punto de entrar en la habitación de su hermano, su padre lo alzó en brazos.

—Zuhayr está dormido. Podrás hablar con él cuanto quieras mañana por la mañana.

—¿Quién lo apuñaló, Abu? ¿Quién? ¿Quién?

Yazid parecía desconsolado. Estaba muy apegado a su hermano mayor y se sintió culpable por haberse despreocupado de él y por pasar tanto tiempo con Hind y las mujeres. Su padre intentó tranquilizarlo.

—Fue un incidente sin importancia, casi un accidente. Un estúpido me insultó cuando entrábamos en la casa de tu tío.

—¿De qué modo?

—No fue nada importante. Dijo una tontería, como que pronto nos obligarían a comer carne de cerdo. Yo no le hice caso, pero Zuhayr, impulsivo como siempre, le abofeteó. Entonces el otro sacó un cuchillo que tenía escondido entre los pliegues de la capa y apuñaló a tu hermano debajo del hombro.

—¿Y entonces? ¿Castigasteis a ese bribón?

—No, hijo mío. Llevamos a tu hermano al interior de la casa y le atendimos.

—¿Dónde estaban los criados?

—Con nosotros, pero tenían órdenes estrictas de no intervenir.

—Pero ¿por qué, padre, por qué? Quizás Ama tenga razón. Lo único que quedará de nosotros será un recuerdo fragante.

—¡ *Wa* Alá! ¿De veras dijo eso?

Yazid asintió lloroso. Umar sintió la humedad en la cara de su hijo y le estrechó contra sí.

—Yazid bin Umar, ya no existen decisiones fáciles para nosotros. Vivimos el momento más difícil de nuestra historia. No hemos tenido problemas tan serios desde que Tarik y Musa poblaron estas tierras. Y sabes cuánto tiempo ha pasado, ¿no?

—En el siglo primero —asintió Yazid—, el octavo de ellos.

—Así es, mi niño, pero se hace tarde. Vayamos a lavarnos las manos y luego a comer. Tu madre nos espera.

Ama, que había oído la conversación en silencio desde un rincón del patio, junto a la cocina, bendijo al padre y al hijo mientras entraban en la casa. Luego, balanceándose hacia adelante y hacia atrás, dejó escapar una extraña retahíla de sonidos guturales y lanzó una maldición:

—Alá, sálvanos de estos perros locos que comen cerdos. Protégenos de estos enemigos de la verdad, que están tan ciegos por sus creencias sectarias, que clavaron a su Dios a un madero y le llaman padre, madre e hijo, ahogando a sus seguidores en un mar de opresión. Nos han sometido y aniquilado por la fuerza. Elevo diez mil alabanzas a ti, oh Alá, porque estoy segura de que nos librarás del dominio de estos perros que en



Librodot

muchas ciudades vienen diariamente a apartarnos de nuestras casas.

Sería difícil precisar cuánto tiempo llevaba así cuando una joven sirvienta la interrumpió.

—Tu comida se enfría, Ama.

La anciana se puso de pie despacio y siguió a la criada a la cocina con la espalda ligeramente encorvada. La posición de Ama entre los criados era clara. Nadie se atrevía a discutir la autoridad de la nodriza del amo, que vivía con la familia desde su nacimiento, pero esa actitud respetuosa no solucionaba todos los problemas jerárquicos. Aparte del venerable Enano, que presumía de ser el mejor cocinero de al-Andalus y que sabía exactamente qué podía decir de la familia en presencia de Ama, los demás evitaban hablar de temas delicados cuando ella estaba delante. Ninguno de ellos la consideraba una espía de la familia, pues a menudo se le soltaba la lengua y los propios criados se asombraban de su imprudencia, pero su familiaridad con el amo y con sus hijos incomodaba al resto del servicio.

Lo cierto es que Ama era extremadamente crítica con la madre de Yazid y con la forma en que ésta educaba a sus hijos. Cuando se permitía expresar con franqueza sus pensamientos, acababa rogando que el amo tomara una nueva esposa. La señora de la casa le parecía demasiado indulgente con las hijas, demasiado generosa con los campesinos que trabajaban en el campo, demasiado blanda con los criados y sus vicios, y demasiado indiferente hacia las prácticas religiosas.

En alguna que otra ocasión, Ama había tenido la osadía de comentar tímidamente estos pensamientos con Umar bin Abdallah, señalando que era precisamente este tipo de debilidad la que había llevado al Islam al lamentable estado en que ahora se encontraba en al-Andalus. Umar se limitaba a reír, y más tarde repetía cada palabra de Ama a su esposa. A Zubayda también le divertía la idea de que todas las flaquezas del Islam de al-Andalus pudieran verse encarnadas en su persona.

Sin embargo, las risas que resonaban en el comedor aquella noche no tenían nada que ver con Ama ni con sus excentricidades. Las bromas eran un signo claro de que el menú del Enano para la cena había merecido la aprobación de los amos. En días normales, la familia tomaba una cena modesta, con apenas cuatro platos y una fuente de dulces confitados, seguidos de fruta fresca. Pero aquella noche el Enano los había homenajeado con un cordero asado aromático y profusamente condimentado, conejos cocidos en zumo de uva fermentado con pimientos rojos y ajos enteros, albóndigas de carne rellenas con trufas que se deshacían literalmente en la boca, una variedad más dura de albóndigas fritas en aceite de cilantro, una gran fuente llena de huesos flotando en una salsa color azafrán, un gran plato de arroz frito, volovanes en miniatura y tres ensaladas diferentes: espárragos, una mezcla de finas rodajas de cebolla, tomates y pepinos, aliñadas con hierbas y zumo de limones frescos, y garbanzos en salsa de yogur sazonados con pimienta.

El motivo de las risas era el pequeño Yazid, pues al intentar sorber el tuétano del hueso, lo había soplado por error, salpicando la barba de su padre. Hind dio una palmada y dos criadas entraron en el comedor. Su madre les indicó que retiraran la mesa y se repartieran entre ellos los abundantes restos de comida.

—Escuchad, decidle al Enano que esta noche no probaremos sus frutas confitadas



Librodot

ni sus tartas de queso. Servid sólo la caña de azúcar. ¿La han remojado en agua de rosas? Daos prisa, es tarde.

Sin duda era demasiado tarde para el joven Yazid, que se había quedado dormido en el suelo, sobre un cojín. Ama, adivinando lo sucedido, entró en la habitación, se llevó un dedo a la boca para recalcar la necesidad de silencio, y comunicó por gestos a los demás que Yazid se había dormido. Ya estaba demasiado vieja para cogerlo en brazos y eso la entristecía. Umar intuyó lo que pasaba por la mente de su vieja nodriza. Recordó su propia infancia, cuando ella apenas le dejaba tocar el suelo con los pies y su madre se preocupaba pensando que nunca aprendería a andar. Umar se incorporó, levantó con dulzura a su hijo y lo llevó a la habitación. Ama lo siguió con una sonrisa triunfal en los labios, desvistió al pequeño, lo metió en la cama, y comprobó que las mantas estuvieran bien firmes y en su sitio. Umar tenía un aire pensativo cuando volvió con su esposa y sus hijas a compartir unos trozos de caña de azúcar. Era extraño cómo el recuerdo de Ama llevándolo a la cama durante tantos años le había hecho reflexionar una vez más sobre el carácter definitivo del año que acababa de comenzar, un año definitivo para el Banu Hudayl y su forma de vida, para todo el islamismo en al-Andalus.

Zubayda adivinó el cambio de humor de su marido y quiso conocer sus pensamientos.

—Mi señor, respóndeme a una pregunta.

Distraído por la voz, él la miró y le sonrió con aire ausente.

—En tiempos como éstos, ¿qué es más importante? ¿Sobrevivir del mejor modo posible o replanteamos los últimos quinientos años de nuestras vidas y actuar en consecuencia?

—No estoy seguro de la respuesta.

—Yo sí —declaró Hind.

—De eso si estoy seguro, pero es tarde y podemos continuar esta conversación otro día.

—El tiempo es nuestro enemigo, padre.

—De eso también estoy seguro, hija mía.

—La paz sea contigo, padre.

—Yo os bendigo, hijas. Que durmáis bien.

—¿Tardarás mucho? —preguntó Zubayda.

—Sólo unos minutos —respondió él—. Necesito respirar un poco de aire fresco.

Umar permaneció sentado unos minutos, sumido en sus pensamientos, con la vista fija en la mesa vacía. Luego se levantó, se echó una manta sobre los hombros y salió al patio. Aunque no hacía frío, el aire fresco le hizo estremecer, y se arropó mejor con la manta mientras caminaba de un sitio a otro.

Dentro de la casa apagaron las últimas antorchas y Umar se quedó a oscuras,



Librodot

midiendo sus pasos a la luz de las estrellas. Sólo se oía el ruido del arroyo que entraba al patio por un rincón, alimentaba la fuente del centro y luego fluía hacia el resto de la casa. En tiempos más felices, él habría recogido unas flores fragantes de los arbustos de jazmín, las habría colocado con ternura en un pañuelo de muselina, luego las habría rociado con agua para mantenerlas frescas y finalmente las habría puesto sobre la almohada de Zubayda. Por la mañana aún se conservarían frescas y aromáticas. Sin embargo, aquella noche, esa idea no cruzó siquiera por su mente.

Umar bin Abdallah meditaba, y las imágenes que acudían a su mente eran tan vívidas que hicieron temblar momentáneamente todo su cuerpo. Recordó el muro de fuego y los sentimientos de aquella noche fría volvieron a él. Lágrimas incontrolables mojaron su rostro y se quedaron atrapadas en su barba. La caída de Gharnata, ocho años antes, había completado la Reconquista. Todo se veía venir y ni Umar ni sus amigos se habían sorprendido, pero los acuerdos de la rendición habían prometido a los fieles, que formaban la mayor parte de la población, libertad cultural y religiosa, una vez reconocido el protectorado de los soberanos castellanos. Se había acordado por escrito y en presencia de testigos que los musulmanes de Gharnata no serían perseguidos y que no se les prohibiría practicar su religión, hablar y enseñar árabe ni celebrar sus fiestas. «Sí —pensó Umar—, los prelados de Isabel se comprometieron a hacerlo para evitar una guerra civil, y nosotros les creímos. ¡Qué ciegos fuimos! Nuestras mentes debían de estar envenenadas por el alcohol. ¿Cómo pudimos creer sus palabras bonitas y sus promesas?»

Como noble de prestigio en el reino, Umar había estado presente en la firma del tratado. Nunca olvidaría la despedida del último sultán, Abu Abdullah, a quien los castellanos llamaban Boabdil, antes de partir hacia las Alpujarras, donde le aguardaba un palacio. El sultán se había vuelto a mirar la ciudad por última vez, había sonreído a la al-Hamra y suspirado. Eso había sido todo. Nadie dijo nada. ¿Es que acaso había algo que decir? Habían llegado al final de su historia en al-Andalus y se hablaban entre si con las miradas: Umar y sus compañeros nobles estaban dispuestos a aceptar la derrota. Después de todo, como Zubayda no se cansaba de recordarle, ¿no estaba la historia islámica repleta de nacimientos y caídas de reinos? ¿No había sucumbido la propia Baghdad a un ejército de analfabetos tártaros? Vidas nómadas, la maldición del desierto, la crueldad del destino condensada en las palabras del Profeta: el Islam será universal o no será nada.

De repente evocó los rasgos macilentos de su tío. ¡Su tío! Meekal al-Malek. ¡Su tío! El obispo de Qurtuba. Miguel el Malek. Aquella cara macilenta en la cual el dolor estaba siempre presente, un dolor que no podían disimular ni la barba ni las sonrisas falsas. Las historias de Ama sobre la niñez de Meekal siempre incluían la frase: «tenía el demonio dentro» o «se comportaba como una espita abierta y cerrada por Satanás». Sin embargo, siempre lo decía con cariño para demostrar qué travieso había sido Meekal, el benjamín y favorito de la familia, un caso similar al de Yazid. Entonces, ¿qué había ido mal? ¿Qué le había sucedido a Meekal para que huyera a Qurtuba y se convirtiera en Miguel?

La voz burlona del viejo tío todavía resonaba en la mente de Umar: «¿Sabes cuál es el problema de tu religión, Umar? Que era demasiado fácil para todos nosotros. Los cristianos tuvieron que insertarse dentro de los poros del Imperio romano, que los forzaba a trabajar bajo tierra. Las catacumbas de Roma fueron su campo de entrenamiento. Cuando por fin vencieron, ya habían construido una gran solidaridad



Librodot

social con el pueblo. ¿Y nosotros? El Profeta, la paz sea con él, envió a Khalid bin Walid con una espada y él conquistó... Oh, sí, conquistó muchos territorios. Destruimos dos imperios, todo cayó sobre nuestros regazos. Conservamos las tierras árabes, Persia y parte de Bizancio, pero en el resto del mundo las cosas se complicaron, ¿verdad? Míranos a nosotros. Hemos estado en al-Andalus durante setecientos años y todavía no hemos podido construir algo que dure. No son sólo los cristianos, ¿verdad, Umar? El problema está en nosotros, en nuestra sangre».

Sí, sí, tío Meekal, quiero decir, Miguel. El problema también está en nosotros, ¿pero cómo puedo pensar en eso ahora? Lo único que veo es el muro de fuego y detrás de él la cara triunfal de ese buitre, celebrando su victoria. ¡Maldito Cisneros! Ese execrable fraile enviado a Gharnata por órdenes expresas de Isabel. La diablesa mandó aquí a su confesor a exorcizar sus propios demonios. Debía de conocerlo bien, pues él sabía exactamente lo que ella deseaba. ¿No puedes oir su voz? «Padre —susurra en tono de falsa piedad—, Padre, me preocupan los infieles de Gharnata. A veces siento la necesidad apremiante de crucificarlos para que tomen el sendero del bien.» ¿Por qué envió a Cisneros a Gharnata? Si estaban tan seguros de la superioridad de sus creencias, ¿por qué no confiaron en el juicio de sus creyentes?

—¿Has olvidado por qué enviaron a Jiménez de Cisneros a Gharnata? Porque pensaban que el arzobispo Talavera no estaba haciendo bien las cosas. Talavera quería ganarnos con discusiones. Aprendió árabe para leer nuestros libros de erudición y ordenó a sus clérigos que hicieran lo mismo. Tradujo su Biblia y su catecismo al árabe y de ese modo se ganó a algunos de nuestros hermanos. Pero no muchos, por eso enviaron a Cisneros. Ya te lo conté el año pasado, mi querido tío obispo, pero tú lo has olvidado. ¿Qué habrías hecho si, en una acción realmente inteligente, te hubieran nombrado arzobispo de Gharnata? ¿Hasta dónde habrías llegado, Meekal? ¿Hasta dónde?

—Yo estuve presente en la reunión donde Cisneros intentó vencer a nuestros *qadis* y eruditos en una discusión teológica. Deberías haber estado allí. Una parte de ti se habría sentido orgullosa de nuestros sabios. Cisneros es listo, es inteligente, pero aquel día no pudo vencemos.

—Cuando Zegri bin Musa le respondió punto por punto y fue aplaudido incluso por algunos clérigos del propio Cisneros, el prelado perdió la compostura. Afirmó que Zegri había insultado a la Virgen María, cuando lo único que hizo nuestro amigo fue preguntar cómo era posible que ésta siguiera siendo Virgen después del nacimiento de Isa. Sin duda sabrás ver la lógica de la pregunta, ¿o acaso tu teología te impide reconocer los hechos probados?

Nuestro Zegri fue conducido a la cámara de tortura y castigado con tal brutalidad, que accedió a convertirse. En ese momento, nos retiramos, pero antes tuve oportunidad de ver un peculiar destello en los ojos de Cisneros, como si acabara de descubrir que ésa era la única forma de convertir a la población.

Al día siguiente, se ordenó que todos los ciudadanos salieran a la calle. Jiménez de Cisneros, que Alá le castigue, declaró la guerra a nuestra cultura y a nuestro estilo de vida. Ese mismo día vaciaron nuestras bibliotecas y construyeron una enorme muralla de libros en Bab al-Ramla. Prendieron fuego a nuestra cultura, quemaron dos millones de manuscritos. La historia de ocho siglos se destruyó en un solo día. Sin embargo, no lo quemaron todo. Al fin y al cabo, no eran bárbaros, sino mensajeros de otra cultura



Librodot

que querían imponer en al-Andalus. Sus propios sabios les rogaron que salvaran trescientos manuscritos, casi todos relacionados con temas médicos, y Cisneros accedió, porque hasta él tuvo que reconocer que nuestros conocimientos de medicina superan con creces a los de los cristianos.

Ése es el muro de fuego que veo todo el tiempo, tío, y que llena mi corazón de temor por nuestro futuro. El mismo fuego que quemó nuestros libros un día destruirá todo lo que hemos creado en al-Andalus, incluyendo esta pequeña aldea construida por nuestros antepasados, donde tú y yo jugábamos en la infancia. ¿Qué tiene que ver esto con las victorias fáciles de nuestro Profeta y la rápida propagación de nuestra religión? Todo eso sucedió hace ochocientos años, y el muro de libros ardió el año pasado.

Satisfecho de haber ganado la discusión, Umar bin Abdallah regresó a la casa y penetró en el dormitorio de su esposa. Zubayda aún no dormía.

—¿El muro de fuego, Umar?

Él se sentó en la cama y asintió con un gesto. Ella le tocó los hombros y se estremeció.

—La tensión de tu cuerpo me hace daño. Ven, tiéndete, y yo te la quitaré.

Umar obedeció, y las manos de su esposa, expertas en el arte del masaje, encontraron los puntos de tensión, duros como pequeños guijarros. Sus dedos se concentraron en ellos hasta que comenzaron a deshacerse y las zonas tensas volvieron a relajarse.

—¿Cuándo le responderás a Miguel sobre el asunto de Hind?

—¿Qué dice la niña?

—Que preferiría que la casáramos con un caballo.

Umar experimentó un súbito cambio de humor y se echó a reír a carcajadas.

—Siempre ha tenido buen gusto. Bueno, pues ya tienes la respuesta.

—Pero, ¿qué dirá Su Excelencia el obispo?

—Le diré al tío Miguel que la única forma de que Juan pueda encontrar una compañera de lecho es convirtiéndose en sacerdote y usando el confesonario.

Zubayda rió aliviada. Umar había recuperado su buen humor y pronto volvería a la normalidad. Pero se equivocaba: el muro de libros seguía ardiendo en su interior.

—No estoy seguro de que nos permitan vivir en al-Andalus si no nos convertimos al cristianismo. El matrimonio de Hind y Juan es sólo una trivialidad; lo que de verdad me preocupa profundamente es el futuro del Banu Hudayl, el futuro de todos los que han vivido y trabajado con nosotros durante siglos.

—Nadie sabe mejor que tú que no soy una persona religiosa. Esa supersticiosa nodriza tuya también lo sabe bien. Le dice a Yazid que su madre es una blasfema, aunque mantengo las formas ayunando en Ramadam y...

—Pero todos sabemos que ayunas y rezas para conservar la línea. Eso no es



Librodot

ningún secreto.

—Riete de mí, si quieres, pero lo importante es la felicidad de nuestros hijos. Y sin embargo...

—¿Sí? —dijo Umar, que había recuperado la seriedad.

—Y sin embargo algo en mi se rebela contra el acto de conversión. Cuando pienso en él me siento agitada, incluso agresiva. Preferiría morir antes que persignarme y fingir que como carne humana y bebo sangre humana. El canibalismo de sus rituales me repele. Está profundamente arraigado en ellos. Recuerdo el asombro de los sarracenos cuando los cruzados comenzaron a asar vivos a sus prisioneros y a comerse su carne. Me pone enferma pensar en ello, pero es propio de su fe.

—¡Qué contradictoria eres, Zubayda! Dices que lo que más te importa es la felicidad de nuestros hijos y al mismo tiempo excluyes la posibilidad del único acto que podría garantizarles un futuro en el hogar de sus ancestros.

—¿Y eso qué tiene que ver con la felicidad? Todos nuestros hijos, incluido Yazid, están dispuestos a coger las armas en contra de los caballeros de Isabel. Incluso si permites que Miguel venza tu escepticismo, ¿cómo convencerás a tus hijos? Para ellos tu conversión seria un golpe tan fuerte como el muro de fuego.

—Es un asunto político y no espiritual. Seguiré comunicándome con el Creador, como lo he hecho siempre. Sólo será una cuestión de apariencias.

—¿Y los días de fiesta comerás cerdo con los nobles cristianos?

—Quizá, pero nunca con la mano derecha.

Zubayda rió, aunque en el fondo se sentía horrorizada e intuía que su marido estaba a punto de tomar una decisión. El muro de fuego había trastornado su mente y pronto seguiría los pasos de Miguel. Sin embargo, él volvió a sorprenderla:

—¿Te he dicho alguna vez que la noche en que destruyeron nuestra herencia cultural muchos de nosotros nos pusimos a cantar?

—No. ¿Olvidas que permaneciste callado una semana entera después de tu regreso de Gharnata? No dijiste una sola palabra a nadie, ni siquiera a Yazid. Aunque él te suplicó que lo hicieras, tú te negaste a hablar de ello.

—No tiene importancia. Aquella noche lloramos como niños, Zubayda. Si nuestras lágrimas hubiesen estado bien encauzadas, habrían podido extinguir las llamas. Pero de repente me encontré cantando algo que había aprendido en mi juventud. Luego oí un clamor y descubrí que no era el único que conocía los versos del poeta. Ese sentimiento de solidaridad me llenó de una fuerza que nunca me abandona. Te digo esto para que comprendas de una vez y para siempre que nunca me convertiré por propia voluntad.

Zubayda abrazó a su esposo y lo besó en los ojos con dulzura.

—¿Cómo eran los versos del poeta?

Umar ahogó un suspiro y le susurró al oído:



Librodot

*Podréis quemar el papel,*

*pero no lo que contiene,*

*porque lo guardo seguro en mi pecho.*

*Donde yo voy, va conmigo,*

*arderá cuando yo arda,*

*y yacerá junto a mí en la tumba.*

Zubayda los recordaba. Su propio tutor, un escéptico nato, le había contado la historia centenares de veces. Los versos pertenecían a Ibn Hazm, nacido quinientos años antes, justo cuando la luz de la cultura islámica comenzaba a iluminar los más oscuros abismos del continente europeo.

Ibn Hazm era el más eminente e intrépido poeta de toda la historia de al-Andalus, un historiador y biógrafo que había escrito más de cuatrocientos volúmenes. Un hombre que veneraba la auténtica erudición, pero no tenía respeto por las personas. Sus cínicos ataques a los predicadores del Islam ortodoxo le valieron la excomunión después de las plegarias del viernes en la gran mezquita. El poeta había pronunciado aquellas palabras cuando los teólogos musulmanes habían condenado algunas de sus obras a la hoguera, en Ishbiliya.

—Yo también estudié su obra, pero se ha probado que no tenía razón, ¿verdad? La Inquisición ha llegado un paso más allá. No satisfechos con quemar ideas, también queman a aquellos que las engendran. Supongo que tiene su lógica: cada siglo que pasa trae nuevos avances.

Ella suspiró aliviada, convencida de que su marido no se precipitaría a tomar una decisión de la que podría arrepentirse el resto de sus días. Le acarició la cabeza, como para tranquilizarlo, pero él ya dormía.

A pesar de sus esfuerzos, las ideas bullían en la mente de Zubayda y no le permitían conciliar el sueño. Ahora pensaba en el destino de su hijo mayor, Zuhayr. Por fortuna, la herida no había sido seria, pero el joven era obcecado e impulsivo, y podría haber otros enfrentamientos. Zubayda pensaba que la mejor solución era que se casara con su sobrina Khadija, que vivía con su familia en Ishbiliya. Harían buena pareja. La ciudad necesitaba una fiesta y una gran boda familiar era la excusa perfecta para divertirse sin provocar a las autoridades. Así, con esos planes inocentes sobre los placeres que les depararía el futuro, la señora de la casa se tranquilizó hasta quedarse dormida.



Librodot

## *CAPITULO 2*

Qué fascinante, qué maravillosa puede ser una mañana de septiembre en al-Hudayl! El sol aún no ha salido, pero sus rayos iluminan el cielo y el horizonte se ha teñido de diferentes matices de un anaranjado purpúreo. Todas las criaturas se recrean en esta luz y en el silencio que la acompaña. Pronto los pájaros comenzarán a canturrear y el almuédano de la aldea llamará a rezar a los fieles.

Los casi dos mil habitantes de la aldea están acostumbrados a los ruidos e incluso aquellos que no son musulmanes admiran la precisión horaria del almuédano. En cuanto a los demás, no todos obedecen la llamada. En la casa del amo, sólo Ama tiene su alfombrilla en el patio y se arrodilla a cumplir con su deber cotidiano.

Más de la mitad de los habitantes del pueblo trabajan la tierra, para sí mismos o para el Banu Hudayl. El resto son tejedores que se dedican a sus tareas en casa, hombres que cultivan gusanos y mujeres que producen la famosa seda de Hudayl, solicitada incluso en el mercado de Samarcanda. La población de la aldea se completa con unos cuantos tenderos, un herrero, un zapatero, un sastre y un carpintero. Los criados de la hacienda, con la excepción del Enano, Ama y la tribu de jardineros, regresan al pueblo a pasar la noche con sus familias.

Zuhayr bin Umar se despertó temprano y completamente recuperado. Aunque había olvidado la herida, el conflicto que la había provocado aún bullía en su cabeza. Miró por la ventana y se maravilló de los colores del cielo. A ochocientos metros de la aldea se alzaba una pequeña colina, en cuya cumbre las rocas formaban un gran hueco que todos conocían como «la cueva del viejo». La cueva formaba una pequeña estancia de muros encalados, donde vivía un viejo místico que recitaba poemas y cuya compañía Zuhayr apreciaba mucho desde la caída de Gharnata.

Nadie sabía de dónde había venido, qué edad tenía ni cuándo había llegado allí, o al menos eso creía Zuhayr. Umar recordaba la cueva, pero insistía en que estaba vacía cuando él era un niño y que los campesinos solían usarla como lugar de citas. Al viejo, por su parte, le gustaba acrecentar el misterio de su presencia en la cueva, y siempre que Zuhayr le hacía preguntas personales, las evadía recurriendo a sus poesías. A pesar de todo, Zuhayr intuía que el viejo pícaro era sincero.

Aquella mañana sentía una imperiosa necesidad de conversar con el morador de la cueva. Salió de su habitación en dirección a los *hammam*. Sumergido en el baño, deseó que Yazid se levantara y acudiera a charlar con él. Ambos hermanos disfrutaban mucho de sus conversaciones en los baños, Yazid porque sabía que Zuhayr permanecería allí veinte minutos, sin posibilidad de escaparse, y Zuhayr porque ésa era la única oportunidad que tenía de intimar con el pequeño tahúr.

—¿Quién está en el baño?



Librodot

Era la voz de Ama y tenía un tono perentorio.

—Soy yo, Ama.

—Que Alá te bendiga. ¿Ya estás levantado? ¿La herida ha...?

La risa de Zuhayr la interrumpió. El joven salió del agua, se envolvió en una bata y se dirigió al patio.

—¡Herida! No bromees, Ama. Un estúpido cristiano me atacó con un cortaplumas y tú me tratas como si fuera un mártir.

—El Enano aún no está en la cocina, ¿te preparo el desayuno?

—Si, pero para cuando regrese. Me voy a la cueva del viejo.

—Pero ¿quién te ensillará el caballo?

—Me conoces desde que nací. ¿Crees que no soy capaz de montar a pelo?

—Dale un mensaje de mi parte a ese *Iblis*: dile que sé perfectamente que nos robó tres gallinas y adviértele que si vuelve a hacerlo, iré con varios criados jóvenes y le haré azotar públicamente en el pueblo.

Zuhayr rió con aire indulgente y le dio unas palmadas en la cabeza. ¿El viejo un simple ladrón? Qué ridícula era Ama con sus tontos prejuicios.

—¿Sabes qué me encantaría desayunar hoy?

—¿Qué?

—La mezcla celestial.

—Sólo si prometes amenazar a ese *Iblis* en mi nombre.

—Lo haré.

Quince minutos más tarde, Zuhayr galopaba hacia la cueva del viejo montado en su caballo favorito, Khalid. Saludó a algunos aldeanos que se cruzaron en su camino en dirección al campo, llevando la comida del mediodía envuelta en un gran pañuelo atado a una vara. Algunos le respondieron con una cortés inclinación de cabeza y continuaron andando, pero otros le saludaron con alegría. La noticia de su pelea en Gharnata se había divulgado por todo el pueblo e incluso los escépticos se habían sentido obligados a hacer algún comentario halagüeño. No había duda de que Zuhayr al-Fahl, Zuhayr el Semental, como le conocía todo el mundo, componía una elegante estampa mientras se alejaba a toda prisa de la aldea. Pronto se convirtió en una pequeña silueta que desaparecía y reaparecía por momentos, según las variaciones del relieve.

El viejo sonrió al ver al caballo y al jinete ascendiendo por la ladera de la colina. El hijo de Umar bin Abdallah venía a pedir consejo una vez más. Sin duda, la frecuencia de sus visitas disgustaría a sus padres. ¿Qué querría en aquella ocasión?

—Que la paz sea contigo, anciano.

—Y contigo, Ibn Umar. ¿Qué te trae por aquí?



Librodot

—Estuve en Gharnata anoche.

—Lo he oído.

—¿Y...?—El viejo se encogió de hombros—. ¿Tenía o no razón?

*Para gran placer de Zuhayr, el viejo respondió en prosa rimada:*

*La falsedad ha corrompido tanto al mundo,*

*que las sectas discuten sus doctrinas en el campo de batalla.*

*Pero si el odio no fuera el elemento natural del hombre,*

*iglesias y mezquitas se alzarían unas junto a otras.*

Zuhayr no había oído nunca aquella rima, y la aplaudió.

—¿Son tuyos esos versos? —preguntó.

—¡Oh, joven tonto, criatura ignorante! ¿No reconoces la voz del gran maestro Abu'l Ala al-Ma'ari?

—Pero dicen que era un infiel.

—Dicen, dicen. ¿Quién se atreve a decir eso? Le desafío a que lo repita en mi presencia.

—Nuestros eruditos religiosos, hombres sabios...

En ese momento, el viejo se puso de pie, salió de la cueva, seguido por el perplejo Zuhayr, y comenzó a recitar a voz en cuello en una pose marcial:

*¿Qué es la religión? Una doncella que está tan cerca que ningún ojo puede verla,*

*el valor de sus regalos de boda y de su dote deslumbra a aquel que la corteja.*

*De toda la noble doctrina que he escuchado proclamar desde el púlpito,*

*mi corazón no ha aceptado jamás una sola palabra.*

—¿Al-Ma'ari otra vez? —sonrió Zuhayr.

El anciano asintió con una sonrisa.

—He aprendido más de uno solo de sus poemas, que de todos los libros religiosos, sin excepción.

— ¡Blasfemas!

—Sólo digo la verdad.



Librodot

Aunque a Zuhayr no le sorprendían aquellas muestras de escepticismo, fingía escandalizarse porque no deseaba que el viejo creyera que se había ganado un nuevo discípulo con excesiva facilidad. Un grupo de jóvenes granadinos, todos conocidos de Zuhayr y uno de ellos amigo de la infancia, cabalgaban más de treinta kilómetros al menos una vez al mes para enzarzarse en largas discusiones con el anciano sobre filosofía, historia, la crisis del momento y el futuro. ¡Sí, siempre el futuro!

La serena sabiduría que absorbían les permitía luego sobresalir en las discusiones con sus amigos al regresar a Gharnata y, de vez en cuando, sorprender a sus mayores con un comentario tan agudo que el viernes siguiente se repetía en todas las mezquitas. Ibn Basit, amigo de Zuhayr y reconocido líder del cortejo del filósofo, le había hablado por primera vez de las capacidades intelectuales de aquel místico que escribía poesía usando el nombre de al-Zindiq, el Escéptico.

Hasta entonces, Zuhayr había aceptado como ciertos los cotilleos que decían que el viejo era un vagabundo excéntrico a quien los pastores alimentaban por compasión. Ama iba aún más lejos e insistía en que estaba mal de la cabeza y en que, por consiguiente, debían dejarlo solo con sus ideas satánicas. Zuhayr pensó por un instante que si ella tuviera razón, no estaría ante un sabio perspicaz, sino ante un completo idiota. ¿A qué se debería aquella hostilidad? El joven sonrió.

Al llegar Zuhayr, el anciano había estado pelando almendras y las había puesto a remojar en agua. Ahora había comenzado a molerías hasta convertirlas en una pasta suave y añadía un par de gotas de leche cada vez que la mezcla se endurecía. El viejo alzó la vista y reparó en la sonrisa del joven.

—Te sientes orgulloso de ti mismo, ¿verdad? Lo que hiciste en la ciudad fue una imprudencia. La provocación fue deliberada. Por fortuna, tu padre es menos estúpido que tú. Si tus criados hubieran matado al cristiano, os habrían preparado una emboscada y asesinado en el camino de regreso.

—En el nombre del cielo, ¿cómo puedes saberlo?

El anciano no respondió y pasó la mezcla del mortero de piedra a una olla con leche. Añadió un poco de miel silvestre, cardamomo y una rama de canela. Sopló las brasas, y unos minutos después, el brebaje hervía. Redujo la intensidad del fuego echando cenizas sobre las brasas y lo dejó cocer un momento. Zuhayr lo miraba en silencio, con los sentidos aguzados por el aroma. Luego el viejo levantó la olla del fuego, revolvió vigorosamente la mezcla con una cuchara de madera bien desecada y la roció con varias almendras fileteadas. Sólo entonces la volcó en dos tazones de barro y ofreció con diligencia uno a Zuhayr.

El joven sorbió el líquido entre exclamaciones de placer.

—Néctar puro. Esto es lo que deben de beber en el cielo todo el tiempo.

—Creo que una vez allí, se les permitirá algo mucho más fuerte —dijo al-Zindiq, complacido con su éxito.

—Pero nunca he probado nada igual...

Se interrumpió en mitad de la frase y dejó el tazón en el suelo, frente a él. Ya había probado aquella bebida antes, pero ¿dónde?, ¿dónde? Zuhayr miró fijamente al



Librodot

anciano, que resistió el escrutinio.

—¿Qué ocurre? ¿Demasiadas almendras? ¿Demasiada miel? Sé que errores como éstos pueden arruinar la bebida, pero yo he conseguido perfeccionarla. Bébetela, joven amigo, no es lo que bebían los dioses de los rumí, sino el más puro zumo de la sabiduría, que alimenta las células del cerebro. Creo que fue Ibn Sina quien dijo por primera vez que las almendras estimulan los procesos intelectuales.

Zuhayr supo en seguida que era una treta para distraerlo de sus pensamientos. El viejo desbarraba. Zuhayr recordó por fin dónde había probado una bebida similar: en la casa del tío abuelo Miguel, cerca de la gran mezquita de Qurtuba. El anciano debía de tener alguna relación con aquello, estaba seguro. Zuhayr sintió que estaba a punto de desvelar un misterio, aunque no sabía bien de qué se trataba. El anciano miró al joven a la cara e intuyó que iba a descubrir uno de sus secretos. Entonces, antes de que tuviera tiempo de planear otra forma de distraerlo, el joven invitado insistió en su ofensiva.

—Tengo un mensaje para ti de Ama.

—¿Ama? ¿Ama? ¿Qué Ama? Yo no conozco a ninguna Ama.

—La nodriza de mi padre. Siempre ha estado con mi familia. Todo el pueblo la conoce. ¿Cómo es que no la conoces tú, que afirmas saber todo lo que ocurre en el pueblo? ¡Es increíble!

—Ahora que te has explicado sé a quién te refieres. Por supuesto que sé quién es y también sé que siempre está hablando de cosas que no le conciernen. ¿Qué pasa con ella?

—Me ha pedido que te diga que sabe bien quién robó las tres gallinas ponedoras. —El anciano se echó a reír a carcajadas ante el absurdo de la acusación. ¿Él, un ladrón?—. Dice que si lo haces otra vez te hará castigar delante del pueblo entero.

—¿Ves alguna gallina en esta cueva? ¿Algún huevo?

—La verdad es que a mí no me importa. Si necesitas algo de mi casa, no tienes más que pedírmelo. Lo tendrás aquí en una hora. Sólo pretendía transmitirte el mensaje.

—Termina tu bebida. ¿Caliento un poco más?

Zuhayr levantó el tazón y bebió todo su contenido de un trago. Luego miró al anciano con atención. Debía de tener entre sesenta y sesenta y cinco años. Se afeitaba la cabeza una vez por semana y la pelusilla blanca que cubría su calva indicaba que esta vez se había retrasado en la visita al barbero. Tenía una nariz puntiaguda y pequeña, como el pico de un pájaro, y una cara arrugada de tez oliveña que variaba levemente de color con las estaciones. Sus ojos eran su rasgo más sobresaliente. No eran grandes ni llamativos en un sentido tradicional, pero precisamente su estrechez les confería un aspecto hipnótico, sobre todo en el curso de discusiones acaloradas, cuando comenzaban a brillar como lámparas resplandecientes en la oscuridad o, como solían decir sus enemigos, como los ojos de un gato en celo.

Su barba blanca estaba recortada con demasiado esmero para un asceta..., quizás ése fuera un buen indicio de su pasado. Casi siempre vestía un amplio pantalón blanco con una camisa a juego. Cuando hacía frío, añadía una manta marrón oscuro al atuendo. Aquel día, sin embargo, el sol inundaba la única habitación de su morada, y el viejo



Librodot

tenía el torso desnudo.

Las arrugas del pecho ajado delataban su edad. No cabía duda de que era viejo, pero ¿cuántos años tendría? ¿Y por qué cada vez que Zuhayr intentaba averiguar sus orígenes le respondía con ese irritante silencio de esfinge, que contrastaba con su naturaleza comunicativa, con su habitual locuacidad? El hijo de Umar bin Abdallah decidió repetir la pregunta, aunque sin esperar una respuesta.

—¿Quién eres, anciano?

—¿Acaso no lo sabes?

—¿Qué quieres decir? -preguntó Zuhayr, sorprendido.

—¿Esa Ama tuya nunca te lo dijo? Está claro que no. Puedo ver la respuesta escrita en tu rostro. ¡Qué increíble! Así que han decidido callar, a pesar de todo. ¿Por qué no se lo preguntas a tus padres algún día? Ellos saben todo lo que hay que saber sobre mí. Es probable que tu búsqueda de la verdad haya concluido.

Zuhayr supo que su intuición no le había mentido y que el viejo estaba vinculado de algún modo a la familia.

—¿El tío abuelo Miguel sabe dónde estás?

Los rasgos del viejo se ensombrecieron. Era evidente que estaba disgustado. Fijó la vista en los restos de la bebida de almendras y se sumió en sus pensamientos. De repente, alzó la cabeza.

—¿Cuántos años tienes, Zuhayr al-Fahl?

Zuhayr se sonrojó. En boca de al-Zindiq, su nuevo apodo sonaba como una acusación.

—Cumpliré veintitrés el mes que viene.

—Bien. ¿Y por qué te llaman al-Fahl los aldeanos?

—Supongo que porque me encanta montar a caballo. Incluso mi padre dice que cuando me ve montar a *Khalid*, el caballo y yo parecemos un solo ser.

—Tonterías. Incongruencias místicas. ¿Tú sientes eso?

—Bueno, en realidad no, pero es cierto que puedo hacer correr más deprisa a un caballo, no sólo a *Khalid*, que cualquier hombre de la aldea.

—Escúchame, Ibn Umar, no es por eso que te llaman al-Fahl.

—Zuhayr estaba avergonzado. ¿Acaso se trataba de otra estratagema del anciano para proteger su propia identidad?—. Tú sabes bien a qué me refiero, joven amo. No es sólo cuestión de caballos, ¿verdad? Tú te arrojas sobre las mujeres cada vez que tienes oportunidad. Según me han dicho, te gusta desflorar a las vírgenes del pueblo, ¿no es cierto? Dime la verdad.

—¡Eso es mentira! —exclamó Zuhayr indignado—. Una burda calumnia. Jamás he poseído a una joven contra su voluntad y desafiaré a combatir a cualquiera que diga



Librodot

lo contrario. No es ninguna broma.

—Nadie ha dicho que las forzaras. ¿Para qué ibas a forzarlas si tienes derecho a ellas? ¿Qué importan unas piernas sabiamente abiertas, si la mente permanece cerrada? ¿Y por qué te ha molestado tanto mi pregunta? Tu padre es un hombre decente, nada proclive a excesos de ningún tipo, pero esta clase de episodios se han venido repitiendo en tu familia durante siglos. Siéntate, tonto impulsivo. ¿No me oyes? Te he dicho que te sientes.—Zuhayr obedeció—. ¿Conoces a Ibn Hasd, el zapatero? —Zuhayr se quedó perplejo ante semejante pregunta. ¿Qué tenía que ver aquel respetable personaje con lo que estaban hablando? Sin embargo, asintió en silencio—. La próxima vez que le veas, estudia sus rasgos con atención. Es probable que le encuentres algún parecido.

—¿A quién?

—Simplemente un aire de familia, eso es todo.

—¿A qué familia?

—A la tuya, por supuesto. Busca la marca del Banu Hudayl.

—Estás loco. Ibn Hasd es judío, como sus ancestros...

—¿Y eso qué tiene que ver? Su madre era la mujer más hermosa del pueblo. Tu bisabuelo, Ibn Farid, un día la espió mientras se bañaba en el río. Esperó a que acabara y luego la forzó. El resultado fue Ibn Hasd, ¡que en realidad es Ibn Mohammed!

—Al menos el viejo cuervo tenía buen gusto —rió Zuhayr—. Por alguna razón, no puedo imaginármelo como un...

—¿Al-Fahl? —sugirió el anciano, servicial.

Zuhayr se levantó para irse. El sol estaba alto en el cielo y comenzaba a pensar en la mezcla celestial de Ama. El viejo se había burlado de él una vez más.

—Me iré y haré lo que me has dicho. Interrogaré a mi padre sobre tu historia.

—¿Por qué tienes tanta prisa?

—Ama me prometió hacerme la mezcla celestial y...

—¡Amira y sus mezclas celestiales! ¿Nunca cambia nada en esa maldita casa? Tienes una debilidad Zuhayr al-Fahl, una debilidad que te conducirá a la ruina: te dejas convencer con excesiva facilidad. Tus amistades te llevan adonde quieren, como si fueras su rabo. No cuestionas suficientemente los hechos. ¡Debes pensar por ti mismo en todo momento! Es fundamental en estos tiempos en que una simple elección no es un problema abstracto, sino un asunto de vida o muerte.

—Tú eres justamente la persona que menos derecho tiene a decir eso. ¿Acaso no he estado interrogándote durante más de dos años? ¿No he sido perseverante, anciano?

—Oh, sí, no puedo negarlo, pero ¿entonces por qué te vas cuando estoy a punto de decirte lo que deseas saber?

—Pero pensé que me habías dicho que le preguntara a...

—Exacto. Fue una treta para distraerte y funcionó, como siempre ¡Tonto! Tu



Librodot

padre nunca te dirá nada. ¿Y tu madre? La verdad es que no lo sé. Es una mujer muy respetada y con personalidad propia, pero creo que en estas cuestiones seguiría el ejemplo de tu padre. Quédate conmigo, Ibn Umar. Pronto te lo contaré todo.

Zuhayr comenzó a temblar de expectación. El viejo calentó agua y preparó un cazo de café. Luego retiró los utensilios de cocina, y colocó una gran alfombra tejida a mano en el centro de la cueva. Se sentó con las piernas cruzadas e hizo una señal a Zuhayr para que lo imitara. Cuando ambos estuvieron sentados, el viejo sirvió dos tazas de café. Comenzó a sorber el líquido ruidosamente y habló:

—Pensamos que las viejas costumbres morirían en cualquier sitio menos en nuestra querida Gharnata. Estábamos convencidos de que el reino del Islam sobreviviría en al-Andalus, pero subestimamos nuestra propia capacidad de autodestrucción. Aquellos días no regresarán nunca, ¿y sabes por qué? Porque los supuestos defensores de la fe se pelearon entre sí, se mataron unos a otros y fueron incapaces de unirse contra los cristianos. Al final, fue demasiado tarde.

»Cuando el sultán Abu Abdullah contempló por última vez su reino perdido, se echó a llorar, y entonces su madre, Ayesha, le dijo: "Llora con lágrimas de mujer lo que no supiste defender como hombre". Sin embargo, yo siempre creí que eso era injusto, pues en aquellos momentos, los cristianos contaban con una abrumadora superioridad militar. Solíamos pensar que el sultán de Turquía nos enviaría ayuda y apostamos vigías en Malaka para esperarla, pero no vino nadie. Todo esto ocurrió hace apenas quince años, pero ahora voy a hablarte de tiempos más lejanos, casi un siglo atrás.

»Tu bisabuelo, Ibn Farid, fue un guerrero excepcional. Dicen que los soldados cristianos le temían más que a Ibn Kassim, y eso, créeme, es decir mucho. Una vez, en el sitio de Medina Sidonia, se separó de los demás y galopó en su corcel hacia la tienda del rey de Castilla. "Oh, rey de los cristianos —le gritó—, os desafío a combatir a vos y a todos y cada uno de vuestros caballeros. El emir me ha enviado a deciros que si alguno de vuestros hombres me vence, os abriremos las puertas de la ciudad, pero que si cuando caiga la tarde sigo montado a lomos de mi caballo, tendréis que retiraros."

»El rey conocía la reputación de tu bisabuelo y se resistía a aceptar, pero los caballeros cristianos se rebelaron. Sentían que rechazar semejante oferta era un insulto a su hombría, así que accedieron al combate. Cuando el sol se puso, el señor del Banu Hudayl sangraba profusamente, pero seguía montado a su caballo, mientras cerca de sesenta cristianos yacían muertos. El sitio se levantó… durante una semana. Luego los cristianos volvieron, tomaron por sorpresa el fuerte, y por fin ganaron. Pero para ese entonces, Ibn Farid había regresado a al-Hudayl.

»Tu abuelo Abdallah sólo tenía dos años cuando su amada madre, Najma, murió al dar a luz a tu tía abuela Zahra. Su hermana menor, Maryam, ocupó su lugar y se convirtió en la madre de sus dos hijos. ¡Y qué madre! Se dice que los hijos crecieron creyendo que ella era su verdadera madre.

Zuhayr comenzaba a impacientarse.

—¿Estás seguro de que ésta es la historia de tu vida? Parece la de la mía. Yo he crecido oyendo leyendas de mi bisabuelo.

Al-Zindiq achicó los ojos y dedicó una mirada fulminante a Zuhayr.



Librodot

—Si vuelves a interrumpirme, nunca volveré a hablar de este asunto contigo. ¿Está claro? —Zuhayr accedió con un gesto a aquellas duras condiciones y el viejo reanudó su relato—. Sin embargo, se presentaron problemas. Aunque Ibn Farid mostraba gran respeto y afecto por su nueva esposa, no sentía pasión por ella. Maryam podía reemplazar a su hermana en todo, menos en el lecho de tu bisabuelo, así que él dejó de usar ese implemento del que todo hombre está dotado. Muchos médicos y sanadores acudieron a visitarlo. Le dieron a beber las más exóticas pócimas curativas para que recuperara su ardor perdido, pero no ocurrió nada. Hermosas vírgenes desfilaban en torno a su lecho sin que se notara ningún cambio.

»Lo que nadie comprendía es que las enfermedades de la mente no se pueden curar como las del cuerpo. Ya ves, mi joven amigo, ¡cuando el alma se quebranta, el gallo no canta! ¿Estás seguro de que no sabes nada al respecto? —Zuhayr negó con la cabeza. Me sorprende. Tanto Ama como el Enano conocen todos los detalles. Uno de los dos debería haberte dicho algo.

El anciano mostró su desaprobación sorbiéndose los mocos con fuerza y escupiendo la flema fuera de la cueva con habilidad y precisión.

—Por favor, no te detengas ahora. Tengo que saberlo todo —dijo Zuhayr con voz suplicante e impaciente. El anciano sonrió mientras servía más café.

—Un día, cuando Ibn Farid visitaba a su tío en Qurtuba, los dos salieron de la ciudad en dirección a la aldea de un noble cristiano que mantenía amistad con tu familia desde la caída de Ishbiliya. Ni el noble, don Álvaro, ni su esposa estaban en casa, pero una joven doncella les sirvió fruta y bebidas mientras esperaban. Ella debía de tener quince o dieciséis años.

»Se llamaba Beatriz y era una hermosa criatura. Su piel tenía el color de los albaricoques maduros, sus ojos la forma de las almendras y su rostro entero parecía sonreír. Yo la conocí tiempo después y, a pesar de ser sólo un niño entonces, me resultó difícil no sentirme turbado por su belleza. Ibn Farid no podía quitarle los ojos de encima y su tío advirtió de inmediato lo que ocurría. Intentó convencerlo de que se marcharan, pero tu bisabuelo se negó a irse de la casa. Luego su tío le contó a la familia que en aquel momento había intuido la ruina de Ibn Farid, pero que todas sus advertencias, temores y presagios malignos no habían servido de nada. Ibn Farid era famoso por su obstinación.

»Cuando don Álvaro y sus hijos regresaron, se alegraron de ver a los visitantes y ordenaron preparar un banquete en su honor. También les ofrecieron camas, pues no podían permitir que los dos hombres regresaran a Qurtuba aquella misma noche.

Un mensajero fue enviado a informar a la familia que Ibn Farid no regresaría hasta el día siguiente. Por fin, a última hora de la noche, el gran guerrero interrogó tímidamente a su anfitrión sobre la doncella.

»¿Tú también, amigo mío? ¿Tú también? —le preguntó don Álvaro—. Beatriz es la hija de Dorotea, nuestra cocinera. ¿Qué es lo que deseas? Si quieres acostarte con ella, puedo arreglarlo."

»Imagina la sorpresa de don Álvaro cuando su generosa respuesta hizo que Ibn Farid se levantara de los cojines, rojo de ira, y lo desafiara a duelo. Don Álvaro supo



Librodot

que el asunto era serio, se puso de pie y abrazó a su huésped.

»¿Qué deseas, amigo mío? ¿Qué deseas?" Todo el mundo guardó silencio y la voz de Ibn Farid sonó ahogada por la emoción: "La quiero como esposa, eso es todo". Su tío se desmayó en ese instante, aunque tal vez sólo hubiera sucumbido a los efectos del alcohol. ¿Qué podía decir don Álvaro? Dijo que el padre de la joven estaba muerto y que debía hablar con Dorotea, pero dejó bien claro que, puesto que la mujer estaba a su servicio, no era probable que se negara.

»Sin embargo, tu bisabuelo no podía esperar. "¡Mándala llamar ahora mismo!" Don Álvaro obedeció y pronto la perpleja y asombrada Dorotea entraba en la sala y saludaba a los presentes. "Oh, Dorotea —comenzó don Álvaro—, mis invitados han disfrutado mucho de tu comida, y este gran caballero, Ibn Farid, te felicita por ella. También te felicita por la belleza de la joven Beatriz. Nosotros, que la hemos visto crecer durante estos últimos años, tomamos con naturalidad su belleza, pero para aquellos que la ven por primera vez, resulta abrumadora. ¿Tienes algún plan para su matrimonio?" ¿Qué podía decir la pobre mujer? Ella también era muy hermosa, con una magnífica silueta y una ondeante cabellera rojiza que le llegaba hasta las rodillas. Parecía azorada por la pregunta y sacudió la cabeza, incrédula. "Bien, entonces —continuó don Álvaro—, tengo buenas noticias para ti. Mi amigo Ibn Farid la quiere por esposa. ¿Lo comprendes? Como esposa para siempre, no como concubina para una noche. Te pagará una buena dote. ¿Qué respondes?"

»Ya imaginarás, Ibn Umar, el estado de esa pobre mujer. Comenzó a sollozar, e Ibn Farid, conmovido, habló y volvió a explicarle sus intenciones honorables. Entonces ella miró a don Álvaro y respondió: "Como queráis, mi señor. Ella no tiene padre, de modo que dejo la decisión en vuestras manos". Don Álvaro decidió que a la mañana siguiente Beatriz se convertiría en tu tercera abuela. Bebieron más vino y, según nos contaron más tarde, nadie había visto tanta dicha en la cara de tu antepasado desde el nacimiento de tu abuelo. Comenzó a cantar con tanta alegría y pasión, que los demás se contagiaron y se unieron a él. Tu bisabuelo nunca olvidó aquel poema, que a partir de ese momento se cantaría con frecuencia en tu casa.

—¿Era el Khamriyya?—preguntó Zuhayr, expectante—. ¿El himno del vino?

El viejo asintió con una sonrisa. Zuhayr, conmovido por la historia de la pasión de Ibn Farid, comenzó a cantar:

*Dejad que la exaltada marea de la pasión ahogue mis sentidos,*

*Compadeceos del pábulo del amor, de este viejo ardor del corazón.*

*Y no respondáis con desdén*

*cuando sólo deseo contemplaros tal cual sois.*

*Porque el amor es vida, y morir de amor el paraíso*

*donde todos los pecados se perdonan...*



Librodot

—¡Wa Alá! —exclamó el anciano-. Cantas muy bien.

—Aprendí los versos de mi padre.

—Y él del suyo, pero la primera vez que se pronunciaron fue la más importante. ¿Quieres que continúe o ya has tenido suficiente por hoy? El sol ya brilla sobre las cumbres, y tu mezcla celestial te espera en casa. Si estás cansado...

—¡Continúa, por favor!

Y el anciano continuó:

—A la mañana siguiente, después del desayuno, Beatriz se convirtió al Islam.

Le ofrecieron una serie de nombres musulmanes entre los cuales elegir, pero como parecía perpleja, fue su futuro esposo quien los escogió por ella: Asma. Asma bint Dorotea.

»La pobre criatura estaba llorando, pues le habían comunicado la noticia de su inminente boda aquella misma mañana, cuando se disponía a limpiar la cocina y encender el fuego. Unas horas más tarde, se celebró la ceremonia. El tío de tu bisabuelo, como único musulmán presente, tuvo que hacerse cargo del ritual. Como sabes, nuestra religión es muy sencilla: a diferencia del sistema creado por los frailes, el nacimiento, la muerte, el matrimonio o el divorcio no requieren ceremonias complicadas.

»Ibn Farid tenía prisa porque quería poner a su familia ante el hecho consumado. Sentía que cualquier demora podría resultar fatal. Los hermanos de Najma y Maryam pertenecían a una familia especializada en crear disputas con otros clanes. Eran asesinos expertos, y por supuesto considerarían una afrenta el hecho de que él prefiriera a una esclava cristiana antes que a su hermana. Como bien sabes, las concubinas están permitidas, pero aquello era diferente. Había elegido una nueva señora de la casa sin su conocimiento ni su consentimiento. Ella, sin duda, llevaría en su vientre a los hijos de él. Si se les daba tiempo para pensar, podrían llegar a matarla. Aunque Ibn Farid era conocido por todo al-Andalus con el apodo de "el León", a causa de su coraje, demostraba idéntica habilidad para actuar como un zorro. Sabía que casándose ganaría ventaja sobre sus cuñados. Por supuesto, su tío estaba enfadado, pero no quiso reñir a su sobrino en la casa de don Álvaro. Eso llegaría después.

»Ibn Farid y Asma bint Dorotea regresaron a Qurtuba. Descansaron un día y una noche antes de iniciar el viaje de dos días al reino de Gharnata y llegar a la seguridad de al-Hudayl. Aunque Ibn Farid lo ignorara, las noticias de la boda ya habían llegado a la casa, a través de un mensajero despachado por su tío.

»En la mansión reinaba un clima de pesar. Tu abuelo Abdallah ya era un hombre, pues tenía entonces dieciocho años. Tu tía abuela Zahra, cuatro años más joven, tenía mi misma edad. Ambos caminaban de un extremo al otro del patio, por donde corre el arroyo, en un estado de intensa agitación. Yo los miraba y me sentía cada vez más nervioso, sin alcanzar a comprender por qué, y cuando interrogué a tu abuelo, él me gritó: "¡Hijo de perra, vete de aquí, no es asunto tuyo!". Nunca antes me había hablado así. Cuando Maryam salió de su habitación, ambos corrieron hacia ella y la abrazaron, sollozando todo el tiempo. Por fortuna, mi insolencia se olvidó pronto. Yo quería mucho a tu abuelo y lo que me dijo aquel día fue muy hiriente para mí. Más tarde, por



Librodot

supuesto, comprendí el motivo de su furia, pero hasta aquel día siempre había jugado con él y con Zahra como si fuéramos iguales. Sin embargo, algo cambió. Una vez que los ánimos se tranquilizaron, ambos intentamos volver a los viejos hábitos, pero las cosas nunca volvieron a ser iguales. Yo no podía olvidar que él era mi joven amo y él recordaba continuamente que yo era el hijo de una criada, a quien se le había asignado la tarea de atender a la señora Asma. —Zuhayr se alegró de que por fin el anciano comenzara a hablar de sí mismo, pero antes de que pudiera interrogarlo, el viejo continuó—: La señora Maryam era una mujer muy dulce, aunque su lengua podía volverse muy cruel si alguno de los criados, con la única excepción de Ama, pecaba del más mínimo exceso de confianza. La recuerdo muy bien. Solía ir a bañarse a un gran estanque de agua fresca, junto al río, precedida de seis doncellas y seguida de otras cuatro criadas que extendían sábanas a su alrededor para garantizar su intimidad. El grupo iba siempre en silencio, a menos que Zahra las acompañara, en cuyo caso tía y sobrina charlaban incansablemente y las criadas se permitían reír los comentarios de la joven. El servicio respetaba a Maryam, pero no la quería. Sin embargo, los huérfanos de su hermana la adoraban ciegamente. Aunque sabían que su padre no la amaba y presentían, con esa intuición especial de los niños, que el problema era muy profundo, no podían dejar de quererla.

El anciano se detuvo de repente y escrutó la mirada preocupada de su interlocutor.

—¿Te ocurre algo, joven amo? ¿Quieres marcharte ahora y regresar otro día? La historia no puede escaparse.

Zuhayr había divisado una pequeña figura en el horizonte y el polvo indicaba que se trataba de un jinete. Sospechaba que era un mensajero de al-Hudayl.

—Temo que pronto nos interrumpan. Si aquel jinete es un mensajero que viene de mi casa, regresaré mañana al amanecer. Pero ¿podrías satisfacer mi curiosidad respondiendo sólo a una pregunta antes de que me marche?

—Pregunta.

—¿Quién eres, anciano? Tu madre sirvió en nuestra casa, pero ¿quién fue tu padre? ¿Es posible que seas un miembro de nuestra familia?

—No estoy seguro. Mi madre era parte de una dote, una criada que vino con la señora Najma de Qurtuba cuando ésta se casó con Ibn Farid. Entonces tendría dieciséis o diecisiete años. ¿Y mi padre? ¿Quién sabe? Mi madre decía que era un jardinero de la hacienda que había muerto en una batalla cerca de Malaka, el mismo año de mi nacimiento. Es cierto que ella estaba casada con él, pero sólo Dios sabe si era mi verdadero padre. Se decía que Ibn Farid había plantado la semilla que me engendró. Eso sin duda explicaría su actitud en los últimos años, pero creo que si las cosas hubieran sido realmente así, mi madre misma me lo habría contado. Lo cierto es que esa cuestión ha dejado de preocuparme.

Zuhayr sentía curiosidad por el curso que tomaba el relato. Aunque recordaba vagamente las historias de Ama sobre la tragedia de la señora Asma, era incapaz de precisar los detalles. Deseaba quedarse a escuchar el resto de la historia, pero la nube de polvo se acercaba.



Librodot

—Todavía ocultas un hecho importante.

—¿A qué te refieres?

—A tu nombre, anciano, a tu nombre.

El anciano había mantenido la cabeza erguida durante toda la conversación, pero ahora la inclinó súbitamente como para contemplar los dibujos de la alfombra. Luego alzó la vista y le sonrió a Zuhayr.

—Hace mucho tiempo que olvidé el nombre que me puso mi madre. Quizás tu Ama o el Enano lo recuerden. Durante demasiadas décadas mis amigos y enemigos me han conocido como Wajid al-Zindiq. Es el nombre que usé para escribir mi primer libro y me siento muy orgulloso de él.

—Dijiste que sabías por qué me llaman al-Fahl. Yo tendré que reflexionar para encontrar una explicación igualmente ingeniosa para el apodo con que te conocen.

—La respuesta es muy simple: me describe a la perfección. ¡Después de todo, soy un escéptico, un exaltado librepensador!

Ambos rieron. Cuando el jinete se acercaba a la cueva, se pusieron de pie y Zuhayr, con su habitual impulsividad, abrazó al anciano y lo besó en las dos mejillas. Al-Zindiq se conmovió con el gesto, pero antes de que pudiera decir nada, el mensajero carraspeó suavemente.

—Entra, hombre. ¿Traes un mensaje de mi padre? —preguntó Zuhayr.

—Perdone, mi señor, pero el amo dice que debe volver cuanto antes. Le esperan para desayunar.

—Bien. Súbete a esa mula que llamas caballo y dile que estoy en camino... No, espera, he cambiado de opinión. Vuelve, yo te alcanzaré en unos minutos y saludaré a mi padre en persona. No tienes que darle ningún mensaje.

El joven asintió, y cuando estaba a punto de marcharse, al-Zindiq le detuvo.

—Espera, hijo. ¿Tienes sed?

El joven miró a Zuhayr, que asintió con un gesto. Entonces cogió con ansiedad el vaso de agua que le ofrecían y la bebió de un solo trago.

—Toma, llévate unos dátiles para el camino de vuelta. Tendrás tiempo para comértelos después de que tu joven amo te alcance.

El joven aceptó la fruta, agradecido, inclinó la cabeza y pronto le vieron tirar de su caballo colina abajo.

—Que la paz sea contigo, Wajid al-Zindiq.

—Y contigo, hijo mío. ¿Puedo pedirte un favor?

—Lo que quieras.

—Cuando tu padre me permitió vivir aquí, hace un cuarto de siglo, insistió en que cumpliera una única condición: mis labios debían permanecer sellados con respecto a



Librodot

los asuntos de su familia. Si alguna vez descubriera que he roto ese pacto, me retiraría su permiso y también las provisiones que tu madre me envía gentilmente. Mi futuro depende de tu silencio. No me queda ningún sitio adonde ir.

Zuhayr estaba indignado.

—Pero eso es inaceptable; es injusto. No es propio de mi padre. Yo...

—Tú no harás nada. Aunque es probable que tu padre estuviera equivocado, tenía sus razones. Quiero que me prometas que mantendrás silencio.

—Tienes mi palabra. Juro por el Alcorán...

—Con tu palabra basta.

—Por supuesto, al-Zindiq, pero como retribución quiero pedirte que me prometas que acabarás la historia.

—Tenía la intención de hacerlo.

—Que la paz sea contigo, anciano.

Al-Zindiq caminó hacia donde estaba amarrado Khalid y sonrió con admiración cuando Zuhayr saltó sobre su lomo desnudo. El viejo dio un par de palmadas al caballo.

—Montar un caballo sin silla...

—Si, ya lo sé —gritó Zuhayr—: es como montarse a la espalda del demonio. Si eso es cierto, lo único que puedo decir es que el demonio debe de tener una espalda muy cómoda.

—La paz sea contigo, al-Fahl, y que tu hogar prospere —gritó el viejo con una sonrisa en la cara, mientras Zuhayr galopaba colina abajo. Durante unos instantes, al-Zindiq permaneció inmóvil, apreciando la destreza del jinete que se alejaba.

—Yo también solía cabalgar así. Lo recuerdas, ¿verdad, Zahra?

No hubo respuesta.



Librodot

## *CAPÍTULO 3*

Yazid se había despertado de su siesta ligeramente tembloroso y con la cara empapada en sudor. Su madre, que estaba acostada junto a él, se preocupó al ver a su hijo menor en ese estado. Le secó la cara con un paño de lino empapado en agua de rosas y le apoyó una mano en la frente. Estaba tan fresca como las brisas del atardecer en el patio, por lo tanto no había motivo de alarma.

—¿No te encuentras bien, mi pequeño?

—No. He tenido un sueño extraño. Era tan real, Ummi... ¿Por qué las pesadillas de la tarde parecen más reales? ¿Porque nuestro sueño es más ligero?

—Quizá. ¿Quieres hablarme de ella?

—Soñé con la mezquita de Qurtuba. Era tan hermosa, madre..., pero entonces llegaba el tío Miguel y empezaba a derramar botellas de sangre por todas partes. Yo intentaba detenerlo, pero él me golpeaba...

—Lo que vemos en los sueños supera la realidad —le interrumpió Zubayda. No le gustaban los constantes ataques contra Miguel con que Ama llenaba la cabeza de los niños, así que intentó desviar la atención de su hijo-. Sin embargo, todo lo que podamos soñar sobre la gran mezquita de Qurtuba no alcanzará a igualar la realidad. Un día te llevaremos a ver sus magníficos arcos. Y con respecto a Miguel... —suspiró.

Zuhayr, que había oído la conversación de camino a los baños, entró en silencio en la habitación de su madre, justo a tiempo para escuchar el parecer de Yazid sobre el obispo de Qurtuba.

—No me gusta, nunca me ha gustado. Siempre me pellizca las mejillas demasiado fuerte. Ama dice que no se puede esperar nada bueno de él y que a su propia madre, la señora Asma, tampoco le gustaba. ¿Sabes, madre? Una vez escuché a Ama y al Enano hablar entre ellos sobre la señora Asma. Ama dijo que Miguel la había matado, ¿es verdad?

Zubayda palideció y dejó escapar una risita poco convincente.

—¿Qué tonterías son ésas? ¡Por supuesto que Miguel no mató a su madre! Tu padre se escandalizaría si te oyera hablar así. Tu Ama dice un montón de tonterías. No debes creer todo lo que oyes.

—¿Estás segura, madre? -preguntó Zuhayr con tono burlón.

Su voz los sobresaltó a ambos. Yazid saltó a los brazos de su hermano mayor, y ambos se abrazaron y se besaron. La madre sonrió.

—El cachorrillo vuelve con su protector. Esta mañana te echamos mucho de menos. Yazid no paraba de dar vueltas, y no conforme con estar nervioso él solo, nos trastornó a todos los demás. ¿Tan interesante era lo que tenía que decirte ese viejo?

Zuhayr había estudiado con cuidado la respuesta a aquella previsible pregunta en el camino de regreso a la casa.



Librodot

—Hablamos de la tragedia de al-Andalus, de la imposibilidad de preservar nuestro estilo de vida. El cree que hemos llegado al final de nuestra historia. Es un hombre muy sabio, madre, un auténtico erudito. ¿Qué sabes de él? Se niega a hablar de sí mismo.

—Pregúntale a Ama, Zuhayr -dijo Yazid-. Ella lo sabe todo sobre él.

—Tendré que decirle a Ama que en el futuro controle su imaginación cuando Yazid esté presente.

Zuhayr sonrió, pero cuando estaba a punto de enfrascarse en una discusión sobre los méritos y las ideas terminantes de Ama, su mirada se cruzó con la de su madre y comprendió la advertencia. Sentada en la cama, Zubayda pronunció una orden perentoria:

—Ve a bañarte, Zuhayr, tu pelo está lleno de polvo.

—¡Huele a sudor de caballo! -añadió Yazid con una mueca de disgusto.

Los hermanos se marcharon y Zubayda dio una palmada. Dos doncellas entraron en la habitación, llevando un espejo y dos peines. Sin mediar palabra, dos pares de manos comenzaron a masajear con suavidad la cabeza del ama, trabajando en perfecta simetría. Los veinte dedos, delicados y firmes al mismo tiempo, cubrían toda la zona entre la nuca y la frente. Zubayda sólo oía el murmullo del agua. Cuando por fin sintió su equilibrio interior establecido, hizo una señal a las doncellas para que interrumpieran su tarea.

Las dos mujeres se sentaron en el suelo, y mientras Zubayda se movía hacia el borde de la cama, comenzaron a masajearle los pies. La más joven de las dos, Umayma, era nueva en el oficio, y su nerviosismo se reflejaba en la falta de firmeza al masajear el talón izquierdo de su ama.

—¿Qué dicen en la aldea? —preguntó Zubayda.

Umayma acababa de ser ascendida a las funciones de doncella personal y su ama deseaba que se sintiera cómoda. La joven doncella se ruborizó al ver que Zubayda se dirigía directamente a ella y balbuceó unas cuantas frases incoherentes sobre el gran respeto que toda la aldea sentía por el Banu Hudayl. Su compañera, mayor y más experimentada, acudió en su ayuda.

—Todo el mundo habla de que Zuhayr bin Umar abofeteó a un infiel, mi señora.

—¡Zuhayr bin Umar es un tonto! ¿Qué dice la gente?

Umayma logró reprimir una risita, pero alentada por la informalidad de Zubayda, respondió con claridad:

—Los más jóvenes están de acuerdo con Ibn Umar, pero casi todos los mayores están disgustados. Se preguntan si los cristianos no le habrán provocado adrede. Ibn Hasd, el zapatero, está preocupado. Teme que manden soldados a atacar al-Hudayl y que nos lleven a todos prisioneros. Dijo que...

—Ibn Hasd tiene malos presagios incluso en los mejores tiempos, mi señora — dijo Khadija con la intención de cambiar de tema, pues le preocupaba que Umayma



Librodot

hablara demasiado.

Sin embargo, Zubayda no se dio por vencida.

—Calla. Y tú dime, jovencita, ¿qué más dijo Ibn Hasd?

—No recuerdo todas sus palabras, mi señora, pero dijo que nuestras felices fantasías habían llegado a su fin y que pronto nos despertaríamos temblando.

—Es un buen hombre, aunque sus comentarios no sean siempre agradables —sonrió Zubayda—. Una piedra arrojada por la mano de un amigo es como una manzana. ¿Habéis llevado mis ropas a los *hamman*?

Umayma asintió y Zubayda las despidió a las dos con un gesto. Sabía bien que el zapatero expresaba lo que el pueblo entero sentía. Reinaba una incertidumbre generalizada. Por primera vez en seiscientos años, los aldeanos de al-Hudayl se enfrentaban a la posibilidad de que no hubiera futuro para sus hijos. En Gharnata se oían miles de historias sobre lo ocurrido después de la Reconquista en Qurtuba e Ishbiliya. Los refugiados traían consigo historias de terror y de arbitraria crueldad. Las detalladas descripciones de la forma en que la corona y la Iglesia católica se habían adueñado de tierras, haciendas y propiedades en diversas aldeas de la zona habían dejado una profunda huella en la población. No había nada que los aldeanos temieran tanto en el mundo como la posibilidad de que los separaran de las tierras que ellos y sus antecesores habían cultivado durante siglos. Si la única forma de conservar sus hogares era convertirse al catolicismo, muchos estaban dispuestos a pasar por esa ordalía para sobrevivir. El primero de ellos sería el senescal de la familia, Ubaydallah, cuyos únicos dioses eran la seguridad y la riqueza.

Zubayda decidió discutir el problema con su marido y tomar una determinación. Los aldeanos miraban hacia el Banu Hudayl en busca de una respuesta y ella sabía que estarían preocupados por la impulsividad de Zuhayr. Umar debía ir a la mezquita el viernes. Era preciso tranquilizar a la gente.

Cuando cruzaba el patio, Zubayda vio a sus hijos jugando al ajedrez. Observó el juego durante unos minutos y comprobó, divertida, que la enorme mueca de disgusto en la cara de Zuhayr era un signo claro de que Yazid estaba a punto de ganarle. La voz infantil del pequeño se llenó de agitación al proclamar su triunfo:

—¡Siempre gano cuando tengo a la reina negra en mi bando!

—¿Qué dices, sinvergüenza? Controla la lengua. La regla principal del ajedrez determina que hay que jugar en absoluto silencio.

—Mi reina ha atrapado a tu sultán —replicó Yazid—. He hablado porque sabía que el juego había terminado. No hay razón para enfadarse. Un hombre que se está ahogando no debería preocuparse por la lluvia.

Zuhayr, furioso al verse derrotado por un niño de nueve años, apoyó su rey sobre la mesa, dejó escapar una risita débil y se marchó.

—Te veré a la hora de la cena, ¡sinvergüenza!

Yazid le sonrió a la reina. Cuando recogía las piezas y las guardaba en la caja, un viejo criado, con la cara pálida de terror, entró corriendo en el patio como si hubiera



Librodot

visto un fantasma. ¿Acaso el ejército cristiano estaría invadiendo al-Hudayl? Antes de que pudiera correr a la torre y descubrirlo por sí mismo, apareció su padre, seguido por Ama.

Yazid no deseaba que lo dejaran a un lado, así que caminó con aire distraído hacia su padre y le cogió la mano. Umar le sonrió, pero miró con seriedad al criado.

—¿Estás seguro? ¿No es posible que haya algún error?

—No, mi señor. He visto con mis propios ojos cómo el grupo cruzaba la aldea. Dos caballeros cristianos acompañaban a la señora y la gente parecía preocupada. Ibn Hasd la reconoció y me pidió que corriera a avisarle.

—¡Wa Alá! Después de tantos años... Ve a comer algo antes de regresar. Ama te acompañará a la cocina. Yazid, dile a tu madre que quiero hablar con ella. Luego informa a tu hermano y hermanas que esta noche tendremos una invitada. Quiero que vengan aquí para que podamos recibirla como una familia. ¡Anda, corre!

Zahra bint Najma había intercambiado unas palabras con el zapatero, pero no había respondido a los saludos de los aldeanos más viejos. Se había limitado a inclinar ligeramente la cabeza, como para reconocer su presencia. Cuando el carro dejó atrás las estrechas calles de la aldea y llegó a la pequeña arboleda desde donde se veía claramente la casa, le dijo al conductor que siguiera el escarpado camino paralelo al arroyo.

—Sigue el curso del agua hasta que veas la casa del Banu Hudayl —dijo con voz temblorosa por la emoción.

Nunca había imaginado que viviría lo suficiente para volver a ver su casa. Lágrimas contenidas durante décadas escaparon con la serena furia de un río crecido, que desborda sus riberas. «Sólo son recuerdos», se dijo a sí misma.

Estaba convencida de que en el curso de medio siglo su espíritu se había secado de tal modo, que no quedaba nada dentro, pero ¡qué ilusoria podía ser la vida! Su primera mirada a la casa le demostró que la historia no se había borrado. Al contemplar los paisajes familiares, recordó todo con tal viveza que volvió a invadirla el viejo dolor. Allí estaban el huerto y los granados. El caballo del carro disminuyó la marcha, agotado por el viaje, y se detuvo a beber agua del arroyo. Ella sonrió. Aunque estaban en otoño, podía cerrar los ojos y oler los aromas del huerto.

*—¿Estás segura de que no te han visto? —preguntó él con voz nerviosa y excitada.*

*—¡Sólo la luna! Puedo oír los latidos de tu corazón.*

*Aquella noche no pronunciaron otra palabra, hasta el momento de separarse, en la madrugada.*

*—¡Serás mi esposa!*



Librodot

—*No deseo otra cosa.*

Ella abrió los ojos y se recreó en los últimos rayos de sol. Todo seguía igual: allí estaban los gigantescos muros, la torre y las puertas abiertas, como siempre. El invierno se adivinaba en el aire y el olor de la tierra trastornaba sus sentidos. El agua cristalina del arroyo que cruzaba el patio para llenar los tanques de los *hammam*, con su suave murmullo, era tal como la había recordado durante todos aquellos años. El hijo de Abdallah, Umar, ahora era el amo de la casa.

Zahra percibió una súbita tensión en los soldados cristianos que la acompañaban y pronto descubrió la causa: tres jinetes, vestidos con deslumbrantes túnicas blancas y turbantes, cabalgaban hacia ella. El carro se detuvo.

Umar bin Abdallah y sus dos hijos, Zuhayr y Yazid, tiraron de las riendas de sus caballos y saludaron a la vieja dama.

—Que la paz sea contigo, hermana de mi padre. Bienvenida a casa.

—Cuando me fui tenias cuatro años y tu madre siempre me decía que fuera más estricta contigo. Ven aquí.

Umar desmontó y se acercó al carro. Ella lo besó en la cabeza.

—Ahora, vámonos a casa —murmuro.

Cuando llegaron a la entrada de la casa, vieron a los viejos criados esperando fuera. Zahra se bajó del carro y fue al encuentro de Ama, que se acercaba cojeando.

—*Bismallah*, *bismallah*. Bienvenida a su antiguo hogar, mi señora —dijo Ama con lágrimas en la cara.

—Me alegro de que estés viva, Amira, de verdad. El pasado está olvidado y no quiero que regrese —respondió Zahra mirando fijamente a la otra anciana.

Luego la escoltaron hacia el interior, donde Zubayda, Hind y Kulthum le dieron la bienvenida. Zahra las estudió una a una y luego se giró a ver si Yazid la seguía. Allí estaba, así que le quitó el turbante y lo arrojó al aire. Aquel gesto alivió la tensión y todos rieron. Zahra se arrodilló sobre un cojín y abrazó a Yazid. El niño sintió instintivamente que se trataba de un acto sincero y le retribuyó su afecto.

—Tía abuela Zahra, Ama me dijo que te tuvieron encerrada en el maristan de Gharnata durante cuarenta años, pero tú no pareces loca.

Umar miró a su hijo con una mueca de disgusto y la familia entera se agitó, pero Hind soltó una sonora carcajada.

—Estoy de acuerdo con Yazid —dijo—. ¿Por qué no has venido antes?

—Al principio no sabía si sería bien recibida —respondió Zahra con una sonrisa—. Y luego simplemente dejé de pensar en ello.

Ama y dos jóvenes doncellas entraron en la sala cargadas con toallas y ropa limpia.

—Que Alá la bendiga, señora. Su baño está preparado. Estas jóvenes la ayudarán.



Librodot

—Gracias Amira. Luego tendré que cenar algo.

—La cena está lista, tía —intervino Zubayda—. Esperaremos para comer contigo.

Ama cogió el brazo de Zahra y ambas cruzaron el patio, seguidas por las doncellas. Hind esperó que se alejaran lo suficiente como para que no pudieran oírla.

—Padre, la tía Zahra no está loca, ¿verdad? ¿Alguna vez lo estuvo?

Umar se encogió de hombros e intercambió una breve mirada con Zubayda.

—No lo sé, niña. Nos dijeron que había perdido la cabeza en Qurtuba. La enviaron de nuevo aquí, pero ella se negó a casarse y comenzó a deambular a solas por las colinas y a recitar versos blasfemos que ella misma escribía. Debo confesar que nunca estuve convencido de que su enfermedad fuera real, pues parecía demasiado oportuna. Mi padre la adoraba y se apenó mucho con la decisión, pero Ibn Farid era un hombre muy duro. Debemos hacer que sus últimos años sean felices.

—Pero padre, ¿por qué no ibas nunca al *maristan* a visitarla? -insistió Hind, que no estaba dispuesta a cambiar de tema.

—Pensé que podría ser demasiado doloroso para ella. A veces pensaba en hacerlo, pero algo me detenía. Mi padre solía ir a visitarla y regresaba tan deprimido, que no sonreía durante semanas. Supongo que no deseaba reavivar esos recuerdos. Pero ahora está aquí, hija mía, y estoy seguro de que contestará a todas tus preguntas. La tía Zahra nunca se destacó por su discreción.

—No quiero que pienses que ignorábamos su existencia —dijo Zubayda—. Hasta la semana pasada le enviábamos fruta fresca y ropa limpia todas las semanas a través de Hisham, el primo de tu padre.

—Me alegra oírlo —afirmó Yazid en un tono tan propio de un adulto que, pese a su disgusto, hizo reír a todo el mundo, y el mismo niño tuvo que girarse para disimular su sonrisa.

Si aún les quedaba alguna duda de la cordura de Zahra, ésta se disipó en el transcurso de la cena. La anciana rió y habló con tal naturalidad, que parecía haber convivido con la familia durante toda su vida. Cuando la conversación se desvió inevitablemente hacia el tema de la tragedia de al-Andalus, la vieja dama reveló una perspicacia política que sorprendió a Zubayda.

—¿A qué se debe nuestro declive? A que nos sentimos presas de un estúpido sentido del honor. ¿Tú sabes qué es eso, Hind? ¿Y tú, Yazid? ¿Zuhayr? Los tontos consideran que el perdón es una equivocación.

Por fin, Hind expresó la pregunta que estaba en la mente de todos.

—¿Cómo conseguiste permiso para salir del *maristan*, tía abuela? ¿Qué ocurrió?

—¿Es que no lo sabéis? —preguntó la anciana, sinceramente asombrada. Todos negaron con la cabeza—. En este sitio siempre estuvimos aislados. En Gharnata sólo se habla de lo sucedido en el *maristan*, así que supuse que lo sabríais —añadió con una risita—. Creo que será mejor que os lo cuente. ¿No hay nada para endulzar el paladar,



Librodot

sobrina?

Antes de que Zubayda pudiera responder, intervino Ama, que había estado aguardando pacientemente a que acabaran de comer:

—¿Le gustaría tomar un poco de mezcla celestial?

—¡La mezcla celestial! ¿Aún te acuerdas, Amira?

—Sí —respondió Ama—. Iba a hacerla para el desayuno de Zuhayr, esta mañana, pero él no regresó hasta el mediodía de su largo paseo. Todos los ingredientes están preparados desde la mañana. La masa de harina de maíz está lista, sólo falta moldear los pastelillos y hornearlos. No tardaré mucho.

Al ver que todos la miraban con expectación, Zahra supo que era el momento de hablar y comenzó a relatar los importantes acontecimientos que la habían conducido a aquel súbito cambio de vida.

—Hace diez días, llegaron unos frailes y comenzaron a hacer preguntas sobre la filiación religiosa de los pacientes. La mayoría eran seguidores del Profeta, pero también había algunos judíos y unos pocos cristianos. Los frailes informaron a las autoridades que el arzobispo de Toledo...

—¡Cisneros! —susurró Zuhayr y su tía abuela sonrió.

—El mismo. Había dado órdenes a los frailes de que iniciaran una conversión forzada, ¿y qué mejor lugar para empezar que el *maristan*? No necesitaban amenazarnos, pero lo hicieron. Dijeron que a partir de ese momento, sólo podrían quedarse allí los que creyeran en la virginidad de Maria y en la naturaleza divina de Jesús. Como sabéis, en el *maristan* no se permiten las bebidas alcohólicas, así que cuando los pacientes vieron las botellas de vino de los frailes, bebieron de buena gana la sangre de Cristo. Por consiguiente, las conversiones se llevaron a cabo sin problemas.

»Pero cuando llegaron a mí, yo les dije: "Nada es más fácil para mí que abstenerme de las prohibiciones; sin embargo, tengo algo que deciros: Yo no necesito beber la orina del demonio, pues ya me he convertido por propia voluntad. De hecho, reverendos sacerdotes, ésa es la razón por la cual mis padres me enviaron aquí. Cuando anuncié que me convertía en una devota seguidora de vuestra Iglesia, creyeron que había perdido mis facultades". Los pobres frailes estaban perplejos. De hecho, habrían creído que estaba realmente loca y habrían pasado por alto mi historia, si no fuera porque me señalé el crucifijo que llevaba al cuello. ¿Y sabéis una cosa, hijos míos? Funcionó.

»A la mañana siguiente me llevaron a ver al capitán general de la al-Hamra. ¡Imaginaos, una paciente del *maristan* conducida ante el representante del rey de Castilla! Él se mostró muy amable y yo le conté lo que me había sucedido. Cuando se enteró de que era hija de Ibn Farid, estuvo a punto de desmayarse. Me dijo que su padre le había contado muchas historias sobre el valor de vuestro bisabuelo y enseguida pasó a relatarme algunas. Yo las conocía todas, pero en lugar de confesárselo, me limité a escucharle con absoluta atención, sonriendo y asintiendo con gestos en los momentos indicados. Ambos preferimos prescindir del hecho de que el carácter de mi padre había sido el motivo de mi reclusión en el maristan. Me preguntó qué pensaba de la situación



Librodot

de Gharnata. Yo le contesté que hacía cuarenta años había suplicado un gran favor al Todopoderoso y que todavía esperaba que me lo concediera antes de morir. "¿Cuál es ese favor, señora?", preguntó el capitán. "Que me dé fuerzas para no entrometerme en lo que no me concierne."

Yazid rió durante toda la representación del diálogo entre la anciana y el capitán, y todo el mundo acabó imitándolo, incluida Kulthum, que se había mostrado cohibida desde la llegada de la mítica dama. Zahra, encantada con el efecto de su relato, continuó hablando:

—Tenéis razones para pensar que fue un acto de cobardía de mi parte, hijos míos, pero lo cierto es que deseaba salir de allí, y si hubiera dicho la verdad... Si hubiese confesado lo que sentí cuando el demonio de Cisneros quemó todos nuestros libros, todavía estaría en el *maristan* o me habrían enviado a algún convento. Como ya sabréis, todos los pacientes del *maristan* fuimos obligados a contemplar la gran hoguera donde ardió nuestra cultura. Entonces recordé esta casa y los manuscritos de su biblioteca, Ibn Hazm, Ibn Khaldun, Ibn Rushd, Ibn Sina, y pensé que al menos aquí sobrevivirían. Como os decía, podría haberle contado todo esto al capitán, pero si lo hubiera hecho nunca habrían creído en mi cordura. Mi aire de indiferencia produjo el efecto deseado.

»El capitán se levantó, se inclinó ante mi y me besó la mano. "Quédese tranquila, mi señora, pues una guardia armada la conducirá a la hacienda de su familia cuando usted lo desee." Luego se retiró y volvieron a llevarme al *maristan*. Podéis imaginar el estado en que me encontraba. Hacia cuatro décadas que no salía de aquel edificio, y todo esto sucedió cuando me preparaba tranquilamente para la llegada de la muerte. A propósito, debéis enviar todos los libros de la biblioteca fuera de aquí, a la Universidad de al-Qahira o a Fes. Aquí no sobrevivirán nunca. Bueno, no tengo nada más que decir. Sólo espero no ser una carga para vosotros.

—Esta es tu casa —respondió Umar con un tono ligeramente pomposo—. Nunca deberías haberla dejado.

Hind abrazó y besó a Zahra y la anciana dama pareció profundamente conmovida por la espontaneidad de su gesto.

—No sabía que te habías convertido al cristianismo, tía abuela.

—Ni yo tampoco —respondió la anciana, provocando una sonora carcajada de Yazid.

—¿Inventaste toda esa historia para salir de allí? ¿De veras?

Zahra asintió y todos rieron, pero algo preocupaba a Yazid.

—Entonces ¿de dónde sacaste el crucifijo?

—Lo hice yo misma. En aquel lugar sobraba el tiempo y tallé varias figuras de madera para evitar volverme loca de verdad. —Yazid fue a sentarse junto a Zahra y apretó su mano con fuerza, como para asegurarse de que era real—. Veo que mi sobrino es un buen hombre, igual que su padre, pues sus hijos están cómodos en su presencia. Mmmm..., algo huele muy bien. Por lo visto, Amira no ha perdido su talento culinario.

Ama entró trayendo una fuente de tortas de maíz, cubiertas con un paño para



Librodot

mantenerlas calientes. La seguía el Enano con un recipiente de latón lleno de leche hirviendo, y Umayma, con un pote de azúcar morena. El Enano saludó a Zahra con una inclinación de cabeza y la dama le respondió con un gesto.

--¿Vive aún tu madre, Enano?

—Murió hace quince años, mi señora. Siempre rezaba por usted.

—Debería haber rezado por ella misma. Tal vez ahora estaría viva.

Ama comenzaba a preparar la mezcla celestial. Sus manos estaban ocultas en un gran cuenco, donde desmigaba las blandas tortas, que se deshacían con facilidad. Añadió mantequilla fresca y continuó ablandando la masa con las manos. A una señal suya, Umayma agregó el azúcar, y las manos ajadas de la anciana continuaron mezclando. Por fin, sus dedos se retiraron. Zahra dio una palmada y acercó su bol para que Ama le sirviera con la mano una buena ración de la mezcla. Una vez repetido el procedimiento con los demás, se añadió la leche caliente, y los comensales bebieron la mezcla celestial. Demasiado ocupados en deleitarse con aquella simple preparación, los comensales demoraron algunos minutos antes de felicitar a su autora.

—Celestial, sencillamente celestial, Amira. ¡Qué magnífica mezcla! Ya puedo morirme en paz.

—Nunca he probado una mezcla celestial igual, Ama —dijo Yazid.

—No podrías haberla creado sólo para mí, ¿verdad, Ama? —añadió Zuhayr.

—Su sabor me recuerda a mi infancia —murmuró Umar.

Ama estaba satisfecha. La invitada y los tres hombres de la casa la habían alabado en público, de modo que aquella noche no podría quejarse. Hind rió para sus adentros del absurdo de aquel ritual, que se remontaba a la época del primer matrimonio de Ibn Farid.

La antigua habitación de la tía Zahra, que ahora pertenecía a Hind, volvió a manos de su antigua propietaria. Hind se trasladó a un dormitorio libre en la sección femenina de la casa, cerca de los aposentos de su madre. Todas las mujeres de la familia y Ama acompañaron a la anciana a su habitación. Zahra se detuvo en la puerta que daba al patio y contempló el cielo.

—Soñaba con este patio todos los meses —dijo derramando primero una lágrima y luego otra—. ¿Recuerdas la sombra del granado las noches de luna llena, Ama? ¿Recuerdas lo que decíamos? Si la luna está con nosotros, ¿para qué necesitamos estrellas?

Ama la cogió de la mano y la empujó suavemente hacia la habitación, mientras Zubayda, Hind y Kulthum le deseaban las buenas noches. En otra parte del patio, Umayma se dirigía a su casa después de preparar el dormitorio de la señora Zubayda, cuando un brazo la detuvo y la empujó hacia una habitación.

—No, amo —susurró ella.

Zuhayr le acarició los pechos, pero cuando sus manos comenzaron a descender, la joven le detuvo.



Librodot

—Esta noche no puedo, al-Fahl. Estoy sucia. Si no me cree, moje sus dedos y compruébelo.

Las manos del joven cayeron a ambos lados del cuerpo, y aunque no dijo nada, la doncella huyó rápidamente de allí.

Hind y Kulthum, sentadas en la cama de Zubayda, miraban cómo su madre se desarmaba el peinado y se desvestía.

Umar entró por la puerta que comunicaba su habitación con la de su esposa.

—Ha sido una velada muy extraña. Zahra tenía apenas dos años menos que mi padre y veo muchas cosas de él en ella. ¡Estaban tan unidos! Sé que él la echaba mucho de menos. ¡Qué tragedia! ¡Qué forma de malgastar una vida! Zahra podría haber llegado realmente lejos. ¿Sabías que escribía poesía? Y era muy buena. Nuestro abuelo no tuvo más remedio que reconocerlo, a pesar de que estaba furioso con ella.

Se oyó un golpe en la puerta y Zuhayr entró en la habitación.

—Oí voces y supuse que habría una reunión familiar.

—Una reunión familiar seria imposible sin Yazid —repuso Hind—. Él es el único que las toma en serio. Antes de que tú interrumpieras la conversación, Abu hablaba de nuestra tía abuela.

—Eso es justamente lo que he venido a oir. No es habitual ver un fantasma que vuelve a la vida. ¡Vaya mujer! Es admirable lo bien que se comportó esta noche, pese a que no pudo entrar en esta casa durante más de cincuenta años. No siente resentimiento, ni furia; sólo alivio.

—No tiene motivos para estar enfadada con nosotros —dijo el padre—. No le hemos hecho ningún daño.

—¿Y quién se lo hizo, padre? ¿Quién? ¿Y por qué? ¿Cuál fue el gran crimen de la tía abuela Zahra?

La voz impaciente de Hind estaba cargada de una ira que la joven no intentaba disimular. Aunque todo lo que sabia de la anciana tía Zahra provenía de los enigmáticos comentarios ocasionales de Ama y de los cotilleos de sus primos de Ishbiliya, la dignidad de la anciana mujer la había conmovido. Ninguna de las historias que había oído estaban a la altura de la experiencia que había vivido aquel día, cuando la verdadera Zahra había pedido refugio en su antiguo hogar.

Umar miró a Zubayda y ella le respondió con un gesto afirmativo. Entonces aceptó que había motivos suficientes para contarle a sus hijos todo lo que recordaba sobre el misterio de Zahra. Sin embargo, él mismo ignoraba muchas cosas. De entre las personas de aquella época que aún permanecían con vida, sólo Ama –-y quizás otra persona— conocía los detalles de la historia..., además del tío Miguel, por supuesto, que siempre parecía saberlo todo.

—Sucedió hace tanto tiempo, que no sé si recordaré los pormenores de la historia —comenzó Umar bin Abdallah—. Lo que voy a contaros, me lo contó antes a mí mi propia madre, que quería a Zahra y estaba muy apegada a ella.



Librodot

»No sé exactamente cuándo comenzó la tragedia de Zahra. Mi madre solía decir que había sido el día en que vuestro abuelo Ibn Farid, que en paz descanse, regresó de al-Hudayl con su nueva esposa, la señora Asma. Era sólo unos años mayor que Zahra y no tenía la menor intención de cambiar el estilo de vida de la casa. De hecho, dejó la supervisión de los asuntos domésticos en manos de la abuela Maryam. Dicen que durante sus primeros meses aquí estaba tan azorada por todo, que era incapaz de dar una orden a un criado.

»Zahra y mi padre estaban muy unidos a su tía Maryam, pues ella los había criado después de la muerte de su madre. Los hermanos vieron la entrada de Asma en la casa como una intrusión, porque, en sus corazones, Maryam ocupaba el lugar de su madre. Aunque nunca hicieron nada incorrecto, entre ellos y su padre se abrió un abismo. Los criados, por otra parte, desempeñaron un papel bastante siniestro en este asunto. Después de todo, ellos estaban al tanto de los orígenes de Asma. Sabían que la joven había trabajado como pinche de cocina y que su madre aún era cocinera, aunque Ibn Farid la había invitado a abandonar su puesto en la casa de don Álvaro para unirse a la suya. Aquella historia constituía una fuente inagotable de cotilleos para todo el pueblo y en particular para la cocina de la casa. Sería lógico suponer que habría un sentimiento de solidaridad entre los pinches de cocina por el súbito ascenso de un miembro de su clase, pero no fue así. El padre del Enano, sobre todo, se deleitaba en hacer correr todo tipo de rumores malignos, hasta que un día Ibn Farid lo mandó a llamar y lo amenazó con ejecutarlo personalmente en el patio principal. La amenaza cumplió su cometido, la situación se calmó y la fiebre de rencor comenzó a remitir.

»El problema es que los criados ni siquiera se molestaban en bajar la voz cuando hablaban delante de los niños y la enfermedad era contagiosa. Como consecuencia, Zahra se enemistó seriamente con su padre. Hasta entonces, él había sido el centro de su vida, pero cuando se casó con Asma, la joven se sintió traicionada y comenzó a rechazar a todos sus pretendientes con la sola intención de fastidiar a su padre. Se encerraba cada vez más en si misma y pasaba días enteros sin hablar con nadie.

»Ibn Farid, como es lógico, había previsto el efecto que su matrimonio causaría en la aldea y era consciente de los problemas. Había contratado a un séquito completo de doncellas en Qurtuba, para asegurarse de que servirían a Asma con absoluta lealtad. Al frente de estas doncellas puso a una mujer mayor que entonces era lavandera en el pueblo, pero que había servido muchos años en la casa, antes de que la abuela Najma la despidiera a causa de una disputa.

»Esa mujer tenía un hijo, cuyo padre era o bien un vendedor de higos de Qurtuba, uno de nuestros criados que había muerto en el sitio de Malaka o... vaya a saber quién. Era un niño extremadamente religioso y bien educado. Gracias a la generosidad del Banu Hudayl, pudo estudiar con los mismos tutores que mi padre y mi tía Zahra. Sin embargo, a diferencia de ellos, leía mucho y estaba familiarizado con las grandes obras de filosofía, historia, matemáticas, teología e incluso medicina. Conocía los libros de nuestra biblioteca mejor que cualquier otro miembro de la familia. Su nombre era Mohammed ibn Zaydun y era un joven muy guapo.

»Vuestra tía abuela se enamoró de él. Fue él quien la sacó de la depresión, quien la alentó para que escribiera poesía y pensara en el mundo que había fuera de su hogar, fuera incluso de las fronteras de al-Andalus. Él le explicó las circunstancias de la boda de Ibn Farid y convenció a Zahra de que Asma no tenía la culpa de nada. De ese modo,



Librodot

unió a las dos mujeres.

»Creo que el hecho de ver que aquel criado había triunfado allí donde él había fracasado rotundamente hizo que Ibn Farid albergara un profundo rencor hacia él. En una ocasión, se le oyó decir: "Si ese chico no tiene cuidado con su lengua, le costará la cabeza". Comenzó a castigar al joven. Insistió en que Mohammed fuera a trabajar al campo y aprendiera un oficio como todos los demás. Propuso que el padre de Juan le enseñara carpintería o que Ibn Hasd lo iniciara en el arte de fabricar zapatos. El chico, que era muy listo para su edad, percibió la furia de su amo y comprendió su causa, por lo tanto dejó de frecuentar el patio. Tanto Asma como Zahra suplicaron a Ibn Farid que no fuera tan duro con el muchacho, y creo que fue la primera quien por fin convenció al abuelo de que permitiera que Ibn Zaydun enseñara los principios de las matemáticas a mi padre y a Zahra.

«Mi padre rara vez estaba presente en las clases, pues solía irse de caza o a visitar a la familia en Gharnata. Como consecuencia, Mohammed ibn Zaydun y Zahra bint Najma pasaban juntos cada minuto del día, y ocurrió lo que tenía que ocurrir...

—Pero ¿por qué no se escaparon? —preguntó Hind con los ojos brillantes de expectación—. Yo lo habría hecho.

—Todo en su momento, Hind, todo en su momento. Había otro problema, encarnado en el cuerpo de otra joven. Aunque su belleza podía compararse con la de Zahra, a diferencia de ésta, era hija de un viejo criado de la casa y trabajaba como doncella. Algo similar a Umayma. La joven no había recibido una educación formal, pero era extremadamente inteligente, y también deseaba casarse con Ibn Zaydun. Como es natural, Ibn Farid pensó que era una idea excelente y ordenó a sus padres que organizaran la ceremonia.

»Zahra se volvió loca..., aunque tal vez sería mejor que no usara esa palabra. Digamos simplemente que, al oír los planes de su padre, Zahra quedó desolada y obligó al joven a encontrarse con ella aquella noche en la arboleda de granados, junto a la casa...

Hind estalló en una risa tan contagiosa que todo el mundo sonrió, excepto Zuhayr. Su padre le pidió una explicación.

—Algunas cosas no cambian nunca, ¿verdad, hermano? ¡Así que se encontraban en la arboleda de granados!

La cara de Zuhayr cambió de color. Su padre comprendió el comentario y desvió la atención de los demás continuando la historia:

—Aquella noche actuaron como si fueran marido y mujer. A la mañana siguiente, Zahra fue a ver a Asma y le contó lo sucedido. Asma estaba escandalizada y le respondió que no podía permitirle que se casara con el hijo de una doncella...

—Pero... —comenzó a decir Hind.

Sin embargo, al ver la mueca de disgusto en la cara de su padre, se interrumpió.

—Sí, Hind, lo sé, pero en estos asuntos nunca hay ninguna lógica. Asma no quería que Zahra repitiera su experiencia. Es una contradicción, por supuesto, pero bastante habitual. Tu madre recordará que cuando el tío abuelo Rahim-Allah se casó



Librodot

con una cortesana, ella acabó siendo la más puritana de las tías. Apasionadamente leal a su esposo, adoptaba una actitud implacable ante el adulterio y otros vicios similares. Supongo que ésta es una de las consecuencias de lo que el maestro Ibn Khaldun habría denominado "el dilema de los cambios de posición social". Cuando uno ha ascendido desde el último peldaño de la escalera, no puede evitar mirar con desprecio a aquellos más desafortunados que se han quedado abajo.

»Pero volvamos a nuestra historia: Una noche en que Zahra e Ibn Zaydun se citaron en su escondrijo favorito, la joven rival los siguió y, sin que ellos se dieran cuenta, lo vio todo. Todo. A la mañana siguiente, le contó la historia a Ibn Farid, quien no dudó de su palabra un solo instante y encontró una justificación para su odio instintivo hacia el hijo de la lavandera. Entonces se le oyó gritar a voz en cuello: "¡Ofrezco cincuenta dinares de oro al que me traiga a ese muchacho!".

»Creo que si mi abuelo hubiera cogido a Ibn Zaydun aquel mismo día, le habría hecho castrar en el acto, pero por fortuna para nuestro joven amante, aquella mañana le habían enviado a hacer un recado a Gharnata. Al oír lo que le sucedería si regresaba, su madre, advertida por la abuela Asma, envió a un joven de la aldea a comunicar la noticia a su hijo, e Ibn Zaydun desapareció. Nunca volvieron a verlo en la aldea en vida de Ibn Farid...

—Padre —preguntó Kulthum con su voz suave y sumisa—, ¿quién fue la rival de la tía abuela?

—Creí que todos lo habríais imaginado después de lo sucedido esta noche. ¡Fue Ama!

—¡Ama! —exclamaron los tres al unísono.

—¡Chitón! —dijo Zubayda—. Vendrá corriendo si os oye gritar así.

Los tres hermanos intercambiaron miradas en silencio, y Hind fue la primera en hablar:

—¿Y qué ocurrió con la tía abuela Zahra?

—Tu bisabuelo la mandó llamar en presencia de mis dos abuelas, que le suplicaron que la perdonara, pero Zahra se mostró desafiante. Ahora podréis preguntarle si es verdad, pero mi madre me contó que dijo: «¿Por qué ibas a ser tú el único en casarte con quien quisieras? Yo amo a Asma como amiga y como la esposa que has elegido. ¿Por qué no puedes aceptar tú a Ibn Zaydun?». Entonces él le pegó, y ella lo maldijo una y otra vez hasta que Ibn Farid, avergonzado de sí mismo, pero no hasta el punto de pedirle perdón, le volvió la espalda y abandonó la habitación. Al día siguiente, Zahra se marchó de la casa y no volvió hasta esta noche. No sé qué hizo en Qurtuba, para averiguarlo tendréis que interrogar a otra persona.

Mientras los hijos de Umar bin Abdallah meditaban sobre la trágica historia de su tía abuela, el objeto de sus pensamientos se preparaba para despedir a Ama y retirarse a descansar. Zahra había evitado cuidadosamente cualquier mención a Ibn Zaydun, pues no deseaba oír disculpas que, de cualquier modo, habrían llegado con medio siglo de



Librodot

retraso. Todo había terminado y era cierto que no sentía ningún rencor. Las dos mujeres habían pasado la velada conversando sobre el estado del Banu Hudayl. Zahra quería saberlo todo y Ama había encontrado a la única persona capaz de decírselo.

Sin olvidar el más mínimo detalle, Ama le había contado las circunstancias de la muerte de su hermano Abdallah: cómo lo había arrojado un caballo que él mismo había domado y alimentado y cómo su esposa le había sobrevivido apenas un año.

—Hasta en su lecho de muerte se acordó de usted y le hizo prometer al joven Umar que le enviaría comida y ropa con regularidad. Nunca consiguió superar su ausencia.

Zahra suspiró y una sonrisa triste ensombreció su rostro.

—Compartíamos tantos recuerdos de la infancia...

Se interrumpió de repente, como si el recuerdo de su hermano hubiera traído otros consigo. La expresión de su cara también evocó en Ama memorias de otros tiempos. «Sin duda lo estará viendo en su imaginación —pensó Ama—. Ojalá quisiera hablar de él. ¿Qué podemos esconder ahora?»

Fue como si Zahra leyera la mente de su antigua rival.

—¿Qué ocurrió con Mohammed ibn Zaydun? —preguntó. Aunque intentó fingir indiferencia, su corazón comenzó a latir a toda prisa—. ¿Ha muerto?

—No, mi señora, aún vive. Se ha cambiado de nombre, ¿sabe? Se hace llamar Wajid al-Zindiq y vive en una colina, a pocos kilómetros de aquí. Zuhayr ibn Umar lo ve con regularidad, pero ignora su pasado. A él también se le envía comida desde la casa; Umar bin Abdallah ordenó que así fuera, cuando descubrimos la identidad del hombre que vivía en aquella colina. Esta misma mañana Zuhayr estuvo varias horas con él.

Zahra estaba tan emocionada con la noticia, que los latidos de su corazón sonaban como balazos en los oídos de Ama.

—Ahora debo dormir. La paz sea contigo, Amira.

—Y con usted, mi señora. Que Dios la bendiga.

—Se ha negado a hacerlo durante mucho tiempo, Amira.

Ama salió de la habitación con la lámpara, pero cuando se alejaba oyó decir algo a Zahra. Cuando estaba a punto de regresar, se dio cuenta de que la hija de Ibn Farid pensaba en voz alta y se quedó inmóvil sobre una baldosa del patio.

—¿Recuerdas la primera vez, Mohammed? —decía Zahra para sí—. Fue como si se abriera una flor. Nuestros ojos brillaban, llenos de esperanza, y nuestros corazones danzaban. ¿Por qué no volviste nunca a mí?



Librodot

## *CAPÍTULO 4*

—No hay otra forma de hacerlo. Es necesario aprovechar la oscuridad providencial de las mazmorras para hacer penetrar la luz de la auténtica fe en las mentes ignorantes de esos infieles. Fray Talavera, mi ilustre predecesor, intentó otros métodos y fracasó. Yo, personalmente, creo que la decisión de publicar un diccionario árabe-latín fue equivocada, pero ya se ha hablado demasiado de esta cuestión. Por fortuna, esa etapa ha quedado atrás, y confío en que también con ella la ilusión de que esos infieles vendrán a nosotros a través del aprendizaje y del discurso racional.

»Parecéis disgustado, Excelencia. Soy consciente de que una política más blanda se avendría mejor a nuestra temporaria necesidad de cautela, pero debéis perdonar mi franqueza. El futuro de miles de almas está en juego, y la Santa Iglesia me ha ordenado salvarlas y protegerlas. Estoy convencido de que, si los infieles no se acercan a nosotros por voluntad propia, deberán ser empujados en nuestra dirección, para obligarles a tomar el camino de la auténtica salvación. Las ruinas del mahometismo se desploman y pronto no quedarán ni siquiera sus cimientos. No es el momento de contener nuestra fuerza.

Jiménez de Cisneros hablaba con pasión. Estaba molesto con el hombre que se sentaba frente a él, don Íñigo López de Mendoza, conde de Tendilla, mayor y capitán general de Granada, Gharnata para los moros. Don Iñigo se había vestido con ropas moriscas especialmente para aquel encuentro y su estilo incomodaba en sumo grado al arzobispo.

—Para ser un líder espiritual, su merced revela una asombrosa capacidad para interferir en asuntos terrenales. ¿Ha pensado seriamente en este asunto? Sus Majestades acordaron los términos de la rendición que luego yo transcribí, ¿no es cierto, padre? Yo estuve presente cuando la reina dio su promesa al sultán. Aceptamos dejarlos en paz, y fray Talavera es muy respetado en el Albaicín justamente porque cumplió los tratados.

»Ahora yo seré franco con usted, arzobispo. Hasta su llegada, no teníamos problemas serios en este reino. No ha podido ganárselos por la fuerza de la razón y ahora desea recurrir a los métodos de la Inquisición.

—Son métodos prácticos, Excelencia. Ensayados y probados.

—Sí, ensayados y probados en católicos cuyas propiedades ustedes querían poseer, en judíos que nunca han regido un reino y que compraron su libertad pagando ducados de oro o convirtiéndose a nuestra religión. Pero esos métodos no funcionarán aquí. La mayoría de las personas que llamamos «moros» pertenecen a nuestro mismo pueblo, como usted y yo. Han dominado una amplia extensión de nuestra península y lo han hecho sin quemar biblias, destruir iglesias o incendiar sinagogas para construir sus mezquitas. No son una panda de desarraigados y no podemos echarlos a latigazos. Se resistirán y habrá otro derramamiento de sangre..., de la nuestra y de la de ellos.

Cisneros miró al conde con una expresión de absoluto desprecio. Si se hubiese tratado de otro grande del reino, el arzobispo le habría respondido que hablaba así porque su propia casta era impura, contaminada con sangre africana. Pero



Librodot

aquel maldito individuo no era un noble cualquiera: su familia era una de las más distinguidas del país y se jactaba de tener entre sus miembros a varios poetas, funcionarios y guerreros al servicio de la verdadera fe. Los genealogistas empleados por los Mendoza habían estudiado su estirpe hasta encontrar conexiones con los propios reyes visigodos. Aunque Cisneros aún tenía que convencerse de ese último detalle, debía reconocer que incluso sin el parentesco visigodo, el linaje de su interlocutor resultaba impresionante. Cisneros conocía bien a la familia. Él mismo había sido un protegido del cardenal, Mendoza, a quien los reyes debían su puesto. Después de todo, el país entero sabía que el tío paterno del capitán general, como cardenal y arzobispo de Sevilla, había ayudado a Isabel a engañar a su sobrina y a usurpar el trono de Castilla en 1478. Por consiguiente, la familia Mendoza estaba muy bien considerada por los actuales reyes.

Cisneros sabía que debía actuar con cautela, pero había sido el propio conde quien había violado las normas que regían las relaciones entre Iglesia y Estado. Decidió mantener la calma; ya se presentarían otras oportunidades de castigar su arrogancia.

—¿Su Excelencia acusa a la Inquisición de corrupción a gran escala? —preguntó Cisneros con la voz más suave que fue capaz de articular.

—¿Acaso he mencionado la palabra corrupción?

—No, pero la insinuación...

—¿Insinuación? ¿Qué insinuación? Me he limitado a decir, mi estimado fray Cisneros, que la Inquisición está amasando una colosal fortuna para la Iglesia. Las haciendas confiscadas bastarían para construir tres guarniciones contra los turcos, ¿no es cierto?

—¿Y qué haría su Excelencia con esas propiedades?

—Dígame, padre, ¿los hijos de aquellos a quienes llamáis hermanos son siempre culpables?

—Damos por sentada la lealtad entre los miembros de una familia.

—Por consiguiente, nunca debemos creer en un cristiano cuyo padre es mahometano o judío.

—Tal vez «nunca» sea decir demasiado.

—¿Cómo es posible entonces que Torquemada, cuya ascendencia judía era bien conocida por todos, presidiera la Inquisición?

—Para probar su lealtad a la Iglesia tuvo que hacer muchos más esfuerzos que el vástago de una familia cuyo linaje se remonta hasta los reyes visigodos.

—Comienzo a comprender su lógica. Bien, sea como fuere, no permitiré que se someta a los moros a nuevas humillaciones. Ya han hecho bastante daño. Quemar sus libros fue una ignominia, una mancha en nuestro honor. Sus manuales de ciencia y medicina no tienen parangón en el mundo civilizado.

—Por eso se los excluyó de la quema.



Librodot

—Fue un acto salvaje. ¿Tan ciego está que es incapaz de comprenderlo?

—Sin embargo, Su Excelencia no revocó mis órdenes.

Ahora era don Íñigo quien miraba al sacerdote con expresión de ira. Era un reproche justo: no había hecho nada por cobardía, por pura y simple cobardía. Un cortesano recién llegado de Ishbiliya le había informado que la reina había enviado un mensaje secreto al arzobispo ordenándole, entre otras cosas, destruir las bibliotecas. Ahora sabía que se había tratado de una treta. Cisneros había engañado deliberadamente al cortesano para que éste informara al capitán general. Don Iñigo sabía que había sido engañado, pero eso no lo justificaba. Debería haber revocado la orden y forzado a Cisneros a comunicarle el supuesto mensaje de Isabel. El sacerdote sonreía. «Ese hombre es un demonio —pensó el conde—. Siempre sonríe con los labios, nunca con los ojos.»

—Un rebaño y un pastor, Excelencia, eso es lo que este país necesita para sobrevivir a las tormentas con que debe enfrentarse nuestra Iglesia en el Nuevo Mundo.

—Ignora usted su propia suerte, arzobispo. De no haber sido por los hebreos y los moros, los enemigos naturales que le han ayudado a mantener íntegra la Iglesia, los herejes cristianos, habrían causado estragos en esta península. Perdón, no pretendía sorprenderle. No es una conclusión muy profunda, de modo que supuse que ya habría llegado a ella solo.

—Se equivoca, Excelencia. Para preservar la Iglesia es preciso destruir primero a los hebreos y a los moros.

—En cierto modo, ambos tenemos razón, pero hay muchas personas esperándome y creo que deberíamos continuar esta conversación en otra oportunidad.

Así, con la brusquedad que le caracterizaba, el conde de Tendilla informó a Jiménez de Cisneros que daba por finalizada la audiencia. El sacerdote se incorporó y saludó con una inclinación de cabeza. Don Íñigo también se puso de pie, y el fraile se sobresaltó al ver su atuendo morisco.

—Veo que mis ropas le disgustan tanto como mis ideas.

—Ambas cosas parecen estar relacionadas, Excelencia.

El capitán general soltó una sonora carcajada.

—Si a mí no me molesta su hábito, ¿por qué iba a importarle a usted mi túnica? Es mucho más cómoda que las ropas que se usan en la corte. Me siento enterrado vivo con esas calzas y jubones cuya única función parece ser comprimir los preciosos órganos con que Dios ha querido dotarnos. Esta túnica que llevo está diseñada para la comodidad de nuestro cuerpo, y no es tan distinta a su hábito como usted cree. Es el atuendo indicado para la Alhambra. Cualquier otra prenda estaría en discordancia con los colores de estos elaborados dibujos geométricos. Estoy seguro de que hasta usted es capaz de apreciar ese detalle, fraile. Creo que hay una gran ventaja en la posibilidad de comunicarse con el Creador sin necesidad de imágenes esculpidas, pero estoy a punto de cometer blasfemia y no deseo molestarle ni retenerle más...

Los labios del prelado se curvaron en una sonrisa siniestra. Murmuró algo para sí, inclinó la cabeza y salió de la habitación. Don Íñigo miró por la ventana. Debajo del



Librodot

palacio estaba el Albaicín, el viejo barrio donde musulmanes, judíos y cristianos habían vivido y comerciado durante siglos. El capitán general estaba sumido en sus propias reflexiones sobre el pasado y el presente cuando oyó una tos discreta. Se giró y vio a su mayordomo judío, Ben Yousef, que traía una bandeja con dos tazas de plata y una jarra a juego con café.

—Perdone mi intromisión, Excelencia, pero su invitado ha estado esperando más de una hora.

—¡Santo cielo! Hazlo pasar, Ben Yousef. En seguida.

El criado abandonó la sala de audiencias y regresó poco después con Umar.

—Su Excelencia, Umar bin Abdallah.

Umar saludó a don Iñigo al estilo tradicional.

—Que la paz sea con usted, don Iñigo.

El conde de Tendilla se acercó a su invitado con los brazos abiertos y le abrazó.

—Bienvenido, bienvenido, don Homero. ¿Cómo está mi viejo amigo? Entre nosotros sobran las formalidades. Siéntese, por favor.

Esta vez don Íñigo se sentó sobre los cojines colocados cerca de la ventana e invitó a Umar a unírsele. El mayordomo sirvió el café, y a un gesto de su amo salió de la habitación.

—Me alegro de que no haya prescindido de sus servicios —sonrió Umar.

—No habrá venido hasta aquí para felicitarme por la elección de mis criados, don Homero.

Umar y don Iñigo se conocían desde la niñez. Sus abuelos se habían enfrentado en legendarias batallas que ahora pertenecían al folclore de ambos bandos. Luego, los dos héroes habían comenzado a visitarse con regularidad y se habían hecho íntimos amigos. Los abuelos conocían los costes de la guerra y se divertían con los mitos creados en torno a sus nombres.

En los años anteriores a 1492, Iñigo había llamado a su amigo Homero porque tenía dificultades para pronunciar la «U» árabe, pero el uso del prefijo «don» era más reciente, se remontaba exactamente a la conquista de Gharnata. Sin embargo, no había motivos para sentirse ofendido. En el fondo de su corazón, Umar sabía que don Iñigo ya no era su amigo, y sospechaba que don Iñigo sentía lo mismo. No se había visto desde hacía meses, y aunque aquello no era más que una farsa, debían mantener las apariencias. No podían admitir que la amistad se había acabado con la Reconquista.

Las buenas relaciones se habían mantenido mediante el intercambio de frutas frescas y confitadas en sus respectivas fiestas. Sin embargo, la Navidad pasada había sido una excepción y no había llegado ningún obsequio de la familia de Hudayl a la residencia del capitán general, en la al-Hamra. El muro de fuego se había encendido apenas unas semanas antes del cumpleaños de Cristo y Umar bin Abdallah no había sido el único noble musulmán dispuesto a boicotear las celebraciones.

Don Iñigo había mandado llamar a su viejo amigo con el claro propósito de



Librodot

reparar el abismo que se había abierto entre ellos y allí estaba, como en los viejos tiempos, tomando café mientras miraba a través de las elaboradas figuras talladas en la ventana. Sin embargo, en otras épocas Umar habría estado sentado con el sultán Abu Abdullah, como miembro de su consejo, asesorando a su mandatario sobre las relaciones de Gharnata con sus vecinos cristianos.

—Don Homero, sé muy bien que está enfadado. Debería haberse quedado en casa aquella noche. ¿Cómo era aquello que me dijo su abuelo una vez? Ah, sí, ya lo recuerdo: Ojos que no ven, corazón que no siente. Quiero que sepa que la decisión no fue mía. Fue Cisneros, el arzobispo de la reina, quien ordenó quemar los libros de erudición.

—Usted es el capitán general de Gharnata, don Iñigo.

-Sí, ¿pero cómo desafiar la voluntad de la reina Isabel?

—Recordándole el tratado que ella y su esposo firmaron en esta misma habitación, en su presencia y la mía, hace ocho años. Sin embargo, permaneció callado y desvió la mirada mientras en esta ciudad se perpetraba una de las mayores infamias del mundo civilizado. Los tártaros que quemaron la biblioteca de Baghdad hace doscientos años eran analfabetos temerosos de la palabra escrita. En su caso, se trató de un acto instintivo, pero lo que ha hecho Cisneros es mucho peor. Se hizo a sangre fría, se planeó cuidadosamente...

—Yo...

—¡Sí, usted! Su Iglesia taló un árbol que prodigaba su sombra generosamente a todos. Creen que ese acto va a beneficiar a su bando y es probable que así sea, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Durante un siglo? ¿Dos? Es posible, pero a la larga esta civilización está condenada. Será superada por el resto de Europa. Supongo que comprenderá que han destruido el futuro de la península. Unos hombres que destruyen libros, torturan a sus oponentes y queman a los herejes en hogueras no pueden ser capaces de construir un hogar con cimientos sólidos. La maldición de la Iglesia será fatal para esta península.

»Perdóneme —dijo Umar interrumpiéndose, consciente de que estaba a punto de perder la compostura. Luego esbozó una tímida sonrisa—. No he venido aquí para pronunciar un sermón. Predicar a los vencedores es un acto de presunción por parte de los vencidos. A decir verdad, he venido a intentar descubrir cuáles son sus planes con respecto a nosotros.

Don Íñigo se puso de pie y comenzó a caminar de un extremo al otro de la sala de audiencias. Tenía dos opciones: podía calmar a su amigo con dulces palabras, asegurarle que pasara lo que pasara, el Banu Hudayl seria libre de seguir viviendo como siempre. Le habría gustado prometerle eso y mucho más, pero sabía que no era cierto, por más que él deseara que lo fuera. Si actuaba así, sólo conseguiría enfurecer más a Homero, que lo vería como un nuevo ejemplo de falsedad cristiana. Por consiguiente, el conde decidió olvidar la diplomacia.

—Seré franco con usted, amigo mío. Usted sabe lo que me gustaría y ve cómo voy vestido. Mi séquito está formado por judíos y moros. Para mí, Granada sin ellos es como un desierto sin oasis; pero estoy solo. La Iglesia y la corte han decidido que su religión debe ser expulsada para siempre de estas tierras, y tienen los soldados y las



Librodot

armas necesarios para asegurarse de que así sea. Sé que habrá actos de resistencia, pero serán absurdos e inútiles para su causa, pues tarde o temprano los venceremos. Cisneros lo sabe mejor que nadie. ¿Iba a decir algo?

—Que si hubiéramos usado la fuerza para enfrentarnos al cristianismo, como ustedes hacen ahora, nunca habríamos llegado a esta situación.

—Sus palabras son tan sabias como el búho de Minerva. Sin embargo, ustedes intentaron traer la civilización a toda la península, sin fijarse en la fe o el credo de la gente. Fue un acto noble, pero ahora deben pagar su precio. La guerra acabará tarde o temprano con la victoria de un bando y la derrota final del otro. Mi consejo es que usted y su familia se conviertan al cristianismo de inmediato. Si lo hacen, le prometo que yo personalmente llevaré a Cisneros a su hacienda para que los bendiga. Es la mejor protección que puedo ofrecer a su familia y a su aldea. No se ofenda si le parezco cínico, amigo mío, pero en definitiva lo importante para usted y los suyos es defender sus vidas y las propiedades que han pertenecido a su familia durante tanto tiempo. Sé que el obispo de Qurtuba también ha intentado convencerlos, pero...

Umar se levantó y saludó a don Íñigo.

—Aprecio su franqueza —dijo—. Es usted un verdadero amigo, pero no puedo aceptar sus palabras. Mi familia no está dispuesta a jurar lealtad a la Iglesia romana ni a ninguna otra. Lo he pensado varias veces, don Iñigo, e incluso intenté un asesinato. No se asuste; sólo pretendía matar nuestro pasado, exorcizar de una vez para siempre nuestros recuerdos, pero son criaturas obcecadas y se resisten a morir. Tengo la impresión de que si nuestros papeles estuvieran invertidos, su respuesta no habría sido muy distinta a la mía.

—No estoy seguro. Míreme, creo que habría sido un mahometano bastante bueno. ¿Cómo está el pequeño Yazid? Esperaba que lo trajera con usted.

—No es el momento apropiado. Ahora, si me disculpa, debo retirarme. Que la paz sea con usted, don Íñigo.

—Adiós, don Homero. Por mi parte, me gustaría continuar nuestra amistad.

Umar sonrió, pero abandonó la sala sin decir nada. Su caballo y su guardaespaldas lo esperaban en el Jannat-al-Arif, el jardín de verano donde había conocido a Zubayda, pero Umar no estaba de humor para los recuerdos nostálgicos. Las palabras terminantes de Mendoza aún resonaban en sus oídos y ni siquiera el murmullo mágico del agua de los jardines podía distraerlo. Apenas unas semanas atrás, veía a Gharnata como una ciudad ocupada, que seria liberada en el momento indicado. Los castellanos tenían muchos enemigos dentro y fuera de su territorio, y en cuanto se enzarzaran en otra guerra, los musulmanes tendrían la oportunidad de atacar. Todo debía subordinarse a ese objetivo; Umar había insistido en ello en las diversas reuniones de nobles musulmanes que se habían realizado desde la rendición de la ciudad.

Sin embargo, el muro de fuego lo había cambiado todo, y ahora el capitán general confirmaba sus peores presagios. Los adoradores de iconos no se contentaban con su presencia militar en Gharnata. Habían sido demasiado ingenuos al creer que respetarían los tratados. También querían ocupar sus mentes, penetrar en sus corazones, remodelar



Librodot

sus almas. No descansarían hasta que lo consiguieran.

Gharnata, otrora el más seguro refugio para los seguidores del Profeta en al-Andalus, se había convertido en un peligroso horno.

«Si permanecemos aquí, estamos acabados», dijo Umar para sus adentros.

No pensaba sólo en el Banu Hudayl, sino en el destino de todo el islamismo en al-Andalus. El guardaespaldas, sorprendido por la brevedad de la entrevista, corrió hacia la puerta del jardín con la espada y la pistola de su amo. Umar cabalgó hasta los establos, sumido en sus pensamientos. Allí desmontó y caminó los pocos centenares de metros que lo separaban de la familiar y reconfortante mansión de su primo Hisham, situada en el barrio antiguo.

Mientras su padre estaba en la-Hamra, Zuhayr pasaba la mañana en los baños públicos, con sus amigos. Tras el baño de vapor, los encargados de los baños los restregaron con esponjas duras y los lavaron con jabón. Luego pasaron a las tinas, donde estaban solos. Allí se relajaron y comenzaron a intercambiar confidencias. Los amigos de Zuhayr admiraron la pequeña cicatriz del hombro del joven.

Sólo en Gharnata había más de sesenta baños como aquél. Las tardes estaban reservadas a las mujeres, por lo tanto los hombres no tenían otra opción que bañarse por las mañanas. El uso de los baños donde Zuhayr se encontraba aquel día estaba restringido por tradición a los nobles y sus hijos. Alguna que otra vez, sobre todo durante el verano, la gente acudía a bañarse a la luz de la luna en grupos mixtos, sin ayudantes, pero era evidente que aquellas raras ocasiones habían llegado a su fin con la conquista.

En los viejos tiempos, antes de la caída de Gharnata, los baños habían sido una fuente de cotilleo político y social. Las conversaciones solían girar en torno a proezas y aventuras sexuales. A veces, sobre todo en las sesiones de la tarde, se recitaba y discutía poesía erótica. Ahora sólo importaba la política: la última reseña de atrocidades, la conversión de alguna familia, los sobornos ofrecidos a la Iglesia y, por supuesto, la desgraciada noche en que habían quemado su memoria colectiva, un hecho que había obligado a tomar partido incluso a aquellos que antes expresaban una indiferencia total hacia las cuestiones de Estado.

La temperatura política de los baños donde estaba Zuhayr había disminuido. Dos días antes, habían muerto tres alfaquíes como consecuencia de las torturas recibidas y el miedo comenzaba a surtir efecto. Reinaba un clima general de desesperación y fatalismo. Zuhayr, que había estado escuchando pacientemente a sus amigos, todos descendientes de la aristocracia musulmana en Gharnata, alzó la voz de forma súbita:

—Nuestras opciones están claras: convertirse, dejarse asesinar o morir con la espada en la mano.

Musa bin Alí había perdido a dos hermanos en el caos que había precedido la entrada de Isabel y Fernando en la ciudad. Su padre había muerto defendiendo el fuerte de al-Hama, situado al oeste de Gharnata. Ahora su madre se aferraba a él con una desesperación que le resultaba exasperante, pero el joven sabía que no podía



Librodot

olvidar su responsabilidad para con ella y con sus dos hermanas. En las escasas ocasiones en que Musa hablaba, todos le escuchaban en respetuoso silencio.

—Las opciones que señala nuestro hermano Zuhayr bin Umar son correctas, pero en su impaciencia ha olvidado otra, aquella que eligió Abu Abdullah. Al igual que él, podríamos cruzar el agua y encontrar un hogar en la costa del Magreb. Debo añadir que es lo que mi madre desea que hagamos.

—¿Por qué vamos a irnos? —preguntó Zuhayr con los ojos brillantes de ira—. Este es nuestro hogar. Mi familia construyó al-Hudayl. Antes de que ellos llegaran aquí era sólo un terreno yermo. Nosotros levantamos la aldea, regamos las tierras, cultivamos los huertos, plantamos naranjales, granados, limas, palmeras y arroz. Yo no soy un bereber y no tengo nada que hacer en el Magreb. Viviré en mi tierra y mataré al infiel que intente quitármela por la fuerza.

La temperatura de los baños se elevó de forma drástica. Entonces un joven de rasgos exquisitamente cincelados, piel oliveña y ojos del color del mármol verde, carraspeó de forma sugestiva. No tendría más de dieciocho o diecinueve años. Todos lo miraron. Era nuevo en la ciudad, adonde había llegado unas semanas antes procedente de Balansiya. Con anterioridad había estado en la prestigiosa Universidad de Al-Azhar, en al-Qahira. Había venido a realizar una investigación histórica sobre la vida y obra de su bisabuelo, Ibn Khaldun, y a estudiar algunos manuscritos de las bibliotecas de Gharnata. Sin embargo, había tenido la desgracia de llegar el mismo día que Cisneros había elegido para quemar los libros. El hombre de los ojos verdes estaba desesperado; había llorado toda la noche en su minúscula habitación del Funduq al-Yadida, y a la mañana siguiente había decidido el curso que tomaría su vida. Hablaba con voz suave, y la musicalidad de su acento fascinaba a los demás bañistas tanto como el contenido de su mensaje.

—Cuando vi las llamas en Bab al-Ramla, consumiendo la obra de siglos, pensé que todo había acabado. Fue como si Satanás hubiera hundido su puño venenoso en el corazón de una montaña, cambiando el curso de un arroyo. Todo lo que habíamos plantado estaba marchito, muerto. El tiempo mismo se había petrificado y aquí, en al-Andalus, ya estábamos del otro lado del infierno. Quizás debería hacer mi equipaje y regresar al este...

—Nadie podría culparte por ello —dijo Zuhayr—. Tú viniste a estudiar, y aquí ya no hay nada que estudiar. Harías bien en volver a la Universidad de al-Azhar.

—El consejo de mi amigo es acertado —añadió Musa—. Ahora no podemos hacer nada más que jactamos del tesón de nuestros padres.

—En eso difiero contigo —respondió Zuhayr—. Sólo aquel que habla de lo que él mismo es, y no de lo que eran su abuelo o su padre, puede considerarse verdaderamente noble y valiente.

—Estoy de acuerdo con Zuhayr bin Umar —dijo el joven de los ojos verdes—. ¿Por qué hombres como vosotros, antiguos caballeros y reyes, tendríais que abandonar vuestros castillos al enemigo y convertiros en simples peones? Demostrad quiénes sois y desafiad a los cristianos. Cisneros cree que no os quedan fuerzas para luchar. Os obligará a acercaros cada vez más al borde del abismo, y al final, con un último empujón, os arrojará al vacío.



Librodot

»Mis amigos de Balansiya me dijeron que en todo el país los inquisidores se preparan para el golpe final. Pronto nos prohibirán usar nuestra lengua; se condenará a muerte a todo aquel que hable en árabe. No nos permitirán usar nuestras ropas y se dice que destruirán todos los baños públicos del país. Prohibirán nuestra música, nuestros banquetes de boda y nuestra religión. Todo esto sucederá en los próximos años. Abu Abdullah cometió un gran error al entregarles esta ciudad sin pelear. Los hizo sentir más seguros.

—¿Y tú qué sugieres, extraño? —preguntó Zuhayr.

—No podemos permitir que crean que aceptamos lo que han hecho. Debemos organizar una insurrección.

Por un instante nadie se movió; todos permanecieron paralizados de asombro ante aquellas palabras. Sólo el sonido del agua corriendo en los baños acompañaba sus pensamientos y temores. Por fin. Musa desafió directamente al joven erudito egipcio.

—Si yo estuviera convencido de que un levantamiento contra Cisneros y sus demonios triunfaría y nos permitiría volver atrás una sola página de nuestra historia, sería el primero en sacrificar mi vida, pero tus dulces palabras no me han persuadido. Tú propones un gesto glorioso, que luego se recuerde en los tiempos venideros. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué beneficios obtendremos de él? Los gestos presuntuosos y las grandes palabras han sido la maldición de nuestra religión, desde el comienzo de los tiempos. —Puesto que nadie respondía a sus objeciones, Musa sintió que había aventajado al qahirene e insistió en su ofensiva—. Los cristianos cazan distintas presas de distintos modos y en distintas estaciones, pero a nosotros han comenzado a cazarnos durante todo el año. Acepto que no debemos permitir que el miedo altere nuestras vidas, pero tampoco debemos hacer sacrificios innecesarios. Tenemos que aprender de los judíos a vivir en condiciones de penuria. Los seguidores del islamismo aún viven en Balansiya, ¿no es cierto? ¿Y también en Aragón? Escuchadme, amigos, estoy en contra de hacer cualquier locura.

—¿Y te convertirías al cristianismo sólo para sobrevivir, Musa? —preguntó Zuhayr con furia.

—¿Acaso no lo han hecho los judíos para conservar su posición? ¿Por qué no íbamos a imitarlos? Dejemos que nos presionen tanto como quieran. Aprenderemos nuevos métodos de resistencia aquí, en nuestras mentes.

—¿Sin nuestra lengua ni nuestros libros de ciencia? —preguntó el nieto de Ibn Khaldun.

Musa lo miró y suspiró.

—¿Es verdad que sigues la línea del maestro Ibn Khaldun? —Ibn Daud asintió con una sonrisa—. Entonces —continuó Musa— deberías saber mejor que nadie la advertencia que tu noble antepasado dirigió a hombres como tú: los eruditos son las personas menos apropiadas para la política y sus asuntos.

—Quizás Ibn Khaldun se estuviera refiriendo a su propia experiencia, que no fue nada dichosa —respondió Ibn Daud con una sonrisa pícara—. Sin embargo, aunque él fuera un gran filósofo, no debemos tratarlo como un profeta cuya palabra es sagrada. La pregunta que debes hacerte es muy simple: ¿cómo defender nuestro pasado y



Librodot

nuestro futuro de estos bárbaros? Si tienes una solución mejor, te ruego que la expongas y me convenzas.

—Yo no tengo todas las respuestas, amigo, pero sé que lo que tú propugnas es un error.

Con estas palabras, Musa salió del agua y dio una palmada. Los asistentes acudieron de inmediato con toallas y comenzaron a secarlo. Los demás le siguieron enseguida y luego pasaron a otra sala, donde los criados aguardaban con batas. Antes de marcharse, Musa abrazó a Zuhayr y le susurró al oído:

—Recuerda que puedes encontrar veneno hasta en las copas del más dulce vino.

Zuhayr no lo tomó en serio. Conocía bien las presiones que Musa sufría en su vida cotidiana y lo comprendía, pero ésa no era razón suficiente para actuar con cobardía cuando había tantas cosas en juego. Aunque Zuhayr no deseaba discutir con su amigo, tampoco podía guardar silencio y esconder sus propios pensamientos.

—¿Cómo debemos llamarte? —dijo girándose hacia el extraño.

—Ibn Daud al-Misri.

—Me gustaría hablar más contigo. ¿Me permites acompañarte al albergue donde te hospedas? Te ayudaré a preparar el equipaje y te conseguiré un caballo para viajar conmigo a al-Hudayl. Confía en Alá. Hasta es probable que encuentres algunos manuscritos de Ibn Khaldun en nuestra biblioteca. ¿Sabes montar?

—Acepto tu invitación con sumo placer. Es muy amable de tu parte. Y sí, sé montar.

Luego Zuhayr hizo una invitación más general al resto del grupo:

—Reunámonos en mi aldea dentro de tres días. Entonces haremos planes y discutiremos la forma de llevarlos a cabo. ¿De acuerdo?

—¿Por qué no te quedas a pasar la noche y charlamos ahora? -preguntó Haroun bin Mohammed.

—Porque mi padre está en la ciudad e insistió en que pasara la noche en casa de mi tío, pero yo le dije que deseaba regresar a casa. No es conveniente que lo defraude tan abiertamente. ¿Nos vemos dentro de tres días?

Por fin llegaron a un acuerdo. Zuhayr cogió a Ibn Daud del brazo y le acompañó hasta la calle. Caminaron de prisa hacia el albergue, recogieron las pertenencias de Ibn Daud y luego se dirigieron a los establos. Zuhayr tomó prestado un caballo de su tío para su amigo, y antes de que Ibn Daud tuviera tiempo de reponerse de la precipitación de los acontecimientos, ya estaban viajando hacia al-Hudayl.

El tío de Zuhayr, Ibn Hisham, vivía en una bonita casa, a cinco minutos de Bab al-Ramla. En apariencia, la entrada de la casa no se diferenciaba de las otras viviendas de la calle, pero si uno la estudiaba con atención, descubría que las dos puertas contiguas, con incrustaciones de baldosas azul turquesa, eran falsas. Ningún extraño podía imaginar que detrás de los portales enrejados se alzaba un palacio de mediano



Librodot

tamaño. Un pasadizo subterráneo conectaba las distintas alas de la mansión por debajo de la calle y también servia de ruta de escape hacia Bab al-Ramla. Los comerciantes no corrían riesgos.

Justamente a aquel pequeño palacio había ido a refugiarse Umar bin Abdallah después de su desafortunado encuentro con el capitán general de Gharnata.

Ibn Hisham y Umar eran primos. El padre del primero, Hisham al-Zaid, era hijo de la hermana de Ibn Farid. Ibn Hisham se había establecido en Gharnata después de la muerte de su tío Ibn Farid, que había sido su tutor tras la temprana muerte de sus padres, asesinados por unos bandidos durante un viaje a Ishbiliya. Mientras escalaba posiciones para convertirse en el principal asesor económico del sultán, en la al-Hamra, había aprovechado su puesto y su talento para amasar su propia fortuna. Las relaciones entre los dos primos eran amables y amistosas, quizás porque nunca se habían visto obligados a pelear por la propiedad de al-Hudayl. Después de la muerte prematura del padre de Umar, su tío Hisham al-Zaid había ayudado a su sobrino a superar la pérdida afectiva y, lo que es más importante, le había enseñado el arte de llevar un hacienda, explicándole las diferencias entre el comercio en las ciudades y el cultivo de la tierra de este modo:

—Para nosotros, en Gharnata, lo más importante son las mercancías que vendemos. Aquí, en al-Hudayl, lo fundamental es la habilidad para comunicarse con los campesinos y comprender sus necesidades. En los viejos tiempos, la guerra unía a los campesinos con Ibn Farid y su abuelo. Todos luchaban bajo la misma bandera y eso era importante. Sin embargo, las cosas han cambiado. A diferencia de las mercancías que nosotros compramos o vendemos, tus campesinos pueden pensar y actuar. Si recuerdas siempre este simple hecho, no tendrás grandes problemas.

Hisham al-Zaid había muerto un año después de la caída de la ciudad. Nunca había estado enfermo y los cotilleos del mercado atribuían su muerte a un asunto sentimental. Es probable que así fuera, pero lo cierto es que había celebrado su octogésimo cumpleaños pocas semanas antes de su muerte.

Umar estaba abatido desde su regreso de la al-Hamra. Se había bañado y había descansado, pero el silencio en que había permanecido sumido durante la cena preocupaba a todos los presentes. Había declinado con firmeza la propuesta de Ibn Hisham de traer bailarinas y una botella de vino. Umar no podía comprender el buen humor de la familia de su primo. Aunque sabía que la gente podía acostumbrarse a la adversidad, intuía que ocurría algo más. Durante su reseña del encuentro con don Iñigo se habían abstenido de expresar su opinión. Luego, cuando él se había burlado de la insinuación del capitán general de que todo musulmán debía convertirse al cristianismo, Ibn Hisham y su esposa, Muneeza, había intercambiado extrañas miradas. Umar tenía la impresión de que se alejaban de él, empujados por corrientes ocultas. Cuando por fin los dos hombres se encontraron solos, sentados frente a frente en el suelo, Umar estaba a punto de estallar.

Sin embargo, en el preciso momento en que se disponía a hablar, oyó un golpe en la puerta. Umar notó que los rasgos de Ibn Hisham se tensaban y aguardó a que entrara un criado y anunciara al recién llegado. Tal vez don Iñigo había cambiado de opinión y enviaba un mensajero para pedirle que regresara a toda prisa a la al-Hamra. Pero en lugar de un criado, entró una figura familiar vestida con un hábito. De repente, Umar



Librodot

comprendió claramente la situación.

—Mi querido obispo. No sabía que estabas en Gharnata.

El anciano ordenó que le acercaran una silla y se sentó. Umar comenzó a caminar de un extremo al otro de la sala. Entonces su tío le habló con una voz que contrastaba notablemente con su aparente fragilidad:

—Siéntate, sobrino. Yo sí sabía que estabas en Gharnata, y por eso he venido. Por fortuna, el hijo de mi difunto primo Hisham al-Zaid, que en paz descanse, tiene más juicio que tú. ¿Qué es lo que te ocurre, Umar? ¿Acaso el mando del Banu Hudayl es una carga tan pesada para ti que has perdido tus facultades? ¿No te avisé que no se limitarían a quemar nuestros libros? ¿No intenté advertirte sobre las consecuencias de aferrarte ciegamente a una fe que ya está acabada en esta península?

—¿Acabada, tío? —dijo Umar ardiendo de ira—. ¿Por qué no levantas tu hermoso hábito púrpura por un instante para que podamos ver tu pene? Creo que le falta un pequeño trocito de piel. ¿Por qué no te aferraste ciegamente a ese trocito de piel, tío? Tampoco te cohibiste nunca a la hora de usar el implemento en sí. ¿Cuántos años tiene tu hijo Juan? ¿Veinte? O sea que nació cinco años después de que te convirtieras en sacerdote. ¿Y qué ocurrió con su madre, nuestra desconocida tía? ¿La obligaron a abandonar el convento, o acaso la madre superiora era también partera en su tiempo libre? ¿Cuándo se te reveló la fe, tío?

—¡Basta ya, Umar! —gritó su primo—. ¿Qué sentido tiene todo esto? El obispo sólo intenta ayudarnos.

—No estoy enfadado contigo, Umar bin Abdallah. Me gusta tu espíritu; me recuerda mucho a mi padre. Sin embargo, todo aquel que desee dedicarse a la política debe recordar una ley: es imprescindible prestar atención al mundo real y a lo que ocurre en él. Es preciso estudiar en detalle cada circunstancia que acompaña o sucede a un hecho. Me lo enseñó mi tutor, cuando tenía la edad de Yazid. Las clases se llevaban a cabo en ese patio que tu familia ama tanto, ese donde corre el agua. Siempre por las tardes, cuando estaba inundado de sol.

»Entonces me enseñaron que jamás debía basar mis ideas sobre especulaciones, sino moldearías de acuerdo a las realidades que existían en el mundo exterior. Era imposible que Gharnata sobreviviera. Tres meses antes de la rendición, tú mismo me dijiste que un oasis islámico es un desierto cristiano. ¿Recuerdas mi respuesta?

—Por supuesto —murmuró Umar e imitó al viejo—: «Si lo que dices es cierto, Umar bin Abdallah, las cosas no pueden seguir así. El oasis debe ser capturado por los guerreros del desierto». SÍ, tío, lo recuerdo, pero ahora dime algo...

—¡No! Dime tú algo: ¿Quieres que confisquen las haciendas de la familia? ¿Quieres que os maten a ti y a Zuhayr? ¿Que Zubayda y tus hijas pasen a formar parte del hogar de tu asesino? ¿Que Yazid se convierta en esclavo de algún sacerdote y malgaste su niñez haciendo de monaguillo? ¡Respóndeme! —Umar temblaba. Bebió un sorbo de agua y se limitó a mirar fijamente a Miguel—. ¿Y bien? —continuó el obispo de Qurtuba—. ¿Por qué no hablas? Todavía estás a tiempo, por eso usé todas mis influencias para organizar el encuentro de esta mañana en la al-Hamra. Por eso convencí a Cisneros de que viniera a celebrar los bautizos en la aldea. Es la única posibilidad de sobrevivir, hijo mÍo. ¿Crees que me convertí al cristianismo y me



Librodot

transformé en obispo porque tuve una revelación? En la única revelación que tuve vi la destrucción de nuestra familia. Llegué a esta decisión inducido por razones políticas, no religiosas.

—Sin embargo —dijo Umar—, vistes el hábito de obispo con asombrosa naturalidad. Es como si lo llevaras desde que naciste.

—Búrlate cuanto quieras, sobrino, pero asegúrate de tomar la decisión correcta. Recuerda lo que dijo el Profeta: «Confía en Dios, pero primero amarra a tu camello». Te facilitaré otra información, aunque sé que si se divulga, la Inquisición pedirá mi cabeza: todavía hago mis abluciones y me inclino ante La Meca todos los viernes. —Los dos sobrinos de Miguel se sobresaltaron y el anciano rió—. En épocas de primitivismo, uno debe aprender el arte de comportarse como un ser primitivo. Por eso me uní a la Iglesia de Roma, aunque sigo convencido de que nuestra forma de concebir el mundo está mucho más próxima a la verdad. Sólo te pido que hagas lo mismo. Tu primo y su familia ya han aceptado y yo mismo los bautizaré mañana. ¿Por qué no te quedas a presenciar la ceremonia? Habrá acabado antes de que puedas decir...

—¿Que no hay más Dios que Alá y que Mahoma es su profeta?

—Exacto. Podrás seguir diciendo eso para tus adentros todos los días.

—Mejor morir libre que vivir como esclavo.

—Estupideces de ese tipo condujeron a tu fe a la derrota en esta península.

Umar miró a su primo, pero Ibn Hisham desvió la mirada.

—¿Por qué? —le gritó Umar—. ¿Por qué no me lo dijiste? Es como si me clavaras un puñal en el corazón.

Ibn Hisham alzó la vista. Su cara estaba empapada en lágrimas. «Qué extraño —pensó Umar al ver la congoja en el rostro de su primo—; cuando éramos jóvenes, él era más fuerte que yo. Supongo que se deberá a sus nuevas responsabilidades, pero yo también tengo las mías y son incluso más grandes. Él debe defender su negocio, su profesión, su familia; yo, en cambio, las vidas de dos mil personas.» Sin embargo, la expresión de su primo conmovió a Umar y sus propios ojos se llenaron de lágrimas.

Por un instante, mientras los dos primos se miraban con tristeza, Miguel recordó su juventud. Los jóvenes eran inseparables y su amistad había continuado mucho después de que ambos se casaran. Sin embargo, cuando empezaron a madurar y a dejarse absorber por las preocupaciones de sus propias familias, la frecuencia de sus visitas disminuyó. La distancia entre la hacienda familiar en la aldea y la casa de Ibn Hisham en Gharnata pareció crecer. A pesar de todo, cuando los primos se reunían, intercambiaban confidencias, hablaban de sus familias, sus propiedades, su futuro y, por supuesto, de los cambios que tenían lugar en el mundo. Ibn Hisham había sentido un gran dolor al esconder su decisión a Umar. Era el momento más importante de su vida, y sentía que lo que hacía garantizaría protección y estabilidad a sus hijos y a los hijos de éstos.

Ibn Hisham era un opulento mercader que se enorgullecía de su talento para juzgar la naturaleza humana. Sabía tomarle el pulso a la ciudad y había tomado la decisión de convertirse al cristianismo guiado por el mismo instinto que treinta años



Librodot

antes le había inducido a invertir todo su oro en la importación de brocados de Samarcanda. Entonces, había logrado triplicar su dinero en un año.

No tenía intención de engañar a Umar, pero temía que su primo intentara convencerlo de que estaba equivocado valiéndose de la obcecación intelectual y del rigor moral que siempre habían inspirado una mezcla de respeto y miedo en su extensa familia. Ibn Hisham no quería que intentaran persuadirlo, y así se lo dijo, esperando que Umar lo comprendiera y lo perdonara. Pero su primo continuó mirándolo con furia hasta que Ibn Hisham sintió que el fuego de sus ojos le atravesaba la cabeza. En el transcurso de unos pocos minutos, el abismo que se había abierto entre los dos hombres se volvió tan ancho que ni siquiera pudieron hablarse.

Por fin, Miguel rompió el silencio:

—Mañana iré a al-Hudayl.

—¿Por qué?

—¿Pretendes acaso negarme el derecho a entrar en la casa donde nací? Sólo deseo ver a mi hermana. No me entrometeré en tu vida.

Umar advirtió que había estado a punto de transgredir el código familiar. No podía hacerlo y se retractó enseguida. Sabía que Miguel estaba decidido a hablar con Zubayda para convencerla de la necesidad de la conversión. El viejo astuto pensaba que ella aceptaría más fácilmente sus nefastos planes. El viejo demonio era más transparente que el cristal.

—Discúlpame, tío. Estaba pensando en otra cosa. Serás bienvenido a casa como siempre. Cabalgaremos juntos al amanecer. Oh, perdona, olvidaba que tienes que celebrar un bautizo, así que me temo que tendrás que viajar solo. Ahora, quisiera pedirte un favor.

—Habla —dijo el obispo de Qurtuba.

—Me gustaría quedarme a solas con el hijo de mi tío.

Miguel sonrió y se puso de pie. Ibn Hisham dio una palmada y entró un criado con una lámpara para acompañar al clérigo a su habitación. Los dos hombres se sintieron más relajados en su ausencia. Umar miró a su primo y amigo con expresión distante. La furia se había convertido en dolor y resignación. Presintiendo una separación, que bien podría ser definitiva, Ibn Hisham extendió una mano. Umar la cogió por un instante y luego la dejó caer. La tristeza que sentían ambos era tan profunda que no tenían necesidad de hablar.

—Sólo por si tienes alguna duda —comenzó Ibn Hisham—, quiero que sepas que mis razones para convertirme no tienen nada que ver con la religión.

—Eso es lo que más me apena. Si te hubieras convertido sinceramente, habría discutido contigo y me habría entristecido, pero no hubiera sentido rabia ni amargura. Sin embargo, no debes preocuparte, pues no intentaré hacerte cambiar de opinión. ¿El resto de la familia ha aceptado tu decisión?

Ibn Hisham asintió con la cabeza.



Librodot

—Ojalá el tiempo se detuviera —dijo.

Umar rió con todas sus fuerzas e Ibn Hisham se sobresaltó. Era una risa extraña, como un eco lejano.

—Acabamos de salir de una catástrofe —dijo Umar—, y nos encaminamos hacia otra.

—¿Puede ocurrir algo peor, Umar? Quemaron nuestra cultura, y ya nada de lo que hagan podrá herirme. En comparación, habría sido un alivio que me ataran a una estaca y me mataran a pedradas.

—¿Por eso deseas convertirte?

—No, una y mil veces no. Es por mi familia, por su futuro.

—Cuando pienso en el futuro, ya no veo el intenso azul del cielo —confesó Umar—. No veo más claridad, sino una densa niebla, una oscuridad primitiva que nos envuelve a todos, y en las profundidades de mis sueños reconozco las tentadoras costas de África. Ahora debe despedirme y retirarme a descansar, pues mañana me iré antes de que vosotros os levantéis.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? Todos nos levantaremos para la oración de la mañana.

—¿Incluso en el día de vuestro bautizo?

—Especialmente en ese día.

—Entonces hasta mañana. Que la paz sea contigo.

—La paz sea contigo. —Ibn Hisham hizo una pausa y luego dijo—: ¿Umar?

—¿Sí?

Se acercó con rapidez y abrazó a Umar, que permaneció inmóvil, con los brazos a los lados. Luego, Ibn Hisham comenzó a llorar otra vez y su primo le abrazó con fuerza. Se besaron en las mejillas e Ibn Hisham acompañó a Umar a su habitación, una habitación reservada exclusivamente para su uso.

Umar no podía dormir, una multitud de voces ansiosas resonaban en su cabeza. Aquel veneno fatal se extendía día a día. A pesar de sus declaraciones de firmeza en público, estaba lleno de dudas. ¿Era justo exponer a sus hijos a décadas de tortura, al exilio e incluso a la muerte? ¿Qué derecho tenía él a imponerles su decisión? ¿Acaso había criado hijos para entregarlos a sus verdugos?

Su mente comenzó a rugir como un arroyo subterráneo; eran los salvajes tormentos de la memoria. Sufría por los años olvidados, por la primavera de su vida. Ibn Hisham estaba con él la primera vez que vio a Zubayda, deambulando como un alma perdida por los jardines de la al-Hamra con una capa sobre los hombros. Nunca olvidaría aquella escena. Un rayo de sol que se colaba entre el follaje teñía de dorado sus cabellos rojizos. Lo primero que le sorprendió de ella fue su frescura, sin



Librodot

rastros de la voluptuosa indolencia que caracterizaba a todas las mujeres de su familia. Arrobado por su belleza, se quedó paralizado en su sitio. Deseaba acercarse a tocar su pelo, a oírla hablar, a ver si la forma de sus ojos cambiaba cuando sonreía, pero se controló. Estaba prohibido recoger albaricoques si aún no estaban maduros. Si entonces hubiera estado solo, la habría dejado marchar, pero Ibn Hisham lo había animado a acercarse y, durante los meses siguientes, había montado guardia para proteger sus citas clandestinas.

Cuando por fin Umar logró conciliar el sueño, ambos lados de su almohada estaban calientes. Su último pensamiento consciente fue levantarse antes del amanecer y regresar a al-Hudayl. No estaba preparado para el cataclismo emocional de una segunda despedida. No quería ver los ojos indefensos de su amigo suplicándole piedad en silencio.

Pero también tenía otra razón: quería revivir los viajes de su juventud perdida, cabalgar a casa en el aire fresco, lejos de los sórdidos bautizos de Miguel; sentir los primeros rayos de sol, desviados por las cumbres de las montañas, y recrear sus ojos con la inagotable reserva de cielos azules. Poco antes de que el sueño lo venciera, Umar tuvo el firme presentimiento de que no volvería a ver a Ibn Hisham.



Librodot

## *CAPÍTULO 5*

—La verdad no puede contradecir a la verdad, ¿no es cierto, Zuhayr?

—Por supuesto, no podría ser de otra manera. Está escrito en el Alcorán, ¿verdad?

—¿Y por eso es cierto?

—Bueno..., quiero decir... Escúchame, anciano, hoy no he venido aquí a discutir blasfemias.

—Entonces te haré otra pregunta: ¿es lícito unir lo que conocemos a través de la razón con aquello que nos dicta la tradición?

—Supongo que sí.

—¡Lo supones! ¿Es que no os enseñan nada hoy en día? ¡Condenados tontos! Te planteo un dilema que ha confundido a nuestros teólogos durante siglos, y lo único que se te ocurre decir es «supongo que sí». No es una buena respuesta. En mis tiempos se enseñaba a los jóvenes a ser más rigurosos. ¿No has leído las obras de Ibn Rushd, uno de nuestros grandes pensadores, y un gran hombre a quien los cristianos de Europa llaman Averroes? Debes de haber leído sus libros. Había por lo menos cuatro en la biblioteca de tu padre.

Zuhayr se sentía avergonzado, humillado.

—Los estudié de tal forma que no pude sacar ninguna conclusión positiva de ellos. Mi maestro decía que Ibn Rushd era un hombre ilustrado, pero también un hereje.

—Los ignorantes sólo pueden difundir ignorancia. Esa acusación es falsa. Ibn Rushd era un gran filósofo, lleno de talento. A mi modo de ver, estaba equivocado, pero no por las razones que te dio ese estúpido que contrataron para que te enseñara teología. Para resolver la supuesta contradicción entre razón y tradición, aceptó las enseñanzas de los místicos, con sus significados aparentes y sus significados ocultos. Sin embargo, aunque es cierto que las apariencias y la realidad no son siempre la misma cosa, Ibn Rushd insistió en que las interpretaciones alegóricas eran el corolario inevitable de la verdad. Es una pena, pero no creo que al afirmar esto se haya basado en motivos fundados.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Zuhayr, molesto—. Tal vez creyó que era la única forma de extender el conocimiento y sobrevivir.

—Era absolutamente sincero —afirmó al-Zindiq con una certeza propia de su edad—. En una ocasión dijo que el peor día de su vida fue aquel en que llevó a su hijo a la mezquita para las plegarias del viernes y una multitud los echó. No le afectó sólo la humillación, sino también la convicción de que las pasiones de la gente sin instrucción acabarían ahogando la religión más moderna del mundo. En cuanto a mí, creo que Ibn Rushd no era suficientemente hereje. Aceptó la idea de que el universo está al servicio de Dios. —Zuhayr comenzó a temblar—. ¿Tienes frío, chico?



Librodot

—No, pero tus palabras me asustan. No he venido aquí a discutir filosofía o a intercambiar insultos teológicos. Si quieres poner a prueba tus ideas, podemos organizar un gran debate en el patio de nuestra casa entre tú y el imán de la mezquita, con todos nosotros como jueces. Estoy seguro de que mi hermana Hind te defenderá, pero ten cuidado. Su apoyo no se diferencia mucho del que proporciona una cuerda a un ahorcado.

Al-Zindiq rió.

—Lo siento —dijo—. Cuando llegaste de repente y sin aviso, yo estaba escribiendo un manuscrito. He dedicado toda mi vida a establecer vínculos entre las guerras teológicas que plagan nuestra religión. Mi cabeza estaba tan llena de esos pensamientos, que me desahogué contigo. Ahora cuéntame tu visita a Gharnata.

Zuhayr suspiró aliviado. Relató los sucesos de los días anteriores sin olvidar un solo detalle. Mientras comunicaba al anciano su decisión de no sufrir más humillaciones sin resistirse, al-Zindiq reconoció una antigua y familiar pasión en su voz. ¡Cuántas veces había oído a jóvenes en la plenitud de su existencia, dispuestos a morir para proteger su honor! No deseaba ver otra vida desperdiciada. Miró a Zuhayr y por un breve instante vio la imagen de un hombre joven amortajado. Al-Zindiq tembló y Zuhayr malinterpretó su actitud, pensando que por fin había logrado contagiar su entusiasmo al sabio.

—¿Qué debemos hacer, al-Zindiq? ¿Qué nos aconsejas?

Zuhayr esperaba a sus amigos de Gharnata aquel día y sabía que el apoyo del anciano les infundiría confianza. Después de hablar durante casi una hora, describiendo las objeciones de Musa y las respuestas de Ibn Daud a sus necedades, pensó que había llegado el momento de ceder la palabra a al-Zindiq.

Zuhayr nunca había necesitado tanto al anciano como entonces, pues a pesar de su jactancia, el bisnieto de Ibn Farid se sentía atormentado por las dudas. ¿Qué ocurriría si todos morían en el intento? Si la consecuencia de sus muertes era el renacimiento de la Gharnata musulmana, el sacrificio no habría sido en vano, pero ¿había alguna posibilidad de que fuera así? ¿Y si, por el contrario, sus actos precipitados conducían a la aniquilación de los fieles del viejo reino, en manos de los caballeros de Jiménez de Cisneros? Zuhayr dudaba que fuera el momento apropiado para marcharse de este mundo.

Al-Zindiq comenzó la contraofensiva con una pregunta aparentemente inocente:

—¿Así que Ibn Daud dice ser bisnieto de Ibn Khaldun?

Zuhayr asintió con impaciencia.

—¿A qué se debe ese tono de desconfianza? ¿Cómo puedes dudar de su palabra sin conocerlo?

—Por lo que dices, parece obcecado e impulsivo. Su bisabuelo no habría sugerido ese tipo de acción. Habría dicho que la victoria sería imposible sin un fuerte sentido de solidaridad social en el bando de los fieles. Justamente esa falta de solidaridad en las filas de los seguidores del Profeta fue lo que nos condujo al declive en al-Andalus. ¿Cómo vais a recrear lo que ya no existe? El ejército os derrotará, y será como un



Librodot

elefante pisando a una hormiga.

—Lo sabemos, pero es nuestra única esperanza. Ibn Daud dijo que un pueblo vencido y sometido por otro desaparece pronto.

—¡Palabras dignas de su bisabuelo! Pero ¿no comprende que ya hemos sido vencidos y que ahora nos están sometiendo? Tráelo aquí. Tráelos a todos aquí esta noche y volveremos a discutir la cuestión con la seriedad que merece. No arriesgáis sólo vuestras vidas; hay muchas cosas más en juego. ¿Tu padre lo sabe?

—Me gustaría decírselo, pero el tío abuelo Miguel ha venido a ver a Zahra...

Zuhayr se interrumpió, pero ya era demasiado tarde. Había pronunciado el nombre prohibido. Miró a al-Zindiq y éste le sonrió.

—Me preguntaba cuándo ibas a nombrarla. En la aldea no se habla de otra cosa. No tiene importancia, jovencito, todo sucedió hace muchos años. Iba a contártelo en tu última visita, pero la llegada de tu criado me interrumpió. De modo que ahora sabes por qué desapareció al-Zindiq y por qué le envían comida.

—Si la amabas, ¿por qué no fuiste a buscarla a Qurtuba? Ella se habría casado contigo.

—El calor y el frío que sentimos en el cuerpo no son nunca constantes, Ibn Umar. Al principio tenía miedo de su padre, ya que él había amenazado con matarme si me acercaba a Qurtuba, pero después hubo algo más.

—¿Qué?

—Quizás Zahra me haya amado tantos años atrás, no lo dudo, pero tenía una forma muy extraña de demostrarlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Zuhayr, perplejo.

—Después de tres meses en Qurtuba, tu tía comenzó a echarse encima del primer noble cristiano que le sonreía. Esa situación se prolongó durante muchos años, demasiados. Cuando me enteré de sus aventuras, estuve enfermo durante mucho tiempo. Pero luego me recuperé, la enfermedad desapareció y volví a sentirme libre, aunque mi corazón había olvidado el aspecto del sol.

—¿Y también olvidaste a la tía Zahra?

—Yo no he dicho eso, ¿verdad? ¿Cómo iba a olvidarla? Sin embargo, las puertas de mi corazón estaban cerradas. Luego oí historias sobre incidentes similares con otros hombres y decidí taparme los oídos con algodón. Muchos años después, Amira me dijo que Zahra estaba en el *maristan* de Gharnata.

—Creo que lo que no te dijo fue que la tía abuela Zahra estaba tan cuerda como tú o como yo. Fue enviada allí por expreso deseo de su padre, un año antes de que éste muriera. Él creía que su conducta era una forma de castigarlo por no haberla dejado casarse contigo. Eso es lo que me dijo mi madre.

—Los grandes hombres, como Ibn Farid, tienden a creerse el centro del mundo. ¿Acaso no veía que ella sólo se castigaba a si misma?



Librodot

—Se emocionó mucho al ver a su hermano, ¿sabes?, aunque Ama nos había dicho que odiaba a Miguel. Cuando le preguntamos por qué, su expresión se volvió dura como una roca. ¿Miguel tuvo algo que ver en tu destierro, al-Zindiq? Estoy convencido de que él te espiaba.

Al-Zindiq se cogió la cara con las dos manos y fijó la vista en el suelo. Cuando alzó la cabeza, Zuhayr vio el dolor claramente reflejado en sus ojos. Su rostro ajado parecía haberse estirado de forma súbita.

«Qué extraño —pensó Zuhayr—, actúa igual que Ama.»

—Para ti Miguel es un apóstata que cambió el color verde por sus himnos y sus figuras de madera. Lo ves jactarse de ser el obispo de Qurtuba, blasfemar contra tu religión, y te avergüenzas de ser pariente suyo. ¿Me equivoco? —Zuhayr negó con un gesto—. ¿Y si yo te dijera que de niño Meekal al-Malek era divertido y dinámico? No sólo no me espiaba ni iba con cuentos a tu padre, sino que deseaba que Zahra y yo fuéramos felices. Jugaba al ajedrez, con tanta pasión, que si no hubiese hecho otra cosa, habría sido recordado por inventar al menos tres jugadas de apertura que ningún maestro de la península podía igualar, y mucho menos las personas como yo o incluso como el padre del Enano, que era un excelente jugador. A menudo se enfrascaba en disputas filosóficas con sus tutores y revelaba una precocidad que asustaba a todos, sobre todo a su propia madre. Prometía tanto, que Ibn Farid solía decirle a la señora Asma: «No dejes que las criadas lo miren con admiración o le provocarán el mal de ojo». Mucho tiempo después, cuando sucedió lo que sucedió, muchos de nosotros recordamos las palabras de su padre. Mi madre, doncella y confidente de la señora Asma, era la encargada de cuidar a Miguel. A menudo estaba en nuestras habitaciones y yo le quería mucho.

—¿Cómo es posible, entonces, que su barco naufragara de ese modo? —preguntó Zuhayr—. ¿Cuál es el misterio? ¿Cómo enfermó? ¿Qué sucedió, al-Zindiq?

—¿Estás seguro de que quieres saberlo? A veces es preferible ignorar algunas cosas.

—Necesito saberlo y tú eres el único que puede decírmelo.

El viejo suspiró. Sabía que eso no era cierto, y que Amira probablemente sabría mucho más que él, pero dudaba de que alguno de los dos conociera la verdad completa.

Dos mujeres, sólo ellas, habían conocido esa verdad: la señora Asma y su fiel doncella. «Mi amada madre», pensó el viejo solitario de la colina. Ambas habían muerto y al-Zindiq estaba seguro de que su madre había sido asesinada. La familia de Hudayl no confiaba en el destino; sabía que sólo la muerte podía garantizar el silencio total. ¿Quién habría tomado la decisión? Al-Zindiq no había sospechado ni por un momento del padre de Umar, Abdallah bin Farid, pues no era un acto propio de su carácter. Quizás hubiera sido Ibn Hisham, un firme creyente en la necesidad de atar los cabos sueltos. Lo cierto es que los detalles de lo ocurrido habían muerto con su madre.

Varios años más tarde, al-Zindiq y Amira se habían sentado a discutir todo lo que sabían de la tragedia. Sin embargo, como aún no había forma de comprobar que su versión de los hechos fuera la correcta, al-Zindiq se resistía a hablar.

—Al-Zindiq, prometiste decírmelo todo.



Librodot

—Muy bien, pero recuerda una cosa, al-Fahl. Es probable que lo que voy a contarte no sea la verdad completa. No tengo forma de saberlo.

—¡Por favor! Déjame juzgar a mí.

—Cuando tu bisabuelo murió, tus dos abuelas quedaron desoladas. Aunque la señora Maryam no había compartido el lecho con él durante muchos años, todavía le amaba. Aquel día, la señora Asma fue a su cama, y le masajeó los hombros y la nuca, como de costumbre, pero no obtuvo respuesta. Cuando advirtió que la vida había huido del cuerpo de su marido, comenzó a gritar: "¡Maryam, Maryam, ha ocurrido una tragedia!". Mi madre decía que fue el grito más desgarrador que oyó en su vida. Ambas esposas se consolaron mutuamente lo mejor que pudieron.

»Un año después, enterraron a la señora Maryam. La suya fue una muerte lenta y terrible, pues su lengua se cubrió de una carnosidad negra, que le producía horribles sufrimientos. Rogaba que la envenenaran, pero tu abuelo no quería oir hablar de ello. Enviaron a buscar a los mejores médicos de Gharnata e Ishbiliya, pero ellos se mostraron impotentes ante la plaga que cubría su lengua y se extendía por todo su cuerpo. Ibn Sina dijo una vez que esa enfermedad no tenía ni causa ni cura conocidas. Él opinaba que a veces se producía por la acumulación de malos humores, atrapados en la mente del paciente. Sin embargo, fuera cual fuere la causa de su enfermedad, la señora Maryam murió un año después que su esposo.

»La señora Asma se quedó sola. Zahra seguía recluida en el maristan, Meekal estaba en plena adolescencia y no paraba en casa y tu abuelo, aunque era un gran hombre, no destacaba por la viveza de su espíritu. Su esposa, tu abuela, tenía un carácter similar, de modo que la señora Asma pasaba mucho tiempo con tu padre, que entonces tenía unos ocho años. Él se convirtió en un sustituto del amor que sentía por su marido. Fuera de la familia, mi madre era su mejor amiga. Su propia madre, la vieja cocinera Dorotea, se negaba a vivir con su hija a pesar de sus repetidas súplicas. Cuando venía a verla, la calidad de la comida mejoraba notablemente. Sus visitas eran cortas, pero memorables, sobre todo porque solía cocinar pequeños pasteles de almendras, que se deshacían en la boca. Era una excelente cocinera y el padre del Enano aprendió mucho de ella. También se enamoró de ella y se corría el rumor de que... Pero no nos alejemos del tema. La cuestión es que si Dorotea hubiera venido a vivir con Asma después de la muerte de Ibn Farid, quizás no se habría producido aquella tragedia.

Zuhayr estaba tan pendiente del relato, que hasta ahora había podido controlar su curiosidad. En su niñez, cuando escuchaba las interminables historias familiares, solía hacer enfadar a su padre con sus constantes preguntas sobre detalles triviales. La negativa de Dorotea a abandonar a su amo y acompañar a su hija a al-Hudayl le intrigaba desde hacia tiempo, así que interrumpió al orador.

—Eso es extraño, al-Zindiq. ¿Por qué no vino? En la casa de don Álvaro no era más que una cocinera y aquí habría vivido cómodamente hasta su muerte.

—No lo sé, Ibn Umar. Era una mujer muy decente. Creo que simplemente se sentía incómoda en el papel de suegra de un personaje tan importante como Ibn Farid. Tal vez le resultara más fácil aceptar su súbito ascenso social desde la distancia. Para gran pesar de Ibn Farid, se negaba a alojarse en la casa, y cuando venía de visita, mi madre solía cederle nuestra habitación, en el ala de los criados.



Librodot

—¿Cuál fue la tragedia, al-Zindiq? ¿Qué ocurrió? Temo que tengamos que interrumpirnos otra vez por falta de tiempo y no quisiera que pasara eso.

—¿Quieres saber por qué murió la señora Asma y quién mató a mi madre?

—Exacto. La señora Asma no era vieja, ¿verdad?

—No, y ahí estaba el problema. Todavía era joven, llena de vida y orgullosa de su cuerpo. Sólo había tenido dos hijos.

—Los tíos abuelos Miguel y Walid.

—Así es. La muerte de Walid fue un tremendo golpe para todos nosotros. Supón que Yazid pilla una fiebre y muere. Ya ves, la sola idea te entristece. Cuando tu bisabuelo se marchó de este mundo, la señora Asma estaba preparada para tener muchos más hijos. Mi madre me contó que la viuda de Ibn Farid tenía muchos pretendientes, pero que tu abuelo Abdallah los rechazó a todos, pues no podía consentir que la esposa de su padre fuera tratada como cualquier otra mujer. De modo que la señora Asma continuó viviendo en reclusión, rodeada de su familia.

»Tu tío abuelo Hisham se había casado poco antes de la muerte de Ibn Farid y reanudó las actividades comerciales en Gharnata, actividades que, debo decir, todos veían con desagrado a excepción de su madre. Que un miembro del Banu Hudayl se convirtiera en comerciante en el mercado era algo muy parecido a un sacrilegio, un insulto al honor de la familia. En ella había poetas, filósofos, estadistas, guerreros e incluso un pintor loco cuyo arte erótico era apreciado por el califa de Qurtuba, pero todos estaban firmemente asentados en la tierra. Sin embargo, el sobrino de Ibn Farid negociaba con mercaderes, regateaba con dueños de barcos y amaba su profesión. Si Hisham sólo hubiera pretendido ser feliz, lo habrían perdonado. Ibn Farid ya había echado de casa a uno de sus hijos y no deseaba romper con otro. La señora Asma, por otra parte, no le habría permitido que lo hiciera.

—Pero eso parece una locura. ¿Acaso el Banu no desciende de guerreros beduinos, que sin duda comerciaron y regatearon con caravanas cada día de su vida, antes de trasladarse al Magreb? ¿No estás de acuerdo?

—Completamente. Piensa en ello, mi querido al-Fahl: los descendientes de los guerreros nómadas que marcharon de Arabia al Magreb, una vez perdida la necesidad de viajar, se volvieron tan apegados a la tierra que trataban como a un hereje al miembro de la familia que decidía dedicarse a otra cosa.

A Zuhayr, que estaba muy unido a los hijos de Ibn Hisham, siempre le había intrigado la actitud desdeñosa de su abuelo hacia ellos.

—No estoy seguro de que sea así —dijo Zuhayr—. Ya en el desierto, nuestros antepasados despreciaban a los que vivían en ciudades. Cuando era pequeño Ama me decía que sólo los parásitos vivían en ciudades.

—Muy propio de ella —rió al-Zindiq—. Amira siempre fue una eficaz mensajera de prejuicios ajenos. Pero ya ves, mi querido al-Fahl, las pequeñas aldeas, como la vuestra, carecen de la importancia política de las ciudades. ¿Qué producís vosotros? Seda. ¿Qué producen ellos? Poder. Ibn Khaldun escribió una vez que...

Zuhayr presintió que el viejo zorro estaba a punto de atraparlo en una larga



Librodot

discusión sobre filosofía de la historia o en un interminable debate sobre la vida urbana y la rural, y se apresuró a detenerlo.

—¿Cómo murió la señora Asma, al-Zindiq? No quiero tener que volver a hacerte esa pregunta.

El viejo sonrió con los ojos y su cara se llenó de arrugas, pero en el transcurso de un segundo esos mismos ojos reflejaron el presagio de un desastre. Quería cambiar de tema, pero Zuhayr lo miraba fijamente. Su cara de barba suave tenía una expresión sombría y revelaba una súbita firmeza que sorprendió a al-Zindiq. El viejo respiró penosamente.

—Seis años después de la muerte de Ibn Farid, la señora Asma se quedó embarazada.

—¿Cómo? ¿De quién? —preguntó Zuhayr con un murmullo ronco y desesperado.

—Sólo tres personas sabían la verdad: mi madre y los dos implicados. Mi madre y la señora Asma están muertas, eso sólo deja a una persona.

—Eso ya lo sé, viejo tonto —respondió Zuhayr enfadado.

—Sí, sí, joven Zuhayr, veo que estás nervioso. No conocías a ninguna de esas personas, pero de todos modos tu orgullo está herido.

«Es extraño cómo la historia afecta al chico —pensó al-Zindiq—. ¿Qué tiene que ver con él? ¿Acaso el maléfico poder de los fantasmas del ayer alimenta aún nuestras pasiones? Ya es demasiado tarde para detenerse.»

Acarició la cara de Zuhayr y le dio una palmada en la espalda mientras le ofrecía un vaso de agua.

—Ya puedes imaginar el ambiente que había en la casa cuando se descubrió todo esto. Las viejas damas de la familia, incluso aquellas que se suponía habían muerto de glotonería años atrás, reaparecieron de forma súbita procedentes de Qurtuba, Balansiya, Ishbiliya y Gharnata. Ya ves, las malas noticias vuelan. Sin embargo, la señora Asma se negaba a salir de su habitación, así que mi madre actuó como mediadora entre ella y esas viejas brujas. Una anciana partera de Gharnata, experta en el arte de retirar niños no deseados del útero, comenzó su trabajo con mi madre a su lado. La operación fue un éxito y el motivo de la vergüenza desapareció. Una semana más tarde, Asma murió a consecuencia de un veneno que penetró en su torrente sanguíneo. Pero eso no fue todo. Cuando tus abuelos fueron a visitarla, Asma murmuró al oído de tu abuela que deseaba morir. La vergüenza le resultaba intolerable y había perdido la voluntad de vivir. Hisham y su esposa estaban en la casa con su hijo, que era otro gran favorito de la señora Asma y solía pasar semanas allí. Así fue como Ibn Hisham se hizo tan amigo de tu padre. Con respecto a Meekal, él mismo enfermó gravemente. No acudió al lecho de muerte de su madre y ella tampoco pidió verlo.

—¿Pero quién fue, al-Zindiq? ¿Cómo es posible que de la noche a la mañana el agua pura se convierta en leche agria?

—Mi madre no vio lo sucedido, pero la señora Asma le contó toda la verdad. Tres semanas más tarde, mi madre también estaba muerta, aunque no había enfermado



Librodot

jamás en toda su vida. Cuando murió la señora Asma, yo vine a la aldea y pedí permiso para asistir a sus funerales, y aunque me lo denegaron, logré hablar con mi madre. Ella insistía en hablar con acertijos y se negaba a nombrar a la otra persona implicada. Sin embargo, sumando lo que me dijo aquella noche con lo que había visto Amira, lo sucedido nos pareció claro.., o eso creímos.

La respiración de Zuhayr se había vuelto agitada y la expectación le hizo subir la sangre a la cara, mientras al-Zindiq hacía una pausa para beber agua.

—¡Dímelo, viejo! ¡Dímelo!

—Tú conoces bien la casa, Zuhayr bin Umar. La señora Asma estaba en la habitación que ahora ocupa tu madre. Dime algo, ¿se permite la entrada de algún hombre extraño o de un criado en esos aposentos? —Zuhayr negó con la cabeza—. ¿Qué otros hombres, aparte de tu padre, pueden deambular por ellos sin restricciones?

—Supongo que Yazid y yo.

—Exacto.

Por un instante, Zuhayr no comprendió lo que le decían, pero luego la insinuación le sacudió como un golpe inesperado en el cráneo y miró horrorizado al narrador.

—No querrás decir que..., no insinuarás que...

Pero el nombre se negaba a salir de sus labios, y fue al-Zindiq quien por fin lo pronunció.

—Meekal, o Miguel, como prefieras llamarlo.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo iba a estarlo? Sin embargo, es la única suposición lógica. Unas semanas antes de que se descubriera el embarazo, todos notaron que Meekal se comportaba de forma extraña. Había dejado de ir a los baños de la aldea a espiar a las mujeres desnudas. Ya no reía y su cara lampiña había cobrado un aire apesadumbrado y adusto. Sus ojos estaban hinchados por la falta de sueño. Mandaron a llamar a un médico de Gharnata, pero ellos no podían hacer nada para curar ese tipo de enfermedad, de modo que le aconsejaron aire de mar, fruta fresca e infusiones de hierbas. Enviaron a tu tío abuelo a Malaka por un mes, pensando que el solo hecho de alejarse de la casa le sentaría bien.

»Y en efecto, cuando regresó, tenía mucho mejor aspecto, pero para sorpresa de todos aquellos que ignoraban sus tormentos interiores, nunca volvió a las habitaciones de su madre. Creo que ella habló con él una sola vez antes de morir. Sin embargo, en su funeral, estaba desconsolado. Lloró ininterrumpidamente durante cuarenta días y luego estuvo enfermo una larga temporada. El Meekal que yo conocí también murió entonces. En realidad aquella tragedia se cobró tres vidas, pues el obispo de Qurtuba no es más que un fantasma.

—Pero ¿cómo es posible, al-Zindiq?

—No es ningún misterio. Meekal era el favorito de su madre desde que era un bebé. Solía bañarse con ella y con las demás damas. Amira me contó que a los dieciséis años todavía entraba en los baños cuando la señora Asma estaba allí y que a



Librodot

menudo se quitaba la ropa para bañarse con ella. Su madre aún estaba en la plenitud de la vida. No sé cómo ocurrieron las cosas, pero puedo comprender el problema. Todavía era una mujer y añoraba el placer que había desaparecido de su vida desde la muerte de Ibn Farid. Cuando sucedió, aquello debió de parecerle tan apasionado, arrobador, reconfortante y familiar que olvidó quién era ella, quién era él y dónde estaban. Luego el recuerdo se convirtió en un dolor, que, en su caso, sólo la muerte podía aliviar. ¿Quiénes somos nosotros para juzgarla, Zuhayr? ¿Cómo podemos entender lo que sintió?

—No lo sé, no quiero saberlo; pero fue una locura.

—Si, por eso la gente que la rodeaba se mostró dura e inflexible. Sospecho que la partera que la atendió tenía órdenes de facilitar la muerte del hijo y de su madre.

—La señora Asma debe de haberse arrepentido de convertirse a nuestra religión.

—¿Por qué dices eso?

—Porque si hubiera seguido adorando iconos, podría haber fingido que el niño que apareció en su vientre era un misterio divino.

—Comienzas a hablar como un cínico. Ya es hora de que vuelvas a casa.

—Ven conmigo, al-Zindiq. Serás bien recibido.

El carácter precipitado de la invitación sobresaltó al anciano.

—Gracias, me gustaría ver a Zahra, pero tendrá que ser otro día.

—¿Cómo puedes soportar esta soledad día tras día?

—Yo no lo siento así. Desde aquí arriba, veo la puesta del sol como nadie puede verla. Mírala ahora. ¿No es el color del paraíso? Y también están mis manuscritos, que crecen año a año. La soledad tiene sus placeres, amigo mío.

—¿Y qué hay de sus desdichas?

—En cada veinticuatro horas, siempre hay una llena de angustia, autocompasión, confusión y deseo de ver otras caras; pero una hora pasa rápido. Ahora corre, jovencito. Tienes cosas importantes que hacer esta noche, y no olvides traer ante mí al joven que dice ser descendiente de Ibn Khaldun.

—¿Por qué eres tan escéptico?

—Porque toda la familia de Ibn Khaldun pereció en un naufragio cuando viajaba a Túnez a al-Qahira. Ahora vete y que la paz sea contigo.



Librodot

## *CAPÍTULO 6*

—Enano, cuando sea mayor seré cocinero, igual que tú.

El jefe de cocina, que estaba sentado junto a una gigantesca olla triturando una mezcla de carne, legumbres y trigo miró al niño sentado frente a él, en una pequeña banqueta, y sonrió.

—Yazid bin Umar —dijo sin dejar de machacar la carne—, es un trabajo muy duro. Tendrás que aprender a cocinar centenares de recetas antes de que alguien te emplee.

—Aprenderé, Enano, lo prometo.

—¿Cuántas veces has comido *harrissa*?

—Cientos, miles de veces.

—Exacto, joven amo, pero ¿sabes cómo se cocina o qué ingredientes se usan para condimentar la carne? ¡No, no lo sabes! Hay más de sesenta recetas sólo para este plato. Yo la cocino al estilo del gran maestro al-Baghdadi, pero usando hierbas y especias elegidas por mí.

—Eso no es cierto. Ama me dijo que tu padre te enseñó todo lo que sabes. Dice que era el sultán de los cocineros.

—¿Y quién le enseñó a él? Esa Ama tuya se está volviendo demasiado vieja. Sólo porque me conoce desde que tenía tu edad, cree que carezco de creatividad. Es cierto que mi padre era más creativo en lo referente a los dulces. La mezcla de dátiles y fideos que cocinaba en leche a fuego lento para celebrar bodas y festividades era famosa a lo largo y ancho de al-Andalus. El sultán de Gharnata vino aquí para la boda de tu padre y después de probar aquel postre quiso llevarse a mi padre a la al-Hamra, pero Ibn Farid, que su alma descanse en paz, dijo: "¡Nunca!".

»Sin embargo, en lo tocante a la comida principal, no era tan buen cocinero como mi abuelo y lo sabía muy bien. Ya ves, joven amo, un genio no puede fiarse de las recetas de los demás. ¿Cuántos pellizcos de sal? ¿Cuánta pimienta? ¿Qué hierbas? No es sólo cuestión de aprendizaje, aunque eso es importante, sino también de instinto. Ése es el principal secreto de nuestro arte. Las cosas suceden de este modo: comienzo a preparar un plato muy apreciado y me doy cuenta de que no hay cebollas en la cocina. Entonces trituro ajo, jengibre, semilla de granada y pimientos y reemplazo la cebolla con esta mezcla. Añado una pequeña taza de zumo de uva fermentado y descubro un plato nuevo. La señora Zubayda, cuya generosidad es conocida por todos, lo prueba durante la cena y no se siente defraudada, por el contrario, se da cuenta de que se trata de algo completamente nuevo. Después de la cena, me manda llamar, me felicita y me interroga sobre la comida. Como es natural, yo le confío mi secreto, pero mientras estoy hablando con ella descubro que he olvidado la medida exacta de los ingredientes. Aunque es probable que nunca vuelva a preparar ese plato, aquellos que lo han probado jamás olvidarán la mezcla de sabores. Un buen plato, como un gran poema, nunca se repite exactamente del mismo modo. Si quieres ser cocinero, intenta recordar lo que acabo de decirte.



Librodot

Yazid estaba impresionado.

—Enano, ¿tú te consideras un genio?

—Por supuesto, joven amo, ¿por qué, sin no, iba a decirte todo esto? Mira la *harrissa* que estoy cocinando. Ven y observa con atención.

Yazid acercó su banqueta a la del cocinero y espió dentro de la olla.

—Se ha estado cociendo durante toda la noche. En los viejos tiempos, este plato se hacía sólo con cordero, pero yo a menudo uso pollo o ternera para variar el sabor. De lo contrario, tu familia se aburriría con mi comida y eso me entristecería mucho.

—¿Qué has puesto en esta *harrissa*?

—La carne de un ternero entero, tres tazas de arroz, cuatro tazas de granos de trigo, una taza de lentejas y una taza de garbanzos. Llené la olla con agua y lo dejé cocer toda la noche, pero antes de salir de la cocina, añadí unas semillas de cilantro y de cardamomo en una bolsita de muselina. Por la mañana, la carne se había deshecho por completo y ahora la estoy triturando para formar una pasta. Pero ¿qué voy a hacer antes de servirla en la comida del viernes?

—Freír cebollas y pimientos en mantequilla derretida y ponerlos encima de la *harrissa*.

—¡Muy bien, joven amo! Pero las cebollas deben tostarse y flotar sobre la mantequilla. Tal vez la semana que viene le agregue algo a este plato. Unos huevos fritos con mantequilla y sazonados con hierbas y pimienta negra serían un buen acompañamiento de la *harrissa*, pero también podría resultar demasiado pesado para el estómago teniendo en cuenta que lo tomarán justo antes de las oraciones del viernes. ¿Y si la presión fuera tan grande que al inclinar las cabezas ante La Meca el otro extremo de sus cuerpos comenzara a despedir gases malolientes? Aquellos que estuvieran directamente en la línea de fuego, no apreciarían un incidente así.

La risa de Yazid era tan contagiosa que obligó a sonreír al Enano, pero de repente el niño cobró una expresión seria y una pequeña arruga de preocupación se dibujó en su frente. Un pensamiento súbito hizo que su mirada se volviera penetrante.

—¿Enano?

—¿A veces no desearías ser un hombre grande y alto como Zuhayr, en lugar de un enano? Entonces podrías haber sido un caballero en lugar de pasarte el día en la cocina.

—¡Válgame Dios, Yazid bin Umar! Déjame contarte algo: Una vez, cuando aún vivía el gran Profeta, que la paz sea con él, encontraron a un mono meando en una mezquita. —Yazid comenzó a reír—. Por favor, no te rías. Es una ofensa muy seria. El cuidador corrió hacia el mono y le gritó: «;Eh, tú, pícaro blasfemo! ¿No temes que Dios te castigue convirtiéndote en otra criatura?». El mono, desvergonzado, respondió con insolencia: «Sólo sería un castigo si me convirtiera en una gacela». Así que ya ves, mi joven y querido amo, prefiero ser un enano que crea maravillosos platos en tu cocina antes que un caballero, constantemente asustado por la amenaza de que lo cacen otros caballeros.



Librodot

—¡Yazid! ¡Yazid! ¿Dónde está ese pequeño bribón, Amira? Ve a buscarlo y dile que quiero verlo.

La voz de Miguel resonó en el patio y llegó hasta la cocina. Yazid miró al Enano y se llevó un dedo a los labios, suplicando silencio. Sólo se oía el bullir de las dos cacerolas donde se cocía el caldo de los huesos de vaca y de animales de caza. Yazid se escondió detrás de la plataforma construida especialmente para que el Enano pudiera alcanzar las ollas. Pero todo fue inútil, pues Ama entró en la cocina y se dirigió directamente al escondite.

—¡Wa Alá! Sal inmediatamente de ahí y ven a saludar a tu tío abuelo. Tu madre se enfadará mucho contigo si olvidas tus modales.

Yazid salió del escondite y el Enano lo miró con expresión compasiva.

—Enano —preguntó el niño—, ¿por qué apesta así el tío Miguel? Ama dice...

—Ya sé lo que dice Ama, pero creo que podría haber una respuesta más filosófica. Ya ves, joven amo, cualquiera que se meta entre la cebolla y su piel tendrá inevitablemente un olor fuerte.

Ama dedicó una mirada fulminante al cocinero y cogió a Yazid de la mano. El niño se soltó y corrió en dirección a la casa. Su plan consistía en evitar salir al patio y esconderse en los baños, usando la entrada secreta que se abría a un lado de la casa. Pero Miguel lo estaba esperando y el niño comprendió que había perdido la batalla.

—La paz sea contigo, tío abuelo.

—Que Dios te bendiga, niño. Creí que tal vez te gustaría jugar una partida de ajedrez antes de comer.

Yazid se animó de inmediato. Hasta entonces, siempre que proponía una partida, sentía que los adultos le negaban acceso a su tiempo y a su mundo. En sus escasas visitas, Miguel se había limitado a charlar brevemente con él. El niño corrió al interior de la casa y regresó con su juego de ajedrez. Colocó el paño y comenzó a sacar las figuras. Luego, volviéndole la espalda al obispo, cogió una reina en cada mano y ofreció los puños cerrados a su tío abuelo. Miguel eligió el puño que ocultaba la reina negra y Yazid maldijo para si. En ese momento, Miguel se dio cuenta de la peculiaridad de aquel juego y comenzó a inspeccionar las piezas con atención.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó con la voz ahogada de temor.

—Es un regalo de cumpleaños de mi padre.

—¿Quién lo hizo para ti?

Cuando estaba a punto de pronunciar el nombre de Juan, Yazid recordó que el hombre sentado frente a él era un servidor de la Iglesia. Un comentario casual de Ama había quedado registrado en su mente como una advertencia, y el niño puso en juego su instintiva sagacidad.

—Creo que un amigo de Ishbiliya.

—No me mientas, chico. He oído tantas confesiones en mi vida, que sé reconocer



Librodot

por la inflexión de la voz si alguien dice la verdad o no. Exijo una respuesta.

—Creí que querías jugar al ajedrez.

Miguel miró la expresión preocupada del niño de ojos brillantes que se sentaba frente a él y no pudo evitar recordar su propia infancia. Había jugado al ajedrez en aquel mismo patio y con el mismo paño. En las tres ocasiones en que había jugado contra el maestro de Qurtuba, toda la familia había rodeado la mesa y le había visto ganar con asombro. Recordaba los aplausos y las risas cuando su hermano le arrojaba al aire para celebrar el triunfo. Su madre, Asma, se mostraba más feliz que nadie. El obispo tembló al recordarla, y al alzar la mirada, descubrió que Hind, Kulthum y el joven visitante de Egipto lo miraban sonrientes. Hind había notado desde lejos que Yazid estaba en apuros y había deducido fácilmente que el problema tenía algo que ver con el juego de ajedrez. Pese a su estado abstraído, Miguel tenía la reina negra apretada en una mano.

—¿Ya habéis comenzado el juego, Yazid? —preguntó ella con tono inocente.

—No quiere jugar. Dice que soy un mentiroso.

—¡Qué vergüenza, tío Miguel! —dijo Hind abrazando a su hermano—. ¿Cómo puedes ser tan cruel?

Miguel se volvió hacia ella, y su nariz aguileña se frunció de forma casi imperceptible mientras una sonrisa débil deformaba sus mejillas.

—¿Quién esculpió estas piezas? ¿De dónde han salido?

—Pues de Ishbiliya, por supuesto.

Yazid miró a su hermana, azorado, y luego cogió la reina negra de la mano de Miguel.

—Juega con él, tío Miguel —rió Hind—. Es probable que no puedas ganarle.

Miguel miró al niño, que ya no parecía asustado. Su expresión volvía a tener un aire pícaro. El obispo no pudo evitar evocar su juventud una vez más. El ambiente, el patio y aquel descarado de nueve años que lo miraba con un asomo de insolencia le recordaba su propia actitud desafiante hacia los nobles cristianos que visitaban a su padre. A menudo los vencía y toda la casa celebraba su triunfo.

Parecía increíble que aquel mundo muerto para él tanto tiempo atrás continuara vivo en la vieja casa. A pesar de todo, Miguel seguía deseando jugar con Yazid, pero cuando estaba a punto de sentarse, Ama anunció la comida.

—¿Te has lavado las manos, Miguel?

La voz estridente de Zahra tomó por sorpresa a toda la familia de Umar bin Abdallah, pero su hermano sonrió y alzó la vista hacia ella. Conocía bien aquella voz.

—Ya no tengo diez años, Zahra.

—No me importa si tienes diez años o noventa. Ve a lavarte las manos.

Yazid notó que Hind hacía esfuerzos para contener la risa y dejó escapar una risita corta e incontrolable. Cuando Zubayda también se sentó, Miguel se dio



Librodot

cuenta de que tenía que actuar con rapidez si no quería que la comida degenerara en un circo. Entonces, él también rió débilmente.

—Amira, ya has oído a Zahra. Ven aquí.

Ama entró con un recipiente lleno de agua, seguida por un joven criado con una palangana y un pinche de cocina con una toalla. Miguel se lavó las manos en medio del más absoluto silencio. Cuando terminó, su hermana aplaudió.

—Cuando eras pequeño, te comportabas igual. Si cierro los ojos, aún puedo oír tus gritos cuando Umm Zaydun y tu madre, que Dios la bendiga, te enjabonaban y te lavaban a conciencia el cuerpo y la cabeza. A menudo tenían que arrojarte al agua.

Zuhayr se puso tenso al oír mencionar a la señora Asma, pero no vio la menor señal de emoción en la cara de Zahra ni en la de Miguel.

—Me alegra volver a verte en esta casa, hermana.

Los comensales consumieron la comida con voracidad. El Enano, que como siempre los espiaba desde la habitación contigua, se contentó con los elogios que obtuvo su menú. Las alabanzas volaban por la sala como pájaros mansos, y la mejor de ellas llegó cuando Miguel y Zahra confirmaron espontáneamente que su *harrissa* era muy superior a la de su difunto padre. Sólo entonces el maestro cocinero pudo retirarse a la cocina, en paz con su arte y con el mundo.

—Me han dicho que vives a lo grande en el palacio de obispos de Qurtuba, atendido por sacerdotes y por tu rechoncho hijo. ¿Por qué, Miguel? —le preguntó Zahra a su hermano—. ¿Por qué tenias que acabar así?

Miguel no respondió y Zuhayr lo estudió atentamente mientras comían. Sin duda, Zahra debía conocer la razón por la cual Miguel había renunciado por completo a las viejas costumbres. Pero entonces Umar avisó que era hora de que los hombres se retiraran. Ibn Daud, Yazid y Zuhayr se apresuraron a ponerse de pie y se marcharon a prepararse para asistir a la mezquita para las plegarias de los viernes.

Zahra y Miguel se lavaron las manos y salieron al patio, donde habían erigido una plataforma de madera cubierta de alfombras para que pudieran disfrutar del sol del invierno. Ama trajo una bandeja con almendras, nueces, dátiles y uvas pasas separados en compartimientos.

—Alabado sea Alá. Me alegra el corazón verlos juntos otra vez.

—Amira —dijo Miguel mientras cogía un dátil, le quitaba el hueso y lo reemplazaba por una almendra—, pídele a mi sobrina que nos acompañe unos minutos.

Mientras Ama caminaba cojeando hacia la casa, Zahra seguía repitiendo la misma pregunta.

—¿Por qué, Miguel, por qué?

El corazón de Miguel comenzó a latir con fuerza. Su cara, acostumbrada a esconder emociones, se llenó de una súbita angustia.

—¿De verdad no lo sabes?



Librodot

Zahra negó con la cabeza. Entonces vieron llegar a Zubayda y lo que Miguel iba o no iba a decir permaneció encerrado en su corazón.

—Siéntate, hija mía —rogó Miguel—. Tengo algo importante que decirte y es mejor que lo haga mientras los hombres están fuera.

—Me intrigas, Miguel —dijo Zubayda sentándose junto a él—. Mis oídos aguardan tu mensaje.

—Es a tu cerebro adonde deseo llegar, no sólo a tus oídos. El juego de ajedrez de Yazid es el arma más peligrosa que tenéis en esta casa. Si lo denunciaran al arzobispo de Gharnata, él informaría a la Inquisición, sobre todo teniendo en cuenta que fue fabricado en Ishbiliya.

—¿Quién te dijo que fue fabricado en Ishbiliya?

—Yazid y Hind.

La táctica instintiva de sus hijos para proteger al carpintero Juan conmovió a Zubayda. La vida en la aldea la había vuelto complaciente, y su primera reacción habría sido decirle la verdad a Miguel, pero se detuvo a reflexionar por un momento y decidió seguir los pasos de sus hijos.

—Ellos sabrán —dijo.

—Eres una tonta, Zubayda. No estoy aquí para espiar a tu familia, sólo quiero quemar ese juego de ajedrez porque podría costarle la vida al niño. En esta hermosa aldea, la música del agua nos arrulla sumiéndonos en un mundo de fantasías, y nos resulta fácil, demasiado fácil, sentirnos dichosos. Yo solía pensar que aquí estaríamos siempre a salvo del peligro, pero me equivoqué. El mundo en que creciste ha llegado a su fin, hija mía. Tarde o temprano, los vientos que llevan la semilla de nuestra destrucción traspasarán las montañas y llegarán a esta casa. Es preciso advertir a los niños, pues ellos son impacientes y obcecados. En los ojos de ese niño reconocí mi propia insolencia del pasado. Hind, por su parte, es una joven muy inteligente. Ahora comprendo por qué no quieres que se case con mi Juan.

No protestes, Zubayda, que estoy viejo, pero no senil. Yo en tu lugar, haría lo mismo, pero recuerda que con esa boda no buscaba el progreso de mi hijo, sino la seguridad de los tuyos. Como es lógico, también había una cuestión sentimental, porque de ese modo Juan se casaría con alguien de la familia.

Aunque siempre había encontrado repulsivo al obispo, Zubayda no pudo evitar conmoverse. Sabía que en ese momento Miguel era sincero.

—¿Por qué no hablas con todos ellos esta noche, tío Miguel? Tus palabras tendrán un impacto mayor que cualquier cosa que pueda decir yo. Luego, podremos discutir qué hacer con el ajedrez de Yazid. El niño estará desolado.

—Me complacerá hablar con todos vosotros esta noche. Después de todo, ésa es la razón principal de mi visita.

—Creí que habías venido a yerme a mí, santidad. ¡Maldito viejo astuto! —exclamó Zahra con una risita.



Librodot

Al verlos, Zubayda recordó algo que su madre le había enseñado de niño y se echó a reír. Los dos hermanos se volvieron hacia ella con miradas furiosas.

—Comparte esa broma con nosotros de inmediato —exigió Zahra.

—No puedo, tía. No me obligues. Es algo demasiado pueril para decirlo.

—Déjanos juzgar a nosotros. Insistimos en que lo hagas —dijo Miguel.

Zubayda los miró y lo absurdo de la situación la hizo reír otra vez. Sin embargo, no tenía otra opción que hablar:

—Fue la forma en que Zahra dijo «santidad». Me recordó un cuento de la infancia: *«En una feroz pelea entre la aguja y el tamiz, la aguja dijo: "Tienes un montón de agujeros, ¿cómo puedes vivir así?"Entonces el tamiz le respondió con una sonrisa astuta: "Pues ese hilo de color que veo, no parece un simple adorno, pues atraviesa tu cabeza"».*

Zubayda vio cómo la risa disipaba sus miradas severas.

—¿Él era la aguja? -preguntó Zahra.

Zubayda asintió con un gesto.

—¿Y ella el tamiz? -preguntó Miguel.

Zubayda volvió a asentir. Por un momento mantuvieron la compostura y se miraron entre sí en silencio. Luego, la risa los asaltó uno a uno, pero estalló simultáneamente.

Sentada a la sombra del granado, Ama sintió la humedad de las lágrimas en sus mejillas mientras se acallaban las carcajadas. Era la primera vez que Miguel reía en aquella casa desde la muerte de su madre.

La atmósfera relajada del patio de la vieja casa familiar del Banu Hudayl contrastaba notablemente con la tensión que se respiraba aquella tarde en la mezquita. Las plegarias habían acabado sin incidentes, aunque Umar se había molestado al notar que, pese a sus instrucciones, habían reservado una docena de sitios en la primera fila para su familia. En los viejos tiempos, la gente rezaba donde encontraba lugar, pues la verdadera fe no reconocía jerarquías. Todos eran iguales ante Dios en el lugar de culto.

Sin embargo, Ibn Farid, impresionado por la costumbre cristiana de reservar ciertos asientos de la Iglesia para la nobleza, había exigido que la primera fila quedara libre para su familia. Aunque sabía que esta práctica era incompatible con el islamismo, había insistido en que debía existir algún tipo de reconocimiento para la aristocracia musulmana en la mezquita.

Umar se colocó discretamente al final con el Enano y otros criados de la casa, pero una multitud de manos serviciales empujaron a Zuhayr y a Yazid hacia el frente, y ellos llevaron consigo a Ibn Daud.

Una vez concluidas las plegarias, un imán joven de ojos azules, nuevo en la aldea, comenzó a prepararse para el sermón del viernes. Su predecesor había sido un viejo y erudito teólogo, muy respetado como ser humano. Hijo de un pobre campesino, había estudiado en la medersa de Gharnata, pero a pesar de sus grandes conocimientos,



Librodot

nunca había olvidado sus orígenes. Su sucesor, un hombre de menos de cuarenta años, tenía una poblada barba castaña que hacia resaltar la blancura de su turbante y de su piel. Parecía un poco nervioso mientras aguardaba que la congregación y los recién llegados judíos y cristianos se acomodaran. Los miembros no musulmanes de la pequeña aldea tenían permiso para asistir a la reunión de los viernes, una vez concluidas las plegarias. Yazid se alegró de ver entrar en el recinto a Juan, el carpintero, y a Ibn Hasd. Los acompañaba un anciano vestido con una túnica roja. Yazid se preguntó quién podría ser y dio un codazo a su hermano. Zuhayr tembló imperceptiblemente al ver a Wajid al-Zindiq, pero no dijo nada.

De repente, una mueca de preocupación se dibujó en la cara de Yazid. Ubaydallah, el temido administrador de las haciendas de al-Hudayl, se sentó detrás de Zuhayr. Con sus terribles historias sobre la corrupción y el libertinaje de ese hombre, Ama había instilado en el niño un odio ciego hacia él. El administrador sonrió a Zuhayr y ambos intercambiaron saludos. Yazid ardía de furia. Estaba ansioso por contarle a Juan que su tío Miguel había estado haciendo preguntas sobre el ajedrez, pero Zuhayr arrugó la frente y apoyó un pesado brazo sobre su hombro, para impedir que siguiera moviéndose.

—Compórtate con dignidad y no olvides nunca que estamos a la vista del público —susurró enfadado al oído de Yazid—. El honor del Banu Hudayl está en juego.

Es probable que mañana tengamos que conducir a esta gente a la guerra, de modo que no deben perdernos el respeto.

—Tonterías —murmuró Yazid, pero antes de que su hermano pudiera responder, el predicador carraspeó para aclararse la garganta y comenzó a hablar.

—En nombre de Alá, el caritativo, el misericordioso, la paz sea con vosotros, hermanos...

Luego comenzó a enumerar con voz monótona las glorias de al-Andalus y la de sus mandatarios musulmanes. Quería dejar claro que el Islam exiliado en el Magreb era el único y auténtico Islam. El califa omaya de Qurtuba y sus sucesores habían defendido la auténtica fe, tal como mandaban el Profeta y sus compañeros. Los abasidas de Baghdad habían sido degenerados morales.

Yazid había escuchado sermones similares desde que había comenzado a asistir a las plegarias de los viernes. Todos los predicadores le recordaban a Ama, con la diferencia de que él podía detener el discurso exaltado de Ama con una pregunta y eso era imposible en la mezquita.

Yazid no era el único miembro de la congregación que no prestaba atención a las palabras del predicador. En la última fila, los veteranos de la congregación de los viernes comenzaban a murmurar entre sí. Era fácil sentir pena por el joven imán que intentaba imponer su voluntad sobre una reunión que no recibía con alegría a recién llegados ni principiantes, por eso Umar bin Abdallah se llevó un dedo a los labios y dirigió una mirada fulminante a los transgresores del orden. El silencio que siguió fue incentivo suficiente para que el hombre de la barba castaña diera rienda suelta a sus pensamientos. Se sintió tan inflamado con un nuevo entusiasmo, que se apartó del texto laboriosamente preparado, desechando las citas del Alcorán que había estudiado y ensayado durante la mitad de la noche, para expresar sus propias ideas:



Librodot

—El tañido solemne de las campanas de sus iglesias nos llega desde lejos con un tono tan siniestro que carcome mis entrañas. Ya han preparado nuestras mortajas, y por esa razón mi corazón está apesadumbrado, mi espíritu abrumado y mi mente constantemente preocupada. Sólo hace ocho años que conquistaron Gharnata, y sin embargo, muchos musulmanes ya parecen atontados e indiferentes. ¿Ha llegado el fin de nuestro mundo? Todo lo que se dice sobre nuestras glorias pasadas es cierto, pero ¿de qué nos sirven ahora? ¿Cómo es posible que nosotros, que tuvimos la península en nuestras manos, la hayamos dejado escapar?

»A menudo escucho a nuestros mayores hablar de que el Profeta, que la paz sea con él, tuvo que soportar calamidades peores y logró vencerlas. Por supuesto, esto es cierto, pero también es cierto que en aquella época sus enemigos no comprendían con exactitud el impacto de la palabra verdadera. Estamos pagando el precio de habernos convertido en una religión universal. Pero los caballeros cristianos no se asustan sólo de nosotros. Cuando escuchan que el sultán de Turquía está pensando en mandar su flota a ayudarnos, comienzan a temblar. Ése es el auténtico peligro y por eso, hermano míos, temo lo peor. Cisneros ha confiado a sus allegados que la única forma de vencemos es destruirlo todo...

La congregación escuchaba sus palabras en silencio. Incluso Yazid, un severo critico de las ceremonias religiosas, se impresionó con la honestidad del predicador. Era evidente que hablaba con el corazón. Sin embargo, su hermano no estaba impresionado, sino enfadado por el tono pesimista del sermón. ¿Aquel hombre iba a ofrecer alguna solución al problema o se limitaría a desmoralizar a los presentes?

—Pienso en nuestro pasado, en nuestras banderas ondeando al viento, en nuestros caballeros esperando órdenes para entrar en batalla. Recuerdo las historias que hemos oído todos sobre nuestro caballero más valiente, Ibn Farid, que en paz descanse. El desafiaba a los guerreros y los mataba, todo en el transcurso de un mismo día. Pienso en esto, y suplico ayuda y apoyo al Todopoderoso. Si yo estuviera convencido de que el sultán de Estambul va a enviar barcos y soldados, sacrificaría de buena gana cada centímetro de mi cuerpo para salvar nuestro futuro. Sin embargo, hermanos míos, mucho me temo que estas esperanzas sean vanas. Es demasiado tarde. Sólo nos queda una solución: ¡confiar en Dios!

Zuhayr lo miraba con una mueca de disgusto. Acabar el sermón sin una exhortación era un procedimiento poco ortodoxo incluso en épocas de prosperidad, pero en aquella grave situación constituía una inaudita renuncia a sus obligaciones como teólogo. Tal vez sólo hubiera hecho una pausa para pensar..., pero no, había terminado. Se había marchado a ocupar su sitio en la primera fila y sólo tres personas lo separaban de Yazid.

La congregación solía dispersarse después del *jutba*, pero aquel viernes en particular todos parecían paralizados, nadie se movía. Precisar cuánto tiempo habrían permanecido inmóviles y silenciosos sería entrar en el terreno de las conjeturas, porque Umar bin Abdallah, consciente de la necesidad de acción, se puso de pie y miró a su alrededor como un centinela solitario en la cumbre de una montaña. Nadie siguió su ejemplo, pero todos se movieron simultáneamente, como si lo hubieran ensayado con antelación, para abrir un pasillo frente a él. Umar caminó despacio por ese pasillo y, al llegar al frente, se volvió hacia la congregación. Yazid miró a su padre con los ojos brillantes de expectación y orgullo. La expresión de Zuhayr permaneció imperturbable,



Librodot

pero su corazón comenzó a latir con rapidez.

Umar bin Abdallah meditó durante unos instantes, consciente de que en momentos como aquél, en que un peligro inminente se cernía sobre su pueblo, cada término y cada frase cobraban una importancia exagerada. Por consiguiente, sabía que debía elegir con cuidado las palabras y su entonación. La retórica tenía sus propias leyes y su propia magia. Aquel hombre que había crecido en la ejemplar tranquilidad de las haciendas familiares, que se había bañado en aguas perfumadas con aceite de azahar, que había vivido rodeado por el delicado aroma de las hierbas de montaña y que, desde la más tierna infancia, había aprendido el arte de gobernar las vidas de otros hombres y mujeres, comprendía lo que se esperaba de él.

Los desvanes de su memoria estaban atestados de recuerdos, pero no había nada en ellos que pudiera ofrecer el más mínimo consuelo a las personas sentadas frente a él.

Umar comenzó a hablar. Recordó lo sucedido en Gharnata durante la ocupación cristiana. Describió con lujo de detalles el muro de fuego y la congregación entera compartió su dolor cuando sus ojos se llenaron de lágrimas. Habló del miedo que reinaba en todos los hogares musulmanes y mencionó la incertidumbre que pendía sobre la ciudad como una niebla oscura. Recordó a sus oyentes que los ladridos de los perros no podían espantar las nubes y que los musulmanes de al-Andalus eran como un río, cuyo curso estaba siendo reencauzado bajo la mirada vigilante de la Inquisición.

Umar habló durante una hora y la congregación escuchó con atención cada una de sus palabras. Su voz suave y su tono modesto contrastaban favorablemente con la grandilocuencia de la mayoría de los oradores, que hacían resonar sus voces como tambores sordos y recitaban los textos sagrados con exagerada afectación.

Aquellos artificios no sólo conseguían distraer la atención del público después de pocos minutos, sino que convertían a los predicadores en el blanco de las burlas de Yazid y sus amigos.

Umar sabía que no podía prolongar demasiado tiempo aquella letanía de desastres. Debía proponer un plan de acción; era su deber como miembro principal e insigne de la comunidad. Sin embargo, vacilaba, pues en honor de la verdad, Umar bin Abdallah no sabía con seguridad en qué dirección debía guiar a su aldea. Dejó de hablar y buscó con la mirada a los ancianos del pueblo, pero al no encontrar ayuda en ellos, decidió que la honestidad era el único camino posible. Les confiaría sus dudas.

—Hermanos míos, tengo que haceros una confesión. No tengo forma de comunicarme directamente con nuestro creador. Me siento tan perdido como vosotros y, por consiguiente, debo deciros que no existe una solución sencilla a nuestros problemas. Uno de nuestros grandes pensadores, el maestro Ibn Khaldun, nos advirtió hace muchos años que un pueblo vencido y sometido por otro desaparece pronto, pero nosotros no aprendimos nada de las derrotas de Qurtuba e Ishbiliya. No tenemos excusa para caer en el mismo pozo tres veces. Aquellos de nosotros que en el pasado buscamos refugio a la sombra del sultán, fuimos unos tontos, porque esa sombra se desvaneció enseguida.

»Hay tres formas de salir de este laberinto. La primera es hacer lo que muchos de nuestros fieles hicieron en otros sitios: convencernos de que un enemigo razonable es mejor que un amigo ignorante y convertirnos a su religión, mientras en nuestros



Librodot

corazones creemos en lo que queremos. ¿Qué pensáis de esta solución?

Durante unos segundos los fieles permanecieron aturdidos. Era una idea herética, y la aldea estaba tan aislada de Gharnata, y tanto más del resto de la península, que no podía seguir el curso de su razonamiento. Sin embargo, la congregación se recuperó enseguida y un canto espontáneo se elevó desde el suelo, donde estaban sentados, hacia el cielo:

—No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta.

Los ojos de Umar se humedecieron. Asintió con la cabeza y volvió a dirigirse a ellos con una sonrisa triste:

—Supuse que ésa seria vuestra respuesta, pero creo que es mi deber advertiros que los reyes cristianos que nos gobiernan no nos permitirán seguir adorando a Alá durante mucho tiempo. En cualquier caso, la decisión está en vuestras manos.

»La segunda posibilidad es resistir cualquier incursión en nuestras tierras luchando hasta la muerte. Vuestra muerte, mi muerte, la muerte de todos nosotros y la deshonra de nuestras madres, esposas, hermanas e hijas. Es una opción honorable, y si la elegís, yo pelearé a vuestro lado. Sin embargo, os seré franco: pienso enviar a las mujeres y a los niños de mi familia a un refugio seguro antes de la batalla y os aconsejo que hagáis lo mismo. ¿Cuál es vuestra respuesta a esta opción? ¿Cuántos de vosotros deseáis morir con la espada en la mano?

Una vez más, hicieron silencio, pero esta vez no estaban enfadados. Los ancianos intercambiaron miradas. Luego, en medio de la asamblea, cinco hombres jóvenes se pusieron en pie y Zuhayr al-Fhal los imitó de inmediato. La imagen del joven amo ofreciendo su vida por la causa creó una pequeña conmoción. Varias docenas de hombres se pusieron de pie, aunque Ibn Daud no estaba entre ellos. Sus pensamientos estaban con Hind, cuya risa contagiosa aún resonaba en su cabeza. Yazid se debatía entre la posición de su hermano y la de su padre. Después de unos segundos de angustia, se puso de pie y cogió la mano de Zuhayr. Aunque aquel gesto pareció conmover a todo el mundo, sólo se había puesto de pie una minoría, y Umar respiró aliviado, pues no era partidario de un suicidio colectivo. Hizo una señal a sus hijos para que se sentaran y los demás lo imitaron enseguida. Umar carraspeó.

—La última opción es abandonar las tierras y las casas que edificaron nuestros antepasados cuando el suelo estaba cubierto de grandes rocas. Ellos limpiaron el suelo, buscaron agua y plantaron semillas. Ellos cultivaron la tierra para conseguir abundantes cosechas. Mi corazón me dice que ésta es la peor de las opciones, pero tal vez sea la única que nos permita sobrevivir. Aunque es probable que no sea necesario, creo que deberíamos hacernos a la idea de abandonar al-Hudayl.

Un grito ahogado interrumpió a Umar:

—¿Para ir adónde? ¿Adónde?

Umar suspiró.

—Es más seguro subir las escaleras peldaño a peldaño. Todavía ignoro la respuesta a esa pregunta. Sólo intento dejar claro que creer en lo que creemos nos costará sacrificios. La pregunta que debemos hacernos es si queremos vivir aquí como infieles o encontrar otro sitio donde adorar a Alá en paz. No tengo nada más



Librodot

que decir, pero si alguno de vosotros desea hablar y presentar una opción más aceptable, éste es el momento de hacerlo. Hablad mientras vuestros labios sean libres.

Tras estas palabras. Umar se sentó junto a Yazid. Abrazó a su hijo y lo besó en la cabeza. Yazid cogió la mano de su padre y la apretó como alguien que está a punto de ahogarse y se aferra a cualquier cosa que flote.

Las palabras de Umar habían causado una profunda impresión en los presentes. Durante unos segundos, no habló nadie, pero luego Ibn Zaydun, que se hacia llamar Wajid al-Zindiq, se levantó y preguntó si podía expresar su opinión. Umar se volvió y asintió con un gesto vehemente, aunque los ancianos arrugaron la frente y se mesaron las barbas. Sabían que Ibn Zaydun era un escéptico y que había envenenado muchas mentes juveniles. Sin embargo, teniendo en cuenta que vivían una época de crisis, admitieron que incluso un hereje tenía derecho a hablar. Aquella voz tan familiar para Zuhayr resonó llena de indignación:

—Durante veinte años he intentado convenceros de que era necesario tomar precauciones y de que la fe ciega no nos llevaría a ningún sitio. Creísteis que los sultanes durarían hasta el día del Juicio. Cuando os advertí que aquel que come la sopa del sultán acaba quemándose los labios, os burlasteis de mí, me llamasteis hereje, apóstata e infiel y creísteis que había perdido la razón.

»Sin embargo, ahora es demasiado tarde. Todas nuestras fuentes están envenenadas, no queda una gota de agua pura en toda la península. Umar ha intentado deciros esto durante la última hora. En lugar de mirar hacia el futuro, los musulmanes siempre nos hemos concentrado en nuestro pasado. Todavía cantamos sobre el tiempo en que alzamos nuestras tiendas por primera vez en este valle, cuando nos unimos para defender nuestra fe, cuando nuestras banderas cambiaban de color en la batalla, empapadas por la sangre del enemigo. ¡Cuántas jarras de vino se bebieron sólo en esta aldea para celebrar nuestras victorias!

»Después de setenta años, estoy cansado de vivir. Cuando la muerte se acerque tambaleante por mi camino, como un camello cegado por la oscuridad, no me haré a un lado. Mejor morir en plena posesión de mis facultades que ser pisoteado más adelante, cuando mi mente se haya apagado. Y lo que es verdad para un individuo, también lo es para una comunidad...

—¡Anciano! —exclamó Zuhayr angustiado—, ¿qué te hace pensar que estamos preparados para morir?

—Zuhayr bin Umar —respondió al-Zindiq con voz firme—, era una metáfora. La única forma en que vosotros, vuestros hijos y sus hijos sobrevivan en estas tierras ocupadas por los castellanos es aceptar que la religión de vuestros padres y de sus padres está a punto de desaparecer. Nuestras mortajas ya están preparadas.

Esta afirmación molestó a los fieles. Hubo expresiones furiosas y el canto familiar se entonó especialmente para el escéptico:

—No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta.

—Sí —respondió el viejo—. Lo hemos estado repitiendo durante siglos, pero la reina Isabel y su confesor no están de acuerdo con nosotros. Si insistís en decir eso, los cristianos desgarrarán vuestros corazones con lanzas rectas de astas rígidas.



Librodot

—¡Al-Zindiq! —gritó Ibn Hasl—. Tal vez sea cierto lo que dices, pero en esta aldea hemos vivido en paz durante quinientos años. Los judíos han sido atormentados en otros sitios, pero nunca aquí. Los cristianos se han bañado en los mismos baños que judíos y musulmanes. ¿No crees que los castellanos nos dejarán en paz si no les hacemos ningún daño?

—Es difícil que así sea, amigo —respondió el sabio—, lo que es bueno para el hígado es malo para el bazo. Su arzobispo dirá que si se permite que un ejemplo perdure, alentará a otros. Después de todo, si permiten que en estas tierras sigamos como siempre, tarde o temprano, cuando gobiernen unos soberanos menos proclives a la violencia, nuestra existencia podría tentarlos a relajar las restricciones contra los seguidores de Hazrat Musa y Mahoma, que la paz sea con él. No desean dejar ningún rastro de nosotros. Eso es todo lo que quería decir y agradezco a Umar bin Abdallah que dejara oír mi palabra.

Cuando al-Zindiq comenzaba a alejarse. Umar sentó a Yazid sobre su regazo y ofreció su sitio al anciano. Mientras se acomodaba en la alfombrilla de las oraciones, Umar le susurró al oído:

—Venga a comer con nosotros esta noche, al-Zindiq. Es un deseo de mi tía.

Sorprendido, al-Zindiq reprimió sus emociones y asintió en silencio. Entonces Umar volvió a levantarse.

—Si nadie más desea hablar, dispersaos, pero recordad que la elección está en vuestras manos. Sois libres de hacer lo que queráis y yo os ayudaré en lo que pueda. Que la paz sea con vosotros.

—Y contigo —fue la respuesta colectiva.

Entonces se levantó el joven predicador y recitó un sura del Alcorán que todos, incluyendo los cristianos y judíos presentes, repitieron después de él. Todos excepto al-Zindiq.

*Repetid: Oh infieles,*

*yo no venero lo que veneráis vosotros,*

*y vosotros no veneráis lo que yo venero.*

*Ni yo veneraré lo que veneráis vosotros,*

*ni vosotros veneraréis lo que yo venero.*

*Vosotros tenéis vuestra religión y yo la mía.*

Mientras la congregación se dispersaba, al-Zindiq murmuró para sí: «El creador debía de sufrir indigestión el día en que dictó esas líneas. El ritmo es incorrecto».

Ibn Daud lo escuchó y no pudo evitar una sonrisa.



Librodot

—El castigo para la apostasía es la muerte —dijo.

—Sí —respondió al-Zindiq, mirando fijamente sus ojos verdes—, pero ningún *qadi* vivo promulgaría esa sentencia hoy en día. ¿Tú eres el que dice ser nieto de Ibn Khaldun?

—El mismo —respondió Ibn Daud mientras salían de la mezquita.

—Es extraño —replicó al-Zindiq—, teniendo en cuenta que toda su familia pereció en el mar.

—En sus últimos años vivió con otra familia, la de mi abuela.

—Es interesante. Tal vez podamos discutir su obra esta noche, después de la cena.

—Zuhayr me ha dicho que usted estudió sus libros y muchas cosas más. No tengo intenciones de competir con su sabiduría. Yo sólo estoy aprendiendo.

Ibn Daud saludó a su interlocutor y caminó rápidamente hacia el sitio donde estaban amarrados los caballos, pues no quería hacer esperar a su anfitrión. Sin embargo, cuando llegó, sólo vio a Zuhayr y a Yazid. El niño sonreía y Zuhayr, con la mirada distante, arrugó la frente al ver a Ibn Daud. Estaba enfadado con su nuevo amigo. En el *hammam* de Gharnata, Ibn Daud, había inflamado su imaginación con la propuesta de un levantamiento armado contra los ocupantes, pero en la mezquita se había movido hacia donde soplaba el viento. Zuhayr lo miró fijamente y se preguntó si creería realmente en algo.

—¿Dónde está tu respetable padre? —preguntó el visitante, algo incómodo.

—Ocupándose de sus asuntos —respondió Zuhayr con brusquedad—. ¿Estás listo?

Umar había sido rodeado por los ancianos de la aldea, ansiosos por discutir su futuro con más detenimiento en la privacidad de sus propias casas. Con ese motivo, todos se dirigieron a la casa de Ibn Hasd, el zapatero, donde los recibieron con pastelillos de almendras y café aromatizado con semillas de cardamomo y endulzado con miel.

Zuhayr, confundido por lo sucedido en la mezquita, dirigió su ira contra sí mismo. Veía por primera vez la auténtica gravedad de la situación y la imposibilidad de hallar una salida. Por fin comprendía que cualquier insurrección en Gharnata estaría condenada al fracaso. Había aprendido más de las expresiones de derrota y desesperación de los asistentes a la mezquita que de las palabras del tío abuelo Miguel o del tío Hisham. Sin embargo, ya era demasiado tarde: todo estaba planeado.

Zuhayr pareció olvidar que lo acompañaba un invitado. Hundió los talones con suavidad en los flancos de su caballo y el animal respondió con un súbito aumento de velocidad, que tomó a Yazid por sorpresa. Al principio, el niño creyó que su hermano quería jugar una carrera hasta la casa.

—¡Espera, al-Fahl! -rió, y estaba a punto de correr tras su hermano cuando Ibn Daud lo detuvo.



Librodot

—Yo no puedo correr como tu hermano, y necesito un guía.

Yazid suspiró y tiró de las riendas. Intuía que su hermano deseaba estar solo o que quizás tuviera una cita con los hombres que querían pelear. Comprendió que debería ocupar su sitio para que Ibn Daud no pensara que eran deliberadamente descorteses con él.

—Supongo que será mejor que te acompañe a casa. Mi hermana Hind no me perdonaría si te perdieras.

—¿Tu hermana Hind?

—Sí. Está enamorada de ti.



Librodot

## *CAPÍTULO 7*

*In Nomine Domini Nostri Jesu Christi.*

*Excelentísimos, cristianísimos y valerosísimos reyes de España:*

*Han pasado ocho años desde que se retiró la media luna de la Alhambra y se reconquistó para nuestro Bendito Padre el último fuerte de la secta mahometana. Su Alteza me pidió que respetara los términos de la capitulación firmada por el sultán y vosotros mismos, cuando se venció a una superior fuerza moral. Su Majestad, la reina, recordará la orden que dictó entonces a su leal servidor: «Como nuestro más fiel obispo seréis visto no sólo como un siervo de la Iglesia, sino como los ojos y los oídos de nuestro rey en Granada. Por tal motivo, os comportaréis de tal modo que nadie pueda acusaros de deshonrar nuestro nombre». Supuse entonces que Su Majestad había querido decir que debíamos tratar a los seguidores del falso profeta con benevolencia y permitirles continuar con sus prácticas habituales. Jamás he mentido a Sus Majestades, y debéis creerme si os digo que la benevolencia de mi predecesor fue malinterpretada por los moros, que no se mostraron proclives a convertirse a nuestra sagrada fe. Por esa razón consideré que debía enseñarles que ya había pasado la hora de idolatrías y herejías. Su Majestad la reina recordará nuestra conversación en Toledo, donde le expliqué la naturaleza del Alcorán. Entonces hice hincapié en el hecho de que los libros de esta secta, sus rituales y supersticiones componían un mar insondable. En cada casa, en cada habitación, exhiben los mandamientos de su profeta en versos pareados. Fue Vuecencia, este humilde servidor, quien por primera vez expresó la idea de que esos libros demoníacos y las ponzoñosas doctrinas que contenían debían arrojarse a los fuegos del infierno. Creo que nadie más en Granada podría haber organizado la quema pública de todas las copias del Alcorán y de todos los documentos relacionados con él.*

*No es mi intención sugerir que como individuo sea indispensable para la tarea que me han asignado Sus Majestades y la Santa Iglesia. Ninguna persona puede considerarse esencial en una Iglesia como la nuestra. Sin embargo, cuando me convertí en arzobispo de Toledo hice un juramento: prometí que convertiría a todos los seguidores de Mahoma y lograría que creyesen en Nuestro Señor Jesucristo. Ahora os suplico que me ayudéis a cumplir mi promesa y que me concedáis el poder necesario para llevar a buen término mi misión.*

*El capitán general, el noble conde de Tendilla, de cuya familia procedía el sabio cardenal Mendoza, mi ilustre predecesor, afirma constantemente que, puesto que Sus Majestades han ganado la guerra, los moros adoptarán nuestro lenguaje, costumbres y religión en un tiempo prudencial. Cuando le señalé que tres mujeres moriscas habían sido vistas orinando sobre crucifijos robados de la iglesia, él respondió: «Y qué esperaba, arzobispo? Después de todo, usted ordenó quemar sus libros. Esta es su venganza, una venganza blasfema, quizás, pero mejor para usted que si hubieran decidido castrarlo en medio del mercado».*

*Somos testigos de actitudes como ésta en nuestras propias filas. El conde tiene pocos cristianos en su séquito, pero aquellos que le asisten, se burlan abiertamente de nuestra Iglesia, bromean sobre los obispos y frailes que viven en pecado, procrean y luego asignan puestos eclesiásticos a sus propios hijos. Incluso don Pedro González de Mendoza —el cardenal que en su lecho de muerte os pidió que yo ocupara su*



Librodot

*lugar, el hombre que defendió vuestra causa antes de que llegarais al trono, el noble antecesor de nuestro valiente capitán general— tuvo siete hijos con dos mujeres de la más augusta nobleza. Don Pedro, como Su Majestad la reina sabe, era llamado comúnmente «el tercer monarca» y no hacía ningún daño a ojos de aquellos que le servían. El otro día, un moro me interceptó en unos jardines cercanos al palacio y me preguntó con cortesía. «¿Se encuentran bien sus hijos, Vuecencia? ¿Cuántos tiene?». Aunque es probable que no tuviera malas intenciones, sentí deseos de arrancarle su blasfema lengua y enviarlo a arder en el infierno.*

*Soy consciente, por supuesto, de que se trata de una vieja enfermedad, alentada en el pasado por nuestro más erudito obispo, Gregorio de Tours, cuya familia, seiscientos años después del nacimiento de Nuestro Señor, controló durante muchos años la Iglesia en el centro de Francia.*

*Durante los últimos seis siglos, nuestros cardenales y obispos, y aquellos que les sirven, han estado nadando en un mar de pecados. Incluso después de recuperar la mayor parte de nuestras tierras, Granada se convirtió en un oasis en el cual los mahometanos podían entregarse día y noche a los placeres de la carne. Los seguidores de Mahoma se han acostumbrado a comportarse como animales de granja, y es ese ejemplo de eterna iniquidad el que ha corrompido a nuestra Iglesia, causándole graves daños. Esta es otra razón para no permitir que estas costumbres perversas subsistan en nuestras tierras. Suplico el permiso de Vuestras Majestades para proclamar edictos de nuestra fe en este reino y nombrar un inquisidor apostólico para que comience a trabajar en esta ciudad, de modo que cualquier persona pueda acudir a comunicarnos si ha visto u oído a cualquier otra persona, viva o muerta, presente o ausente, actuar o hablar deforma herética, insolente, obscena, escandalosa o blasfema.*

*De lo contrario, debo informar a Sus Majestades que será necesario destruir los baños públicos de la ciudad. Ya es bastante malo que los mahometanos hagan alarde de estos reductos de sensualidad en nuestras propias caras cada día. Recordaréis cómo nuestros soldados, al descubrir que Alhama poseía más baños que cualquier otra ciudad de esta península, decidieron que la mejor forma de salvar la ciudad era destruirla, y lo hicieron con las palabras de Nuestro Salvador en los labios. Las obscenidades pintadas en los muros de los baños añadieron fervor a su ya firme determinación. De ese modo, nuestros cruzados erradicaron toda huella de pecado.*

*En Granada, la situación es mucho más seria y no se limita sólo al aspecto espiritual. Esos malditos baños son también lugar de cita, donde los infieles hablan entre sí, urden conspiraciones y actos de traición. La ciudad está agitada. Mis fieles conversos me traen informes todos los días sobre conversaciones oídas en el Albaicín y en las aldeas moriscas que salpican, como una plaga, Las Alpujarras.*

*Mi propia voluntad sería acabar con el descontento capturando a los cabecillas y quemándolos en la hoguera. ¡Qué tragedia constituyó para la Iglesia la muerte de Tomás de Torquemada! El parecer del noble conde, sin embargo, difiere completamente del mío. Para él, Torquemada no era más que un judío converso que intentaba desesperadamente probar su lealtad a la nueva fe. El conde se opone a cualquier medida drástica contra los paganos que nos rodean. El cree que hablando su lengua y vistiéndose como ellos los ganará para nuestra causa. Su Majestad comprenderá que yo no puedo entender ni aprobar la lógica de esta conducta. Muchos de nuestros caballeros, que pelearon como leones cuando tomamos Alhama, viven una constante, despreocupada y desvergonzada fiesta en Granada. Creen que la*



Librodot

*guerra ha terminado, no comprenden que su etapa más decisiva acaba de comenzar. Por esta razón, ruego a Su Majestad que autorice las medidas reseñadas a continuación y que tenga a bien informar al capitán general de Granada, don Iñigo López de Mendoza, que no debe obstruir ninguna acción emprendida por la Iglesia.*

*—Debemos ordenar a los moros que dejen de hablar árabe entre ellos, ya sea en privado o cuando compran o venden mercancías en el mercado. La destrucción de sus libros de ciencia y de instrucción debería facilitar en gran medida el cumplimiento de este edicto.*

*—Se les prohibirá tener esclavos en cautiverio.*

*—No deberán usar sus túnicas moriscas. En su lugar, deberán adaptar su vestimenta y su comportamiento a las costumbres de Castilla.*

*—Sus mujeres no se cubrirán la cara bajo ninguna circunstancia.*

*—Se les prohibirá cerrar las puertas de sus hogares.*

*—Sus baños serán destruidos.*

*—Se prohibirán sus bodas, festividades públicas y canciones licenciosas.*

*—Se advertirá a las familias que, después del tercer hijo, todos sus descendientes serán puestos al cuidado de la Iglesia de Castilla y Aragón, para ser educados como buenos cristianos.*

*—La sodomía está tan extendida en estas tierras, que para erradicaría debemos ser extremadamente severos. En circunstancias normales será castigada con la muerte, y en caso de que este acto se cometa con un animal, se asignará al culpable una pena de cinco años de galeote.*

*Aunque estas medidas parezcan contradecir los términos de la Capitulación acordada por nosotros, son la única solución para la enfermedad que ha carcomido nuestras almas durante tanto tiempo. Si sus Excelentísimas Majestades están de acuerdo con mis propuestas, sugeriría que la Sagrada Inquisición abriera un ministerio en Granada sin dilación, y que los familiares acudieran de inmediato a esta pecaminosa ciudad para recoger pruebas. Dos, o a lo sumo tres, autos de fe bastarán para hacer comprender a esta gente que no pueden continuar tomando a la ligera el poder que Dios ha querido ejercer sobre ellos.*

*A la espera de vuestra pronta respuesta, el más fiel servidor de Vuestras Majestades, Francisco Jiménez de Cisneros.*

Cisneros dobló el papel y aplicó su sello al pergamino. Luego llamó a su leal colaborador, Ricardo de Córdoba, un musulmán que se había convertido al mismo tiempo que su amo, Miguel, y que había sido encomendado por él a la Santa Iglesia. Le entregó la carta.

—Sólo la reina debe posar sus ojos en ella. Nadie más. ¿Está claro?



Librodot

Ricardo asintió con una sonrisa y salió de la habitación.

Cisneros meditaba. ¿En qué? Su mente se empeñaba en concentrarse en sus propias debilidades. Sabía que no se destacaba por su talento con la palabra hablada o escrita; nunca había sido experto en conciliar el agua con el fuego. Durante su niñez en Alcalá había adquirido nociones muy rudimentarias de gramática y más tarde, en la Universidad de Salamanca, se había entregado al estudio de las leyes civiles y canónicas. Sin embargo, la literatura y la pintura no habían despertado su interés ni allí ni en Roma.

Los frescos de Miguel Ángel no lo conmovían en absoluto, aunque no había podido evitar sentirse verdaderamente impresionado por los dibujos abstractos y geométricos de las baldosas que había contemplado en Salamanca y, más tarde, en Toledo. Cuando pensaba en ello —no muy a menudo— se confesaba a sí mismo que habría sido mucho más natural adorar al Señor como un concepto. Le desagradaba la variedad de imágenes heredadas del paganismo y revestidas con los colores del cristianismo.

Si hubiese poseído el talento epistolar de su ilustre predecesor, el cardenal Mendoza, su carta a Isabel y Fernando habría sido escrita en un estilo más florido y elegante. Los monarcas se habrían conmovido tanto con la calidad literaria de la composición, que habrían aceptado la daga oculta tras la verbosidad como un apéndice necesario. Sin embargo, él, Jiménez de Cisneros, no podía ni quería defraudar a su reina.

Se había convertido en confesor de Isabel poco después del nombramiento de Talavera como arzobispo de Granada, y para sorpresa y placer de la reina, no había demostrado ningún sentimiento de agitación o ansiedad al ser conducido a su presencia. La reina tampoco había notado el menor rastro de servilismo en la expresión de su rostro ni en la forma de dirigirse a ella. La dignidad y la religiosidad que exudaban sus poros eran auténticas.

Isabel comprendió enseguida que estaba ante un sacerdote ferviente, cuyo carácter inflexible se asemejaba al suyo propio. Aunque Talavera la había tratado con respeto, había sido incapaz de disimular su desconsuelo ante lo que consideraba una mezcla de avaricia y prejuicio. Se había empeñado en sermonearla sobre las virtudes de la tolerancia y la necesidad de convivir con los súbditos musulmanes. Cisneros, sin embargo, estaba hecho de una madera más dura. Era un sacerdote con un espíritu de hierro y, mejor aún, con una mente como la suya. Isabel le invitó a hacerse cargo de su conciencia y le abrió su corazón, confiándole las infidelidades de Fernando, sus propias tentaciones o sus temores por una hija cuya lucidez parecía abandonarla de forma inesperada. Su sacerdote la escuchaba con expresión comprensiva, y sólo en una ocasión se había mostrado tan asombrado por su revelación, que sus emociones habían vencido a su intelecto y su cara se había cubierto con una máscara de horror. En aquella ocasión, Isabel le había confesado un insatisfecho deseo carnal que la había obsesionado durante los tres años previos a la reconquista de Granada y cuyo objeto había sido un noble musulmán de Córdoba.

Cisneros recordó aquel momento con un escalofrío y agradeció en silencio a Jesucristo por ahorrarle a España aquella calamidad. ¿Quién podía imaginar el giro que habría tomado la historia si un moro hubiera entrado en los aposentos de la reina? Sacudió la cabeza con violencia, como si la sola idea constituyera una herejía. La



Librodot

historia no podía haber avanzado en otra dirección, y si Isabel hubiera cercenado sus propias capacidades, habrían tenido que buscar un instrumento más apropiado.

Cisneros era el primer arzobispo español verdaderamente célibe. Una noche, en su época de estudiante en Salamanca, había escuchado los ruidos característicos de un dormitorio masculino en aquella etapa de fervor y comprendió que sus compañeros estaban ocupados imitando la conducta de animales en celo. Todos podían oír el placer que las parejas apareadas se brindaban entre si. Entonces, Cisneros había experimentado un atisbo de excitación en la entrepierna, y aunque el horror ante ese descubrimiento había bastado para enviarlo a dormir, a la mañana siguiente había descubierto, espantado, que su camisa de noche estaba manchada con algo que sólo podía ser su propia simiente. Una pecaminosa coincidencia había empeorado las cosas: la mancha guardaba una misteriosa semejanza con el mapa de Castilla y Aragón.

Cisneros había pasado dos días fuera de sí, lleno de temor y ansiedad. Aquella misma semana había descrito la escena a su confesor, que, ante el horror del futuro arzobispo, había soltado una estruendosa carcajada y respondido con voz tan alta que había hecho temblar de vergüenza a Cisneros.

—Si yo... —El fraile había comenzado la frase riendo, pero luego, al observar la cara pálida y temblorosa del joven, se había interrumpido para acabar con un tono más serio—. Si la Iglesia considerara la sodomía como un pecado imperdonable, todos los sacerdotes de España irían al infierno.

La promesa de Cisneros de respetar el celibato se debía principalmente a aquel encuentro en el confesonario, más que al incidente del dormitorio. Cisneros resistió la tentación incluso cuando trabajaba en Sigüenza, en las fincas del cardenal Mendoza, en un momento en que se esperaba que un sacerdote eligiera entre los campesinos a la mujer o al muchacho que deseara. A diferencia de un eunuco ni siquiera podía sentirse orgulloso del pene de su amo, por consiguiente se entregó a la vida monástica y abrazó la orden franciscana para recalcar su sincero compromiso con una vida austera y piadosa.

Cuando el cardenal Mendoza se enteró de la excepcional moderación de su sacerdote favorito, mostró su desaprobación:

—Atributos tan extraordinarios —dijo y todo el mundo dio por sentado que se refería a las cualidades intelectuales de Cisneros— no deberían permanecer enterrados en la oscuridad de un convento.

Cisneros caminó de un extremo al otro de la habitación. Desde su ventana arqueada podía ver la catedral que los albañiles construían sobre las ruinas de una antigua mezquita, debajo del palacio. Aunque intentaba concentrarse en los asuntos importantes, imágenes inesperadas e indeseables se cruzaban por su mente, interfiriendo en sus más excelsas meditaciones. Había sido informado de un sacrilegio profundamente ofensivo cometido en Toledo un mes antes, cuando un seguidor del islamismo, creyendo que nadie lo veía, había sumergido su pene desnudo en agua bendita. Al ser sorprendido por dos frailes, el musulmán no había intentado negarlo sucedido ni había parecido arrepentirse de su insolente conducta. Por el contrario, había explicado que acababa de convertirse y que un viejo amigo cristiano le había indicado que tenía que realizar esa ablución especial antes de ofrecer sus plegarias en la catedral.



Librodot

El ofensor se había negado a delatar a su amigo, y a pesar de las torturas, sus labios habían permanecidos sellados. La Inquisición había considerado que la historia era poco convincente y había entregado al individuo a las autoridades civiles, para que se le aplicara la pena máxima, y éste había sido quemado en la hoguera pocos días antes. La idea de aquel acto ofensivo continuaba obsesionando a Cisneros, que se propuso enviar a pedir las notas del caso a la Inquisición.

Cisneros no carecía de conciencia. El hombre que se había asignado a si mismo la misión de convertirse en cruel verdugo de la Granada islámica también había sido una víctima en otro tiempo, cuando había pasado una temporada en la prisión de la orden del difunto cardenal Carillo. El cardenal, que pronto sería sucedido por el arzobispo Mendoza, había pedido a Cisneros que cediera un cargo menor de la Iglesia española, otorgado por Roma, a un miembro de su camarilla de aduladores. Cisneros había sido condenado a seis meses de reclusión solitaria por negarse a hacerlo. La experiencia había sensibilizado al sacerdote sobre cuestiones como la culpabilidad y la inocencia, haciéndole reflexionar sobre la muerte de aquel hombre de Toledo que se había lavado las partes pudendas en el agua bendita. Quizás fuera inocente. Aunque ningún católico le habría enviado a la catedral con esas instrucciones, podría tratarse de uno de esos herejes franceses que habían escapado a los castigos. El prelado presintió que había desvelado la verdad y sus ojos resplandecieron. Estudiaría los papeles con atención.

Entonces se oyó un golpe en la puerta.

—Adelante.

Entró un soldado y murmuró algo en su oído.

—Hazlo pasar.

Ibn Hisham entró en la habitación y se dirigió hacia el arzobispo que le extendía la mano, flexionó una rodilla y le besó el anillo. Cisneros le indicó que se incorporara y se sentara.

—Mi tío Miguel me dejó instrucciones para que acudiera ante Su Excelencia y le presentara mis respetos.

Cisneros observó al último converso de la nobleza granadina con una media sonrisa.

—¿Con qué nombre lo bautizó el obispo de Córdoba?

—Pedro de Gharnata.

—Supongo que querrá decir Pedro de Granada.

Pedro asintió y sus ojos delataron la tristeza y la humillación a las que él mismo se había sometido. Contempló la expresión entre triunfal y despectiva del hombre al que acababa de besar el anillo y deseó estar muerto. Sin embargo, esbozó una sonrisa débil y se maldijo a sí mismo por su servilismo.

Cisneros lo miró y asintió con un gesto.

—Su visita es innecesaria. He acordado con su tío que se le permitirá continuar con sus negocios y soy un hombre de palabra. Dígame algo, Pedro, ¿su hija también se



Librodot

ha convertido a nuestra fe?

Pedro de Granada comenzó a sudar. Aquel demonio estaba al tanto de todo.

—Lo hará en cuanto vuelva de Ishbi..., quiero decir Sevilla. Excelencia. Esperamos su regreso.

—Que Dios lo bendiga, hijo. Ahora, si me disculpa, es la hora de mis oraciones vespertinas y después debo atender otros asuntos. Sólo una cosa más... Como quizás ya sepa, siete de nuestros sacerdotes sufrieron una emboscada la semana pasada, cuando se dirigían a recibir el sacramento de la Sagrada Eucaristía. Alguien vació sobres sus cabezas unos cubos de madera llenos de excrementos humanos. ¿No conocerá, por casualidad, los nombres de los jóvenes que perpetraron ese acto? —Pedro negó con la cabeza—. Lo suponía, pues quiero creer que si lo hubiera sabido, ya los habría denunciado. Si puede, intente averiguarlo. Es preciso castigar ese tipo de ultrajes.

El recién bautizado Pedro de Granada asintió con vehemencia.

—Cuando Dios desea destruir a una hormiga, Excelencia, permite que le crezcan alas.

Después de que Pedro se despidiera con una reverencia, Cisneros se sintió asqueado.

Se dijo a sí mismo: «Odiosos, serviles, trastornados y estúpidos individuos. Vienen a yerme todos los días, unos inducidos por el miedo, otros por la necesidad de proteger su futuro. Están dispuestos a traicionar a sus propias madres si... si... sí... —siempre hay una condición—, si la Iglesia les garantiza sus propiedades, si no interfiere en sus negocios, si mantiene a la Inquisición fuera de Granada. Sólo entonces se convierten alegremente a nuestra fe y traen a ella su inexorable codicia. ¡Que Dios los maldiga a todos! Nuestra Iglesia no necesita esos patéticos despojos humanos. Pedro de Granada seguirá siendo un mahometano hasta el día de su muerte. ¡Que dios lo maldiga a él y a todos los que se le asemejan!».



Librodot

## *CAPÍTULO 8*

Las casas blancas de la aldea ya no se veían sobre la cuesta de la montaña, pero el destello de las lámparas de aceite que colgaban de los portales tenía un aire mágico desde el sitio donde estaba sentado Yazid. Él sabía que las luces no se apagarían hasta que los hombres y mujeres que lo rodeaban regresaran a sus hogares.

El patio exterior estaba atestado de visitantes, sentados en un amplio círculo sobre las gruesas alfombras desplegadas sobre la hierba. De vez en cuando, una pequeña llama iluminaba la cara de al-Zindiq o de Miguel, que estaban en el centro del círculo. El fuego que ardía en los hornillos los mantenía en calor. Al comienzo del debate había al menos doscientas personas presentes.

Aquella familia que durante siglos no había tenido que ocuparse de asuntos más importantes que los placeres de la caza, la calidad del escabeche usado por los cocineros para adobar la carne de cordero o las nuevas artes llegadas a Gharnata desde China, ahora debía enfrentarse a la historia.

Miguel había descollado durante toda la velada. Al principio había afirmado con tono cínico y mordaz que el éxito de la Iglesia católica, su superioridad en la práctica, obedecía al hecho de que nunca había intentado endulzar el sabor de su amarga medicina. No le preocupaba defraudar, no buscaba popularidad, no disfrazaba su auténtica naturaleza para agradar a sus seguidores. Era horriblemente franca, sacudía al hombre y le gritaba al oído: «Naciste cubierto de excrementos y vivirás entre ellos, pero podremos perdonarte por ser tan impuro, vil y repulsivo si te arrodillas y rezas suplicando el perdón todos los días. Deberás soportar tu penosa y patética existencia con ejemplar humildad. La vida es y será un tormento. Lo único que puedes hacer es salvar tu alma, y si lo haces y ocultas tu descontento, se te concederá la redención. De ese modo conseguirás que tu vida en la Tierra sea apenas algo menos inmunda que el día en que naciste. Sólo los condenados buscan la felicidad en el mundo».

Miguel hizo una pausa y estudió a su público, que parecía hipnotizado y lo miraba con pasmo. Con voz suave y serena los había paseado por su pasado, recordándoles no sólo las glorias del Islam, sino también las derrotas, el caos, los despotismos palaciegos, las mortíferas guerras y la inevitable autodestrucción.

—Si nuestros califas y sultanes querían que las cosas permanecieran igual, deberían haber modificado su forma de gobernar estas tierras. ¿Creéis que me ha gustado cambiar de religión? Como ya habéis visto, esta noche he hecho enfadar a parte de mi propia familia, pero he llegado a un punto en que ya no puedo seguir ocultando la verdad.

»Amo esta casa y esta aldea, y justamente porque deseo que ambas subsistan y que vosotros prosperéis os pido, una vez más, que penséis con seriedad. Ya es tarde, pero si hacéis lo que os digo, todavía podréis salvaros. Al final todos os convertiréis, pero entonces la Inquisición estará aquí y os interrogarán para decidir qué conversión es legítima y cuál falsa. Puesto que entre sus objetivos se incluye el de confiscar vuestras tierras para la Iglesia y la corona, los inquisidores se concederán a si mismos el beneficio de la duda. Yo no puedo obligaros, pero aquellos que me sucedan no serán

tan benevolentes.

Aunque sus palabras no contaban con la simpatía popular, la mayoría de los presentes sabían que Miguel estaba más cerca de la verdad que los fanáticos que querían iniciar una guerra, pues tras la aparente calma que reinaba en la casa señorial, se ocultaba una gran tensión.

Casi todos los que tenían hijos pequeños se habían marchado poco después de los discursos de apertura, pero Yazid seguía despierto, disfrutando de cada instante de la reunión. Estaba sentado junto a su madre y compartía con ella una amplia capa de lana. Al otro lado estaba su hermana Hind, cuya impetuosidad, fiel reflejo de la ascendencia bereber de su familia materna, había sorprendido a todos menos a Yazid. Hind había interrumpido a su tío abuelo varias veces, había reído con sarcasmo sus bromas fallidas y murmurado alguna obscenidad ocasional, que transportada por el aire de la noche, había merecido los aplausos de las mujeres de la aldea. Miguel le había respondido sin ira, admirando en secreto su valor y proclamando en público su amor por ella. Sin embargo, la respuesta de Hind a la declaración de su tío había ido demasiado lejos, dejándola sin aliados:

—Cuando una serpiente dice que me quiere, me la pongo de collar.

Ama se había reído con ganas, sorprendiendo a Yazid, que sabía cuánto desaprobaba la conducta de Hind. Sin embargo, la vieja niñera se había quedado sola. Aunque Miguel no era especialmente popular, ese tipo de descortesía no agradaba a los aldeanos, que la consideraban una falta de hospitalidad hacia el hijo de Ibn Farid. La comparación con una serpiente había molestado a Miguel, que, afectado por la malicia del comentario, no había podido evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Las lágrimas de su tío habían conmovido también a Umar y éste había mirado a su esposa con expresión ceñuda. Descifrada la señal, Zubayda había reñido a Hind, amenazando con casarla con el tonto de su primo Juan si no controlaba su lengua de inmediato. El chantaje había surtido un sensacional efecto: Hind se había acercado a su tío para disculparse en su oído y éste le había sonreído mientras le acariciaba la cabeza. Una vez restablecida la paz, los criados habían servido café.

Hind no estaba apesadumbrada, pues había conseguido dejar clara su opinión ante los aldeanos y, sobre todo, ante el extraño sentado en el medio. Ibn Daud, tesoro de ojos verdes de al-Qahira y objeto de sus desvelos, estaba abstraído en sus propios pensamientos. El joven estaba impresionado con Hind desde antes que Yazid desvelara el secreto de su hermana. Su arrebatada insolencia y sus rasgos afilados y pícaros lo habían hechizado, pero aquella noche estaba distraído por el debate. Aunque había sonreído a los insolentes ataques de Hind a su tío abuelo, sus preocupaciones se centraban en las sensatas reflexiones de al-Zindiq.

Al-Zindiq, al contrario que Miguel, había atacado con furia las creencias y supersticiones cristianas. Se había burlado de la vieja Iglesia por su incapacidad para resistir las presiones paganas. ¿Por qué otra razón Isa se había convertido en una divinidad y su madre en un objeto de culto? El profeta Mahoma, por el contrario, había rechazado esas mismas presiones, había resistido a la tentación y desautorizado la veneración de tres diosas mujeres. Sin embargo, aquella noche al-Zindiq no estaba dispuesto a llegar más lejos. No defendió al Islam con la vehemencia intelectual que le había hecho famoso y que todos esperaban de él. Era un hombre demasiado honesto



Librodot

para contradecir las afirmaciones de Miguel, que por otra parte consideraba irrefutables, y se limitó a alentar a sus correligionarios, recordándoles que una estrella que se apagaba en un firmamento puede iluminarse en otro. Describió las victorias musulmanas en Estambul con detalles tan gráficos que su público se estremeció con una oleada de orgullo colectivo. En lo referente a la decadencia de al-Andalus, no daba demasiado crédito a las explicaciones populares.

—¿Recordáis la historia del sultán de Tlemcen y del Hombre Santo? El sultán recibió a Abu Abdallah al-Tunisi ataviado con sus mejores galas. «¿Es lícito que rece con las ropas refinadas que llevo?», le preguntó a su instruido visitante. Entonces Abu Abdallah rió y explicó su reacción con las siguientes palabras: «Oh arrogante sultán, me río de la debilidad de tu intelecto, de tu ignorancia sobre ti mismo y tu estado espiritual. Para mí, eres como un perro que olfatea la sangre de los cadáveres y come porquería, pero levanta la pata al orinar para no mancharse el cuerpo. Me interrogas sobre tus ropas cuando los sufrimientos de los hombres pesan sobre tu conciencia. El sultán rompió a llorar, renunció a su cargo y se convirtió en un fiel seguidor del Hombre Santo.

Al-Zindiq concluyó su relato en medio de gritos de «Wa Alá» y emotivas exclamaciones que apoyaban su teoría de que, si los reyes musulmanes de al-Andalus no se hubieran comportado de aquel modo, los seguidores del Profeta no se encontrarían en tan triste estado. Al-Zindiq, que había esperado aquella reacción, ahora se dirigió a los demás con absoluta franqueza:

—Suena bien, ¿verdad?, pero ¿acaso la religión podría habernos salvado? No lo creo. Ninguna relación puede cambiar las costumbres de los reyes, a menos que esté basada en algo más, en algo que nuestro gran maestro Ibn Khaldun llamaba solidaridad. Nuestras derrotas se deben a nuestra incapacidad de preservar la unidad de al-Andalus. Permitimos que cayera el califato y que en su lugar crecieran malezas venenosas, hasta cubrir la totalidad de nuestro jardín. Los grandes señores se abalanzaron sobre al-Andalus y se lo dividieron entre si. Cada uno de ellos se convirtió en un gran pez en medio de un pequeño estanque, mientras los reinos cristianos experimentaban el proceso opuesto. Fundamos numerosas dinastías, pero no hallamos el modo de gobernar a nuestro pueblo de acuerdo con los dictados de la razón. No supimos promulgar leyes políticas que protegieran a nuestros ciudadanos de los caprichos de gobernantes arbitrarios. Nosotros, un pueblo privilegiado que se destacó sobre el resto del mundo en ciencias, arquitectura, medicina y música, no pudimos encontrar un camino hacia la estabilidad ni un gobierno basado en la razón. Ésa fue nuestra debilidad y los cristianos del mundo han aprendido de nuestros errores. Sólo ésa, y no la forma de vestir de nuestros soberanos, ha sido la maldición del Islam en estas tierras. Sé que algunos de vosotros pensáis que llegará ayuda de Estambul, pero yo no lo creo, amigos míos. Pienso que los turcos se apoderarán del este y dejarán que a nosotros nos devoren los cristianos.

Umar estaba impresionado por las palabras de Miguel y las de al-Zindiq, pero se sentía fatigado. Le preocupaban asuntos más urgentes de la familia, que no le habían permitido concentrarse del todo durante la reunión. Quería dar por concluida la asamblea, pero algunas tradiciones habían adquirido un valor casi religioso y las reglas del debate estaban entre ellas. En un tono desalentador, Umar preguntó si alguien más deseaba hablar, y muy a su pesar, un viejo tejedor se puso de pie.



Librodot

—La paz sea con vosotros y que Dios proteja a Umar bin Abdallah y a su familia —comenzó el tejedor—. He oído con atención a Su Excelencia, el obispo de Qurtuba, y a Ibn Zaydun, quien se hace llamar al-Zindiq. Aunque no poseo sus conocimientos, deseo señalar sólo una cosa: creo que nuestra derrota se decidió cien años después de que Tarik ibn Ziyad atracara su barco en la roca que ahora lleva su nombre. Cuando dos de nuestros generales llegaron a las montañas que los francos conocen como Pirineos, subieron a la cima y contemplaron las tierras de los galos. Luego se miraron entre sí, y aunque no pronunciaron una sola palabra, ambos pensaron lo mismo: que si querían proteger al-Andalus, tendrían que ganarse el territorio de los francos. Lo intentamos, no cabe duda. Conquistamos muchas ciudades, pero el enfrentamiento más decisivo de nuestra historia fue aquel entre nuestro ejército y el de Carlos Martel, junto a la ciudad llamada Poitiers. Aunque muy pocos estarán dispuestos a reconocerlo, aquel día no perdimos sólo la oportunidad de ganar el reino de los francos, también perdimos al-Andalus. La única forma de preservar estas tierras para nuestro Profeta habría sido construir una mezquita en Notre-Dame. Eso es todo lo que quería decir.

Umar le agradeció profusamente que les hubiera brindado una visión más amplia del atolladero en que se encontraban y dio las buenas noches a todos los presentes.

Mientras la concurrencia comenzaba a dispersarse, Ama cogió a Yazid de la mano para conducirlo a su habitación, pero antes reparó en que un grupo inusualmente grande de hombres estrechaba la mano de Miguel con misterioso fervor. Entre ellos estaba su hermano natural, Ibn Hasd. Al verlos juntos, Hind notó la asombrosa semejanza que había entre los dos hombres si se los miraba de perfil. Zubayda estaba junto a su esposo, intercambiando saludos con los hombres y mujeres de la aldea.

Umar, a diferencia de su padre y de su abuelo, guardaba unas relaciones sociales, incluso amistosas, con los campesinos y tejedores de al-Hudayl. Asistía a sus bodas y funerales y exhibía un conocimiento de los nombres y número de hijos de cada familia que asombraba y complacía a sus miembros.

—Este señor es nuestro verdadero señor —solía decirle un tejedor a su esposa—, de eso no cabe duda. Se beneficia de nuestro trabajo, tal como hicieron antes sus antepasados, pero es un hombre decente.

Sin embargo, aquella noche no había tiempo para cumplimientos. Umar estaba impaciente. No había hablado mucho durante la discusión y estaba ansioso por quedarse solo. Durante la cena, que se había servido temprano a causa de la reunión, Zubayda le había informado que su primogénito estaba comprometido en un asunto tan precipitado e imprudente que temía por su vida. Las criadas le habían contado que Zuhayr estaba reclutando jóvenes para «la lucha». Zuhayr no se había presentado a la cena, y un mozo de cuadra les había dicho que el joven amo se había marchado en su caballo favorito sin precisar su destino. Lo único que sabía era que Zuhayr al-Fahl llevaba dos mantas consigo. Cuando el mozo se marchó, Hind no pudo reprimir una sonrisa. Aquello era todo lo que Umar necesitaba para llegar a una conclusión.

—¡Maldito insolente! Su tío abuelo va a debatir un asunto de vida y muerte para nuestra familia, nuestra fe y nuestro futuro con su gran amigo Ibn Zaydun, ¿y dónde está el joven caballero? ¡En la ladera de alguna colina, ocupado en preñar a alguna desdichada doncella!

—Desde el interior de la casa, Zuhayr observaba las despedidas, arrepentido de



Librodot

no haber estado allí para aquella importante ocasión. Se sentía hastiado y lleno de disgusto por su propia falta de disciplina y por sus afinidades con el reino animal, pero Umayma era tan distinta a las pintarrajeadas putas de Gharnata, con sus carnes manoseadas por los hombres a toda hora del día y de la noche... Ella lo hacía sentir irresponsable, excitaba su sensualidad y nunca pedía ni esperaba nada a cambio. Era su última oportunidad para estar con ella, pues tres meses después la joven se casaría con Suleiman, el tejedor bizco y calvo que hilaba la mejor seda de la aldea, pero que difícilmente podía competir con él, Zuhayr, en las artes verdaderamente importantes.

—¿Y bien? —dijo Umar sobresaltando a su hijo—. ¿Dónde estabas? No tiene importancia que perdieras la cena, ¿pero cómo se te ocurre dejar de asistir a un debate en momentos como éste? Los aldeanos notaron tu ausencia. Ibn Hasd y Suleiman, el tejedor, me preguntaron por tu salud.

—La paz sea contigo, padre —murmuró Zuhayr, intentando disimular su inquietud—. Salí con unos amigos. Fue una velada inocente, padre. Te lo aseguro.

Umar miró a su hijo y no pudo reprimir una sonrisa. Aquel chico no sabía mentir. Al ver a su hijo frente a él, mirándolo con esos ojos de color marrón claro como los de su madre, sintió que lo embargaba la emoción. En una época habían estado muy unidos. Umar le había enseñado a montar, a cazar y a nadar en el río. En su infancia, Zuhayr solía acompañar a su padre a la corte de la al-Hamra, pero ahora Umar sentía que lo había dejado demasiado tiempo solo, sobre todo desde el nacimiento de Yazid. ¡Qué distintos eran, y cuánto los amaba a los dos!

Umar se dejó caer sobre un cojín grande.

—Siéntate, Zuhayr. Tu madre me explicó que has hecho planes. ¿Por qué no me los cuentas?

La cara de Zuhayr se ensombreció y de repente el joven pareció mucho mayor de lo que era.

—Me marcho, padre. Quería irme esta noche, pero Yazid ya está dormido y no quiero irme sin despedirme de él. Me marcho a Gharnata. No puedo permitir que los frailes nos entierren vivos. Debemos actuar ahora, antes de que sea demasiado tarde. Los planes para una insurrección ya están en marcha. Es un duelo con el cristianismo, padre. Mejor morir luchando que vivir como esclavos.

El corazón de Umar comenzó a latir con fuerza. Tuvo una visión: un enfrentamiento con los soldados del capitán general, confusión, espadas en alto, disparos, y su Zuhayr tendido sobre la hierba con un agujero en la cabeza.

—Es un plan descabellado, hijo mío. La mayoría de estos hombres jóvenes que despotrican en los baños de Gharnata huirán en cuanto vean a los castellanos. Déjame terminar. No dudo de que encontrarás unos cuantos centenares que combatirán a tu lado. La historia está llena de jóvenes tontos que se emborrachan con la religión y se precipitan a luchar contra los infieles. Es mucho más sencillo beber veneno y morir serenamente debajo de un árbol, junto al río. Pero es preferible vivir, hijo mío.

Aunque Zuhayr también tenía dudas, sabía que no debía confiárselas a su padre. No quería que lo convencieran de que abandonara el plan que él y sus amigos venían urdiendo desde la fogata del Bah-al Ramla.



Librodot

—Al contrario de lo que puedas creer, padre, no abrigo grandes esperanzas sobre el resultado de nuestra rebelión, pero aun así, creo que es necesaria.

—¿Para qué?

—Para que la situación permanezca igual en el reino de Gharnata. Aunque ahora estamos mal, las cosas empeorarán si nos entregan a los animales de Torquemada, a quienes ellos llaman sacerdotes y familiares. Si nuestro último sultán, que Dios le maldiga, no se hubiera rendido sin luchar, las cosas habrían sido diferentes. Isabel nos trata como a perros azotados. Nuestro desafío les demostrará a ellos y a los demás seguidores de nuestra fe que moriremos de pie, no de rodillas; que todavía queda vida bajo las ruinas de nuestra civilización.

—¡Imprudente! ¡Eres un joven imprudente!

—Pregúntale a Ibn Daud lo que vio en Sarakusta y en Balansiya, cuando venía hacia Gharnata. Todos los musulmanes que huían de los cristianos decían lo mismo.

Umar no pudo evitar sentirse orgulloso de su hijo. Había subestimado a Zuhayr.

—¿De qué hablas, chico? No es propio de ti hablar con acertijos.

—Hablo de las expresiones en las caras de los sacerdotes cuando partían a supervisar la tortura de los inocentes y a crear nuevos huérfanos en las mazmorras de la Inquisición. Si no luchamos ahora, lo destruirán todo, padre. Todo.

—Es probable que lo destruyan todo de cualquier modo, tanto si lucháis como si no lo hacéis.

—Quizás.

Umar sabía que, en el fondo, las dudas atormentaban a Zuhayr y comprendía el dilema de su hijo. Después de alzar la voz en la mezquita y de jactarse de futuras victorias ante sus amigos, el joven se sentía atrapado. Umar decidió impedirle marchar.

—Todavía eres muy joven, Zuhayr. A tu edad, la muerte no es más que una ilusión, y no permitiré que malgastes la vida. Ahora que he decidido que la conversión es imposible, puede pasarme cualquier cosa. ¿Y quién cuidará entonces de tus hermanas y de tu madre? ¿Yazid? Nos han despojado del poder y de la autoridad, pero nuestras tierras siguen intactas. Podemos disfrutar de nuestra riqueza en paz y con dignidad. ¿Qué tienen los castellanos contra al-Hudayl? Sus ojos están fijos en el nuevo mundo, en sus montañas de oro y de plata. Nos han vencido y la resistencia es inútil. ¡Te prohíbo marcharte!

Zuhayr nunca había combatido en una batalla. Su experiencia se limitaba al entrenamiento intensivo en las artes de la guerra que había recibido cuando era un niño. A su destreza como espadachín se sumaba su osadía como jinete, famosa entre los que asistían a los torneos organizados en Gharnata para celebrar el cumpleaños del Profeta. Sin embargo, no podía olvidar que aún no se había enfrentado nunca con un enemigo real.

Al mirar la expresión lóbrega de su padre, Zuhayr se dio cuenta de que era su última oportunidad para cambiar de idea. Podía informar a sus compañeros que su padre le había prohibido que saliera de la casa. Umar era un hombre muy respetado y



Librodot

todos lo comprenderían... ¿O no? Zuhayr no podía soportar la idea de que algunos de sus amigos lo acusara de cobardía, pero ésa no era su única preocupación. No creía que al-Hudayl estuviera a salvo mientras Cisneros gobernara en Gharnata y, por consiguiente, pensaba que Umar demostraba una peligrosa ignorancia con respecto a la gravedad de la situación.

—Abu —comenzó Zuhayr con tono plañidero—, nada me importa tanto como la seguridad de nuestra casa y de nuestras tierras, y justamente por eso debo irme. Ya he tomado la decisión. Si me obligas a quedarme aquí en contra de mi voluntad y de mis ideas, no te desobedeceré, pero me sentiré desdichado, y cuando me siento desdichado, Abu, pienso en la muerte como consuelo.

»¿No te das cuenta de que los sacerdotes lo destruirán todo? Tarde o temprano, llegarán a al-Hudayl, pues quieren convertir al-Andalus es un desierto, quieren quemar nuestro recuerdo. ¿Cómo van a permitir que subsista un oasis como al-Hudayl? No me obligues a quedarme, padre. Debes comprender que lo que intento hacer es lo único que puede salvar nuestro hogar y nuestra fe.

Umar no estaba convencido y la discusión continuó. Zuhayr se volvía más obstinado a medida que pasaban las horas. Por fin, Umar aceptó que no podía recluir a su hijo en casa en contra de su voluntad y sus rasgos se ablandaron. Zuhayr comprendió que acababa de ganar la primera batalla. Conocía bien el carácter de su padre: una vez que Umar daba su conformidad, se hacia a un lado y no volvía a entrometerse.

Los dos hombres se pusieron de pie. Umar abrazó a su hijo y lo besó en las mejillas. Luego se dirigió hacia un baúl grande y sacó una vaina de plata bellamente cincelada que contenía la espada de Ibn Farid. Desenvainó la espada, la alzó con las dos manos por encima de la cabeza de su hijo y se la entregó.

—Si es inevitable que luches, será mejor que lo hagas con un arma probada en muchas batallas. —Los ojos de Zuhayr se humedecieron—. Ven —añadió Umar—, vamos a darle la noticia a tu madre.

Cuando Zuhayr seguía a su padre por el patio interior, llevando con orgullo la espada de su abuelo, se encontraron con Zahra y Miguel. Las cuatro voces sonaron al unísono:

—La paz sea contigo.

Miguel y Zahra vieron la espada de su padre y lo comprendieron todo.

—Que Dios te proteja, hijo —dijo Zahra besándole las mejillas.

Zuhayr no respondió, pero se quedó mirando a la pareja de ancianos con preocupación. Entonces su padre le tocó suavemente el hombro y continuó su camino. Aunque había durado apenas unos segundos, Zuhayr consideraba el encuentro con sus tíos como un mal presagio.

—¿Crees que Miguel...? —comenzó a preguntarle a su padre, pero Umar negó con la cabeza.

—Seria inconcebible —murmuró—. Tu tío abuelo nunca pondría a la Iglesia antes que a su propia familia.



Librodot

Zahra y Miguel permanecieron inmóviles, como centinelas de guardia, reliquias de una generación que había dejado de existir. Sobre sus cabezas, el cielo estaba lleno de estrellas, pero ni ellas ni la lámpara solitaria que colgaba de un muro, a la entrada de los baños, daban suficiente luz. Entre las sombras de la noche, con las espaldas encorvadas cubiertas con gruesos mantones de lana, parecían un par de pinos atrofiados, castigados por el tiempo. Por fin, el obispo rompió el silencio.

—Temo lo peor.

Zahra estaba a punto de responder, cuando Hind e Ibn Daud salieron al patio, seguidos por tres criados. Ninguno de ellos se percató de la presencia de la anciana y de Miguel. El joven saludó con una inclinación de cabeza, y estaba a punto de retirarse a su habitación, cuando oyó una voz:

—Ibn Daud!

—¡Wa Alá! —respondió Hind—. Me has asustado, tío. La paz sea contigo, tía.

—Ven —le dijo Miguel a Ibn Daud—, acompáñame a mi habitación, que está junto a la tuya. Nunca creí que llegaría el día en que durmiera en una habitación de invitados en esta casa.

—Tonterías —dijo Zahra—. ¿Dónde querías que te metieran? ¿En el establo? Hind, necesito que me hagas un masaje esta noche. El frío me corroe los huesos y me duele el pecho y la espalda.

—Sí, tía —respondió Hind mientras miraba con expresión de añoranza la espalda del hombre de ojos verdes.

Ibn Daud escoltaba al obispo por el corredor que comunicaba al patio con un grupo de habitaciones, añadidas a la casa por Ibn Parid. Allí solían agasajar y proporcionar diversiones nocturnas a los visitantes cristianos.

«Qué extraño que esta niña que apenas conozco y que acaba de cumplir dieciocho años me recuerde tanto a mi juventud —pensaba Zahra—. Su padre sigue viéndola como un pimpollo, pero está tan equivocado como siempre lo estarán todos los padres del mundo. Ya ha florecido; se ha abierto como las flores de los naranjos en primavera, esas flores cuyo aroma embriagan los sentidos.»

Como para confirmar sus pensamientos, Zahra se levantó con la ayuda de una almohada y miró a su sobrina nieta, que masajeaba con diligencia y suavidad los dedos de su pie izquierdo. Incluso bajo el suave resplandor de la lámpara, la piel de Hind, normalmente del color de la miel silvestre, se veía sonrosada y llena de vida. Sus ojos brillaban y su mente estaba lejos de allí. Eran los síntomas familiares.

—¿Él también te quiere tanto?

La pregunta repentina sobresaltó a la joven.

—¿De quién hablas, tía?

—Vamos, niña, esa timidez no es propia de ti. Todo está escrito en tu cara. Primero pensaba que estabas nerviosa por lo sucedido esta noche. Miguel me contó que le gritaste, aunque no está enfadado. Por el contrario, admira tu valor. Sin embargo, tú



Librodot

ya has olvidado ese incidente, ¿verdad? ¿Dónde has estado?

Hind, a diferencia de su serena y sumisa hermana mayor, Kulthum, era incapaz de disimular sus sentimientos. A los nueve años había escandalizado a un erudito teólogo de Ishbiliya, primo hermano de su madre, discutiéndole su interpretación del Alcorán. El teólogo consideraba prohibidos todos los pasatiempos a los que se entregaban los nobles musulmanes e intentaba demostrar que esa obscena irresponsabilidad había conducido al declive de al-Andalus. Entonces Hind lo había interrumpido con una intervención memorable, que el Enano y sus amigos de la aldea aún recordaban con placer.

—Tío —había preguntado la niña con una sonrisa recatada, nada habitual en ella—, ¿acaso nuestro Profeta, que la paz sea con él, no dijo en un alhadice que nadie se ha atrevido a contradecir que los ángeles tenían sólo tres aficiones?

El teólogo, engañado por su sonrisa y complacido de que una niña tan pequeña conociera tan bien las escrituras, se había acariciado la barba y le había preguntado amablemente:

—¿Y a cuáles crees que se refería, mi pequeña princesa?

—Pues a las carreras de caballos, el tiro al blanco y la copulación, ¡por supuesto!

El tío de Ishbiliya se había atragantado con la carne que, hasta entonces, estaba comiendo con placer. Zuhayr se había disculpado y había corrido a reírse a la cocina. Zubayda había sido incapaz de reprimir una sonrisa y Umar había quedado a cargo de la tarea de cambiar el tema de la conversación, cosa que pronto había conseguido con maestría. Kulthum había permanecido en silencio, pero le había ofrecido un vaso de agua a su tío, y ese gesto, por alguna razón, había impresionado al teólogo. Justamente, el joven con quien Kulthum se casaría un mes después era hijo suyo.

Zubayda había hecho reír a Zahra con aquella anécdota, cuyo recuerdo provocaba ahora una sonrisa en los labios de la anciana mientras miraba a su sobrina nieta.

—Mis oídos están impacientes, niña.

Hind, que hasta ese momento no se había atrevido a confiar su secreto a nadie, excepto a su doncella favorita, estaba ansiosa por desahogarse con un miembro de la familia y decidió contárselo todo a Zahra. Sus ojos comenzaron a sonreír otra vez.

—Ocurrió el primer día, tía. En cuanto lo vi, supe que no quería a ningún otro hombre.

—Aunque el primer amor no sea el mejor, suele ser el más profundo —sonrió Zahra con aire pensativo.

—¡El más profundo y el mejor! ¡Tiene que ser el mejor!

Los ojos de Hind brillaban como lámparas. Describió la llegada de Ibn Daud a al-Hudayl, la impresión que había causado en toda la familia. Su padre había sentido una inmediata afinidad con él y le había ofrecido un trabajo como tutor privado de la familia. Todos habían asistido a la primera clase, en la cual Ibn Daud había explicado la filosofía de Ibn Khaldun, tal como se interpretaba en al-Qahira. Zubayda se había interesado en la forma en que las teorías de Ibn Khaldun podían aclarar la tragedia de



Librodot

al-Andalus, pero él le había respondido: «Los ladrillos sueltos no pueden construir una muralla estable para una ciudad».

—Hind —rogó Zahra—, estoy demasiado vieja para apreciar los detalles. Acepto sin discutir que el muchacho es inteligente y atractivo, pero si sigues así es probable que no viva para escuchar el final de la historia. ¿Qué ocurrió esta noche, después de la reunión?

—Mi padre estaba preocupado por Zuhayr, y antes de que me diera cuenta, toda la familia había desaparecido dentro de la casa. Así que me acerqué a Ibn Daud, le dije que necesitaba aire fresco y le pedí que me acompañara a dar un paseo.

—¿Le invitaste tú?

—Sí, le invité yo.

Zahra echó la cabeza hacia atrás y rió. Luego cogió la cara de Hind con sus manos ajadas y le acarició las mejillas.

—El amor puede ser una serpiente disfrazada de collar o un ruiseñor que se niega a dejar de cantar. Continúa, por favor.

Entonces Hind le contó cómo una doncella les había iluminado el camino con una lámpara, mientras otras dos los habían seguido a una distancia prudencial hasta llegar al bosquecillo de granados.

—¿El bosquecillo de granados? —preguntó Zahra, intentando controlar los latidos de su corazón—. ¿Ese grupo de árboles que está ante la casa, el que se ve antes de llegar desde la aldea? Cuando te acuestas en el suelo, ¿aún te parece estar bajo una tienda de ramas con una ventana circular en lo alto? Y cuando abres los ojos y miras a través de ella, ¿las estrellas todavía danzan en el cielo?

—No lo sé, tía. Aún no he tenido oportunidad de acostarme en el suelo. —Las dos mujeres se miraron y se echaron a reír—. Hablamos —continuó Hind—. Sobre la casa, la aldea, la nieve en las montañas, la próxima primavera, y una vez que agotamos todas las formalidades, nos callamos y nos limitamos a mirarnos el uno al otro. Cuando él volvió a hablar, tuve la impresión de que había pasado un año entero. Me cogió la mano y me dijo que me amaba. En ese momento, las doncellas comenzaron a toser, pero yo les advertí que si volvían a hacerlo, las denunciaría a la Inquisición para que las quemaran vivas. Entonces podrían toser todo el camino hasta el infierno. Luego lo miré fijamente a los ojos y le confesé mi amor por él. Le cogí la cara entre las manos y lo besé en los labios. Me dijo que mañana le pediría mi mano a mi padre, pero yo le rogué precaución y le advertí que sería mejor que antes le preparara el camino. Le ofrecí ir a su habitación esta noche, pero casi se desmayó del susto. Me dijo: "Soy un invitado de tu padre. Por favor, no me pidas que abuse de su hospitalidad y traicione su confianza. Seria una vergüenza".

»Menos mal que estás aquí, tía Zahra. No podría haberme guardado estos sentimientos durante mucho tiempo.

Zahra se sentó en la cama y abrazó a Hind. Su vida entera pasó en un instante por su mente y la hizo temblar. No quería que aquella joven, que estaba en el umbral de su vida, cometiera los mismos errores que ella, que sufriera las mismas heridas emocionales. Decidió hablar con Umar y con Zubayda a favor de la joven



Librodot

pareja. Era evidente que el joven era pobre, pero los tiempos habían cambiado. Sin embargo, a su sobrina nieta le ofreció sólo palabras de aliento.

—Si estás segura de su amor, no debes dejarlo escapar. No quiero que dentro de cien años se hable de un joven de ojos verdes que deambulaba por las montañas, desolado y triste, confiándole al río su amor por una mujer llamada Hind.

»Mírame, pequeña. Aún llevo un gran dolor en el corazón. El amor me abrasó, devoró mis entrañas hasta que no quedó nada, y entonces comencé a abrirme de piernas ante cualquier caballero que deseara entrar, sin importarme si la experiencia me complacía o no. Fue mi forma de destruir toda la sensibilidad que había en mí. Cuando me encontraron desnuda en el camino a Qurtuba, decidieron enviarme al *maristan* de Gharnata. No cometas nunca mi error. Antes que aceptar la negativa de tus padres, será mejor que te escapes con ese joven, incluso si a los seis meses descubres que sólo quería divertirse con esos dos melocotones tuyos. Si sucediera así, sufrirías por unos meses o tal vez un año; pero si no lo haces, sentirás desesperación, y la desesperación corroe el alma, no hay nada peor en el mundo. Yo hablaré con tu madre y con tu padre. Los tiempos han cambiado, y además Ibn Daud no es hijo de un criado de la casa. Ahora vete a tu habitación y sueña con tu futuro.

—Lo haré, tía, pero con tu permiso, me gustaría hacerte una pregunta.

—Dime.

—En la aldea hay rumores sobre el tío abuelo Miguel...

—¡Oh, sí! Ese viejo asunto sobre la hija del tejedor no es ningún secreto. ¿Qué quieres saber de él?

—Nada. Como dices, nunca fue un secreto, pero yo me refería a lo que dicen de Miguel y su madre, la señora Asma. ¿Es verdad?

—No lo sé. En esa época ya me habían echado de la casa y vivía en Qurtuba. El apodo de «pequeña mamá» que le habíamos puesto a Asma nos hacía reír a todos, incluso a Ibn Farid. Me apené mucho al enterarme de su muerte, pero ¿Meekal? ¿Miguel? —dijo Zahra encogiéndose de hombres.

—Pero tía... —comenzó Hind.

La anciana la interrumpió con un gesto.

—Escúchame con atención, Hind bint Zubayda, yo nunca quise saber la verdad. Los detalles carecían de interés para mí. Asma, a quien yo amaba como a una hermana, no podía volver a la vida, y lo mismo ocurría con la madre de Ibn Zaydun. Tal vez haya algo de cierto en lo que dices, pero sólo tres personas conocían la verdad. Dos de ellas están muertas, y no creo que nadie haya interrogado jamás a Meekal al respecto. Tal vez al convertirse lo haya contado todo en confesión, con lo cual lo sabría una persona más, pero ¿qué importancia tiene eso ahora? Cuando crezcas, oirás hablar de tragedias sucedidas en el seno de otras familias o de otras ramas de la tuya. ¿Recuerdas a aquel primo de tu madre de Ishbiliya? —La expresión de Hind reflejaba confusión—. Tienes que acordarte, me refiero al mismo que escandalizaste con tus conocimientos del alhadice.

—¿A él? —preguntó Hind con una gran sonrisa—. Ibn Hanif, el futuro suegro de



Librodot

Kulthum. ¿Qué ocurre con él?

—Si alguna vez intentara humillar a Kulthum con el asunto de la pobre Asma, pregúntale el nombre de su verdadero padre, que desde luego no fue Hanif.

La pícara Hind la miraba con todos los sentidos alerta. Aquella inesperada revelación la hizo olvidarse de Ibn Daud por unos instantes.

—Cuéntamelo, tía. ¡Por favor!

—Lo haré, pero no se lo digas nunca a Kulthum, a menos que creas que ella necesita la información. —Hind asintió con un gesto impaciente—. El padre de Hanif era también el padre de su madre. Sin embargo, ningún miembro de la familia consideró preciso quitarse la vida por eso. Ni siquiera creo que Hanif lo sepa. ¿Cómo iba a averiguarlo? Su padre y su madre se llevaron el secreto a la tumba, pero los viejos criados de la casa lo sabían. Los criados lo saben todo, y así es como la historia llegó a esta casa. —Hind estaba horrorizada con aquella información. En el caso de Asma, la muerte había borrado el agravio, pero en Ishbiliya...—. Estoy cansada, niña, y tú también necesitas dormir —dijo Zahra a modo de despedida.

Hind comprendió que no valía la pena insistir, se levantó de la cama y se inclinó a besar las mejillas ajadas de Zahra.

—La paz sea contigo, tía. Que duermas bien.

Cuando la joven se marchó, Zahra evocó su propia juventud. No pasaba un día sin que un episodio magnificado del pasado se colara en sus pensamientos. En la misteriosa calma del *maristan* se había concentrado en los tres o cuatro años auténticamente felices de su vida, los revivía mentalmente o incluso los relataba por escrito. Pero tres días antes de viajar a al-Hudayl había quemado sus papeles, en una pequeña réplica de la fogata encendida por Cisneros en el mercado. Lo había hecho convencida de que su vida no podía interesar a nadie, excepto a sí misma, y de que estaba a punto de morir. Nunca se le ocurrió pensar que al borrar esos recuerdos que ella consideraba obsoletos condenaba a la oscuridad de las llamas una crónica única de un estilo de vida.

Se había sentido realmente feliz al volver a su antigua casa y encontrarla habitada por Umar y su familia. Durante décadas, había controlado sus emociones, privándose de mantener contacto con el resto de la familia, y ahora se encontraba abrumada con tanto afecto. Sin embargo, cuando estaba sola, la atormentaban los recuerdos dolorosos de su vida.

En la cena de aquella noche con Ibn Zaydun, muy a su pesar, había sentido su corazón revolotear como un pájaro enjaulado, igual que en su primer encuentro, tantos años atrás. Cuando la familia había tenido la delicadeza de dejarlos solos a saborear el té con menta, ella se había sentido incapaz de comunicarse con él. Incluso cuando él le había confesado, con su voz de siempre, que le había escrito una carta cada semana desde su separación, ella no había conseguido emocionarse. ¿Era aquél el hombre por quien había destrozado toda su vida?

Al ver disiparse la emoción en ella, él se había arrodillado para declarar que nunca había dejado de amarla, que jamás había mirado a otra mujer y que no había vivido un solo día sin dolor. Sin embargo, Zahra había permanecido imperturbable.



Librodot

Entonces comprendió que nunca había superado la amargura, la ira que había sentido años atrás hacia él, por su cobardía al resignarse a la condición de criado y por abandonarla a su propia clase. Era evidente que aquel resentimiento, reemplazado durante su largo confinamiento por imágenes más agradables de la relación turbulenta y clandestina, había seguido creciendo y creciendo, y ahora no sentía nada por él. Ese descubrimiento la complació. Volvía a ser libre, después de tantos años atrapada en las garras del amor. «Me pregunto qué habría pasado si nos hubiéramos encontrado hace veinte años. ¿Me habría deshecho de él con tanta facilidad?», pensó.

Ibn Zaydun sabía que su ilusoria relación había concluido. Al despedirse de ella, notó la frialdad en sus ojos y se sintió vacío y desolado. «En esta casa, vuelvo a ser sólo el hijo de una criada que trabajó para ellos y murió por sus esfuerzos.» Era la primera vez que tenía esa sensación en presencia de Zahra.

La anciana abrió las hebillas que recogían su pelo blanco como la nieve y éste cayó hacia atrás cubriéndole la espalda, desplegándose como una pitón. Aquella noche había hecho un esfuerzo especial para arreglarse y el resultado había asombrado a todos los presentes. Rió al recordarlo y se quitó el broche de diamantes que sujetaba el mantón. Aquel diamante había sido un regalo de Asma, pues algún necio le había dicho que usado en contacto con la piel, curaba todo tipo de locura.

La amorosa y desgraciada Asma. Zahra recordaba el día en que su padre había regresado con ella de Qurtuba. Zahra y Abdallah lo aguardaban junto a la entrada, desconcertados, estrechando la mano de la hermana de su madre, la esposa a quien creían injustamente agraviada por la adquisición de una concubina cristiana. Su primera impresión al ver a Asma había sido de pavoroso asombro: parecía joven e inocente, tenía una estatura mediana, una figura bien formada y proporcionada, y una cara virtuosa coronaba el cuerpo voluptuoso. Su piel era tan suave como la leche, pero del color de los melocotones, y su boca parecía cuidadosamente pintada con el jugo de una granada. Debajo de la mata de cabello negro azabache brillaban un par de tímidos, casi asustados, ojos marrones. Todos habían comprendido de inmediato la fascinación de Ibn Farid por la joven.

—¿Cómo puedes amar a mi padre? —le había preguntado Zahra, años más tarde, cuando ya eran buenas amigas, poco antes de que naciera Meekal.

La anciana sonrió al recordar la risa cristalina con que la joven había respondido a su pregunta. Luego, la cara llena de hoyuelos de Asma se había estirado hasta recuperar su habitual perfección.

—¿Quieres saber cómo fue? —le había preguntado.

—Si, sí —había exclamado, Zahra, imaginando una descripción maravillosamente erótica.

—Fue la primera vez que se tiró un pedo delante de mí. Me recordó a la cocina donde trabajaba mi madre. Me hizo sentir como en mi casa y comencé a amarlo por esa razón.

El horror inicial de Zahra se había trucado en una risa incrédula. Sin proponérselo, Asma había humanizado la figura imponente y sombría de Ibn Farid.

Zahra se cubrió con la colcha de seda rellena de lana de oveja. El sueño no



Librodot

llegaba. Era como si la expulsión de Ibn Zaydun de su memoria hubiera dejado sitio para todos los demás. Su padre se apareció ante ella, no como el noble altivo de carácter despótico que la había obligado a elegir entre supeditarse a su voluntad y abandonar a su amante o sufrir su castigo, sino como el gigante amistoso y divertido, que le había enseñado a montar para que le ganara a Abdallah. ¡Qué paciente había sido, y cuánto lo amaba ella entonces! Aquella misma semana le había enseñado a tirar al blanco. Le habían dolido los brazos durante días y su padre se había divertido a su costa. Luego había llegado Miguel, e Ibn Farid, fascinado con el niño, había olvidado a Abdallah y a Zahra. «Quién sabe —pensó ella—, si no nos hubiera olvidado, es probable que yo no hubiera caído bajo el hechizo de Ibn Zaydun y que Abdallah no se hubiera obsesionado con los caballos.»

De repente, una mujer joven aparece en su mente. Zahra no la recuerda, pero le resulta familiar. Tiene la frente de Abdallah y sus propios ojos. Debe de ser su madre. Zahra le grita a la muerte:

—¡Te he estado esperando mucho tiempo! Sé que vendrás pronto, así que ¿por qué no ahora? No puedo soportar la angustia de esperar más.

—¡Tía Zahra! ¡Tía Zahra!

La anciana abrió los ojos y vio la cara preocupada de Zubayda.

—¿Necesitas algo?

Zahra esbozó una sonrisa débil y negó con la cabeza. Luego recordó algo, cogió su broche de diamantes y se lo entregó a Zubayda.

—Me muero. Esto es para tu hija Hind. Asegúrate de que ese joven de al-Qahira la ame de verdad y luego deja que se casen. Dile a Umar que fue mi último deseo antes de morir.

—¿Quieres que vaya a buscar al tío Miguel? —preguntó Zubayda secándose las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Déjalo dormir en paz. Intentará darme el último sacramento y yo insisto en morir como una musulmana. Dile a Amira que me bañe como solía hacer en los viejos tiempos.

Zubayda masajeaba las piernas y los pies de Zahra.

—No te estás muriendo, tía. Tus pies están calientes como brasas. Nunca se ha oído de nadie que muriera con los pies calientes.

—¡Qué ingenua eres, Zubayda! —respondió su tía con voz débil—. ¿No has oído hablar de los pobres inocentes quemados en la hoguera?

El horror en la cara de Zubayda hizo reír a Zahra, y su risa fue tan contagiosa que Zubayda la imitó. De repente, las risas se apagaron y la vida de la anciana huyó de su cuerpo. Zubayda la acercó a su pecho y la abrazó.

—Todavía no, tía Zahra. No nos dejes tan pronto.

Pero no obtuvo respuesta.



Librodot

## *CAPÍTULO 9*

Zahra fue enterrada al día siguiente. Ama había bañado su cuerpo con amoroso cuidado antes del amanecer. Cuando las brisas de la mañana dieron la bienvenida con su danza a los primeros rayos del sol, el trabajo estaba concluido.

—¿Por qué quiso que fuera yo la que hiciera esto, Zahra? ¿Como último castigo o como gesto definitivo de amistad? Si no hubiese sido por usted, mi señora, me habría casado con el hombre de la montaña que ahora tiene aires de grandeza y se hace llamar al-Zindiq. Le habría dado tres hijos, ¡o incluso cuatro! Le habría hecho feliz. Hablo como una vieja loca. Perdóneme. Supongo que Dios quiso que viviéramos separados. Bueno, ya está lista para su último viaje. ¡Me alegro tanto de que haya vuelto aquí! En Gharnata la hubieran puesto en una caja de madera y le habrían colocado una cruz sobre la tumba. ¿Qué habría dicho Ibn Farid cuando la encontrara en el primer cielo? ¿Eh?

Zahra aguardaba la sepultura tendida en la cama, vestida con una prístina mortaja blanca. La noticia de su muerte había llegado a la aldea. Los campesinos y tejedores, que habían visto en ella a una mujer noble dispuesta a casarse con uno de su clase por amor, la apreciaban tanto que habían ido a la casa antes de iniciar sus actividades diarias, a presentarle sus respetos por última vez y a acompañarla a su lugar de descanso eterno.

Cuatro pares de manos levantaron la cama despacio y la apoyaron sobre cuatro hombros corpulentos: Umar y Zuhayr en la cabecera e Ibn Daud y el fornido hijo veinteañero del Enano a los pies. Al-Zindiq y Miguel sostenían el centro, demasiado viejos para ofrecer sus hombros, pero también demasiado allegados a la anciana como para dejarla exclusivamente en manos de la generación más joven. Yazid caminaba detrás de su padre. La anciana le caía bien, pero como apenas la conocía, no podía afligirse tanto como Hind.

Las mujeres la habían llorado por la mañana temprano. Los lamentos de Ama, mientras cantaba sus alabanzas a Zahra, habían despertado a toda la casa. Ríos de pena habían manado de los ojos de Hind, mientras buscaba consuelo en el regazo de Zubayda. Todas habían hablado de sus cualidades morales, de su comportamiento en la niñez y en la juventud. Luego habían guardado silencio. Nadie había querido mencionar lo ocurrido en Qurtuba ni el hecho de que la anciana había pasado la mayor parte de su vida en el *maristan* de Gharnata.

La procesión fúnebre avanzaba con deliberada lentitud. El cementerio familiar estaba situado junto a las altas murallas de piedra que rodeaban la casa. Zahra sería enterrada con su familia, en un sitio reservado para ella junto a su madre, muerta sesenta y nueve años antes, pocos días después del nacimiento de su hija. La mujer estaba enterrada a la sombra de una palmera. Del otro lado, yacía Ibn Farid, el padre al que tanto había amado y odiado Zahra. Los alhadices insistían en que los seguidores del Profeta debían ser enterrados con sencillez y, tal como dictaba la tradición, las tumbas no ostentaban señal alguna Se decía que el Banu Hudayl descendía de uno de los compañeros del Profeta, y al margen de que esto fuera o no verdad, hasta los miembros menos religiosos del clan habían insistido en colocar un montículo de barro sobre las



Librodot

tumbas. Los pequeños montecillos, construidos a mano, estaban cubiertos de cuidada hierba y de una maravillosa combinación de flores silvestres.

Zahra fue levantada de la cama y colocada en la tumba recién cavada. Luego Miguel, pensando que aún era Meekal, cogió un puñado de tierra, lo arrojó sobre el cuerpo de su hermana y unió sus manos para rezar a Alá. Todo el mundo le siguió. Después los presentes abrazaron por riguroso turno a Umar bin Abdallah y se marcharon. Cuando Miguel vio persignarse a Juan, el carpintero, recordó su identidad eclesiástica y se arrodilló a rezar.

El obispo de Qurtuba debió de permanecer así un largó rato, pues cuando abrió los ojos se encontró solo junto al fresco montículo de tierra. Sólo entonces perdió la compostura y rompió a llorar. Un viejo dolor reprimido se desbordó en su interior y dos pequeños torrentes se deslizaron por sus mejillas, buscando refugio en su barba. Miguel sabía perfectamente que todo aquel que nace debe morir. Zahra había llegado a cumplir los sesenta y nueve años, de modo que no había motivos para quejarse al Todopoderoso.

Sin embargo, el carácter repentino de la muerte de su hermana lo había sacudido como aquella ocasión, tantos años atrás, en que se había marchado sin decirle adiós. Ansiaba tanto confesarle lo ocurrido después de ese horrible día de ignominia; describir el estallido de pasión que lo había empujado hacia un territorio desconocido, desafiando un venerable tabú, y las horribles consecuencias; discutir por primera vez la muerte de Asma, una muerte que lo había privado de alguien a quien culpar por su propia angustia e infelicidad; hablarle de la culpa que aún permanecía reprimida en algún lugar de su alma, de la desintegración de la vieja estirpe y del nacimiento de su sucesor, Durante los últimos tres días no había pensado en otra cosa. Miguel comprendía que moriría sin haber mantenido una última conversación con el único miembro de la familia que pertenecía al mismo mundo desaparecido, y aquélla era una idea intolerable.

—Todo ocurrió después de que nos dejaras, Zahra —sollozó Miguel en voz baja—. Si te hubieras quedado con nosotros, las cosas habrían sido distintas. Te llevaste contigo la verdad y la generosidad; nos dejaste el temor, la pena y la malicia. Tu ausencia nos alteró a todos. Creo que nuestro padre murió de dolor, pues te echaba de menos mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. Ha pasado casi medio siglo y aún no he podido hablar de esto con nadie. Este débil corazón mío se estaba preparando para desahogarse contigo, pero tú, hermana mía, has tenido que morirte el mismo día en que me disponía a hablar. Que la paz sea contigo.

Mientras se levantaba y miraba por última vez la tierra que cubría el cuerpo de su hermana muerta, una voz lo sobresaltó, irrumpiendo en su soledad:

—Yo hablé con ella, Excelencia.

—¡Ibn Zaydun!

—Estaba llorando en el otro lado de la tumba, pero no me viste.

Los dos hombres se abrazaron. Luego al-Zindiq le contó a Miguel que Zahra lo había rechazado, que el orgullo del clan Hudayl había recuperado por fin a la hija pródiga, que la auténtica naturaleza del problema había sido disfrazada, que en las semanas previas a su muerte ella había sufrido con el recuerdo de su amor, que había



Librodot

descubierto que sus peores heridas se las había infligido ella misma y que había comenzado a arrepentirse de la ruptura con Ibn Farid y la familia, de la cual se consideraba totalmente responsable.

—Siempre supe que nuestro padre había sido la persona más importante de su vida —dijo Miguel.

La felicidad que sintió Miguel al oír aquella noticia fue tan grande como la tristeza que le había causado a al-Zindiq. El obispo y el escéptico permanecieron inmóviles durante unos segundos, uno frente al otro. Una vez habían pertenecido a la misma civilización, ahora hundida, pero incluso entonces sus universos habían estado separados por un mar invisible. La mujer que había intentado construir un puente entre los dos mundos, y había sido castigada por su esfuerzo, yacía a pocos metros de ellos.

El hecho de que en sus últimos días en la Tierra se hubiera reconciliado con la familia en el fondo de su corazón consolaba a Miguel, mientras que para el triste y amargado al-Zindiq era sólo otra prueba de las arraigadas divisiones que subsistían en al-Andalus y que habían separado a los hijos del Profeta. Habían fracasado en la empresa de construir un monumento a sus tempranos logros.

—Sólo nos resta someternos a la Inquisición —murmuró al-Zindiq para sí—. ¡Ser examinados hasta la médula de nuestros pobres huesos!

Miguel lo oyó, pero guardó silencio.

Mientras los dos hombres regresaban a la casa, uno para unirse a su familia y el otro para desayunar en la cocina, Zuhayr se dirigía a Gharnata. Cabalgaba a buen paso, pero sus pensamientos estaban con aquellos que había dejado atrás. Lo que más le había afectado había sido la despedida de su hermano. Asaltado por un misterioso presentimiento, Yazid temía no volver a ver a su hermano. Había abrazado a Zuhayr con fuerza y había llorado, rogándole que no se marchara a Gharnata al encuentro de una muerte segura. Aquella escena, presenciada por la familia, había hecho llorar a todos, incluido el Enano, cuya reacción había sorprendido a Yazid y le había ayudado a olvidarse del motivo de su pena.

«Siempre recordaré este suelo rojo», pensó Zuhayr a la salida de la aldea, mientras acariciaba la crin de Khalid. Al llegar a lo alto de una colina, tiró de las riendas de su caballo y se volvió a contemplar al-Hudayl. Más allá de las casas blancas, resplandecientes bajo la luz del sol, alcanzaba a divisar las murallas de la casa donde había nacido.

«Te recordaré siempre: bajo la luz del sol invernal, como hoy; en primavera, cuando el aroma de las flores despierta nuestra vitalidad; en el calor del verano, cuando el suave sonido de una sola gota de agua serena la mente y refresca los sentidos. No olvidaré las gotas de lluvia que asientan el polvo ni la fragancia a jazmines que les sucede.

»Recordaré el sabor del agua de los manantiales de montaña, que llegan hasta nuestra casa, el intenso amarillo de las flores silvestres que coronan el tojo, el embriagador aire de montaña filtrado por los pinos y la majestuosidad de las



Librodot

palmeras, que danzan al compás de las brisas celestiales, el aromático aliento del tomillo, el olor de los leños ardiendo en invierno. Recordaré cómo en los días claros de verano, el cielo azul se rinde a la repentina oscuridad, mientras el pequeño Yazid, con un trozo de vidrio que perteneció a nuestro bisabuelo en la mano, espera pacientemente en la glorieta de la vieja torre que las estrellas se vuelvan visibles una vez más. Allí se queda, contemplando el universo, hasta que nuestra madre o Ama lo obligan a bajar a acostarse.

»Todo esto formará siempre la parte más preciada de mi vida», dijo Zuhayr para sí.

Luego cogió las riendas, volvió la espalda a al-Hudayl y hundió con suavidad los tobillos en los flancos del caballo. El animal corrió hacia el camino que conducía a las puertas de Gharnata.

En su infancia, Zuhayr había oído miles de leyendas de caballería. El ejemplo de Ibn Farid, cuya espada llevaba consigo, era una pesada carga para sus hombros jóvenes. Aunque sabía que esos días pertenecían al pasado, la fantasía de una última batalla, de una cabalgata hacia lo desconocido, tomando el enemigo por sorpresa y quizás incluso obteniendo una victoria, estaba profundamente arraigada en su alma y era la principal fuente de inspiración de su conducta impulsiva.

Sin embargo, como solía decirse a sí mismo y a sus amigos, sus acciones no se fundaban sólo en ilusiones del pasado o sueños de gloria para el futuro. Aunque Zuhayr no fuera el más inteligente de los hijos de Umar y Zubayda, era, sin lugar a dudas, el más sentimental.

Cuando tenía la mitad de la edad de Yazid se había enterado de la destrucción y captura de al-Hama en manos de los cristianos. Al-Hama, la ciudad de los baños, adonde lo llevaban cada seis meses a visitar a sus primos. Para ellos, los baños y los manantiales de agua caliente formaban parte de su vida cotidiana. Para Zuhayr, sin embargo, las visitas a las famosas fuentes donde solía bañarse el propio sultán de Gharnata eran un lujo muy especial. Todos habían muerto: hombres, mujeres y niños habían sido masacrados y sus cuerpos arrojados a los perros junto a las puertas de la ciudad. Los cristianos habían chapoteado en sangre, y a juzgar por sus propios cronistas, habían disfrutado de la experiencia. Todo el reino de Gharnata, incluidos algunos sacerdotes cristianos, se habían horrorizado de la magnitud de la masacre. Un colosal lamento había resonado en la aldea, mientras los ciudadanos corrían a la mezquita a ofrecer sus plegarias por los muertos y a jurar venganza. Aquel día, Zuhayr sólo podía pensar en los primos con los que había jugado a menudo. El brutal asesinato de los dos niños de su edad y de sus tres hermanas mayores lo llenó de dolor y de odio. Recordaba la expresión desconsolada de su padre al darles la noticia: «Han destruido nuestra maravillosa al-Hama. Ahora Isabel y Fernando tienen la llave para entrar a Gharnata. Dentro de poco tomarán nuestra ciudad».

Zuhayr, profundamente enfrascado en sus recuerdos, había comenzado a oír las viejas voces. Mientras Ibn Hasd describía la reacción en el palacio de Gharnata ante las noticias de la masacre de al-Hama, Zuhayr se había imaginado al sultán Abul Hassan. Sólo lo había visto una vez, cuando tenía dos o tres años, pero nunca olvidaría su cara curtida y llena de cicatrices y su cuidada barba blanca. El valeroso aunque imprudente ataque de aquel hombre a la ciudad fronteriza de Zahara había provocado la respuesta de los cristianos. Luego había corrido con sus soldados a salvar el pueblo, pero ya era



Librodot

demasiado tarde y los caballeros cristianos lo habían obligado a retroceder. El sultán había enviado pregoneros a todos los rincones de Gharnata, precedidos de tamborileros y pandereteros, cuya música bulliciosa y siniestra advertía a los ciudadanos que llegaba un mensaje del palacio. La gente se había congregado en las calles, pero los pregoneros se habían limitado a repetir una frase:

*«¡Ay de mi al-Hama!»*

El recuerdo de aquellas atrocidades enardeció a Zuhayr y el joven comenzó a cantar una balada popular, compuesta en conmemoración de la masacre:

*Paseábase el rey moro*

*por la ciudad de Gharnata*

*desde Bab al-Ilbira*

*hasta Bab al-Ramla.*

«¡Ay de mi al-Hama!»

*Cartas le fueron venidas*

*que Alhama era ganada:*

*las cartas echó en el fuego*

*y al mensajero matara.*

«¡Ay de mi al-Hama!»

*Descabalga de una mula,*

*y en un caballo cabalga;*

*por el Zacatín arriba*

*subido se había al al-Hamra.*

«¡Ay de mi al-Hama!»

*Como en el al-Hamra estuvo,*

*al mismo punto mandaba*

*que se toquen sus trompetas,*

*sus añafiles de plata.*

«¡Ay de mi al-Hama!»



Librodot

*Y que las cajas de guerra*
*apriesa toquen el arma,*
*porque lo oigan sus moros*
*los de la Vega y Gharnata.*
«¡Ay de mi al-Hama!»

*Los moros que el son oyeron*
*que al sangriento Marte llama,*
*uno a uno y dos a dos*
*juntado se ha gran batalla.*
«¡Ay de mi al-Hama!»

*Allí habló un moro viejo,*
*de esta manera hablara:*
*«¿Para qué nos llamas, Rey,*
*para qué es esta llamada?»*
«¡Ay de mi al-Hama!»

*«Habéis de saber amigos,*
*de una nueva desdichada.*
*que cristianos de braveza*
*ya nos han ganado al-Hama. »*
«¡Ay de mi al-Hama!»

*Allí habló un alfaquí*
*de barba crecida y cana:*
*«¡Bien se te emplea, buen Rey!*
*¡Buen Rey, bien se te empleara!»*
«¡Ay de mi al-Hama!»



Librodot

*«Mataste los bencerrajes,*

*que eran la flor de Gharnata;*

*cogiste los tornadizos*

*de Qurtuba la nombrada.»*

«¡Ay de mi al-Hama!»

*«Por eso mereces, Rey,*

*una pena muy doblada;*

*que te pierdas tú y el reino,*

*y aquí se pierda Gharnata.*

«¡Ay de mi al-Hama!»

La balada le recordó a sus primos muertos. Sus risas resonaron en sus oídos, pero los recuerdos dichosos no duraron mucho. Imaginó sus cuerpos descuartizados y sintió un escalofrío. Mientras cabalgaba más y más deprisa, su corazón pasó de la rabia al desprecio y a la amargura. De repente, se sorprendió a sí mismo desenvainando la espada de Ibn Farid. La sostuvo por encima de su cabeza y se imaginó al frente de la caballería morisca, corriendo a liberar al-Hama.

—¡No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta! —gritó Zuhayr con todas sus fuerzas.

Para su asombro, le respondió un eco formado por docenas de voces. Tiró de las riendas, y caballo y amo permanecieron inmóviles. Mientras guardaba la espada, Zuhayr oyó ruido de cascos y divisó una nube de polvo. ¿Quién podía ser? Por un momento pensó en la posibilidad de que fueran caballeros cristianos y que hubieran respondido a su grito para emboscarlo. Aunque estaba seguro de que nadie podía superar a su caballo, sabía que huir seria una cobardía, un acto contrario a las leyes de la caballería. Esperó a que los jinetes se acercaran al camino y fue a su encuentro. Entonces vio con alivio que los catorce llevaban turbantes con la media luna. Había algo extraño en su atuendo, pero antes de que Zuhayr pudiera precisar de qué se trataba, un extraño, que a juzgar por su edad parecía el jefe del grupo, se dirigió a él:

—La paz sea contigo, hermano. ¿Quién eres y hacia dónde te diriges?

—Soy Zuhayr bin Umar. Vengo de la aldea de al-Hudayl y me dirijo a Gharnata. Doy gracias a Alá porque veo que todos sois seguidores del Profeta. Cuando vi la nube de polvo que levantaban vuestros caballos me asusté. Pero ¿quiénes sois vosotros y hacia donde vais?

—¡De modo que eres el bisnieto de Ibn Farid! —exclamó el extraño—. Al-Zindiq nos ha hablado mucho de ti, Zuhayr al-Fahl.

Tras estas palabras el desconocido soltó una estruendosa carcajada y sus



Librodot

compañeros lo imitaron. Zuhayr sonrió amablemente, los estudió uno a uno y descubrió lo que le había llamado la atención en un principio: todos llevaban un pendiente de plata con forma de media luna en la oreja izquierda. Su corazón se paralizó y el joven tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar su pánico. Aquellos hombres eran bandidos, y si averiguaban que llevaba monedas de oro en su bolsa, le aliviarían el peso o incluso lo despojarían de su vida. Zuhayr prefería morir en una batalla contra los cristianos, de modo que decidió repetir su pregunta:

—Decís que conocéis a mi maestro al-Zindiq y eso me alegra, pero aún no sé quiénes sois y qué hacéis.

—Cabalgamos por estas tierras —le respondieron con jovialidad—. Hemos renunciado a nuestro orgullo y no tenemos problemas ni preocupaciones. Podemos calmar un torrente rápido o domar un corcel salvaje. Somos capaces de beber una botella de vino sin detenernos a tomar aliento, devorar un cordero mientras se asa en el espetón, tirar de las barbas de un predicador y cantar a nuestro gusto y placer. Vivimos libres de la necesidad de proteger y mantener nuestra reputación, pues carecemos de ella. Todos compartimos un nombre común: el nombre de al-Ma'ari, el poeta ciego que vivió entre Alepo y Dimashk hace cuatrocientos años. Ven a compartir nuestro pan y nuestro vino y aprenderás más de nosotros. Ven, Zuhayr al-Fahl, no te retendremos mucho tiempo.

Zuhayr estaba asombrado por la naturaleza de la respuesta, pero ésta había disipado sus temores. Aquellos hombres eran demasiado excéntricos para ser crueles asesinos. El joven aceptó la invitación y los siguió. Después de recorrer unos pocos kilómetros, llegaron junto a unas rocas que marcaban una entrada secreta. Sus acompañantes las retiraron y continuaron avanzando por un camino. Diez minutos después, llegaron a un campamento armado, una aldea de tiendas estratégicamente situadas junto a un pequeño arroyo. Junto a las puertas de las tiendas había una docena de mujeres y media de niños. Las mujeres molían granos de trigo mientras los niños jugaban un complicado juego con piedras.

El jefe de la banda, que se presentó formalmente como Abu Zaid al-Ma'ari, invitó a Zuhayr a su tienda. El interior era austero, a excepción de la alfombra cubierta con raídos cojines. Mientras se sentaban, entró una joven con una jarra de vino, dos pequeñas hogazas de pan moreno y un surtido de pepinos, tomates, rábanos y cebollas. Dejó todo enfrente de los dos hombres y salió, sólo para regresar poco después con una vasija llena de aceite de oliva. Entonces Abu Zaid la presentó a Zuhayr:

—Mi hija Fátima.

—La paz sea contigo —murmuró Zuhayr, encantado con la apariencia alegre de la joven—. ¿Partirá el pan con nosotros?

—Me uniré a ustedes más tarde, después de comer —respondió Fátima con una mirada rápida a Abu Zaid—. Creo que mi padre quiere hablar con usted a solas.

—Ahora, joven amigo —comenzó Abu Zaid al-Ma'ari una vez que su hija se retiró—, debo decirte que no nos ha unido el destino, sino al-Zindiq. Como ves, somos hombres que vivimos de lo que logramos robar a los ricos. Siguiendo las enseñanzas del gran al-Ma'ari, no hacemos diferencias entre musulmanes, cristianos o judíos. La riqueza no es privativa de una sola religión. Por favor, no temas. Noté la expresión de



Librodot

miedo en tus ojos cuando viste la media luna de plata de nuestra oreja izquierda. Entonces te preguntaste si tu oro estaría seguro, ¿verdad?

—Con franqueza —confesó Zuhayr mientras mojaba el pan en el aceite de oliva—, me preocupaba más mi vida.

—Sí, por supuesto —continuó Abu Zaid—, y tenías razones para preocuparte, pero como te decía, fue el hombre de la cueva de la montaña quien me dijo que te dirigías a Gharnata para embarcarte en una aventura muy arriesgada. Me pidió que intentara detenerte, convencerte de que volvieras a casa o te unieras a nuestra pequeña banda. Estamos pensando en dejar esta región y trasladarnos a las al-Pujarras, donde hay muchos más como nosotros. Allí aguardaremos el momento apropiado, y cuando llegue nos uniremos a la batalla.

—En estos momentos es más difícil hacer nuevos amigos que mantener viejos enemigos —confesó Zuhayr-. Reflexionaré con cuidado antes de decidir si acepto o no su amable propuesta.

El jefe de los bandidos rió y estaba a punto de responder cuando su hija cortó el hilo de sus pensamientos entrando con una jarra de cerámica que contenía café. La seguían tres de sus cinco hermanos. El aroma del café, recién hervido con cardamomo, llenó la tienda y recordó a Zuhayr la casa que había dejado apenas una hora antes. Los recién llegados se sentaron con las piernas cruzadas sobre la alfombra, mientras Fátima servía el café.

—No creo que nuestro joven amigo se una a nuestras filas —informó Abu Zaid a los demás—. El es un caballero y cree en las reglas de la caballería, ¿no es cierto?

Zuhayr se sintió avergonzado por la rapidez con que había quedado en evidencia.

—¿Cómo puede hablar así, Abu Zaid al-Ma'ari? ¿No acabo de decirle que pensaría antes de tomar una decisión?

—Mi padre sabe juzgar a la gente —intervino Fátima—. En apenas un instante, su instinto le dice si una persona juega al ajedrez con una pieza de más. Resulta obvio, incluso para mí, que usted no es así.

—¿Debería serlo? —preguntó Zuhayr con tono lastimero.

—Lo que es bueno para el hígado suele ser malo para el bazo —respondió ella.

Uno de sus hermanos, que apenas tendría dieciocho años, consideró que Fátima había sido demasiado diplomática.

—Mi padre nos ha enseñado que las personas son como el metal —dijo—. Oro, plata o cobre.

—Sí, eso es cierto —rió Abu Zaid—, pero un caballero podría pensar, y con razón desde su punto de vista, que él es oro, mientras un bandido es cobre. Y ya que discutimos el valor relativo de los metales, dejadme plantear otro dilema a nuestro joven invitado de al-Hudayl. ¿Estás de acuerdo con nosotros en que nada corta el hierro más que el propio hierro?

—¡Por supuesto! —dijo Zuhayr, contento de que la conversación tomara un



Librodot

nuevo rumbo—. No podría ser de otro modo.

—Si admites eso, Zuhayr al-Fahl, no podrás negar mi visión de la guerra contra los ocupantes de Gharnata. Nuestro sultán era de paja, mientras que Cisneros es un hombre de hierro. El viejo estilo de guerra acabó la noche en que los cristianos destruyeron al-Hama. Si queremos vencer, tendremos que aprender de ellos. Sé que al-Zindiq cree que es demasiado tarde, pero podría estar equivocado. Si nuestros desdichados gobernantes hubieran comprendido las enseñanzas de Abu'l Ala al-Ma'ari, al-Andalus podría haberse salvado hace tiempo. De ese modo habrían ganado confianza en si mismos, pero no, prefirieron enviar mensajes a los africanos del norte, suplicando ayuda.

—Los africanos del norte nos salvaron de los cristianos más de una vez, ¿no es cierto?

—Sí, pero la única forma en que ellos podían salvarnos era destruyendo los cimientos de lo que nosotros habíamos construido. Nos salvaron como el león que salva al ciervo de las garras del tigre. El islamismo del que hablaban no era peor ni mejor que el cristianismo:

*Nuestros predicadores vacilan, los cristianos se han extraviado,*

*los judíos están perplejos, los astrólogos caminan en la senda del error.*

*La humanidad está compuesta por dos clases de hombres:*

*caballeros iluminados y necios religiosos.*

—¿Al-Ma'ari? —preguntó Zuhayr. Todos asintieron—. Os parecéis a al-Zindiq —añadió—. Debéis perdonarme, pero no he leído su obra.

Abu Zaid reaccionó con auténtica furia.

—¿Acaso al-Zindiq no te educó?

—Lo hizo, pero nunca me dio un libro de al-Ma'ari. Se limitaba a recitar su poesía, que es un estimulante mucho más poderoso que vuestro vino de dátiles. ¿Vosotros descendéis de él?

—Antes de morir —respondió Fátima— dejó instrucciones para que se escribiera este verso en su tumba:

*El mal que mi padre me hizo a mí,*

*nunca se lo hice yo a nadie.*

»Se sentía tan desdichado por la situación del mundo, que pensó que la procreación era desaconsejable. Creía que era imposible mejorar la especie. Por



Librodot

consiguiente, nosotros decidimos actuar como si fuéramos sus hijos y vivir de acuerdo con sus enseñanzas.

Zuhayr se sentía confuso. Hasta aquel momento había estado convencido de que el camino elegido por él era la única acción digna de un guerrero musulmán, pero aquellos extraños bandidos y el filósofo que los guiaba habían conseguido sembrar una semilla de duda en su mente. Apenas prestaba atención a las palabras de Abu Zaid y de sus seguidores sobre la grandeza del poeta y filósofo librepensador que habían adoptado como su padre.

Zuhayr vacilaba; su mente era un torbellino. Se sentía al borde de un abismo, a punto de perder el equilibrio. De repente, lo asaltó la imperiosa necesidad de regresar a al-Hudayl. Quizás el vino de dátiles se le hubiera subido a la cabeza; tal vez después de algunas tazas de café y de un par de horas en los *hammam* de Gharnata, su mente volviera a aclararse. Nunca lo sabremos, pues en medio de la neblina intelectual que lo envolvía, Zuhayr los oyó burlarse del Alcorán, y eso era algo que nunca aceptaría. La sangre le subió a la cabeza. Sin embargo, era probable que hubiese oído mal, así que le pidió a Abu Zaid que repitiera sus palabras.

*¿Qué es la religión?*

*Una doncella oculta de tal modo que ningún ojo puede verla.*

*El valor de sus regalos de boda y de su dote deslumbra a aquel que la corteja.*

*De toda la noble doctrina que he escuchado proclamar desde el púlpito*

*mi corazón no ha aceptado jamás una sola palabra.*

—¡No, no! —exclamó Zuhayr—. No me refería a su poesía, pues ya la he oído antes. Mencionasteis el Alcorán, ¿no es verdad?

—Sí, fui yo —respondió Fátima mirándolo a los ojos—. A veces, no siempre, Abu'l Ala al-Ma'ari no podía evitar dudar si era realmente la palabra de Dios. Sin embargo, amaba el estilo en que estaba compuesto el Alcorán. Un día se sentó a escribir y creó su propia versión, que llamó *al-Fusul wa- 'l-Ghayat*.

—¡Eso es una blasfemia! —exclamó Zuhayr.

—Los alfaquíes dijeron que era una herejía —explicó Abu Zaid, sereno y con una tímida sonrisa en los labios—, una parodia del libro sagrado. Hasta los amigos del gran maestro dijeron que era inferior al Alcorán en todos los aspectos.

—A lo cual nuestro maestro respondió que, a diferencia del Alcorán, su obra no había tenido oportunidad de pulirse con cuatro siglos de recitaciones.

Aquella inestimable muestra del talento del maestro fue recibida con aplausos y risas. Sin embargo, Abu Zaid, preocupado por la expresión lóbrega de Zuhayr, intentó aliviar la tensión.

—Cuando lo acusaron de herejía, miró a su acusador a los ojos y dijo:



Librodot

*Levanto la voz para pronunciar absurdas mentiras,*

*pero cuando digo la verdad, casi nadie escucha mis murmullos.*

—Dígame, Abu Zaid -preguntó Zuhayr-. ¿Usted cree en nuestra fe?

—Todas las religiones son un laberinto oscuro. Los hombres son religiosos por la fuerza de la costumbre, y no se detienen a preguntarse si aquello en lo que creen es o no verdad. La revelación divina está profundamente arraigada en nuestras mentes. Después de todo, nuestros ancestros no hicieron más que inventar fábulas que luego llamarían religión. Musa, Isa y nuestro propio Profeta, Mahoma, fueron grandes caudillos de su pueblo en épocas difíciles. No creo en nada más que en eso.

Esas palabras forzaron la decisión de Zuhayr. Aquellas personas eran bellacos irreverentes. ¿Cómo podían pretender echar a los cristianos de Gharnata si ellos mismos eran infieles? Una vez más, Zuhayr descubrió con disgusto que Abu Zaid le había leído el pensamiento.

—No entiendes cómo es posible que gente como nosotros pueda vencer a los cristianos, pero deberías preguntarte por qué los más fanáticos defensores de la fe han fracasado en esa misma tarea.

—No pienso discutir más —respondió Zuhayr—. Ya he tomado una decisión. Me marcharé a Gharnata para unirme con mis amigos.

Se levantó, cogió su espada y salió al aire frío del exterior de la tienda, seguido por Fátima y los demás. Se hacía tarde y Zuhayr deseaba llegar a su destino antes de la puesta de sol.

—La paz sea contigo —dijo Abu Zaid, mientras se despedía del muchacho con un abrazo—. Si cambias de idea y quieres unirte a nosotros, dirígete a las al-Pujarras hasta llegar a una pequeña aldea llamada al-Basit. Allí, menciona mi nombre a la primera persona que veas, y antes de que pase un día, yo me encontraré contigo. ¡Que Dios te proteja!

Zuhayr montó en su caballo, saludó llevándose una mano a la frente, y pocos minutos después volvió a encontrarse en el camino que conducía a Gharnata. Se alegraba de estar solo otra vez, lejos de la bochornosa compañía de herejes y ladrones. Había disfrutado de la experiencia, pero se sentía tan sucio como después de estar con Umayma. Expandió el pecho e inspiró el aire fresco de la montaña, como si quisiera limpiarse por dentro.

Al llegar a lo alto de una colina, divisó la ciudad. En los viejos tiempos, cuando cabalgaba hacia la corte con el séquito de su padre, se detenían allí para recrearse con la vista. Entonces, su padre solía contarle un cuento de la época del sultán Abul Hassan. Luego corrían colina abajo con infantil desenfreno hasta llegar a las puertas de la ciudad, donde recuperaban su aire de dignidad. Por un instante, Zuhayr sintió la tentación de descender a toda velocidad, pero el sentido común prevaleció. Había soldados cristianos apostados en todas las entradas de la ciudad y debía comportarse con toda la calma de que fuera capaz. Mientras se aproximaba a las puertas de



Librodot

Gharnata, se preguntó qué habría pensado Ibn Daud de su extraño encuentro con los bandidos. Ibn Daud creía saberlo todo, pero ¿había oído hablar de al-Ma'ari?

Los centinelas cristianos miraron con aire severo al joven que se dirigía hacia ellos. Por la calidad de sus ropas y por el turbante de seda que llevaba en la cabeza, adivinaron que era un noble, un caballero moro que probablemente iría a visitar a su amante. Por otra parte, el hecho de que no se esforzara por disimular su espada los indujo a pensar que no se trataba de un criminal resuelto a asesinar a alguien. Zuhayr notó que lo observaban y aminoró el paso, pero los soldados no se molestaron en detenerlo. Los saludó con una pequeña inclinación de la barbilla, un gesto heredado de su padre. Los soldados sonrieron y le hicieron señas para que siguiera adelante.

En el interior de la ciudad, Zuhayr recuperó la serenidad. La confusión provocada por su encuentro con los herejes ahora le parecía un sueño extraño. En los viejos tiempos, o incluso un mes antes, Zuhayr se habría dirigido directamente a la casa de su tío, Ibn Hisham. Sin embargo, aquel día no podía ni pensar en hacerlo, no porque Ibn Hisham se hubiera transformado en Pedro al-Gharnata, un converso, sino porque Zuhayr no deseaba poner en peligro a la familia de su tío.

La docena de seguidores de su causa habían llegado a Gharnata el día antes, y aquellos que no tenían amigos ni parientes en la ciudad se alojaban en habitaciones del *funduq*. Le parecía extraño hospedarse en un albergue en una ciudad que conocía tan bien y que estaba llena de amigos y parientes; sin embargo, intentó concentrarse en lo que esperaba conseguir. En aquella visita a Gharnata no deseaba sentirse cómodo, sino recordar durante cada minuto del día o de la noche cuál era su misión allí. En su fantasía, Zuhayr se veía a sí mismo como el abanderado del contraataque que los auténticos fieles emprenderían contra el nuevo Estado en construcción, contra la diablesa Isabel y el lascivo Fernando, contra el perverso Cisneros, contra todos ellos.

Aquella misma tarde, los amigos de Zuhayr fueron a darle la bienvenida a la ciudad. Le habían reservado una de las habitaciones más cómodas. Una lámpara de bronce de seis brazos, decorada con un dibujo inusualmente intrincado, colgaba del techo, irradiando una luz tenue. En el centro de la habitación había un brasero de cerámica lleno de carbón encendido. En un rincón se encontraba una bonita cama, cubierta con una colcha de seda de color verde y malva. Los ocho jóvenes presentes estaban sentados sobre una gigantesca alfombra para rezar, que cubría el suelo en el extremo opuesto a la cama.

Zuhayr los conocía bien, pues habían crecido juntos. Allí estaban los dos hermanos de la familia del mercader de oro, Ibn Mansur; el hijo del herbario Mohammed bin Basit; Ibn Amin, el hijo menor de un médico judío que servía al capitán general, y tres de los cuatro mozos de al-Hudayl que habían llegado a Gharnata la tarde anterior. La reconquista no había cambiado la vida de aquellos jóvenes. Hasta la llegada del hombre con sombrero de obispo y corazón de hierro habían continuado llevando una vida despreocupada. Jiménez de Cisneros los había obligado a pensar con seriedad por primera vez en sus vidas. En cierto modo, deberían estarle agradecidos. Sin embargo, el prelado había amenazado su estilo de vida y por eso lo odiaban.

La naturaleza no había previsto que ninguno de aquellos hombres fuera un conspirador. Al entrar en la habitación de Zuhayr todos estaban nerviosos y cohibidos, con expresiones melancólicas. Al ver el estado en que estaban, Zuhayr intentó hacerlos sentir cómodos iniciando una ronda de reconfortantes cotilleos. Después de discutir



Librodot

durante unos minutos la vida privada de sus contemporáneos, todos se mostraron más alegres, como si hubieran recuperado su antigua personalidad.

Ibn Amin era el único que no participaba en la animada discusión que se desarrollaba a su alrededor. Ni siquiera escuchaba a los demás, porque sólo podía pensar en los horrores que les aguardaban. Por fin habló con indignación en la voz:

—Cuando hayan acabado con nosotros, no nos quedarán ojos para llorar ni lenguas para gritar. Si el capitán general estuviera solo, nos dejaría en paz. El problema es el obispo.

Este comentario despertó una retahíla de quejas. Inquisidores de Kashtalla habían sido vistos en la ciudad haciendo preguntas sobre la autenticidad de las conversiones. Habían apostado espías en las casas de los conversos, para ver si iban a trabajar en viernes, con qué frecuencia se bañaban o si circuncidaban a los niños recién nacidos. También habían oído hablar de varios incidentes con soldados que insultaban o molestaban a las mujeres musulmanas.

—Desde que ese maldito cura llegó a la ciudad —dijo Ibn Basit, el hijo del herbario—, han estado haciendo un inventario de las riquezas y propiedades de moros y judíos. Es evidente que nos lo quitarán todo si nos negamos a convertirnos.

—Mi padre dice que incluso si nos convertimos, hallarán otras formas de robarnos nuestras propiedades —dijo Salman bin Mohammed, el mayor de los hijos del mercader de oro—. Mirad lo que ha hecho con los judíos.

—Esas sanguijuelas de Roma que se nombran papas a si mismos serían capaces de vender a la mismísima Virgen Maria para llenarse los bolsillos —murmuró Ibn Amin—. La Iglesia española se limita a seguir el ejemplo de su Santo Padre…

—¡Pero a costa nuestra! —dijo Ibn Basit.

Desde la caída de Gharnata, Zuhayr había sido testigo mudo de innumerables discusiones como aquéllas, tanto en Gharnata como en al-Hudayl. Por lo general, su padre, su tío o alguno de los ancianos de la aldea dirigía el debate con oportunas intervenciones. Zuhayr estaba cansado. El viento comenzaba a colarse por los postigos de la ventana y el brasero pronto se quedaría sin carbón. Los criados del *funduq* se habían ido a la cama. Zuhayr quería dormir, pero sabía que la conversación podría prolongarse hasta la madrugada bajo la luz temblorosa de la lámpara, a menos que él forzara el desenlace e insistiera en la necesidad de tomar ciertas decisiones aquella misma noche.

—Como veis, amigos míos, no somos personas difíciles de comprender. Es cierto que aquellos de nosotros que vivimos en el campo nos hemos recluido en un mundo muy distinto al de la ciudad. Aquí, vuestra vida gira en torno al mercado, mientras que nuestros recuerdos y esperanzas están conectados con la tierra y con los que la trabajan. Con frecuencia, las cosas que complacen a la gente de campo a vosotros os dejan indiferentes. Hemos cultivado la tierra durante siglos, produciendo comida para Qurtuba, Ishbiliya y Gharnata. Esto a su vez enriqueció las ciudades y así surgió una cultura que los cristianos podrán quemar pero no igualar. Abrimos las puertas, y la luz que proyectaron nuestras ciudades iluminó a todo el continente. Ahora quieren quitárnoslo todo. No nos reconocen ni siquiera el derecho a vivir en paz en pequeñas zonas aisladas. Por eso nos hemos reunido aquí esta noche. Los pueblos y las ciudades



Librodot

sufrirán la misma muerte. Vuestros comerciantes y artesanos, nuestros tejedores y campesinos.., todos están condenados a la extinción.

Los demás lo miraron con asombro. Al-Fahl había madurado tanto, que era casi imposible reconocerlo. El joven notó una nueva expresión de respeto en los ojos de sus amigos. Sabía que si dos años antes hubiera hablado así, uno de ellos habría soltado una carcajada y propuesto una visita al burdel masculino, para que aquellas ideas encumbradas fueran superadas por una coreografía más activa. Sin embargo, aquel día las cosas eran distintas. Intuían que Zuhayr no estaba interpretando un papel y conocían los motivos que habían provocado una transformación en todos ellos. Sin embargo, aquellos jóvenes no podían sospechar que el curioso encuentro de Zuhayr con los bandidos había aguzado su inteligencia y alertado sus sentidos más incluso que la tragedia de al-Andalus. Zuhayr consideró que había llegado el momento de revelar su plan:

—Hemos tenido muchas discusiones en nuestra aldea. En este momento, hay veinte voluntarios de al-Hudayl en la ciudad. Aunque el número parezca pequeño, todos nos esmeraremos para dar lo mejor de nosotros. Lo primero que debemos hacer es crear una fuerza de trescientos o cuatrocientos caballeros que desafíen a los cristianos a un combate armado, todos los días en Bah al-Ramla. La visión de este conflicto enardecerá al populacho y tendremos una rebelión antes de que puedan mandar a buscar refuerzos. Pelearemos la batalla de la que huyó nuestro sultán.

Ibn Basit rechazó el plan sin contemplaciones.

—Zuhayr bin Umar, esta noche me has sorprendido dos veces: primero por tu inteligencia y luego por tu estupidez. Coincido contigo en que los cristianos quieren destruirnos por completo, pero tú sólo conseguirás ponérselo más fácil. Quieres que nos disfracemos y juguemos su mismo juego. La caballería es historia pasada..., eso siempre y cuando haya existido alguna vez y no sea un invento de los cronistas. Incluso si los derrotáramos, aunque no creo que nuestra pasión pueda competir con sus dotes de carniceros, nada cambiaría. Nada en absoluto. Nuestra única esperanza es reunir a los hombres y llevarlos a las al-Pujarras. Desde allí podremos enviar embajadores a establecer vínculos con fieles de Balansiya y otras ciudades y preparar una rebelión que estalle simultáneamente en toda la península. Esta es la señal que espera el sultán de Estambul. Entonces nuestros hermanos vendrán en nuestra ayuda.

Zuhayr miró a su alrededor, buscando apoyo, pero no encontró ninguno. Entonces habló Ibn Amin:

—Tanto Ibn Basit como mi viejo amigo Zuhayr viven en un mundo de fantasías. La visión de Basit es más práctica, pero igualmente alejada de nuestra realidad. Mi propuesta es muy sencilla: cortémosle la cabeza a la serpiente. Sin duda vendrán otros en su lugar, pero tendrán más cuidado. Lo que sugiero es simple y fácil de conseguir. Propongo que tendamos una emboscada a Jiménez de Cisneros, que lo matemos y colguemos su cabeza de las murallas de la ciudad. Sé que tiene una escolta de soldados, pero no son muchos, y nosotros contamos con la ventaja de la sorpresa.

—Es una idea indigna —dijo Zuhayr con tono lóbrego.

—Pero me gusta —repuso Ibn Basit—. Tiene un gran mérito: que podemos llevarla a cabo nosotros solos. Sugiero que preparemos nuestro plan con cuidado



Librodot

durante los próximos días y que volvamos a reunirnos para concretar el momento y el método adecuados.

La propuesta de Ibn Amin había animado la velada y todos los presentes comenzaron a hablar con pasión. Zuhayr les pidió que reflexionaran sobre el futuro y los previno del peligro de repetir lo sucedido en al-Hama en el barrio antiguo de Gharnata. Entonces podrían decir adiós a la ilusión de la victoria y a la posibilidad de obtener el apoyo de los dominicos. Si Cisneros moría, se convertiría en un mártir. Roma lo beatificaría e Isabel vengaría la muerte de su confesor con una orgía de sangre que haría palidecer los sucesos de al-Hama. A pesar de la fuerza intelectual de sus argumentos, Zuhayr se encontró totalmente solo. Incluso sus seguidores de al-Hudayl estaban impresionados por la absoluta simplicidad del plan para asesinar a Cisneros. Aquel infundado entusiasmo hizo que por fin se diera por vencido: no participaría en un asesinato que atentaba contra todas las reglas de la caballería, pero tampoco obstaculizaría sus planes.

—Eres demasiado sensible y orgulloso —le dijo Ibn Basit—. Los viejos tiempos no regresarán nunca. Estás acostumbrado a que te laven las camisas en agua de rosas y a que te las sequen espolvoreándolas con lavanda, pero te aseguro que si no decapitamos a esas bestias que Alá ha enviado para poner a prueba nuestras fuerzas, nos ahogaremos en sangre.

Cuando todos se marcharon, Zuhayr se lavó y se metió en la cama. Sin embargo, se sentía incapaz de conciliar el sueño y volvió a sumergirse en un mar de dudas. Quizás debería salir de la ciudad y unir su destino al de los al-Ma'aris, o tal vez debería volver a casa y advertir a su padre de la catástrofe que los amenazaba a todos. La tercera posibilidad que cruzó por su mente le causó auténtico horror: ¿Acaso debía huir a Qurtuba y pedirle al tío abuelo Miguel que lo bautizara?



Librodot

## *CAPÍTULO 10*

—La única nobleza que acepto como auténtica es aquella que otorga el talento. La ignorancia es la peor desgracia del mundo. Los predicadores que tú pareces respetar tanto dicen que la ignorancia es el salvoconducto de la mujer para llegar al paraíso, pero yo prefiero que el Creador me condene al infierno.

Hind estaba enfrascada en una acalorada discusión con su futuro amante, cuyo afectuoso tono burlón comenzaba a exasperaría. Ibn Daud se complacía en atormentarla, interpretando el papel de un erudito ortodoxo de la Universidad de al-Azhar y defendiendo la teología tradicional, sobre todo en lo referente a los deberes y obligaciones de las mujeres creyentes.

La fervorosa renuncia de Hind al paraíso no lo pillaba por sorpresa, pues era exactamente lo que esperaba oír. Hind lo miró con ojos furiosos y el rostro teñido por la apasionada sangre Hudayl. Cuando se enfadaba, tenía un aspecto maravilloso. Ibn Daud, que por fin comprendía la magnitud de la fuerza de Hind, le cogió una mano y la llenó de besos. Esa demostración espontánea de emoción complació y excitó a Hind, pero no estaban solos en el claro rodeado de granados.

El osado gesto de Ibn Daud provocó un tropel de toses detrás de los arbustos cercanos, desde donde los vigilaban tres doncellas jóvenes. Hind las conocía bien.

—Id a dar un paseo —les dijo—. ¿Creéis que me engañáis con estas tonterías? Sé perfectamente lo que ocurre cuando veis por primera vez la palmera que crece entre las piernas de vuestros amantes: comenzáis a comportaros como una bandada de pájaros carpinteros hambrientos. Ahora marchaos a dar un paseo y no volváis hasta que os llame. ¿Está claro?

—Sí, señorita Hind -respondió Umayma-, pero la señora Zubayda...

—¿Le has contado a la señora Zubayda que mi hermano te monta como si fuera un perro?

La audaz réplica de Hind resolvió la cuestión. Las risas entrecortadas de las compañeras de Umayma fueron la única respuesta a su pregunta y las criadas decidieron alejarse por temor a nuevas indiscreciones en presencia de un desconocido. Si hasta entonces habían cumplido la función de proteger la castidad y el honor de Hind, ahora pasarían a desempeñar una tarea más acorde con su temperamento: convertidas en cómplices de su joven ama, vigilaban que nadie sorprendiera a la pareja.

Sin embargo, las doncellas ignoraban que Yazid estaba cerca. Poco después de la llegada de Ibn Daud a la casa, el niño se había sentido abandonado por su hermana, e intuyendo la razón de ese abandono, había comenzado a desairar al visitante con una crueldad que sólo un niño es capaz de desplegar. Yazid había adquirido un odio irracional, aunque profundo, hacia el extraño de al-Qahira.

Al principio, el niño se había quedado fascinado con las historias de Ibn Daud sobre el mundo exterior. Estaba hambriento de cultura, ansioso por saber más sobre la vida en al-Qahira y en Dimashk. Sentía curiosidad por la pronunciación y el significado de ciertas palabras árabes, que en la tierra de nacimiento del Profeta se decían y



Librodot

entendían de forma diferente a la habitual en al-Andalus.

El interés del niño había estimulado a Ibn Daud, le había obligado a reflexionar para explicar hechos que hasta entonces había dado por sentados. Sin embargo, Yazid había comenzado a notar que siempre que Ibn Daud estaba presente, Hind cambiaba de color, entrecerraba los ojos y fingía un recato extremado. Cuando el niño advirtió que el hombre al-Qahira era el responsable de la situación, comenzó a rehuir sus clases. Cuando lo obligaban a asistir, no disimulaba su disgusto y actuaba como si estuviera constantemente aburrido.

Dejó de interrogar a Ibn Daud, y cuando éste le hacía alguna pregunta, permanecía en silencio o se limitaba a responder con monosílabos. Incluso dejó de jugar al ajedrez con él, lo cual constituía un enorme sacrificio, pues Ibn Daud era un novato en el juego y no había sido capaz de vencer a su alumno ni una sola vez, al menos hasta que este último había decidido romper la amistad entre ambos.

Cuando Hind le pedía que explicara su conducta, Yazid suspiraba con impaciencia y afirmaba con toda la frialdad de que era capaz que no había nada anormal en su actitud hacia el maestro. Esa respuesta enfadaba a su hermana y aumentaba la tensión que se había creado entre ellos. Hind solía ser especialmente sensible en los asuntos relacionados con Yazid, pero su amor por Ibn Daud la cegaba, y era su hermano quien se llevaba la peor parte. Zubayda, que había notado la desdicha en la cara de su hijo menor y conocía su causa, decidió resolver la cuestión del matrimonio de Hind lo antes posible y posponer cualquier conversación con Yazid sobre el tema hasta ese momento.

Ajenos a la presencia del pequeño espía, Hind e Ibn Daud habían llegado a un punto que exigía tomar ciertas decisiones cruciales. Las manos de él se habían aventurado bajo la túnica de ella y habían acariciado sus pechos, pero se había retirado enseguida.

—Dos lunas llenas sobre una delgada rama -murmuró él con una voz que ella suponía ahogada de pasión.

Sin embargo, Hind no se quedaba atrás. Sus manos encontraron un camino desde su cintura hasta los inexplorados territorios de abajo, cubiertos por unos amplios pantalones de seda. Palpó por debajo de la seda y luego comenzó a acariciar sus muslos.

—Suaves como dunas de arena, pero ¿dónde está la palmera? —susurró ella mientras sus dedos rozaban delicadamente los dátiles y percibían la subida de la savia.

Era evidente que si seguían adelante anticiparían el ritual de la primera noche. Sin embargo, la joven pensó que si se detenían, la frustración y la larga espera hasta que pudieran consumar su pasión, les harían la vida intolerable. Ella no quería detenerse. Había olvidado todas las reglas del decoro y deseaba desesperadamente hacer el amor con aquel hombre. Había obtenido tanto placer indirecto de las inacabables descripciones de sus doncellas y de los pícaros comentarios de sus primas de Gharnata e Ishbiliya, que ahora deseaba conocer la verdad.

Pero Ibn Daud, consciente de los sentimientos de la joven, realizó una rápida retirada. Quitó sus manos del cuerpo de Hind y las de ella del interior de su pantalón.



Librodot

—¿Por qué? —preguntó Hind con un murmullo ronco.

—¡Soy un invitado de tu padre, Hind! —dijo con voz resignada y fría—. Mañana lo veré a solas y le pediré su consentimiento para convertirte en mi esposa. Cualquier otra actitud sería deshonrosa.

Hind sintió cómo se desvanecía su pasión.

—Creí que estaba a punto de descubrir algo más que un simple placer, algo infinitamente puro. Ahora me siento al borde de la desesperación. Creo que me he equivocado contigo.

Ibn Daud intentó consolarla con un torrente de afirmaciones reconfortantes e innumerables declaraciones de amor eterno. También mencionó la alta estima en que tenía su inteligencia y le dijo que nunca había conocido ninguna mujer como ella. Mientras hablaba, le besaba los dedos de los pies y dedicaba un comentario afectuoso a cada uno de ellos.

Hind callaba, pero su silencio era más expresivo que cualquier palabra, pues lo cierto era que al perderla temporalmente, la había ganado de nuevo. Sin embargo, el presentimiento de Hind de que se había equivocado con él no estaba tan lejos de la verdad como sugerían sus gestos.

Ibn Daud nunca había estado antes con una mujer. Su negativa a hacer el amor se debía sólo en parte a su posición en la casa. Aunque estaba sorprendido de la forma en que Hind lo excitaba, el verdadero motivo de su resistencia era el miedo a lo desconocido.

Hasta entonces sólo había habido una gran pasión en la vida de Ibn Daud: un compañero estudiante de al-Qahira. Mansur era el hijo de una familia de prósperos y antiguos joyeros en la ciudad portuaria de Iskanderiya. Había viajado tanto y conocía tantas ciudades —incluyendo Cochin, en el sur de la India, adonde había llegado por barco— que sus relatos mantenían a Ibn Daud en un estado de constante arrobamiento. Si a eso se sumaba el amor que ambos sentían por la buena poesía y la flauta y el hecho de que ambos tuvieran unas facciones notables y una mente curiosa, la amistad que creció entre ellos parecía inevitable. Durante dos años, los dos vivieron estrechamente ligados, compartiendo una habitación con vistas a la mezquita de al-Azhar.

La relación pronto cobró un triple valor, alimentando sus intelectos, sus sentimientos religiosos —ambos eran discípulos del mismo sufí shaykh— y, por último, sus apetitos sexuales. Se habían dedicado mutuamente poemas en prosa rimada, concebidos en un lenguaje que no ocultaba ningún placer al ojo del lector. Durante los meses de verano, cuando se separaban para pasar algún tiempo con sus familias, ambos llevaban diarios donde reflejaban cada detalle de sus vidas cotidianas, además de los efectos de su abstinencia sexual.

Mansur había muerto en un naufragio cuando acompañaba a su padre a Estambul en una misión comercial. El inconsolable superviviente no podía concebir la idea de seguir viviendo en al-Qahira, y era eso, más que el deseo de estudiar la obra de Ibn Khaldun, lo que lo había llevado a Gharnata. Al-Zindiq lo atraía intelectualmente, aunque después de varias conversaciones con el viejo zorro lleno de talento y sabiduría había descubierto una absoluta falta de escrúpulos en las tácticas que empleaba para vencer a su oponente. Al final de una discusión sobre la poesía de Ibn Hazm, Ibn Daud



Librodot

había evocado una charla similar con Mansur. El recuerdo lo había abrumado y el joven se había dejado llevar por la emoción. Como es natural, no había dicho nada a al-Zindiq, pero el viejo no era ningún tonto y había adivinado la verdad. Eso preocupaba a Ibn Daud, pues al-Zindiq era amigo de la familia. ¿Y si confiaba sus sospechas a los padres de Hind?

Como si adivinara sus pensamientos, Hind le acarició una mano y le preguntó con aire inocente:

—¿Cómo se llamaba la mujer que amabas en al-Qahira? Quiero saberlo todo sobre ti.

Ibn Daud se sobresaltó, pero antes de que pudiera responder, se oyeron gritos y risas y las doncellas arrastraron al desolado Yazid dentro del claro.

—¡Mire lo que hemos encontrado, señorita Hind! -dijo Umayma con una sonrisa pícara.

—¡Suéltame! —exclamó Yazid con la cara llena de lágrimas.

Hind no podía soportar ver a su hermano en ese estado. Corrió junto a él y lo abrazó, pero el niño mantuvo las manos inertes a ambos lados de su cuerpo. Hind le secó las lágrimas con las manos y le besó las dos mejillas.

—¿Por qué me espiabas?

Yazid sintió la tentación de abrazarla y besarla, de contarle sus temores y preocupaciones. Había oído cómo la tía Zahra se había marchado para no volver y no quería que Hind hiciera lo mismo. Si hubieran estado solos, se lo habría confesado todo, pero la sonrisa en la cara de Ibn Daud lo detuvo. El niño les volvió la espalda y corrió hacia la casa, dejando a su hermana sorprendida y perpleja.

Hind comenzaba a comprender que la extraña conducta de Yazid obedecía a su propio estado. Estaba tan hechizada por aquellos ojos más verdes que el mar, que todo lo demás había pasado a un segundo plano, como el son de un laúd. Hind comprendió que su indiferencia había herido a su hermano, y se sintió culpable. Era incapaz de olvidar la magia de aquel abrazo.

Al ver la desolación de Yazid, Hind recordó su propia furia contra Ibn Daud.

«Lo cierto es que su honorable conducta no es más que una negativa a reconocer la belleza de nuestra pasión», se dijo a sí misma.

Esta idea le molestó tanto que, aunque hacía unos instantes había estado a punto de abrasarlo con su pasión, decidió enseñarle una lección. Pronto descubriría que podía ser más fría que el hielo. Seguía queriéndolo, pero pretendía que él aceptara sus condiciones. Por el momento, su preocupación fundamental era reparar la brecha que se había abierto entre ella y Yazid.

Mientras tanto, el objeto de los pensamientos de Hind hundía la cabeza en el regazo de su madre. Yazid había corrido al encuentro de Zubayda gritando:

—Ese hombre estaba jugando con los pechos de Hind. Yo lo he visto.

Yazid creyó que su madre se escandalizaría, que correría a la escena del crimen



Librodot

con un par de criados y haría azotar a Ibn Daud. Entonces aquel advenedizo de al-Qahira sería expulsado, y en su camino a la aldea para buscar un medio de transporte hasta Gharnata, lo atacaría una manada de perros salvajes. Sin embargo, Zubayda sonrió.

—Tu hermana ya es una mujer, Ibn Umar. Pronto estará casada, tendrá hijos y tú serás su tío.

—¿Casada con él? —preguntó Yazid con incredulidad. Zubayda asintió mientras le acariciaba el cabello castaño claro—. Pero, pero él no tiene nada... El es...

—Un erudito, mi querido Yazid, y su riqueza está en su mente. Mi padre solía decir que el peso del cerebro de un hombre es más importante que el peso de su bolsa.

—Madre —dijo Yazid con el entrecejo fruncido. Sus ojos eran como espadas desenvainadas y su voz le recordaba tanto a la de su marido cuando se ponía solemne, que Zubayda tuvo que contenerse para controlar su risa—, ¿olvidas que no se pueden cosechar uvas de las higueras de tunas?

—Es cierto, mi querido hermano —dijo Hind, que había entrado en la habitación justo a tiempo para oírla pregunta de su hermano—, pero sabes tan bien como yo que las rosas siempre tienen espinas.

Yazid escondió la cabeza tras la espalda de su madre, pero Hind, que volvía a ser la misma de siempre, tiró de él riendo y lo llenó de besos en la cabeza, el cuello, los brazos y las mejillas.

—Siempre te querré más que a cualquier hombre, aunque me case con él. Es mi futuro marido, y no tú, quien debería preocuparse.

—Pero en el último mes... —comenzó Yazid.

—Lo sé, lo sé, y lo siento de verdad. No me había dado cuenta de que ya no pasábamos tanto tiempo juntos, pero todo eso pertenece al pasado. Quiero que seamos amigos otra vez.

Yazid le rodeó el cuello con los brazos y ella lo levantó. Cuando volvió a dejarlo en el suelo, los ojos del niño brillaban.

—Ahora ve a preguntarle al Enano qué está cocinando para la cena —dijo Hind—. Tengo que hablar con nuestra madre a solas.

Cuando Yazid salió de la habitación, madre e hija intercambiaron sonrisas.

«¡Se parece tanto a mí! —pensó Zubayda—. Yo también sufrí hasta que conseguí permiso para casarme con su padre. En mi caso la demora se debió a la madre de Umar, que dudaba sobre la sangre que corría por mis venas. Hind no debe pasar por eso sólo porque el muchacho sea huérfano.»

Hind pareció leer los pensamientos de su madre.

—Yo no podría esperar tanto como esperaste tú mientras discutían la pureza de tu sangre, pero me preocupa otra cosa. Sé sincera conmigo, ¿qué opinas de él?

—Es un joven muy atractivo e inteligente, un buen partido para ti. ¿Qué más



Librodot

puedes desear? ¿Por qué dudas?

Hind siempre había mantenido una relación especial con su madre. La amistad que existía entre ellas se debía en gran medida a la atmósfera relajada de la casa. Hind no podía imaginar qué habría sucedido si su padre se hubiera vuelto a casar o hubiera cogido una concubina en la aldea. Había visitado a sus primos de Qurtuba con suficiente frecuencia como para recordar el permanente clima de tensión que reinaba en sus casas. Los relatos de sus primas sobre la lascivia casual e indiscriminada le recordaban las descripciones de los burdeles, y las anécdotas sobre las luchas internas entre las mujeres le sugerían la imagen de un nido de serpientes. El contraste con la vida en al-Hudayl no podía haber sido más rotundo.

A medida que se hacia mayor, Hind se sentía más apegada a su madre. Zubayda, que debía su nada ortodoxa educación a un padre librepensador, había decidido que sus dos hijas no vivirían sometidas a las restricciones de la superstición ni desempeñarían un papel estrictamente definido en el hogar. Kulthum, desde la infancia, había sido una esclava voluntaria de la tradición. Hind, como su propio padre había notado cuando tenía sólo dos años, era una iconoclasta. A pesar de los malos presagios y frecuentes advertencias de Ama, Zubayda alentaba esa tendencia en su hija.

Por todas estas razones, Hind no dudó ni un instante sobre la forma de responder a la pregunta de su madre. No sólo no vaciló, sino que comenzó a describir todo lo sucedido aquella tarde sin olvidar un solo detalle. Tras escucharla con atención, su madre se echó a reír. Sin embargo, su aparente alegría ocultaba una auténtica preocupación. Si Umar hubiera estado allí, habría notado el nerviosismo de su risa.

Zubayda no quería alarmar a su hija, y aunque no era habitual en ella, decidió usar una táctica conciliadora.

—Estás preocupada porque él no permitió que la savia de su palmera regara tu jardín, ¿verdad? —Hind asintió con un gesto grave—. ¡Tonta! Después de todo, Ibn Daud es nuestro huésped y seducir a la joven de la casa mientras las doncellas hacen guardia no es una forma muy digna de responder a la cortesía y hospitalidad de tu padre.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! —murmuró Hind—. Pero hay algo más que no puedo describirte. Incluso cuando sus manos me acariciaban noté que les faltaba pasión. No parecía sentir necesidad de mí, hasta que yo lo toqué a él. Entonces intuí que se asustaba, pero no de mi padre, sino de mí. Nunca se ha acostado con una mujer, eso es evidente, pero me pregunto por qué. Cuando tú y Abu desafiasteis a sus padres y os fuisteis a...

—¡Tu padre no era Ibn Daud, sino un caballero del Banu Hudayl! Cuando fuimos a Qurtuba, ya llevábamos varias horas casados. Ahora ve a darte un baño y déjame intentar resolver este acertijo.

Cuando Hind salió al patio, el sol comenzaba a ponerse en el horizonte, y la joven se detuvo, fascinada por los colores del paisaje. Los picos coronados de nieve que se alzaban sobre al-Hudayl estaban teñidos de púrpura claro y naranja y las pequeñas casas de la aldea parecían recién pintadas. Hind estaba tan abstraída en la belleza del atardecer, que sus sentidos no repararon en nada más. Aunque pocos minutos antes estaba triste y melancólica, de pronto se sentía feliz de estar sola.



Librodot

«Ayer mismo —pensó—, si me hubiera encontrado ante un atardecer como éste, le habría añorado, habría deseado que estuviera a mi lado para compartir con él los milagros de la naturaleza, pero hoy me alegro de estar sola.»

Tan enfrascada estaba en sus pensamientos, que al pasar junto a la puerta de la cocina, en dirección a los *hamman*, no oyó los ruidos de alegría que provenían del interior.

Yazid estaba sentado en una banqueta mientras el Enano tocaba el pandero y cantaban un *zajal*. Los criados habían bebido un fuerte brebaje, que fabricaban destilando los restos de los barriles de todos los viñedos cercanos a al-Hudayl. El Enano estaba sólo un poco ebrio, pero era evidente que sus tres ayudantes y los dos hombres que se ocupaban de transferir la comida de las ollas a los platos y servirla en la mesa habían bebido demasiado pis del demonio. Todos bailaban en círculos mientras el Enano cantaba su canción en el centro, subido a una mesa. Ama estaba sentada en los peldaños de la puerta de la cocina con una furiosa mueca de reprobación en la cara. Había intentado distraer a Yazid y llevarlo de vuelta a la casa, pero el niño se divertía mucho y se había negado a obedecerla.

El Enano dejó de tocar. Estaba cansado, pero sus admiradores querían que la función continuara.

—Canta por última vez la canción de Ibn Quzman —gritaron—. ¡Hazlo por el joven amo!

—Sí, por favor, Enano —dijo Yazid, uniéndose a los ruegos—. Sólo una más.

—Cantaré la canción compuesta por Ibn Quzman hace más de trescientos años —dijo el Enano muy serio—, pero insisto en que se escuche con el respeto que le debemos al gran maestro. Nunca habrá un trovador igual. Si alguno me interrumpe, le mojaré la barba con este vino y luego le prenderé fuego. ¿Está claro, presuntuosos charlatanes?

Un silencio absoluto reinó en la cocina que unos segundos antes parecía un antro de borrachos. Sólo se oía el bullir de la cena, dentro de una olla gigantesca.

El Enano hizo una señal a su ayudante, un pinche de doce años. Este sacó un laúd y comenzó a afinar las cuerdas. Luego hizo un gesto de asentimiento a su amo y el pequeño *chef* comenzó a cantar el *zajal* de Ibn Quzman, con una voz tan grave que resultaba abrumadora:

*Llena la preciosa copa de mar dorado*

*y entrégamela a mí.*

*Deja que el vino añejo pase de invitado en invitado,*

*con las burbujas brillando como perlas en su pecho*

*como si hubiera despojado a la noche de su oscuridad.*

*¡Wa Alá! ¡Míralo espumar y sonreír en cientos de copas!*



Librodot

*Ha sido extraído de un racimo de estrellas.*

*Pásalo al son de la música enternecedora,*

*en el círculo sobre la florida alfombra,*

*donde dulces gotas de rocío refrescan el suelo,*

*y bañan deliciosamente mis miembros*

*con su fresca y suave fragancia.*

*A solas conmigo en el verde del jardín*

*una joven hechiza la escena:*

*su sonrisa irradia un brillo refulgente,*

*olvido la vergüenza, pues nadie puede vernos,*

*y exclamo: "¡Wa Alá, seamos felices!".*

Todo el mundo ovacionó al cantor y Yazid más alto que ninguno.

—Enano —exclamó con entusiasmo—, deberías dejar la cocina y convertirte en trovador. Tienes una voz hermosa.

El enano abrazó al niño y le besó la cabeza.

—Ya es demasiado tarde para eso, Yazid bin Umar. Demasiado tarde para cantar, demasiado tarde para todo. Creo que será mejor que regreses con la información que te pidió la señora Zubayda.

Yazid había olvidado el pedido de su madre.

—¿Qué era, Enano?

—¿Ya has olvidado el contenido de mi guiso del ocaso?

Yazid arrugó el entrecejo y se rascó la cabeza, pero no pudo recordar ni un solo ingrediente. Fascinado por la canción del vino, había olvidado la razón de su visita a la cocina. El Enano comenzó a recordársela, pero esta vez se aseguró de que la memoria del niño retuviera la información y declamó la receta en un ritmo y entonación muy familiares para Yazid. La voz sonora del Enano imitaba una recitación del Alcorán:

—Escuchad con atención todos vosotros, degustadores de mi comida. Esta noche os he preparado mi guiso preferido, que sólo puede consumirse después de la puesta del sol. En él encontraréis veinte nabos limpios en rodajas, diez tacas peladas hasta que brillen y diez pechos de cordero para añadir lustre. Cuatro polluelos sin sangre, una taza de yogur, hierbas y especias que le den color de barro. Añade a la mezcla una taza de melaza y, Wa Alá, listo está. Pero recuerda una cosa, joven amo Yazid: la carne y las verduras deben freírse por separado y luego unirse en la olla con agua



Librodot

donde antes se hirvieron estas últimas, dejar cocer despacio mientras todos cantan y se divierten y cuando se acabe la diversión, Wa Alá, el guiso listo está. El arroz está preparado y rábanos, zanahorias, guindillas, tomates, aguardan impacientes para unirse al guiso en las fuentes de plata. ¿Podrás recordarlo, Yazid bin Umar?

—Si —gritó Yazid mientras corría fuera de la cocina, intentando memorizar las palabras y su ritmo.

El Enano lo miró atravesar el jardín en dirección a la casa, seguido por Ama, y esbozó una sonrisa triste.

—¿Cuál será el futuro de este biznieto de Ibn Farid? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

Yazid corrió a la habitación de su madre y repitió las palabras del Enano.

—Si pudieras aprender el Alcorán con la misma facilidad, hijo mío, harías muy feliz a la gente de la aldea. Ve a lavarte antes de comer ese guiso del ocaso.

Cuando el niño salió de la habitación, los ojos de Zubayda se iluminaron.

—Vuelve a ser feliz —dijo.

Umar bin Abdallah y su esposa estaban discutiendo el destino de su hija menor. Zubayda había ofrecido a su marido una versión ligeramente modificada de los acontecimientos sucedidos en el claro de granados. Había evitado las referencias a palmeras, dátiles y otros frutos relevantes con el fin de no asustar a Umar, que había quedado impresionado con la madurez y la honorabilidad de Ibn Daud. Aquel hecho bastaba para que se decidiera a concederle permiso para casarse con su hija. Pero en ese momento, Zubayda le había confiado sus dudas.

—¿No se te ha ocurrido pensar que Ibn Daud podría estar interesado sólo en otros hombres?

—¿Por qué? ¿Sólo porque rechazó la amable invitación de nuestra hija de despojaría de su virginidad?

Zubayda no deseaba hablar demasiado y decidió no seguir adelante.

—No —dijo—, era sólo un presentimiento. Sin embargo, me sentiría más tranquila si le preguntaras algo al respecto esta noche, cuando hables con él.

—¿Qué? —exclamó Umar—. ¿Pretendes que en lugar de interrogarlo sobre sus sentimientos hacia nuestra hija me convierta en un inquisidor y lo examine, como si él fuera un apestoso fraile que ha transgredido las normas de su fe en el confesonario? ¿También quieres que lo torture? ¡No, no y no! Todo esto es indigno de ti.

—Umar —respondió Zubayda con los ojos brillantes de furia—, no permitiré que mi hija se case con un hombre que la hará infeliz.

—¿Qué crees que habría pasado si tu padre me hubiera hecho esa pregunta antes de nuestro matrimonio?

—Pero no había necesidad de hacerla, ¿verdad, esposo mío? Yo no tenía dudas sobre ti en ese terreno.



Librodot

La actitud coqueta de Zubayda, tan poco habitual en ella, hizo reír a su marido.

—Si insistes, intentaré buscar una forma de interrogarlo sin ofenderlo.

—No tiene por qué ofenderse, pues se trata de algo bastante común.

El joven en cuestión estaba en su habitación, vistiéndose para la cena. Le había asaltado un sentimiento extraño, difícil de definir, y se encontraba hundido en la tristeza. Era consciente de que había defraudado a Hind. Sin embargo, mientras revivía los acontecimientos de la tarde, el temor dejó paso a una excitación nueva para él.

«¿Acaso no voy a poder quitármela de la cabeza? —se preguntó a sí mismo mientras se ponía la túnica—. Por más que intente evitarlo, no puedo pensar en otra cosa. ¿Cómo es posible que su imagen se cuele en mi mente contra mi voluntad? ¡Soy un estúpido! Debí decirle que el único amante que he tenido era un hombre. ¿Por qué no lo hice? Porque la deseo tanto, que temo su rechazo. Quiero que sea mi esposa. Es la primera persona que he amado desde la muerte de Mansur. Otros hombres se han acercado a mí, pero yo rechacé sus proposiciones. Sólo Hind ha conseguido volver a excitarme, a hacerme temblar. Pero ¿qué leyó ella en mi cara?»

Cuando se dirigía al comedor, Ibn Daud se topó con Yazid.

—La paz sea contigo, Ibn Daud.

—Y contigo, Yazid bin Umar.

—¿Quieres saber qué ha cocinado el Enano?

Ibn Daud asintió y Yazid recitó la lista de ingredientes en una copia tan fiel de la del Enano, que su nuevo tutor se quedó auténticamente asombrado, pese a no haber oído la versión original. Los dos jóvenes entraron en el comedor juntos.

Ibn Daud estaba encantado con la oportunidad de reanudar la amistad con su alumno. Sentía que era un buen presagio. Todo el mundo se mostró muy amable con él durante la cena. El guiso del ocaso del Enano fue todo un éxito y Hind insistió en servirle otra ración.

Miguel había regresado a Qurtuba, Zahra estaba muerta, Zuhayr se había marchado a Gharnata y Kulthum a Ishbiliya, a visitar a sus primas y a su futura familia política. La familia había quedado inusualmente reducida y eso aumentaba la intimidad del círculo del que Ibn Daud había pasado a formar parte. Zubayda se tranquilizó al notar que el joven miraba a Hind con una sonrisa. Tal vez la intuición de Umar fuera más acertada que la suya. Comenzó a sentirse culpable y deseó pedirle a su marido que no le hiciera ninguna pregunta embarazosa, pero ya era demasiado tarde. Umar ya había comenzado a hablar.

—Ibn Daud —dijo el amo de la casa—, ¿le gustaría dar un paseo conmigo cuando termine su café?

—Será un honor, señor.

—¿Yo también puedo ir? -preguntó Yazid con naturalidad.

Puesto que Zuhayr estaba ausente, el niño sentía que debía ocupar su lugar en una



Librodot

ocasión semejante.

—No —sonrió Hind—, quiero jugar una partida de ajedrez. Creo que voy a comerte el rey en menos de diez jugadas.

Yazid estaba indeciso, pero por fin cedió a la propuesta de su hermana.

—Pensándolo bien —le dijo a su padre—, creo que me quedaré dentro. Fuera empieza a hacer frío.

—Una decisión muy sensata —dijo Umar mientras se incorporaba y caminaba hacia la puerta que conducía a la glorieta.

Ibn Daud saludó a Zubayda con una inclinación de cabeza y miró a Hind como si le rogara que no lo juzgara con dureza. Luego siguió a Umar fuera de la sala.

—Ve a mi habitación y coloca las piezas de ajedrez sobre el paño —le ordenó Hind a su hermano—. Yo iré dentro de un momento.

—Creo que estábamos equivocadas con respecto a Ibn Daud —dijo Zubayda en cuanto su hijo abandonó la habitación—. ¿Lo has mirado mientras cenábamos? Sólo tenía ojos para ti. Es probable que esté confuso, pero es evidente que se siente muy atraído por ti.

—Tal vez tengas razón, pero la pasión incontrolable que sentía por él ha desaparecido. Todavía me gusta, y es probable que lo ame, pero sin la intensidad de antes. Lo ocurrido esta tarde me ha provocado dolor de cabeza.

—Ni siquiera los mejores médicos han sido capaces de dilucidar los misterios del corazón, Hind. Date otra oportunidad. Te pareces demasiado a mí: eres muy impaciente y lo quieres todo de inmediato. Como yo era así con tu padre, su familia confundió mi deseo con codicia.

—Nadie puede saber cuánto tiempo nos queda, madre —dijo Hind en voz muy baja—. Cuando tú eras joven, el sultán estaba en la al-Hamra y el mundo parecía seguro. Hoy nuestras vidas están regidas por la incertidumbre. Todos los habitantes de la aldea se sienten inseguros y ni siquiera la falsa magia de los sueños puede ofrecernos consuelo, pues también ellos se han vuelto amargos. ¿Recuerdas cómo lloraba Yazid y se aferraba a Zuhayr, pidiéndole que no se marchara a Gharnata?

—¿Crees que una madre es capaz de olvidar una escena así? Al ver a Yazid en ese estado me enfurecí y susurré un insulto al oído de Zuhayr. Algo estúpido, como que había sido egoísta desde su nacimiento. Entonces él palideció, dejó a Yazid, me llevó a un lado y me dijo: «No ganamos nada con aferrarnos a la vida y a la rutina cotidiana. La única libertad que nos queda es elegir cómo deseamos morir, y tú quieres robármela».

Zubayda abrazó a Hind y la mantuvo apretada entre sus brazos. No volvieron a hablar. El silencio les permitía oír el aullido del viento en el exterior, mientras sus cuerpos se transmitían mudas señales entre si.

—¡Hind! Hind! —exclamó la voz de Yazid trayéndolas de nuevo a la realidad—. Te estoy esperando. Date prisa, ya he planeado mis jugadas.



Librodot

Las dos mujeres sonrieron. Ciertas cosas no cambiarían nunca.

Fuera, en la oscura noche azulada, Umar e Ibn Daud caminaban alrededor de las murallas de la casa. Ellos también habían estado discutiendo el estado del mundo, aunque en términos más filosóficos. Cuando estuvieron fuera del alcance de los oídos de los guardias que custodiaban la casa, Umar decidió dejar de perder el tiempo.

—He oído que Hind y usted salieron a pasear después de comer. Ella es un tesoro muy preciado para nosotros. Su madre y yo la amamos mucho y no queremos que nadie perturbe su tranquilidad ni le haga daño.

—De hecho, me alegró mucho que me pidiera que lo acompañara, pues amo a Hind y quiero pedirle permiso para casarme con ella.

—Recuerde una cosa, Ibn Daud —dijo Umar en tono paternal—, sólo un hombre ciego caga en el tejado creyendo que nadie lo ve. —Ibn Daud comenzó a temblar. No podía precisar cuánto sabía Umar de él. Quizás Hind hubiera hablado con su madre o las doncellas hubieran ido con cotilleos, quizás...—. Lo que quiero decir, querido amigo, es que no hay razón para que un hombre caiga dos veces en el mismo agujero.

Ahora comprendía.

—No pretendo esconder nada a Hind, a usted ni a la señora Zubayda —dijo Ibn Daud con voz temblorosa—. Hace algunos años tuve una relación con un compañero de estudios. Nos amábamos, pero él murió hace un año y nunca he estado con otro hombre ni con una mujer. Mi amor por Hind es más fuerte que el que sentí por mi amigo y preferiría morir antes que hacerle cualquier daño. Si usted y la señora Zubayda, con su sabiduría y experiencia, consideran que no soy el hombre adecuado para ella, prepararé mis cosas y abandonaré su distinguida casa mañana mismo. Su palabra será definitiva.

El viento se había calmado, dejando tras de si un cielo claro. La honestidad de Ibn Daud había disipado la tenebrosidad de la noche y Umar se sentía aliviado. Aunque no lo había reconocido ante ella, las dudas de su esposa lo habían preocupado. Conocía demasiadas historias de mujeres infelices, que alimentaban sus corazones de sueños marchitos, mientras sus esposos vivían pendientes de otros hombres. Esos hombres creían que la única función de sus mujeres era la procreación. El propio hermano menor de Ibn Farid había instalado a su amante varón en su propia casa, aunque él, al menos, no se había molestado en casarse.

—Su franqueza me ha impresionado mucho. Lo que le diga a su futura esposa es asunto suyo y de ella.

—Entonces ¿tengo su permiso...? —comenzó Ibn Daud, pero Umar lo interrumpió enseguida.

—Tiene algo más que mi permiso: tiene mi bendición. Hind llevará una buena dote.

—Puedo asegurarle que la dote no me interesa.

—¿Tiene alguna riqueza propia?

—Ninguna en absoluto. El dinero nunca ha desempeñado un papel importante en



Librodot

mi vida.

Mientras iniciaban el camino de regreso a la casa. Umar dejó escapar una risita tonta. Para él, el único aspecto recomendable de la pobreza era la forma en que ésta ennoblecía a algunas personas con una dignidad que la riqueza no podía otorgar a nadie.

—De todos modos, tendrá la dote, Ibn Daud —dijo—. Estoy seguro de que mis nietos me agradecerán la previsión. Dígame, ¿ha decidido dónde quiere vivir? ¿Volverá a al-Qahira?

—No. Ese es el único sitio donde no deseo vivir. Como es natural, lo discutiré con Hind, pero la ciudad magrebí que más me gusta es Fez. Es similar a Gharnata, pero sin la presencia del arzobispo Cisneros. Además, según decía mi abuela, Ibn Khaldun la elogiaba mucho e incluso había pensado establecerse allí definitivamente.

Aunque pocas semanas atrás las miradas de arrobamiento que Hind dedicaba al joven de al-Qahira habían exasperado a Umar, ahora él mismo comenzaba a sentir admiración por Ibn Daud. Ya no lo encontraba tedioso o jactancioso, y comenzaba a compartir su convicción de que sería capaz de sobrevivir, aunque su intelecto fuera su único medio de subsistencia. Cuando llegaron al patio interior, Umar intuyó que era uno de los pocos hombres en el mundo con quien Hind podría llegar a ser feliz.

—La paz sea contigo —le dijo abrazándolo—. Que duermas bien.

—La paz sea contigo —respondió el erudito de al-Qahira con la voz ahogada por los sentimientos que se esforzaba en contener.

Cuando Umar entró en la habitación de su esposa, encontró a Hind masajeando las piernas y los pies de su madre. Zubayda se sentó en cuanto lo vio entrar.

—¿Y bien?

—¿Quién ganó el juego de ajedrez, Hind? —respondió Umar con toda la intención de provocar a su esposa.

—¡Umar! —exclamó Zubayda—. ¿Qué ha ocurrido?

Umar la miró con la expresión más calma y resignada posible y sonrió.

—Era como yo pensaba —respondió—. El joven ama realmente a nuestra hija, no me cabe la menor duda. Yo le concedí mi permiso. Ahora todo depende de Hind.

—¿Y mis presentimientos? —insistió Zubayda—. ¿Eran totalmente falsos?

—Eran irrelevantes —respondió Umar—, encogiéndose de hombros.

—La decisión está en tus manos, hija mía —dijo Zubayda con una sonrisa de satisfacción—. Nosotros estamos contentos con él.

Mientras escuchaba la conversación, Hind se había ruborizado y los latidos de su corazón se habían acelerado.

—Lo pensaré con cuidado esta noche —dijo con tono resuelto— y mañana tendréis mi respuesta.



Librodot

Luego besó a sus padres y salió despacio de la habitación, con su expresión más digna.

En la seguridad de su propio cuarto, Hind se echó a reír, primero de forma casi inaudible y luego en voz alta. Su risa era alegre y triunfal, pero también algo histérica.

«Ojalá no estuvieras muerta, tía Zahra —pensó Hind mientras inspeccionaba su cara en el espejo. El suave resplandor de la lámpara realzaba su tersura natural—. Necesito hablar contigo. Creo que voy a casarme con él, pero primero necesito convencerme de que su amor es auténtico, y sólo hay una forma de averiguarlo. Tú misma me lo dijiste.»

Convencida de que iba a hacer lo correcto, Hind apagó su lámpara y salió de puntillas al patio. Las nubes habían vuelto a cubrir las estrellas, de modo que la oscuridad era total. Esperó a que sus ojos se adaptaran a la penumbra y caminó directamente hacia las habitaciones de invitados.

Hizo una pausa junto a la habitación de Ibn Daud hasta que dejó de temblar. Luego miró alrededor con cuidado. Reinaba un silencio absoluto, pero la lámpara del joven continuaba encendida. Dio unos golpes suaves en la puerta. Dentro, Ibn Daud se sobresaltó, se envolvió en una sábana y abrió el cerrojo de la puerta.

—¿Hind? —Su sorpresa era tan grande que casi no podía oir su propia voz—. Entra, por favor.

Hind entró en la habitación, intentando contener la risa ante los esfuerzos del distinguido joven por mantener la sábana en su sitio. Luego se sentó en la cama.

—Mi padre dice que te ha dado permiso para casarte conmigo.

—Sólo si tú estás de acuerdo. ¿Eso es todo lo que te dijo?

—Sí. ¿Qué más le dijiste tú?

—Algo que debí haberte confiado a ti hace muchos días. Fui un estúpido, Hind, pero creo que tenía miedo de perderte.

—¿De qué hablas?

Ibn Daud le confesó toda la historia de su amor por Mansur, incluyendo los detalles que podrían causarle más dolor. Le contó que habían compartido una habitación en la Universidad de al-Azhar, que disfrutaban de su mutua compañía y que una noche su afinidad intelectual los había unido también físicamente. Habló del descubrimiento que cada uno había hecho del otro y luego de la muerte de Mansur.

—Tú me has devuelto a la vida.

—Me alegro de ello. Ya te habrás dado cuenta de que soy de las que prefieren un corazón angustiado a una felicidad plácida, que normalmente se basa en el autoengaño y en la falsedad. La mayoría de los matrimonios se alimentan de un frío vacío. Casi todas mis primas están casadas con brutos que tienen la misma sensibilidad que un tronco. Nunca aceptaría casarme sólo para cumplir con las convenciones. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Pregunta lo que quieras —dijo Ibn Daud con una mezcla de ansiedad y alivio



Librodot

en la voz.

—Podríamos ser grandes amigos, escribir poesía, cazar o discutir de astronomía juntos, pero ¿estás seguro de que cuando el sol se ponga querrás tener a una mujer entre tus brazos?

—Te he estado deseando desde la tarde. Me sentía confuso e inseguro, pero el tacto de tus manos sobre mis miembros fue una experiencia que repetiría no sólo por las noches, sino también a la luz del día.

Cuando él le acarició la cara, ella volvió a conmoverse y lo abrazó, sintiendo su cuerpo desnudo debajo de la sábana de algodón. Cuando notó que su palmera se agitaba, lo despojó de la sábana y lo abrazó con fuerza. Luego dio un paso atrás y se quitó la bata.

—El ruido de los latidos de tu corazón despertará a toda la casa —se burló ella mientras apagaba la lámpara y se tendía con él sobre la cama.

—¿Estás segura, Hind? ¿Estás segura? —preguntó él, incapaz de seguir controlándose.

Hind asintió con un gesto y él plantó su palmera en el jardín de ella. El dolor que experimentó la joven en los primeros segundos pronto se transformó en una mezcla de dolor y placer. Luego se relajó, y sus cuerpos se unieron en un movimiento ondulante y simultáneo, hasta que llegaron juntos al clímax. Las primas y las doncellas de Hind coincidían en decir que la primera experiencia era la menos placentera de todas. Hind se tendió de espaldas y disfrutó de la placidez que siguió al acto de amor.

—¿Ahora estás segura? —preguntó él mientras se sentaba en la cama y la miraba con expresión inquisitiva.

—Sí, amor mío, lo estoy. ¿Y tú?

—¿Qué quieres decir, diablillo?

—Me refiero a si ha sido tan bonito como con Mansur.

—Ha sido muy distinto, princesa mía, como debe ser. Una granada puede dar tanto placer como una ostra, aunque el sabor de ambas es muy distinto. Si las comparamos, estropeamos el placer que nos dan las dos.

—Quiero advertirte algo antes de que nos casemos, Ibn Daud: si me abandonas por un vendedor de higos guapo y joven, mi venganza será pública y brutal.

—¿Qué harás?

—Te cortaré esos dátiles —respondió ella cogiéndole la palmera— y los haré encurtir.

Ambos se echaron a reír, pero la pasión se encendió una vez más y volvieron a hacer el amor varias veces en la misma noche. Él se durmió antes que ella. Hind contempló su cuerpo dormido durante un largo rato y revivió lo que acababa de experimentar. Le acarició el pelo, esperando despertarlo, pero él no se movió. Su paladar deseaba degustar sus placeres una vez más, pero el sueño, cansado de la espera,



Librodot

acabó por vencer al deseo.

Poco antes del amanecer, Zubayda entró en la habitación sabiendo lo que iba a encontrar. Tapó la boca de su hija con una mano, para evitar que los gritos de sorpresa avergonzaran a su amante, y luego la sacudió hasta obligarla a abrir los ojos. Al ver a Zubayda, Hind se sentó de inmediato en la cama. Su madre le hizo señas para que salieran en silencio de la habitación.

—Lo amo. Quiero casarme con él —murmuró Hind soñolienta mientras cruzaban el patio interior.

—Me alegro mucho de oír esa noticia —respondió su madre—, pero creo que deberíais casaros esta misma tarde.



Librodot

## *CAPÍTULO 11*

Cisneros está sentado ante su escritorio, pensando:

«Aunque mi piel parezca demasiado oscura, aunque mis ojos no sean azules, sino marrón oscuro, y mi nariz sea larga y ganchuda, estoy seguro, completamente seguro, de que mi sangre es pura. Mis antepasados ya estaban aquí cuando vinieron los romanos y mi familia es mucho más antigua que los antecesores visigodos del noble conde, nuestro valiente capitán general. Entonces ¿por qué se corren rumores de que tengo sangre judía? ¿Se trata sólo de una broma cruel? ¿O acaso algunos franciscanos traidores divulgan esa ponzoñosa falsedad para desacreditarme dentro de la Iglesia, con el fin de volver a falsear y confundir las distinciones entre nosotros y los seguidores de Moisés o del falso profeta Mahoma? Sea cual fuere su razonamiento, lo cierto es que no es verdad. ¿Me oís? No es cierto. ¡Mi sangre es pura! Tan pura como conseguiremos que llegue a ser este reino algún día. No lloraré ni me quejaré por estos constantes insultos, continuaré con la tarea de Dios. Los lobos me llaman bestia, pero no se atreven a atacarme porque son conscientes del precio que tendrán que pagar por mi sangre. La adoración de María y el dolor de Nuestro Señor, que murió crucificado, despierta misteriosas emociones en mi interior. En mis sueños, a menudo me veo como un cruzado bajo las murallas de Jerusalén o vislumbro Constantinopla. Mi memoria está firmemente arraigada en la época cristiana, pero ¿por qué estoy siempre solo, incluso en mis sueños? Sin familia, sin amigos, sin compasión por las razas inferiores. Yo no tengo sangre judía, ni siquiera una pequeña gota. No me cabe la menor duda.»

Pocas horas antes, un espía había informado a Cisneros de un incidente ocurrido al final de un banquete celebrado la noche anterior. Al parecer, la concurrencia de comerciantes judíos y nobles musulmanes y cristianos se disponía a deleitarse con la actuación de unas bailarinas, después de beber gran cantidad de vino, cuando un cortesano lamentó que el arzobispo de Toledo no hubiera podido asistir para disfrutar de tan agradable compañía. Entonces, el capitán general, don Iñigo, había sugerido que su ausencia podría deberse al hecho de que, a la luz de las velas, seria imposible distinguirlo de un judío. El capitán general no se había detenido allí, sino que había insistido en voz alta, y entre las risas de los asistentes, que sin duda ésa era la única razón por la cual Su Excelencia rehuía la compañía de los judíos aún más que la de los moros, añadiendo que si bien los rasgos de los moros eran difíciles de distinguir de los de los cristianos, los judíos habían empleado mayor esmero en preservar sus peculiares características, como bien demostraba un examen exhaustivo de la fisonomía de Cisneros.

En ese momento, un noble moro con una expresión cómplice en sus ojos brillantes había interrogado al capitán general mientras se acariciaba su suntuosa barba roja. Le había preguntado si era cierto que la razón del arzobispo para aniquilar a los seguidores del único Dios tenía que ver con su necesidad de probar la pureza de su raza, más que con la defensa de la Trinidad. Don Iñigo, con una falsa mueca de seriedad, había exclamado que ésa era una sugerencia absurda y luego había hecho un guiño a sus invitados.

Cisneros despidió al espía con un gesto desdeñoso, como para demostrar que no estaba interesado en cotilleos triviales y maliciosos, pero en realidad estaba furioso. No



Librodot

era ningún secreto que los hipócritas moros lo maldecían y lo injuriaban. No pasaba un solo día sin que recibiera información precisa sobre los insultos que le dedicaban, sobre quién los profería y en qué calle de la ciudad. La lista era larga, pero él se encargaría de cada uno de sus ofensores cuando llegara el momento oportuno.

Con semejantes pensamientos bullendo en su cabeza y aumentando la producción de bilis en su cuerpo, no era sorprendente que aquella mañana el arzobispo no tuviera una actitud particularmente benévola.

En ese momento resonó un golpe en la puerta.

—¡Adelante! —dijo con una voz engañosamente débil.

Barrionuevo, un alguacil real, entró en el despacho y le besó el anillo.

—Con su permiso, Excelencia, debo informarle que los dos renegados han huido al barrio antiguo y se han refugiado en la casa de su madre.

—Creo que no recuerdo el caso. Refrésqueme la memoria.

Barrionuevo carraspeó. No estaba acostumbrado a dar discursos ni explicaciones. No encontraba las palabras necesarias para expresarse, pues él mismo ignoraba los detalles sobre aquellos hombres:

—Sólo conozco sus nombres, Excelencia: Abengarcía y Abenfernando. Según me han dicho se han convertido a nuestra fe...

—Ya los recuerdo —dijo el arzobispo con frialdad—. Fingieron convertirse, pero en el fondo siguieron formando parte de la secta de Mahoma. Los han visto cometer un sacrilegio en una iglesia: orinaron sobre un crucifijo. ¡Tráigalos aquí! Quiero interrogarlos hoy mismo. Ahora puede retirarse.

—¿Debo llevar una escolta, Excelencia? Podrían resistirse.

—Sí, pero no lleve más de seis hombres armados, de lo contrario podría haber problemas.

Cisneros se apartó de su escritorio y se dirigió a la ventana arqueada desde donde podía ver las calles de abajo. Sonrió por primera vez en el día, convencido de que el alguacil y sus soldados provocarían a los moros más fanáticos, alentándolos a tomar las armas. Ése sería su fin.

Cisneros renunció a su habitual inspección de las obras de la nueva catedral para quedarse en la al-Hamra a esperar a Barrionuevo. El disgusto provocado por el informe sobre el banquete de la noche anterior dejó paso a un sentimiento de fervorosa agitación. Cisneros cayó de rodillas ante el gigantesco crucifijo que deslucía los intrincados dibujos geométricos de la pared, formados por baldosas de tres colores.

—Santa María, Madre de Dios, te suplico que nuestros enemigos no me defrauden.

Cuando se puso de pie, descubrió que el fuego que ardía en su cabeza había descendido hasta abajo de su cintura. Aquella porción de la anatomía masculina vedada a todos aquellos que tomaran los sagrados hábitos se encontraba en estado de rebeldía. Cisneros se sirvió un poco de agua en una copa y la bebió de un trago. Su sed quedó



Librodot

saciada.

En el corazón de la ciudad antigua, Zuhayr y sus camaradas caminaban en dirección a la nueva catedral con una actitud de exagerada naturalidad. Iban en grupos de dos, tensos y nerviosos, comportándose como si no tuvieran relación unos con otros, pero unidos en la fe de que pronto obtendrían un doble triunfo: el odiado enemigo, el torturador de sus compañeros creyentes, pronto estaría muerto, y ellos, sus asesinos, se asegurarían el martirio y un tránsito fácil al paraíso.

Se habían reunido temprano para concretar sus planes mientras desayunaban. Luego, los ocho hombres se habían despedido de sus compañeros con una frase solemne: «Adiós, hasta que volvamos a encontrarnos en el cielo».

Aquella misma mañana, Zuhayr había comenzado a escribir una carta a Umar, relatándole sus aventuras en el viaje a Gharnata, describiendo el penoso dilema al que había tenido que enfrentarse y explicando su decisión final de participar en una acción apoyada por todos, aunque él no estuviera de acuerdo:

*Le tenderemos una trampa a Cisneros, pero sé muy bien que, incluso si logramos asesinarlo, todos y cada uno de nosotros caeremos también en ella. Todo es muy distinto a lo que yo imaginaba. La situación de los gharnatinos ha empeorado mucho desde tu última visita y entre ellos la ira convive con la desmoralización. Están decididos a convertirnos a todos y Cisneros ha autorizado el uso de la fuerza para facilitar el proceso. Como es natural, mucha gente teme al dolor y se somete, pero luego se vuelven locos. Después de convertirse, se desesperan, entran en las iglesias y defecan en el altar, orinan en la pila de agua bendita, manchan los crucifijos con sustancias impuras y se marchan corriendo y riendo como seres que han perdido la cabeza. Cisneros reacciona con furia y el ciclo entero vuelve a repetirse. Aquí se tiene la sensación de que mientras Cisneros viva, las cosas sólo pueden cambiar para peor. No creo que su muerte mejore las cosas, pero sin ninguna duda, aliviará la angustia de muchos de nuestros hermanos.*

*Es probable que no sobreviva a este día, así que me despido con besos para todos, y en especial para Yazid, a quien espero que no permitáis repetir los errores de su hermano...*

Zuhayr e Ibn Basit estaban a punto de cruzar la calle cuando vieron que el alguacil Barrionuevo se dirigía a su encuentro, seguido por seis soldados. Por suerte, nadie se dejó llevar por el pánico, pero cuando Barrionuevo se detuvo frente a Zuhayr, los otros tres grupos cambiaron su dirección y giraron hacia la izquierda, desapareciendo en un laberinto de callejuelas laterales, tal como habían acordado previamente.

—¿Por qué lleva una espada? —preguntó Barrionuevo.

—Perdóneme, señor —respondió Zuhayr—. No soy de Gharnata. He venido desde al-Hudayl a pasar unos días con mi amigo. ¿Está prohibido llevar espadas en la



Librodot

calle?

—Sí —respondió el alguacil—. Su amigo debería saberlo. Márchese, pero antes que nada regrese a la casa de su amigo y deje la espada.

Ibn Basit y Zuhayr se sintieron enormemente aliviados. No tenían otra opción que girarse y regresar al *funduq*. Allí los esperaban los demás, que al verlos entrar en la habitación los recibieron con exclamaciones de alegría.

—Creí que os habíamos perdido para siempre —dijo Ibn Amin, abrazando a sus dos amigos.

Zuhayr observó la expresión de alivio en sus rostros y supo que no se debía sólo a su presencia y a la de Ibn Basit. Había algo más; parecía obvio por la cara de satisfacción de Ibn Amin. Zuhayr miró a su amigo con las cejas arqueadas, en actitud expectante, e Ibn Amin habló:

—Debemos anular nuestro plan. Un amigo del palacio nos ha enviado un mensaje. Cisneros ha triplicado su guardia y ha cancelado su visita de hoy a la ciudad. Yo sentía que había algo extraño en el aire. ¿No notasteis que las calles estaban casi desiertas?

Zuhayr no pudo ocultar su alegría.

—¡Bendito sea Alá! —exclamó—. El destino ha intervenido para impedir nuestro sacrificio. Pero tienes razón, Ibn Amin, la atmósfera está llena de tensión. ¿Por qué? ¿Tiene alguna relación con la misión del alguacil real?

Cuando estaban especulando y discutiendo si debían volver a las calles a investigar la situación, un viejo sirviente del funduq entró a toda prisa en la habitación.

—Por favor, señores, corran a la calle de los Aguadores. Dicen que deben llevar las armas.

Zuhayr volvió a coger su espada y los demás desenvainaron sus dagas mientras salían del *funduq* al-Yadida. No tuvieron que buscar mucho para llegar a su destino, pues el suave zumbido que oyeron al salir crecía rápidamente. Parecía que toda la población del barrio estaba en las calles. Desde las puertas arqueadas y orladas de las casas y los talleres comenzaba a salir más y más gente a las calles. El repicar de utensilios de cobre, los gritos estridentes y el son de los panderos los habían reunido a todos. Aguadores y vendedores de alfombras se mezclaban con fruteros y alfaquíes. Los conspiradores del *funduq* comprendieron enseguida que se trataba de una multitud heterogénea y furiosa, pero ¿por qué? ¿Qué había encendido a aquella masa, que hasta el día anterior parecía tan sumisa?

Un conocido de Ibn Amin, un judío que venia del escenario de la batalla, les contó con emoción todo lo sucedido hasta el momento en que él había tenido que marcharse para atender a su padre enfermo.

—El alguacil real y los soldados fueron a casa de una viuda en la calle de los Aguadores, donde anoche se refugiaron sus dos hijos. El alguacil dijo que el arzobispo quería verlos hoy, y la viuda, enfadada por la presencia de los soldados, se negó a dejarlos entrar en la casa. Cuando la amenazaron con entrar por la fuerza, ella les arrojó



Librodot

una olla de agua hirviendo por el balcón.

»Uno de los soldados sufrió quemaduras graves. Sus gritos eran espantosos.

El recuerdo ahogó la voz del narrador, que comenzó a temblar.

—Cálmate, amigo —le dijo Zuhayr acariciándole la cabeza—. No hay razón para que te preocupes. Dime qué ocurrió después.

—La situación se puso peor, mucho peor -comenzó el amigo de Ibn Amin-. El alguacil estaba entre asustado y furioso por el desafío de la mujer, y ordenó a sus hombres que entraran en la casa y arrestaran a los hijos de la viuda. El revuelo comenzó a atraer gente, y pronto se reunieron unos doscientos jóvenes que montaron barricadas en cada extremo de la calle. Luego comenzaron a avanzar despacio hacia el alguacil y sus hombres. Uno de los soldados se asustó tanto, que se meo en los pantalones y comenzó a suplicar que tuvieran compasión de él. Lo dejaron ir, pero los demás alzaron sus espadas y eso fue fatal para ellos. La multitud empujó, apretando a los soldados contra la pared. Luego el hijo de al-Wahab, el mercader de aceite, levantó del suelo una espada que había arrojado uno de los soldados. Se dirigió hacia el alguacil, lo arrastró hasta el centro de la calle y le gritó a la viuda que contemplaba la escena desde la ventana: «¡Madre!». «Sí, hijo», respondió ella con expresión alegre. «Dime cómo quieres que castigue a este canalla.» La anciana se llevó un dedo a la garganta y la multitud guardó silencio. El alguacil, que se llama Barrionuevo, cayó al suelo y comenzó a suplicar piedad. Era como un animal en una trampa. En el preciso momento en que su cabeza tocó los pies de Ibn Wahab, la espada descendió. Sólo fue necesario un golpe para que la cabeza de Barrionuevo rodara sobre la calle. En la calle de los Aguadores todavía corre un río de sangre.

—¿Y los soldados? —preguntó Zuhayr—, ¿qué ocurrió con los soldados?

—La gente está discutiendo su destino en la plaza. Los soldados están custodiados por centenares de hombres armados en Bab al-Ramla.

—Venid —les dijo Zuhayr a sus compañeros con cierto aire de importancia—. Debemos participar en ese debate. La vida de todos los fieles de Gharnata podría depender del resultado.

Las calles estaban tan atestadas de gente que resultaba prácticamente imposible atravesarlas. Sólo se podía elegir entre moverse con la multitud o no moverse en absoluto. Sin embargo, la gente continuaba saliendo de sus casas. Allí estaban los curtidores del *rabbad al-Dabbagan*, con las piernas desnudas y la piel cubierta de tintes de diversos colores. Los fabricantes de panderos habían abandonado sus talleres en el *rabbad al-Difaf* para unirse a las masas y sumaban al ruido ambiental todos los sonidos posibles de sus instrumentos. Los alfareros del *rabbad al-Fajjarin* llegaban armados con sus piezas defectuosas y junto a ellos, también fuertemente armados, venían los ladrilleros del *rabbad al-Tawwabin*.

De repente, Zuhayr vio una escena que lo conmovió y lo enardeció al mismo tiempo. Una multitud de mujeres, viejas y jóvenes, con las caras descubiertas o cubiertas por un velo, alzaban el estandarte verde y gris de los caballeros moriscos, que ellos y sus antecesores habían cosido y bordado durante quinientos años en el *rabbad al-Bunud*. También entregaban centenares de medias lunas de plata a los niños, que se peleaban para cogerlas. Zuhayr pensó en Yazid, en cuánto habría disfrutado allí y en el



Librodot

orgullo con que habría usado la media luna. Zuhayr había pensado que nunca volvería a ver a su hermano, pero puesto que su plan de desafiar a caballeros cristianos se había desmoronado y la conspiración para asesinar a Cisneros había tenido que posponerse a la fuerza, el joven comenzaba a pensar una vez más en el futuro, y la imagen de Yazid, estudiándolo todo con sus ojos inteligentes, no lo abandonaba nunca.

Todas las calles y las callejuelas parecían ríos desbordados que corrían hacia un turbulento mar de multitudes, junto a la puerta de Bab al-Ramla. Los cantos se elevaban y se apagaban como olas, mientras todo el mundo aguardaba la tormenta.

Zuhayr, que estaba dispuesto a interceder en favor de los soldados, de repente se dio cuenta de que estaban en el *rabbad al-Kuhl*, la calle de los productores de antimonio. Allí se llenaban los recipientes de plata con el líquido que había realzado la belleza de innumerables pares de ojos desde la fundación de la ciudad. Eso significaba que estaban cerca del palacete de su tío Hisham, por debajo del cual había un pasadizo hacia Bab al-Ramla. El pasadizo había sido construido al mismo tiempo que la casa para facilitar la huida del comerciante o noble que allí viviera, cuando se hallara sitiado por rivales cuya facción había resultado victoriosa en las eternas intrigas palaciegas que proyectaban una sombra constante sobre la ciudad.

Zuhayr indicó a sus amigos que lo siguieran en silencio y llamó a la puerta aparentemente modesta de la casa de Hisham. Un viejo criado de la familia espió por una pequeña ventana enrejada y reconoció a Zuhayr. Corrió escaleras abajo, abrió la puerta y los dejó pasar, aunque parecía muy agitado.

—El amo me ordenó que prohibiera la entrada a cualquier persona ajena a la familia. Hay espías por todas partes. Se ha cometido un crimen terrible y los sacerdotes de Satanás querrán vengarse con sangre.

—Viejo amigo —dijo Zuhayr con un guiño benevolente—, no hemos venido a quedarnos, sino a desaparecer. Ni siquiera es preciso que le digas a tu amo que hemos estado aquí. Conozco el camino del pasadizo subterráneo. Confía en Alá.

El criado comprendió la situación. Los acompañó al patio y levantó una baldosa, revelando un pequeño gancho. Zuhayr sonrió. ¡Cuántas veces había usado aquel pasadizo con los hijos de Ibn Hisham para abandonar la casa al anochecer y asistir a citas amorosas clandestinas! El joven tiró con suavidad del gancho y levantó una trampilla cuadrangular, ingeniosamente disimulada por dieciséis baldosas. Ayudó a sus amigos a pasar por el hueco y luego se unió a ellos, no sin antes abrazar al criado, que había estado al servicio de su tío desde que Zuhayr era un niño.

—Que Alá os proteja a todos —dijo el anciano mientras cerraba la trampilla y el patio recobraba su aspecto habitual.

En pocos instantes llegaron al viejo mercado. Zuhayr temía que la multitud le impidiera la salida del túnel, pero el destino estuvo de su parte y la trampilla se abrió sin inconveniente. Ante el asombro de un grupo de ciudadanos, siete hombres surgieron de las entrañas de la tierra. Los seguía un arma desenvainada, la espada que Zuhayr entregó a Ibn Basit antes de salir. Una vez fuera, el joven colocó la piedra en su sitio de inmediato, para que nadie pudiera recordar la ubicación en medio de la confusión general.

Entonces se encontraron con una escena que ninguno de ellos podría olvidar



Librodot

jamás: las espadas de los miles de hombres, mujeres y niños congregados cerca de Bab al-Ramla, unidos por un mismo espíritu de venganza. En ese mismo sitio se habían reunido en 1492 para contemplar con incredulidad cómo se arriaba su estandarte en las almenas de la al-Hamra, al son de ensordecedoras campanadas intercaladas con himnos cristianos. Allí habían permanecido en silencio el año anterior mientras Cisneros, a quien llamaban el sacerdote de Satanás, quemaba sus libros. Y en esa misma plaza, un mes antes, un grupo de soldados borrachos había despojado de sus turbantes a dos venerables imanes.

Los moros de Gharnata no eran duros ni tercos, pero el hecho de que los entregaran a los cristianos sin concederles la oportunidad de resistir los había llenado de amargura. La ira reprimida durante ocho años había brotado a la superficie y la gente estaba dispuesta a tomar medidas drásticas, como precipitarse en el interior de la al-Hamra para descuartizar a Cisneros, quemar iglesias o castrar a cualquier fraile que se cruzara por su camino. Eso los convertía en personas peligrosas, no sólo para el enemigo, sino también para si mismos. Puesto que su último gobernante los había privado de la oportunidad de resistirse al ejército cristiano, sentían que había llegado la hora de reafirmar su propia voluntad.

Algunas personas —sobre todo aquellas que temen a las multitudes— creen que cualquier reunión que supere la docena de personas se convierte en presa fácil para demagogos capaces de enardecer sus pasiones y convertirlos en seres irracionales. Sin embargo, esa teoría ignora las causas subyacentes que llevan a unirse a la gente, aunque sus intereses sean muy distintos. En este caso, todas las rivalidades políticas y comerciales quedaron a un lado, las enemistades entre familias fueron olvidadas, se declaró una tregua entre las facciones teológicas opuestas del islamismo de al-Andalus y los fieles se unieron contra los ocupantes cristianos. Lo que había comenzado como un gesto de solidaridad hacia una viuda que protegía a sus hijos, se convirtió en una pequeña insurrección.

Ibn Wahab, el orgulloso e imprudente ejecutor del alguacil real, se subió a una improvisada plataforma de madera, con la cabeza en las nubes. Soñaba con la al-Hamra y con la actitud con que recibiría a los embajadores de Isabel, cuando acudieran a suplicarle la paz. Por desgracia, su primera incursión en las artes de la oratoria acabó en un completo fracaso. No dejaban de interrumpirlo.

—¿Qué murmuras?

—¿Qué dices?

—¡Habla más alto!

—¿Con quién crees que hablas, imberbe?

Ofendido por la falta de respeto de sus conciudadanos, Ibn Wahab alzó la voz al estilo de los predicadores. Habló durante casi media hora con un lenguaje tan florido y afectado, tan lleno de metáforas y referencias a victorias del pasado, desde las de Dimashk a las del Magreb, que incluso los más compasivos miembros del público señalaron que el orador era como una vasija vacía, ruidosa, pero desprovista de contenido.

La única medida concreta propuesta por Ibn Wahab fue la inmediata ejecución de los soldados y la exhibición de sus cabezas en postes, pero al no haber respuesta del



Librodot

público, un *qadi* preguntó si alguien más deseaba hablar:

—¡Sí! -grité Zuhayr.

El joven levantó su espada por encima de su cabeza, y con los hombros erguidos y la barbilla alta, avanzó hacia la plataforma. Sus camaradas lo siguieron, y la multitud, en cierto modo divertida por la peculiaridad del cortejo, les abrió paso. Muchos lo reconocieron como el vástago del Banu Hudayl. El *qadi* pidió a Ibn Wahab que se bajara de la plataforma y Zuhayr fue subido por una multitud de manos serviciales. El joven, que nunca había hablado en una reunión pública y mucho menos de aquella magnitud, temblaba como una hoja.

—En nombre de Alá, el misericordioso, el caritativo —comenzó Zuhayr en el estilo más tradicional posible.

No se extendió mucho tiempo en las glorias de la religión ni mencionó el pasado. Se limitó a hablar de la tragedia que había caído sobre ellos y la calamidad aún peor que les aguardaba. Se sorprendió a si mismo usando frases que le sonaban misteriosamente familiares, palabras tomadas de al-Zindiq y de Abu Zaid. Por fin concluyó con una propuesta impopular:

—Mientras os hablo, el soldado que fue testigo de la ejecución estará en la al-Hamra, contando lo sucedido con lujo de detalles. Pero poneos en su lugar: está muerto de miedo, y para hacerse pasar por un valiente, exagerará todo. Muy pronto el capitán general descenderá de la colina con sus soldados para exigir la libertad de los hombres que hemos tomado prisioneros. A diferencia de mi hermano, Ibn Wahab, yo no creo que debamos matarlos. Por el contrario, propongo que los dejemos marchar. Si no lo hacemos, los cristianos matarán a diez de nosotros por cada soldado, y yo os preguntó: ¿Acaso su muerte vale la destrucción de uno solo de nuestros fieles? Liberarlos no sería un signo de debilidad, sino de fuerza. Una vez que se hayan ido, elegiremos una delegación que hable en nuestro nombre. Tengo muchas cosas más que decir, pero callaré hasta que hayáis tomado una decisión sobre el destino de estos soldados. No quiero seguir hablando en su presencia.

Zuhayr se sorprendió al ver que sus comentarios recibían aplausos y numerosos gestos de asentimiento. Cuando el *qadi* preguntó a la concurrencia si debían liberar o matar a los soldados, hubo una respuesta abrumadoramente mayoritaria a favor de la primera opción. Sin esperar instrucciones. Zuhayr y sus amigos corrieron hacia donde estaban los prisioneros. Zuhayr desenvainó su espada y cortó la soga que los unía. Luego los acompañó hasta el límite de la manifestación y les señaló con su espada el camino a la al-Hamra. Los asombrados soldados inclinaron la cabeza en silencio, como gesto de gratitud, y corrieron con toda la velocidad que podían alcanzar sus piernas.

En el palacio, tal como había previsto Zuhayr, el soldado que había sido liberado en primer lugar había adornado su propio papel en los hechos, dando por sentado que sus compañeros ya habrían sido decapitados. El arzobispo lo escuchó en silencio, luego se incorporó sin pronunciar una palabra, le hizo una seña al soldado para que lo siguiera y se dirigió a las dependencias ocupadas por el conde de Tendilla. Los



Librodot

recibieron de inmediato y el soldado repitió su historia.

—Como Su Excelencia comprenderá —comenzó Cisneros—, si no respondemos con firmeza a esta rebelión, todas las victorias obtenidas por los reyes en esta ciudad se verán amenazadas.

—Mi querido arzobispo —respondió el conde con un tono engañosamente amistoso—, ojalá hubiera más personas como usted en las sagradas órdenes de nuestra Iglesia, tan leales al trono y tan preocupados por aumentar los bienes de la Iglesia, y por ende su peso e importancia.

»Sin embargo, deseo dejar algo muy claro: no estoy de acuerdo con sus conclusiones. Este bribón está mintiendo para justificar su cobardía al caer de rodillas ante los asesinos de Barrionuevo. De ningún modo puedo aceptar que nuestra posición militar esté amenazada por esa gente. Me inclino más a creer que lo único que corre peligro aquí es la ofensiva de Vuecencia en nombre del Espíritu Santo.

Aquella afirmación enfureció a Cisneros, sobre todo porque había sido pronunciada delante de un soldado que se la repetiría a todos sus amigos. En pocas horas, toda la ciudad estaría al tanto. El arzobispo contuvo su ira y despidió al soldado con un gesto imperioso de su mano derecha.

—¡Su Excelencia no parece darse cuenta de que si no se somete a esa gente y se la obliga a respetar a la Iglesia, nunca serán leales a la corona!

—Pues para ser un servidor tan leal de la reina, Vuecencia parece olvidar los acuerdos que firmamos con el sultán en el momento de su rendición. Ésta no es la primera ocasión en que me veo obligado a recordarle los solemnes juramentos hechos a los moros. Acordamos que se les concedería el derecho de adorar a su Dios y creer en su profeta sin interferencias, que se les permitiría hablar su lengua, casarse entre si y enterrar a sus muertos como han hecho durante siglos. Ha sido usted, mi querido arzobispo, quien ha provocado este levantamiento. Los ha degradado, condenándolos a una situación miserable, y ahora finge sorpresa cuando ellos se resisten. ¡No son animales, hombre! Sino carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre.

»A veces me pregunto cómo es posible que la misma Madre Iglesia haya concebido vástagos tan distintos como los dominicos y los franciscanos. ¿Caín y Abel? Dígame algo, fray Cisneros, cuando estudiaba en ese monasterio cercano a Toledo, ¿qué le daban de beber?

Cisneros sabía que la furia del capitán general se debía a su certeza de que era imprescindible una acción militar para restablecer el orden. Había triunfado y decidió seguirle la corriente al conde.

—Me sorprende que un gran jefe militar como usted, Excelencia, tenga tiempo para estudiar las distintas órdenes religiosas nacidas de nuestra Madre Iglesia. No se trata de Caín y Abel, Excelencia, en absoluto. Si lo desea, puede compararlas con los dos hijos amorosos de una madre viuda: el primero, duro y disciplinado, defiende a su madre de las indeseables atenciones de los pretendientes indignos, y el otro, igualmente afectuoso, pero más tranquilo y despreocupado, deja la puerta abierta sin importarle quién entra o sale. La madre los necesita a los dos y los ama a ambos, pero pregúntese una cosa, Excelencia, ¿quién la protege mejor?



Librodot

Don Iñigo estaba indignado con el tono falsamente amistoso y paternalista del arzobispo, que ofendía su delicado sentido del orgullo. ¿Era posible que ese advenedizo religioso intentara obtener un trato de confianza con un Mendoza? ¿Cómo se atrevía a actuar así? Miró al prelado con expresión desdeñosa.

—Vuecencia, como es natural, tiene gran experiencia con madres viudas y sus hijos. ¿No fue justamente en persecución de una de tales viudas y de sus dos desafortunados hijos que envió al alguacil real a la muerte hoy?

El arzobispo, consciente de que cualquier cosa que dijera aquel día recibiría una respuesta ofensiva, se incorporó para marcharse. El conde aflojó los puños y dio una fuerte palmada. Cuando aparecieron sus dos ayudantes, bramó una retahíla de órdenes:

—¡Traedme mi armadura y mi caballo! Decidle a don Alonso que necesitaré trescientos soldados para acompañarme a Bibarrambla. Quiero salir antes de una hora.

En la ciudad, el ánimo de la gente había cambiado mucho. La liberación de los soldados había proporcionado a la multitud un enorme sentimiento de confianza. Se sentían moralmente superiores al enemigo y ya nada parecía asustarlos. Los vendedores de comida y bebidas habían hecho su aparición. Los panaderos habían cerrado sus tiendas y puestos de pasteles para reunirse en Bab al-Ramla, donde se distribuía gratuitamente comida y frutas confitadas. Los niños bailaban e improvisaban canciones sencillas. La tensión se había evaporado, pero Zuhayr sabía que se trataba de un respiro temporal. El temor se había enterrado provisionalmente bajo la superficie y había sido reemplazado por un clima festivo, pero sólo una hora antes él había podido oir el latido de los corazones de la multitud.

Zuhayr era el héroe del día. Los ciudadanos mayores le recompensaron con anécdotas de las proezas de su bisabuelo, incluyendo muchas que ya había oído antes y otras que de ningún modo podían ser ciertas. Él sonreía y asentía con amabilidad a los caballeros de barbas blancas, pero ya no los escuchaba. Sus pensamientos estaban en la al-Hamra, y allí habrían seguido si una voz familiar no lo hubiera despertado de su sueño:

—Piensas que pronto sufriremos una gran calamidad, ¿no es cierto?

—¡Al-Zindiq! —exclamó Zuhayr mientras abrazaba a su viejo amigo—. Tienes un aspecto muy extraño. ¿Cómo puedes haber cambiado tanto en sólo dos semanas?¿Es por la muerte de Zahra?

—El tiempo se ceba en un hombre anciano, Zuhayr al-Fahl. Algún día, cuando hayas pasado los setenta, podrás comprobarlo por ti mismo.

—Si vivo hasta entonces —murmuró Zuhayr con aire pensativo.

Estaba encantado de ver a al-Zindiq, y no sólo porque de ese modo podría robarle algunas ideas más, sino porque se alegraba de contemplarlo en todo su esplendor, recibiendo el reconocimiento de los gharnatinos. A pesar de todo, el espíritu del escéptico no había sufrido ningún cambio.

—Mi joven amigo —le dijo a Zuhayr con una voz llena de afecto-, vivimos nuestras vidas bajo un arco que se extiende desde el nacimiento hasta la sepultura. Sólo la edad madura y la muerte explican la fascinación de la juventud y su despreocupación



Librodot

por el futuro.

—Sí —respondió Zuhayr, comprendiendo adónde quería llegar el anciano—, pero la brecha entre la vejez y la juventud no está tan clara como tú sugieres.

—¿A qué te refieres?

—Recuerdo a un hombre que estaba a punto de cumplir los sesenta años, un fenómeno bastante raro en nuestra península. Cuando caminaba por las afueras de al-Hudayl vio a tres niños, todos ellos al menos cincuenta años más jóvenes que él, subidos en la copa de un árbol. Uno de los niños le insultó, comparando su cabeza afeitada con el trasero de un animal. Aunque aquel hombre debería haberse dejado guiar por la experiencia, obviar la respuesta y seguir andando, ante el asombro de los niños subió al árbol y los pilló por sorpresa. ¡Y el niño que le había insultado se convirtió en su amigo para toda la vida!

Al-Zindiq rió.

—Subí a aquel árbol para enseñarte que no era conveniente dar nada por sentado.

—Exactamente. Y yo aprendí bien la lección.

—En ese caso, amigo mío, asegúrate de no conducir a esta gente a una trampa. La niña que sobrevivió a la masacre de al-Hama aún no soporta ver la lluvia. Imagina que es roja.

—Zuhayr bin Umar, Ibn Basit, Ibn Wahab. ¡Va a celebrarse una reunión de los Cuarenta ahora mismo, en el interior del mercado de seda!

Zuhayr agradeció el consejo a al-Zindiq y se marchó en dirección al espacioso almacén que les había cedido un comerciante de seda. El anciano notó que su joven amigo no caminaba de la forma habitual. Su tendencia natural habría sido correr al lugar de la reunión, pero se había alejado con pasos cuidadosamente medidos, con un cierto aire de importancia. Al-Zindiq sonrió y sacudió la cabeza. Fue como si hubiera visto el fantasma de Ibn Farid.

La asamblea de ciudadanos había elegido un comité de cuarenta hombres y los había autorizado para negociar en nombre de toda la ciudad. Zuhayr y sus siete amigos habían sido elegidos, pero también Ibn Wahab. Los demás miembros del comité eran, en su mayoría, caballeros moros licenciados. Cuando Zuhayr entraba en el almacén, un mensajero de la cocina de la al-Hamra hablaba con agitación de los preparativos para la contraofensiva que se llevaban a cabo en el palacio.

—Han mandado preparar la armadura del mismísimo capitán general, que será acompañado por trescientos soldados. Cuando yo me fui, estaban afilando las espadas.

—Deberíamos prepararles una emboscada —propuso Ibn Wahab—. Arrojarles aceite y quemarlos vivos.

—Mejor un enemigo cuerdo que un amigo loco —murmuró el *qadi* desautorizando la sugerencia con una mueca de reprobación.

—Preparémonos para cumplir nuestros planes —dijo Zuhayr cuando terminó la asamblea y los Cuarenta regresaron a la plaza.



Librodot

El *qadi* se subió a la plataforma y anunció que los soldados estaban en camino. Las sonrisas desaparecieron de las caras de la gente y los vendedores comenzaron a guardar sus mercancías, preparándose para marcharse de allí. La tensión creció entre la multitud y se oyeron murmullos ansiosos en todos los rincones. Entonces el *qadi* rogó a la población que guardara la calma y se acordó enviar a sus casas a mujeres, ancianos y niños.

A todos los demás se les asignaron puestos fijos, en previsión de que el ejército cristiano intentara tomar el centro de la ciudad. Los hombres se marcharon a ocupar sus puestos. Se habían tomado precauciones y el plan de defensa comenzaba a ponerse en marcha. Treinta minutos después, habían levantado una efectiva barricada. Los trabajadores de los hornos, los picapedreros y los carpinteros habían organizado a la multitud en una vorágine de trabajo colectivo y la barricada se había construido con gran destreza, cerrando todos los puntos de entrada al barrio antiguo, al que el *qadi* solía llamar «la ciudad de los fieles».

«Es asombroso que hayan hecho todo esto por sí mismos —pensó Zuhayr—. El *qadi* no tuvo necesidad de evocar nuestro pasado ni de clamar al Todopoderoso para que actuaran de este modo.»

El joven miró a su alrededor, buscando a al-Zindiq, pero era evidente que el anciano se había refugiado en algún sitio para pasar la noche.

«¿Dónde estarán Abu Zaid y su loca familia de al-Ma'aris renacidos? —se preguntó Zuhayr—. ¿Por qué no están aquí? Deberían contemplar la fuerza de nuestra gente. Si es preciso construir un nuevo ejército para defender nuestra forma de vida, estas buenas personas serán sus soldados. Sin ellos fracasaríamos.»

—¡Los soldados! —gritó alguien y un silencio súbito reinó en Bab al-Ramla.

El ruido de los pasos de los soldados, marchado sobre las calles pavimentadas, se volvió más y más alto.

—¡El capitán general viene delante, vestido con sus mejores galas! —gritó otro vigía.

Zuhayr hizo una señal que fue repetida por cinco voluntarios apostados en distintos lugares de la plaza. Los trescientos hombres jóvenes con sus bolsas llenas de trozos de ladrillos tensaron los músculos y extendieron los brazos. La primera hilera de lanzadores de piedras ocupó su sitio mientras el ruido de la marcha crecía aun más.

El conde de Tendilla, capitán general del ejército cristiano en Gharnata, detuvo su caballo frente a un obstáculo infranqueable. Puertas de madera arrancadas, trozos de ladrillos, barras de acero y escombros de todo tipo formaban una especie de fortificación que el conde no había visto en ninguna de las numerosas batallas en que había combatido. Sabía que necesitaría varios centenares de hombres más para derribar aquella estructura y también sabía que los moros no se quedarían mirándolos tranquilamente mientras lo hacían. Por supuesto, al final ganaría, no tenía duda, pero sería una refriega caótica y sangrienta. Por fin alzó la voz y gritó por encima de la barricada:

—En nombre de nuestro rey y nuestra reina, os pido que retiréis este obstáculo y me permitáis entrar con mi escolta en la ciudad.



Librodot

Los lanzadores de piedras entraron en acción. Una tormenta de ladrillos cayó sobre las armaduras de los caballeros cristianos, produciendo una música espectral. El conde entendió el mensaje: los notables moros había decidido romper relaciones con el palacio.

—No acepto la ruptura de relaciones entre nosotros —gritó el capitán general—. Regresaré con refuerzos, a menos que me recibáis en menos de una hora.

Luego se alejó indignado, sin aguardar a sus hombres. La imagen de los soldados cabalgando a toda prisa detrás de su jefe causó gran algarabía en las filas de los gharnatinos.

Sin embargo, los Cuarenta no estaban tan contentos, pues sabían que tarde o temprano tendrían que negociar con Mendoza. Ibn Wahab quería pelear a toda costa y algunos lo apoyaban, pero la mayoría decidió enviar un mensajero a la al-Hamra, demostrando su voluntad de dialogar.

Cuando el conde regresó ya estaba oscuro. Los defensores habían retirado la barricada y hombres con antorchas condujeron al capitán general al mercado de seda, donde fue recibido por los Cuarenta en el almacén destinado a reuniones. Mendoza los miró con atención, intentando memorizar sus facciones. Cuando le presentaron, uno a uno, a los miembros del comité, uno de los escoltas apuntó cuidadosamente los nombres en un registro.

—¿Es usted el hijo de Umar bin Abdallah?

Zuhayr asintió.

—Conozco bien a su padre. ¿Sabe él que se encuentra aquí?

—No —mintió Zuhayr para evitar cualquier daño a su familia.

Don Iñigo siguió estudiándolos hasta que descubrió a Ibn Amin.

—¿Usted? —exclamó—. ¿Un judío, el hijo de mi médico, metido en este embrollo? ¿Qué tiene usted que ver con todo esto?

—Vivo en la ciudad, Excelencia, y el arzobispo nos trata a todos por igual. Para él no hay ninguna diferencia entre judíos, musulmanes o cristianos herejes.

—No sabía que hubiera herejes en Gharnata.

—Había algunos, pero se marcharon cuando llegó el arzobispo. Por lo visto, conocen su reputación.

—No estoy aquí para negociar con ustedes —comenzó el capitán general, tras comprobar que sus hombres habían apuntado todos los nombres del comité de los Cuarenta—. Saben perfectamente que tengo la ciudad en la palma de la mano y que podría machacaría en cualquier momento. Han matado a un alguacil real y el hombre que ejecuta a un servidor del rey no puede librarse del debido castigo. No hay nada extraño en este procedimiento, es la ley. Sus propios sultanes y emires administraban la justicia como hoy lo hacemos nosotros. Quiero que me entreguen a ese hombre antes del amanecer de mañana. Además, de aquí en adelante, deberán aceptar las leyes de nuestros reyes, todas ellas. Aquellos de ustedes que abracen mi fe podrán conservar sus



Librodot

tierras, usar sus ropas y hablar su lengua, pero aquellos que continúen en la secta mahometana serán castigados.

»También puedo prometerles que no permitiré que la Inquisición entre en esta ciudad en los próximos cinco años, pero en contrapartida, los impuestos de la corona se doblarán a partir de mañana. Además, deberán pagar por la manutención de mis soldados apostados aquí. Hay algo más. He hecho una lista de las doscientas familias más importantes de la ciudad. Cada una de ellas deberá darme un hijo como rehén. Parecen sorprendidos, pero esto es algo que hemos aprendido de sus gobernantes. Espero verlos a todos mañana con la respuesta a mis proposiciones.

Después de pronunciar aquellas palabras, más mortíferas que la espada de cualquier soldado, don Iñigo, conde de Tendilla, se despidió y se marchó. Durante varios minutos, nadie se atrevió a hablar. La opresión prometida por el capitán general ya comenzaba a convertirse en una pesada carga.

—Quizás debería entregarme —sugirió Ibn Wahab con una voz llena de temor y autocompasión—. De ese modo, nuestro pueblo recobraría la paz.

—Sus palabras no podían ser más claras —dijo Zuhayr—. Si conservamos nuestra fe, la única paz que nos permitirán será la de los cementerios. Es demasiado tarde para gestos nobles y sacrificios innecesarios.

—La alternativa que nos proponen es muy simple —intervino Ibn Basit—: convertirnos o morir.

Entonces el *qadi*, que después de Ibn Wahab era el que más se había sentido afectado por las palabras del capitán, comenzó a hablar con voz inexpresiva:

—Es obvio que antes de comenzar a azotar al caballo, se aseguran de que están bien sentados en la montura. Alá nos ha castigado con la máxima severidad. Él ha estado observando nuestra conducta en esta península durante mucho tiempo y sabe lo que hemos hecho en su nombre: unos fieles mataban a otros o destruían sus reinos entre sí, mientras nuestros gobernantes vivían de una forma tan distinta a la de sus súbditos que su propio pueblo no estaba dispuesto a movilizarse para defenderlos. Tenían que apelar a los soldados de Ifryka, con las lamentables consecuencias que traía aparejadas esa medida. Ya habéis visto cómo respondió nuestro pueblo a nuestra solicitud de ayuda. ¿No os sentisteis orgullosos de su disciplina y de su lealtad? Podríamos haber conseguido lo mismo en Qurtuba, Ishbiliya, al-Mariya. Balansiya, Sarakusta y al-Gharb, pero no fue así. Vosotros sois jóvenes, tenéis toda una vida por delante y debéis hacer lo que creáis necesario. En cuanto a mí, siento en mis huesos que mi partida no está muy lejana y que pronto me libraré de este mundo. Moriré como he nacido, como un creyente. Mañana por la mañana iré a informar a Mendoza de mi decisión. También le diré que no volveré a actuar como intermediario entre nuestro pueblo y la al-Hamra. Tendrán que hacer el trabajo sucio solos. Ahora me marcharé para que toméis vuestra propia decisión. Lo que el oído no escucha no puede repetir la lengua. Que la paz sea con vosotros, hijos míos.

Zuhayr agachó la cabeza, angustiado. ¿Por qué no se abría la tierra y se lo tragaba sin dolor? Aunque sería mejor aún si pudiera montar su caballo y regresar a al-Hudayl. Pero al ver las caras abatidas de aquellos que lo rodeaban supo que, le gustara o no, su destino estaba unido al de ellos. Eran víctimas de un destino colectivo. Ahora no podía



Librodot

abandonarlos, pues sus corazones estaban encadenados entre sí. Sin embargo, era preciso que dejaran de perder el tiempo.

Ibn Basit pensaba lo mismo, y fue él quien tomó la palabra para forzar el desenlace de la reunión:

—Amigos míos, es hora de que vayáis a despediros. Aquellos que tengáis amistad con las familias importantes, id a advertirles que el capitán general exige rehenes. Si sus hijos mayores quieren venir con nosotros, los protegeremos lo mejor posible. ¿A qué hora nos encontraremos?

—Mañana al amanecer —dijo Zuhayr con una voz cargada de autoridad—. Nos marcharemos de aquí para unirnos a nuestros amigos en las al-Pujarras. Ellos están preparando un ejército para unirse a la lucha contra los cristianos. Nos encontraremos en el patio del *funduq*, cuando suene la primera llamada a la oración. La paz sea con vosotros.

Zuhayr se alejó con pasos confiados, aunque nunca se había sentido tan solo en toda su vida.

—¡Qué triste y sombrío destino me he buscado! —murmuró mientras se acercaba a la entrada del *funduq*.

Habría dado cualquier cosa por encontrar a al-Zindiq, compartir una botella de vino con él y confiarle sus temores y dudas con respecto al futuro, pero el anciano ya había abandonado la ciudad. Al-Zindiq iba de camino a al-Hudayl, donde a la mañana siguiente ofrecería un detallado informe sobre los hechos ocurridos en Gharnata a la preocupada familia de Zuhayr.

—Zuhayr bin Umar, que Alá te proteja.

Zuhayr se sobresaltó, pues no veía a nadie. Entonces una figura surgió de la oscuridad y se situó delante de él. Era el viejo criado de la casa de su tío.

—La paz sea contigo, viejo amigo. ¿Qué te trae por aquí?

—El amo quiere que cene con él esta noche. Tengo órdenes de llevarlo de vuelta conmigo.

—Lo haré con mucho gusto —respondió Zuhayr—. Será un placer volver a ver a mi tío.

Ibn Hisham aguardaba con impaciencia a su sobrino, caminando de un extremo al otro del patio interior. Los incidentes de aquel día le habían puesto triste y nervioso, aunque en el fondo se sentía orgulloso del papel desempeñado por el hijo de Umar. Cuando llegó Zuhayr, su tío lo abrazó y lo besó en ambas mejillas.

—Estoy enfadado contigo, Zuhayr. Has pasado por esta casa de paso hacia otro destino. ¿Desde cuándo el hijo de mi hermano tiene que alojarse en un albergue en esta ciudad? ¡Ésta es tu casa! Contesta, hijo, antes de que te haga azotar.



Librodot

Zuhayr no pudo evitar conmoverse y sonrió. Era extraño, pero se sentía culpable como si tuviera diez años y un adulto lo hubiera sorprendido cometiendo una travesura.

—No quería avergonzarte, tío. ¿Por qué ibas a sufrir por mis acciones? Pensé que era mejor que me alojara en el *funduq*.

—¡Qué tonterías dices! ¿Acaso la conversión me ha hecho perder a mis parientes? Necesitas un baño. Ordenaré que te preparen ropa limpia.

—¿Cómo están mi tía y mis primos? -preguntó Zuhayr cuando se dirigían a los *hammam*.

—Están en Ishbiliya, en la misma casa que Kulthum. Regresarán dentro de unas semanas. Tu tía está envejeciendo y el aire de la montaña le produce reumatismo. En Ishbiliya hace mucho más calor.

Después de que dos criados lo enjabonaran y frotaran, Zuhayr se relajó en un baño caliente. Se sentía como en su casa. Aunque Hisham dijera lo contrario, era evidente que ponía en peligro su futuro. Contarían con orgullo a sus amigos que Zuhayr había cenado con su tío converso y al día siguiente la noticia llegaría extremadamente adornada al mercado, donde podría oírla cualquiera de los espías del arzobispo.

Después de una cena tan simple y austera como la de cualquier otra noche, la conversación se centró inevitablemente en la situación en que se encontraba su religión.

—Ha sido culpa nuestra, hijo mío, sólo nuestra —declaró Ibn Hisham sin sombra de dudas—. Siempre buscamos las respuestas en las acciones de nuestros enemigos, pero el error está en nosotros. El éxito llegó demasiado pronto y nuestro Profeta murió antes de que pudiera consolidar la nueva orden. Sus sucesores se mataron unos a otros, como correspondía a su condición de guerreros tribales. En lugar de asimilar la estabilidad de las civilizaciones que conquistábamos, decidimos imponerles a ellas nuestro propio estilo inconstante. Y lo mismo sucedió en todo al-Andalus. Gestos hermosos, pero imprudentes, sacrificios inútiles de vidas musulmanas, una caballería ociosa...

—Perdona la interrupción, tío, pero todas tus palabras podrían aplicarse también a los cristianos. Tu explicación resulta insuficiente.

Y así continuó la conversación durante el resto de la velada. Hisham no podía complacer a su sobrino y Zuhayr no lograba convencer a su tío de que había llegado el momento de volver a tomar las armas. Zuhayr sabía muy bien que la conversión de su tío era una simple cuestión de formas, pues hablaba y se comportaba como un noble musulmán. El cerdo no mancillaba su mesa, los criados de la cocina y del resto de la casa eran todos fieles, y si el viejo criado no mentía, Hisham seguía arrodillándose hacia el este cada día para rezar sus oraciones en secreto.

—No malgastes tu juventud en esfuerzos inútiles. Zuhayr. La historia nos ha dejado atrás. ¿Por qué no puedes aceptarlo?

—No me haré a un lado ni aceptaré pasivamente las atrocidades que pretenden imponernos. Son bárbaros, y como tales, deben encontrarse con nuestra resistencia. Mejor morir que convertirnos en esclavos de su Iglesia.

—En estos últimos meses he aprendido algo nuevo —le confesó Ibn Hisham—.



Librodot

En este nuevo mundo que habitamos, también hay formas nuevas de morir. Antiguamente nos matábamos los unos a los otros. El enemigo nos aniquilaba y todo se acababa. Sin embargo, he aprendido que la indiferencia total puede ser una muerte tan cruel como sucumbir ante un caballero vestido de armadura.

—Pero tú siempre has tenido muchos amigos...

—Todos han seguido sus propios caminos. Si nos dejáramos guiar por las apariencias, llegaríamos a la conclusión de que los individuos pueden sobrevivir a cataclismos como el que nos ha tocado vivir sin mayor esfuerzo, pero la vida siempre es más compleja. Todo cambia en nuestro interior. Yo me he convertido por razones egoístas, pero la conversión me ha aislado aún más. Trabajo entre amigos, pero por más que lo intento, no puedo ser uno de ellos.

—Yo pensaba que era el único de la familia que podía comprender el auténtico sentido de la soledad.

—No debería quejarme. Tengo las amigas más pacientes del mundo y converso a menudo con ellas: son las piedras del patio.

Los dos hombres se incorporaron y Zuhayr se despidió de su tío con un abrazo.

—Me alegro de haber venido a verte, tío. Nunca olvidaré este encuentro.

—Temo que será nuestra última cena juntos.

Tendido en la cama, Zuhayr repasaba los acontecimientos del día. ¡Con qué brutalidad había hecho esfumar el conde todas sus esperanzas! El arzobispo, el cínico y tenaz Cisneros, había triunfado. Ahora la ciudad le pertenecía y podría destruirla desde el interior. Aniquilaría el espíritu de los gharnatinos, los haría sentir repulsivos y mediocres, y ése sería el fin de Gharnata. Sería preferible arrasarla, dejando sólo lo que existía al comienzo: una hermosa llanura surcada de arroyos y cubierta de árboles. La belleza del paisaje había atraído a sus antepasados y los había animado a construir la ciudad allí.

Los pensamientos de Zuhayr se desviaron hacia la velada que había pasado con su tío. Aunque se había sorprendido de la amargura y vergüenza de Ibn Hisham, la visita había resultado muy reconfortante. El hecho de que su tío Hisham, un hombre de gran riqueza e inteligencia, no pudiera encontrar satisfacción en su conversión al cristianismo justificaba el camino elegido por Zuhayr. ¿De qué servían entonces la opulencia y el esplendor cuando por dentro uno se sentía pobre y miserable?

Aquella noche, Zuhayr tuvo un sueño perturbador, que lo hizo despertar tembloroso y empapado en sudor. Había visto su casa de al-Hudayl cubierta por una tienda de muselina blanca. Yazid, la única persona que podía reconocer, reía, pero no con la voz que Zuhayr recordaba, sino con la risa de un viejo. Estaba rodeado por gigantescas figuras de ajedrez que cobraban vida y hablaban en un lenguaje extraño. Las figuras se movían lentamente hacia Yazid y comenzaban a estrangularlo. Entonces la risa espectral se convertía en un estertor agónico.



Librodot

Zuhayr estaba temblando. Parecía evidente que no podría volver a conciliar el sueño, pero permaneció en la cama, completamente despierto, arropado bajo la colcha, aguardando los primeros ruidos del alba.

—¡No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta!

Las mismas palabras, el mismo ritmo. Ocho voces distintas, ocho ecos que competían entre si. Aquel día había ocho mezquitas para los fieles, pero ¿cuántas habría al día siguiente? Zuhayr, que ya estaba vestido, oyó el ruido de cascos de caballos en el gigantesco patio del albergue. Su corcel estaba ensillado y un mozo de cuadra, no mucho mayor que Yazid, le ofrecía un terrón de azúcar moreno. Otros caballos entraron en el patio y oyó las voces de Ibn Basit e Ibn Amin.

Salieron del *funduq* y cabalgaron por las callejuelas estrechas bajo la tenue luz del alba, mientras Gharnata volvía a la vida. Las puertas se abrían y grupos de hombres caminaban presurosos hacia sus mezquitas. Al pasar junto a algunas puertas abiertas, Zuhayr los veía ocupados en sus abluciones, intentando lavar el hedor del sueño.

Aunque la ciudad ya no estaba despierta, como cuando Zuhayr había regresado al *funduq* desde la casa de su tío a última hora de la noche, parecía inmersa en la desesperación. Ibn Basit no recordaba haber visto a tanta gente asistir a las oraciones de la mañana.

Antes de la Reconquista, las plegarias de la tarde atraían la mayor cantidad de público, pues eran un acontecimiento social y político, además de religioso. A menudo, el imán discutía asuntos políticos y militares, dejando la religión para las semanas en que no ocurría nada. El clima solía ser relajado y contrastaba con los silencios contenidos de la gente en aquellos momentos.

—Zuhayr al-Fahl —dijo Ibn Amin con la voz llena de ansiedad—, Ibn Basit y yo tenemos dos obsequios para llevar a la al-Hamra. ¿Quieres venir con nosotros? Los demás nos esperan en las afueras de la ciudad. ¡Los Cuarenta se han convertido en trescientos!

—¿De qué obsequios se trata? —preguntó Zuhayr, que ya había reparado en las delicadas cajas de madera atadas con lazos de seda—. El olor del perfume resulta abrumador.

—Una caja es para Cisneros —respondió Ibn Basit, intentando contener la risa—, y la otra para el conde. Se trata de un regalo de despedida que los nobles caballeros no olvidarán jamás.

A Zuhayr le parecía un gesto innecesario, un absurdo exceso de celo por cumplir con las normas de la caballería, pero aceptó acompañarlos. Pocos minutos después se encontraron frente a las puertas del palacio.

—¡Deteneos! —exclamaron dos soldados jóvenes mientras desenvainaban las espadas y corrían hacia ellos—. ¿Qué hacéis aquí?

—Mi nombre es Ibn Amin. Ayer el capitán general nos hizo una visita en la ciudad y nos invitó a desayunar con él. Hizo algunas preguntas y exigió nuestra respuesta para esta mañana. Le hemos traído un regalo a él y otro a Su Excelencia, el arzobispo de Toledo. Por desgracia, no podemos quedarnos, así que os rogamos que presentéis nuestras disculpas y os aseguréis de que los obsequios, una



Librodot

pequeña muestra de nuestra estima, se entreguen a los dos caballeros en cuanto éstos se levanten.

Los soldados se relajaron y aceptaron los regalos con buen humor. Los jóvenes volvieron a montar sus caballos y se alejaron al galope, para unirse a los demás guerreros, reunidos en las afueras de la ciudad. Los centinelas de las puertas los miraron pasar con expresión sombría.

Era imposible que trescientos hombres armados a caballo, la mayoría menores de veinte años, mantuvieran silencio cuando sus vidas iban a sufrir un cambio inminente, por lo tanto se oían gritos, murmullos y risitas nerviosas. El aire de la montaña era frío y tanto los hombres como los caballos estaban envueltos en un halo de niebla. Madres ansiosas, con los hombros cubiertos con mantones, se despedían de sus hijos debajo de las murallas. Zuhayr estaba molesto por el ruido, pero su humor cambió al llegar junto a las tropas. Formaban una magnífica estampa, una prueba viviente de que los moros de Gharnata no habían perdido la esperanza. Cuando los tres amigos se unieron a los demás, fueron recibidos con exclamaciones de alegría y calurosas efusiones de bienvenida. Aunque todos eran conscientes de los peligros que deberían enfrentar, estaban llenos de optimismo.

—¿Habéis llevado los regalos preguntó Ibn Wahab mientras dejaban atrás la ciudad.

Ibn Amin asintió con una carcajada.

—¡En nombre de Alá! —exclamó Zuhayr—. ¿Dónde está la gracia del asunto.

—¿De verdad quieres saberlo? —bromeó Ibn Basit—. Díselo, Ibn Amin.

El hijo del médico personal del conde rió tanto ante aquella sugerencia, que Zuhayr creyó que se iba a ahogar.

—¡El olor del perfume! Tu nariz detectó nuestro crimen —comenzó Ibn Amin, ya más tranquilo—. En esas dos cajas, disimulada por la esencia de rosas, hay una extraordinaria exquisitez destinada al consumo del arzobispo y del conde. Lo que les hemos dejado, Zuhayr al-Fahl, son dos trozos de nuestros excrementos envueltos en papel plateado. Uno de ellos fue fabricado esta misma mañana por los intestinos de este judío que tienes ante ti, y el otro, una ofrenda un poco más rancia, salió de las entrañas del devoto moro a quien conoces por el nombre de Ibn Basit. Este hecho, sin revelar nuestros verdaderos nombres, por supuesto, queda bien claro en la nota que les enviamos, donde también expresamos nuestro deseo de que disfruten de su desayuno.

Era imposible decir algo ante una acción tan pueril. Zuhayr intentó reprimir la risa, pero fue incapaz de controlarse, y estalló en una carcajada incontenible. La noticia no tardó mucho tiempo en difundirse y pocos minutos después, los trescientos hombres eran presa de la risa.

—Y pensar que yo creí que estabais siendo demasiado sentimentales y caballerosos —dijo Zuhayr un poco más sereno.

Aquel comentario hizo reír otra vez a sus amigos.

Siguieron cabalgando durante un par de horas. El sol había salido y ya no había viento. Los caballeros se quitaron las capas y las mantas y se las entregaron a los



Librodot

criados que los acompañaban. Cuando llevaban más de dos horas de viaje, un pequeño grupo de jinetes vino a su encuentro.

—¡*Allahu Akbar*! ¡Dios es grande! -gritó Zuhayr y los jóvenes de Gharnata repitieron el saludo.

Como no hubo respuesta de los jinetes, Zuhayr les ordenó detenerse, temiendo una emboscada. Sólo cuando llegaron más cerca, el joven los reconoció y su humor mejoró considerablemente.

—¡Abu Zaid al-Ma'ari! —exclamó con alegría—. La paz sea contigo. Ya ves, he seguido tu consejo y he traído a algunos amigos conmigo.

—Me alegro de verte, Zuhayr bin Umar. Sabía que venías hacia aquí. Será mejor que nos sigas y te apartes de este camino. Es una ruta demasiado conocida y ya deben venir soldados tras de ti, intentando averiguar dónde acamparás durante la noche.

Zuhayr le habló de los regalos que habían dejado al conde y al arzobispo, pero, sorprendentemente, Abu Zaid no rió.

—Habéis hecho una estupidez, amigos. Es probable que el personal de la cocina se ría de vuestra broma, pero ellos no tienen ningún poder en el palacio. Habéis unido al conde y al confesor. Habría bastado con que le hicierais un regalo al sacerdote. Hasta es probable que el conde se divirtiera a su costa y retrasara la ofensiva. ¿De verdad creísteis ser los primeros que pensaban en un insulto semejante? Otros como vosotros, en distintos sitios de al-Andalus, han cometido imprudencias similares. Se hace tarde. Salgamos de esta zona lo antes posible.

Zuhayr sonrió para sí. Era un joven valiente y no carecía de inteligencia, pero sabía que no tenía capacidad suficiente para dirigir un ejército irregular en la montaña. La presencia de Abu Zaid aliviaba considerablemente la carga de su tarea.

Mientras cabalgaban, el tiempo seguía avanzando, y el sol calentaba la tierra sin la interferencia de una sola nube. Ascendieron la montaña inhalando el oloroso polvo y al llegar arriba encontraron un paisaje inigualable.

Unas horas después, aquella misma tarde, al-Zindiq leyó una carta de Zuhayr a Umar, donde el joven describía los acontecimientos de los últimos dos días. Todos escucharon en silencio y ni siquiera Yazid hizo preguntas. Cuando el anciano terminó, Ama lloraba ruidosamente.

—Es el fin —sollozó-. Todo ha terminado.

—Pero Ama —respondió Yazid-, Zuhayr está sano y salvo. Han iniciado una *jihad*. Eso debería alegrarte, en lugar de entristecerte. ¿Por qué lloras así?

—Por favor, no me lo preguntes, Ibn Umar. No atormentes a una pobre vieja.

Zubayda hizo una seña a Yazid para que saliera de la sala con ella y Umar. Cuando Ama vio que la habían dejado sola con al-Zindiq, se secó las lágrimas, y



Librodot

comenzó a interrogar al anciano sobre la apariencia de Zuhayr aquella mañana.

—¿Llevaba un turbante azul oscuro con una media luna dorada? —Al-Zindiq asintió en silencio-. Así lo vi en mis sueños anoche.

—Los sueños hablan sobre todo de nosotros mismos, Amira -dijo -Al-Zindiq con voz muy suave.

—No me entiendes, viejo tonto —respondió Ama enfadada—. En mi sueño, la cabeza de Zuhayr llevaba el turbante, pero estaba sola sobre la tierra, cubierta de sangre. No había ningún cuerpo.

Al-Zindiq creyó que Ama estaba a punto de llorar otra vez, pero su cara se puso gris y su respiración se volvió ruidosa e irregular. Le dio un poco de agua y la acompañó a la diminuta habitación donde había dormido durante más de medio siglo. Ama se tendió en la cama y Al-Zindiq la cubrió con una manta. Él pensó en el pasado, en las palabras a medio decir, en la forma en que se habían engañado a sí mismos y en el dolor que le había causado a Amira al enamorarse de Zahra. Sintió que había sido la ruina de la vida de Ama.

La mujer leyó sus pensamientos.

—No me arrepiento de un solo minuto de mi vida aquí.

—En otro sitio habrías podido ser tu propia patrona, sin tener que obedecer a nadie más que a ti misma.

Ella lo miró con una súplica en los ojos.

—He malgastado mi vida, Amira —dijo el anciano—. Esta casa fue mi maldición. Ojalá no hubiera pisado ese patio. Lo digo de verdad.

De repente, él volvió a verla como cuando tenía dieciocho años con la espesa cabellera negra y los ojos llenos de alegría. El recuerdo era demasiado.

—Ahora vete —dijo ella—, y déjame morir en paz.

Para al-Zindiq, la idea de morir tranquilamente, sin un último grito de ira, era inconcebible, y así se lo dijo.

—Es la única forma que conozco —respondió ella mientras apretaba la sarta de cuentas entre sus manos—. Confía en Alá.

Ama no murió aquel día ni al día siguiente. Durante los días que tardó en morir, se fue despidiendo de todos a su propio ritmo. Besó la mano de Umar, secó las lágrimas de Yazid y le habló a Zubayda de sus temores por la familia, rogándole que llevara a sus hijos lejos de allí. Sólo perdió la calma cuando le pidió a Umar que le diera sus recuerdos a Zuhayr:

—¿Quién le preparará la mezcla celestial cuando yo no esté? —sollozó.

Ama murió mientras dormía tres días después de la huida de Zuhayr de Gharnata.



Librodot

La enterraron junto a Zahra, en el camposanto familiar. Yazid la lloró en secreto, convencido de que ya era casi un hombre y de que no debía mostrar sus emociones en público.

## *CAPÍTULO 12*

Todas las mañanas, después de desayunar, Yazid cogía sus libros y se retiraba a la torre.

—Quédate a leer aquí conmigo —le pedía Zubayda.

Pero él le respondía con una sonrisa triste:

—Me gusta leer solo. La torre es tan tranquila...

Ella no insistía, de modo que lo que había comenzado como una afirmación de independencia asociada a la adquisición de madurez, había acabado por convertirse en un acto rutinario. Todo había comenzado tres meses antes, cuando se habían enterado de la huida de trescientos jóvenes de Gharnata, con Zuhayr al mando.

Yazid se había sentido muy orgulloso de su hermano. Los amigos de la aldea lo envidiaban y él no podía comprender la tristeza que se había apoderado de la casa. Incluso Ama, que había muerto pacíficamente mientras dormía, había expresado sus temores:

—Esta aventura no traerá nada bueno, Iba Limar —le había dicho a Yazid, que entonces no podía saber que serían prácticamente sus últimas palabras.

Los recelos de la anciana habían hecho que Yazid se replanteara todo el asunto, pues en el pasado, Ama siempre había defendido las acciones audaces de todos los miembros masculinos de la familia, por imprudentes que éstas fueran. Ella le había llenado la cabeza con relatos de caballería y valor, que, como es natural, siempre tenían como protagonista principal a su bisabuelo Ibn Farid. Si Ama se preocupaba por Zuhayr, las perspectivas debían de ser realmente desoladoras.

Yazid vio un jinete cabalgando hacia la casa. Todos los días, cuando subía a la torre, ansiaba con toda su alma ver una escena así y rezaba para que fuera su hermano. El jinete llegó a las puertas de la casa y el corazón de Yazid se llenó de tristeza. No era Zuhayr; nunca era él.

Yazid nunca había visto la casa tan vacía, y no sólo por la ausencia de Zuhayr o la muerte de Ama. Aunque aquellas dos pérdidas le pesaban mucho, sabía que Zuhayr volvería y que Ama, como le había prometido tantas veces, le esperaría en el paraíso. Se encontrarían en el séptimo cielo, junto a la ribera de un río que contendría la más deliciosa leche imaginable. Echaba de menos a Ama mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir, pero al menos al-Zindiq había ocupado su lugar, y el anciano estaba mejor informado sobre todo lo referente al movimiento de la luna y las estrellas. Una vez, cuando le había hablado a al-Zindiq del encuentro proyectado por Ama, éste se había echado a reír y le había respondido algo realmente extraño:



Librodot

—De modo que Amira creía que iría directamente al séptimo cielo, ¿verdad? No estoy tan seguro, Yazid bin Umar. Cometió bastantes pecados y creo que tendrá dificultades para pasar del primero. Hasta es probable que decidan enviarla en la otra dirección.

Sin embargo, el matrimonio y la partida de Hind, aunque no le habían sorprendido, habían significado un golpe devastador para el muchacho. Yazid estaba más unido a Hind que a cualquier otro miembro de la familia, pero ella se había ido. Si bien antes de irse había rogado a sus padres que le permitieran llevarse a Yazid al otro lado del mar por una breve temporada, prometiéndoles traerlo de vuelta ella misma unos meses más tarde, Zubayda no había aceptado separarse de su hijo.

—Es lo único que nos queda en esta casa y no dejaré que me roben mi tesoro más preciado. ¡Ni siquiera tú, Hind!

Así pues, Hind se había marchado sin su hermano, y esto, mucho más que la despedida de su casa ancestral, la había hecho llorar como una niña el día de la partida y también un día más tarde, en Malaka, cuando ella e Ibn Daud habían subido a bordo del barco que se dirigía al puerto de Tanja.

Yazid oyó que alguien subía corriendo la escalera que conducía a la torre y abandonó sus pensamientos para bajar a la casa. A medio camino, se encontró con Umayma, la doncella de su madre, con la cara roja de emoción.

—¡Yazid bin Umar! —exclamó la joven—. Tu hermano ha enviado un mensajero. Está con la señora Zubayda y con tu padre, pero no hablará hasta que tú estés presente.

Yazid pasó junto a ella y se arrojó por el hueco de la escalera. Cuando llegó al suelo, atravesó el patio como un torbellino. Umayma descubrió que no podía alcanzarlo y maldijo entre dientes. Ya no era la delgada gacela que podía correr incluso más rápido que al-Fahl, pues en los últimos meses su vientre se había vuelto grande y redondeado.

Yazid llegó al recibidor sin aliento.

—Este es Yazid —anunció Umar con una gran sonrisa.

—Tu hermano te envía cientos de besos —dijo Ibn Basit.

—¿Dónde está? ¿Se encuentra bien?

—Lo verás pronto. Vendrá un día, después de que haya oscurecido, y se marchará a la mañana siguiente, antes del amanecer. Ofrecen una recompensa por su cabeza.

—¿Qué? ¿Por qué? —exclamó Umar con la cara desfigurada por la ira.

—¿No se han enterado?

—¿De qué, joven?

—De lo que sucedió la semana pasada. Pensé que estarían enterados, porque en Gharnata no se habla de otra cosa. Zuhayr supuso que su tío Hisham habría mandado un mensajero.



Librodot

Umar se estaba impacientando. Comenzó a mesarse la barba, y Zubayda, que sabía que eso era signo de un estallido inminente, intentó anticiparse a su cólera.

—No sabemos nada, Ibn Basit, así que le rogamos que nos informe de prisa. Como verá, estamos ansiosos por recibir noticias de Zuhayr.

—Todo ocurrió hace nueve días. Abu Zaid nos conducía a un escondite en las montañas, cuando avistamos a los cristianos. Ellos también nos habían visto y el enfrentamiento era inevitable. Nosotros éramos unos trescientos hombres, pero por la nube de polvo que levantaban ellos supimos que nos doblaban en número.

»Enviaron un mensajero desarmado que dijo: "Nuestro jefe, el ilustre don Alonso de Aguilar, envía sus saludos. Si se rinden, se les tratará bien, pero si resisten, volveremos a Gharnata llevando sólo sus caballos". Habíamos caído en una trampa, y esta vez, Abu Zaid no tenía ningún plan ingenioso para sacarnos del aprieto.

Entonces, Zuhayr bin Umar se adelantó y habló con una voz audible a kilómetros de allí: "Dile a tu amo que no somos un pueblo sin historia", bramó. "Somos caballeros moros defendiendo lo que antes nos pertenecía. Dile a don Alonso que yo, Zuhayr bin Umar, biznieto de Ibn Farid, lucharé contra él en un duelo a muerte. El vencedor de hoy decidirá el destino de los demás."

—¿Quién es don Alonso? —preguntó Yazid con la cara tensa de miedo.

—El más experimentado y consumado caballero al servicio de don Iñigo —respondió Ibn Basit—. Temido por sus enemigos y por sus amigos. Un hombre con un carácter terrible y una cicatriz en la frente, producida por un defensor de al-Hama. Dicen que él solo mató a cien hombres en aquella desdichada ciudad.

¡Que Alá le maldiga!

—Por favor, continúe —dijo Zubayda intentando mantener la voz calma.

—Sorprendentemente, don Alonso aceptó el reto. Los soldados cristianos se congregaron a un lado del prado y doscientos de nosotros nos situamos en el otro.

—¿Dónde estaban los demás? —preguntó Yazid, incapaz de contener la emoción.

—Verás, Abu Zaid decidió que tanto si ganábamos como si perdíamos, era preciso sorprenderlos. Separó a un centenar de hombres y los situó en distintos puntos de la montaña, encima del prado. El plan era cargar contra los cristianos en cuanto acabara el combate, sin darles tiempo a prepararse para la batalla.

—Pero eso va contra las reglas —protestó Umar.

—Es verdad, pero no se trataba de un juego de ajedrez. Ahora, si me lo permiten, continuaré con el relato. Zuhayr llevaba un antiguo estandarte, maravillosamente bordado, que le había entregado una anciana de Gharnata, jurándole que Ibn Farid lo había llevado en muchas batallas. Una media luna plateada brillaba en su turbante verde. Zuhayr clavó el estandarte frente a sus hombres, y a lo lejos, vimos a don Alonso hundir una cruz dorada en la tierra. Entonces, tras la señal acordada, don Alonso cargó con la lanza resplandeciendo bajo la luz del sol y apuntando directamente al corazón de Zuhayr. Los dos se habían negado a llevar escudo.



Librodot

»Zuhayr desenvainó la espada y cabalgó a su encuentro como un loco. Jamás había visto una expresión de ira como la que desfiguraba su cara ese día. Cuando se acercaba a don Alonso, toda la compañía oyó su grito: "¡No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta". Ya estaban cerca uno del otro. Zuhayr evitó la lanza, prácticamente arrojándose del caballo, en una magnífica muestra del arte de la equitación. Luego vimos que la espada de Ibn Parid resplandecía como un rayo. Por un momento pareció que ambos habían sobrevivido a la embestida, pero cuando el caballo de don Alonso se acercó, notamos que su jinete había perdido la cabeza. ¡Ya no se fabrican espadas como ésa en Tulaytula!

»Una colosal ovación surgió de nuestras filas. Los cristianos, desmoralizados, se preparaban para replegarse cuando Abu Zaid cargó contra ellos. Pudieron escapar, aunque antes sufrieron graves pérdidas. Cogimos cincuenta prisioneros, pero Zuhayr insistió en que los enviáramos de vuelta a Gharnata, con la cabeza y el cuerpo de don Alonso. "Decidle al conde", les dijo Zuhayr, "que nosotros no elegimos esta guerra. ¡El capitán general ha perdido un valiente caballero porque no es más que un mercenario al servicio de un sacerdote cruel y cobarde!".

Yazid, hechizado por el relato, estaba tan lleno de orgullo por su hermano que no notó la inquietud en la cara de sus padres. Al-Zindiq, que también estaba preocupado por las consecuencias de la victoria de Zuhayr, interrogó a Ibn Basit.

—¿Abu Zaid dijo algo sobre las reacciones que produjeron estos hechos en la al-Hamra?

—Pues sí —respondió Ibn Basit, mirando al anciano con asombro—. Habló mucho al respecto dos días después.

—¿Y qué dijo? —preguntó Zubayda.

—Que el conde estaba tan indignado que ofreció mil piezas de oro por la cabeza de Zuhayr bin Umar. También está preparando tropas para aniquilarnos, pero Abu Zaid tiene un plan y no está preocupado. Dice que nos llevará a un sitio donde ni siquiera el Todopoderoso podría encontrar a Zuhayr.

—Habla con la voz de Satanás —dijo Umar.

—Vaya a bañarse, Ibn Basit —dijo Zubayda tras observar el polvo en las ropas del joven y el estado de su indumentaria—. Creo que la ropa de Zuhayr le irá bien. Luego venga a comer con nosotros. Le hemos preparado una habitación, donde puede quedarse todo el tiempo que quiera.

—Gracias, señora. Me bañaré y comeré con ustedes con mucho gusto, pero no puedo permitirme el lujo de descansar. Tengo que llevar mensajes a Guejar, y antes del ocaso debo estar en Lanjarón, donde me espera mi padre. ¿Pero por qué parecen tan preocupados? Zuhayr está sano y salvo. Yo, por mi parte, creo que recuperaremos Gharnata en menos de seis meses.

—¿Qué? —exclamó Umar.

Al-Zindiq interrumpió la discusión.

—La lengua del sabio, mi querido Ibn Basit, está en el corazón —murmuró—, y el corazón de un necio está en su boca. Los criados esperan para ayudarle en los



Librodot

*hammam*, jovencito.

Yazid acompañó al invitado a los hammam.

—Que disfrute de su baño, Ibn Basit —le dijo al amigo de Zuhayr mientras señalaba hacia los baños.

Luego corrió hacia la cocina, donde estaban reunidos el Enano, Umayma y todos los demás criados de la casa. Una vez allí, Yazid repitió, palabra por palabra, el relato del duelo de Zuhayr y la decapitación de don Alonso.

—Demos gracias a Alá —dijo Umayma—. Nuestro joven amo está vivo.

Los criados intercambiaron miradas, pero no se atrevieron a decir nada delante de Yazid. La emoción en la cara del narrador había cautivado hasta a los miembros más escépticos del personal de la cocina. El Enano era el único que no parecía emocionado, y sólo expresó sus sentimientos cuando Yazid se marchó.

—El Banu Hudayl está cortejando a la muerte y el final no se demorará mucho. Cisneros no los dejará vivir en paz.

—Pero nuestra aldea permanecerá a salvo —intervino Umayma—. Nosotros no hemos hecho daño a nadie.

—Eso no lo sé —respondió el Enano encogiéndose de hombros—, pero yo en tu lugar, Umayma, me iría a servir a Kulthum, en Ishbiliya. Será mejor que tu hijo no nazca en al-Hudayl. —El rostro de la joven cambió de color—. Todo el mundo sabe que llevas en el vientre un potrillo de Zuhayr.

El comentario fue recibido con un estallido de risas groseras y discordantes. Aquello era más de lo que Umayma podía soportar, y la joven corrió fuera de la cocina llorando. Sin embargo, no podía dejar de pensar que el Enano podría estar en lo cierto, así que decidió pedirle permiso a la señora Zubayda para servir a Kulthum en Ishbiliya.

Yazid estaba abstraído en su propio mundo. En el bosquecillo de granados jugaba a que era un caballero moro. Su espada era una rama con la punta afilada con el cuchillo que le había regalado Zuhayr para su décimo cumpleaños y que él llevaba con orgullo a su cintura siempre que recibían invitados. El niño galopaba de un sitio a otro con frenesí, agitando su supuesta espada y decapitando cada granada que encontraba a su alcance. Sin embargo, pronto se cansó de sus fantasías, se sentó sobre la hierba, abrió uno de los frutos y se puso a beber su zumo, escupiendo las semillas después de cada mordisco.

—¿Sabes una cosa, Hind? Creo que Zuhayr morirá. Abu y Ummi piensan lo mismo; lo sé por la cara que ponían cuando Ibn Basit les contaba lo del duelo. Ojalá Ummi me hubiera dejado ir contigo. Nunca he subido a un barco ni he cruzado el mar. Tampoco he visto Fez, aunque dicen que es igual que Gharnata.

Yazid se interrumpió de repente, pues le pareció oír pisadas y el ruido de los tojos que rodeaban el bosquecillo. Desde aquella ocasión en que Umayma y las demás doncellas le habían sorprendido, se había vuelto más cuidadoso y siempre permanecía alerta a la presencia de intrusos. Deseaba no haber visto nunca a Ibn Daud y a Hind besándose. Si él no se lo hubiera dicho a su madre, ella no habría hablado con Hind. Tal vez entonces la boda se habría retrasado y Hind aún seguiría allí. Había sido una



Librodot

boda muy extraña, sin banquetes ni celebraciones. Sólo habían asistido el *qadi* de la aldea y la familia. Yazid dejó escapar una risita al recordar que había estado a punto de dejar caer el Alcorán sobre la cabeza de Ibn Daud, haciendo sonreír incluso al *qadi*. Aquel día el Enano se había superado a si mismo y sus frutas garrapiñadas, en particular, sabían como si hubieran sido cocinadas en el paraíso.

Hind se había marchado tres días después. Habían sido días tristes, pero Hind le había dedicado más tiempo a él que a Ibn Daud. Habían dado largos paseos, durante los cuales Hind le había mostrado sus parajes predilectos en la montaña y junto al río. También le había hablado con seriedad, como acostumbraba a hacer ella.

-Me gustaría mucho que pudiera venir conmigo por un tiempo —le había dicho la víspera de su partida—. No te abandono a ti, sino a la casa. No podría soportar la idea de vivir aquí con Ibn Daud. Debemos vivir donde él se sienta cómodo y en control de su medio. Esta es la casa de Abu, y después pertenecerá a Zuhayr, a ti y a los hijos de ambos. No me entiendes, ¿verdad, Yazid? Te amo más que nunca y siempre pensaré en ti. Tal vez el año que viene, cuando vengamos a visitaros, podamos llevarte con nosotros durante un mes o dos.

—¡Ah, pero si es el joven amo en persona! ¿Qué haces aquí solo?

Aquella voz familiar y odiosa pertenecía al principal administrador de Umar, Ubaydallah, quien, como había hecho antes su padre, guardaba una exhaustiva relación de todas las transacciones realizadas en la hacienda. Nadie tenía una idea tan precisa como él sobre las tierras que poseía Umar, el capital que acumulaba en cada aldea, la cifra exacta de la venta de frutos secos del año anterior o la cantidad de trigo o arroz almacenados en los graneros subterráneos y su ubicación exacta.

A Yazid no le gustaba Ubaydallah. La evidente hipocresía de aquel hombre, sus exageradas demostraciones de falso afecto, nunca habían podido engañar al niño.

—Estaba dando un paseo —respondió Yazid con frialdad mientras se levantaba y adoptaba la postura más adulta de que era capaz—. Y ahora debo regresar a la casa para comer. ¿Y usted, Ubaydallah? ¿Qué le trae por aquí a esta hora?

—Creo que será mejor que responda a esa pregunta delante del amo. ¿Puedo regresar contigo?

—Por supuesto —respondió Yazid mientras se llevaba las manos a la espalda y comenzaba a andar hacia la casa.

Había oído decir a Ama cientos de veces que Ubaydallah era un pillo y un ladrón, que había robado tierras, comida y dinero de la hacienda durante años y que gracias a eso su hijo había abierto tres tiendas, dos en Qurtuba y una en Gharnata.

Yazid había decidido no volver a hablarle en todo el camino a la casa, pero cambió de idea.

—Dígame algo, Ubaydallah —dijo en el inconfundible tono de infinita superioridad de un terrateniente—, ¿qué tal van las tiendas de su hijo? Me han dicho que allí se pueden comprar todo tipo de artículos de lujo.

La pregunta pilló por sorpresa al administrador. «Insolente cachorrillo —pensó para sí—. Debe de haber oído los cotilleos de la cocina, pues Umar bin Abdallah nunca

se rebajaría a discutir esos asuntos en la mesa.»

Sin embargo, cuando habló en voz alta, su tono sonó increíblemente hipócrita.

—Es muy amable de tu parte interesarte por mi hijo, joven amo. Le va muy bien, gracias a Alá y, por supuesto, a tu familia. Fue tu padre quien pagó su educación e insistió en que buscara trabajo en la ciudad. Es una deuda que nunca podré pagarle. Según me ha dicho, tú también eres un ávido lector, joven amo. Toda la aldea lo dice. Y yo siempre les respondo: «Esperad, veréis cómo muy pronto Yazid bin Umar estará escribiendo libros de ciencia».

Yazid sonrió al oír aquel comentario, pero sin mirar al administrador. El halago no había surtido ningún efecto en él, y no porque no creyera en las palabras de Ubaydallah, sino porque en ese aspecto el niño se parecía mucho a su madre y a su padre: las alabanzas le resbalaban como las gotas de agua en las hojas de la fuente. Era una clase de orgullo heredado, la convicción de que el Banu Hudayl gozaba naturalmente de una situación tan privilegiada, que no necesitaba los favores de nadie. Para Yazid, como para su padre y abuelo antes que él, valía mucho más una torta de trigo endulzada con sirope de dátiles, ofrecida por un pobre campesino, que los mantones de seda con que Ubaydallah y su hijo obsequiaban a las damas de la casa.

Ubaydallah seguía parloteando, pero el niño había dejado de escucharlo. Aunque no creía en las tonterías que decía el administrador, consideraba un triunfo el hecho de haberle forzado a hablarle como si fuera Zuhayr. Cuando atravesaron la puerta principal, conocida en la aldea como Bab al-Farid, en honor a su constructor, Ubaydallah inclinó la cabeza en una semirreverencia. Yazid respondió con un movimiento casi imperceptible de la barbilla y ambos tomaron caminos separados. El hombre mayor caminó a toda prisa hacia la cocina, y el niño mantuvo su postura erguida, sin relajarse hasta entrar en la casa.

—¿Dónde has estado? —preguntó Umayma en un susurró junto al comedor—. Todos los demás han acabado de comer.

Yazid no la escuchó y corrió hacia el comedor. Lo primero que notó fue la ausencia de Ibn Basit. Eso lo deprimió y su cara se llenó de tristeza. Acarició con aire ausente el medallón que Hind le había regalado como muestra de su amor. En su interior había un mechón de su cabello, negro como la noche.

—¿Se ha ido, Abu?

Su padre asintió con un gesto mientras cogía una uva granate de la bandeja de plata repleta de fruta. Zubayda le sirvió a Yazid unos pepinos cocidos en su propio jugo con un poco de mantequilla derretida, pimienta negra y semillas de guindilla. El niño comió de prisa y luego tomó una ensalada de rábanos, cebolla y tomate, con salsa de yogur y limas frescas.

—¿Ibn Basit dijo algo más? ¿Os dio alguna idea del día en que nos visitará Zuhayr?

Zubayda negó con la cabeza.

—No sabía el día exacto, pero pensaba que sería pronto. Ahora come un poco de fruta, Yazid. Devolverá el color a tus mejillas.



Librodot

Cuando cuatro criados entraron a recoger la mesa, el más viejo de ellos se arrodilló en el suelo y murmuró unas palabras al oído de su amo. La cara de Umar cobró una expresión de disgusto.

—¿Qué quiere a esta hora? Llévalo a mi estudio y quédate allí con él hasta que yo llegue.

—¿Ubaydallah? —preguntó Zubayda.

Umar asintió con expresión sombría, pero Yazid sonrió y les relató el encuentro con el administrador.

—¿Es verdad, Abu, que ahora tiene casi tantas tierras como tú?

La pregunta hizo reír a Umar.

—No lo creo, pero no soy la persona más indicada para responderte. Será mejor que vaya a ver qué quiere ese bribón. No es propio de él molestarme en mis horas de descanso.

Cuando Umar se fue, Zubayda y Yazid caminaron cogidos de la mano por el patio interior, disfrutando del sol del invierno. Al pasar junto al granado, Zubayda notó que el niño lo miraba. Ama había pasado muchos días de invierno a la sombra de aquel árbol.

—¿La echas de menos, hijo mío?

Él le apretó la mano a modo de respuesta. Zubayda se agachó y le besó las mejillas y los ojos.

—Todos debemos morir, Yazid. Algún día volverás a verla.

—Por favor, Ummi, no me digas eso. Ni Hind ni al-Zindiq han creído nunca en esas tonterías de la vida en el cielo, y yo tampoco creo en ellas.

Zubayda reprimió una sonrisa. Ella también era escéptica al respecto, pero Umar le había prohibido transmitir sus ideas blasfemas a sus hijos. «Bueno —pensó—, Umar tiene a Zuhayr y a Kulthum, que comparten sus creencias, y yo tengo a Hind y a Yazid de mi parte.»

—Ummi, ¿por qué no nos vamos todos a vivir a Fez? —suplicó el niño—. No digo en la misma casa de Hind e Ibn Daud, sino en nuestra propia casa.

—Yo no cambiaría esta casa, los arroyos y ríos de sus tierras, la aldea y aquellos que la habitan, por ninguna ciudad del mundo. Aunque echo de menos de Hind tanto como tú, no viviría en Qurtuba, ni en Gharnata ni en Fez. Hind también era mi amiga, Yazid, pero no cambiaría esto por nada del mundo... La paz sea contigo, al-Zindiq.

—Y con vosotros, señora y Yazid bin Umar.

—¿Adónde...? —comenzó Zubayda.

—A la torre. Allí descansaré y leeré mis libros -respondió Yazid.

Al-Zindiq miró con afecto la espalda del niño que se alejaba.



Librodot

—Este niño tiene una inteligencia que avergonzaría a muchos adultos, pero algo ha cambiado en él, ¿verdad, señora? Yazid parece estar permanentemente triste. ¿Es por Amira?

—Tengo la impresión de que lo entiende todo —asintió Zubayda—, y que, como usted bien dice, sabe cosas que ignoran muchas personas mayores y más sabias. En cuanto a su pena, creo que conozco su causa. No, no se trata de la muerte de Ama, aunque ésta le afectó más de lo que él se permitió demostrar. Es por Hind. Desde que ella se marchó, sus pupilas perdieron su brillo habitual. Hind era su única confidente. Se lo confiaba todo: temores, alegrías y secretos.

El regreso de Umar la privó de los consejos del anciano.

—La paz sea contigo, al-Zindiq. —El anciano sonrió y Umar se dirigió a su esposa con expresión divertida—: ¿A que no adivinas por qué ha venido a verme Ubaydallah?

—¿No ha sido por dinero?

—¿Me equivoco al pensar que a nuestro venerable amigo lo atormenta su conciencia y ha venido a hablar de asuntos espirituales? —sugirió al-Zindiq.

—Bien dicho, viejo amigo, bien dicho. Ése es exactamente su problema. Ha decidido convertirse y deseaba mi permiso y mi bendición. Yo le pregunté: «Ubaydallah, ¿te das cuenta de que tendrás que confesarle todas tus faltas a un monje para que te dejen ingresar en su religión?». Noté que eso le preocupaba, pero luego hizo un rápido cálculo mental de cuántos pequeños crímenes podría descubrir la Iglesia, y decidió que estaba a salvo. La semana próxima visitará Gharnata, y él y el imbécil de su hijo celebrarán un ritual pagano para convertirse en cristianos. Sangre de su sangre y carne de su carne. Buscarán la salvación rezándole a una imagen de un hombre sangrante, clavado sobre dos trozos de madera. Dígame, al-Zindiq, ¿por qué el sacrificio humano está tan profundamente arraigado en la fe de los cristianos?

Cuando estaban a punto de enfrascarse en una discusión filosófica sobre la religión cristiana, un grito desgarró el aire. Yazid salió al patio, sin aliento y con la cara roja de agitación.

—¡Soldados! ¡Hay centenares de ellos alrededor de nuestra casa y de la aldea! ¡Venid a mirar!

Umar y Zubayda siguieron al niño hacia lo alto de la torre. Al-Zindiq, demasiado viejo para subir las escaleras, suspiró y se sentó en un banco debajo del granado.

—Nuestro futuro fue nuestro pasado —murmuró el anciano entre dientes.

Yazid no se había equivocado: estaban rodeados, atrapados como una gacela en una cacería. Umar aguzó la vista y pudo ver los estandartes cristianos y los soldados que los llevaban. Un jinete corría frenéticamente de un grupo de soldados a otro en un evidente reparto de órdenes. Parecía muy joven, pero debía de ser el capitán.

—Tengo que ir a la aldea de inmediato —dijo Umar—. Debemos salir al encuentro de esos hombres y preguntarles qué quieren de nosotros.

—Yo iré contigo —propuso Yazid.



Librodot

—Tú debes quedarte en casa, hijo. No hay nadie más que pueda cuidar de tu madre.

Cuando Umar bajó de la torre se encontró a todos los criados de la casa en el patio exterior, armados con espadas y lanzas. Aunque sólo eran sesenta hombres, con edades comprendidas entre los quince y los sesenta y cinco años, Umar se llenó de emoción al verlos. Ellos eran los criados y él su amo, pero en momentos de crisis sólo contaba la lealtad.

Le habían ensillado el caballo y cuatro hombres jóvenes lo escoltaron hacia la aldea. Cuando atravesaban la puerta principal, un águila voló sobre la casa en busca de una presa y los criados intercambiaron miradas. Era un mal presagio.

A lo lejos, oyeron un coro de perros ladrando. Ellos también intuían que algo iba mal. Para empezar, nadie trabajaba. Los hombres y mujeres que cultivaban las tierras todos los días, desde el amanecer al ocaso, habían huido al ver a los soldados. Las estrechas callejuelas de la aldea estaban atestadas de gente, pero las tiendas permanecían cerradas. La última vez que Umar había presenciado una escena similar había sido el día en que había muerto su padre arrojado por un caballo. Aquel día también se había suspendido toda actividad. Habían sacado el cuerpo de la casa y todos lo habían seguido en silencio.

La gente los saludaba, pero sus caras tristes y tensas reflejaban un miedo nacido de la incertidumbre. Juan, el carpintero, corrió hacia ellos.

—Es un día maldito, amo —dijo con voz cargada de indignación—. Un día maldito. El príncipe de la oscuridad ha enviado a sus demonios para atormentarnos y destruirnos.

Umar saltó de su caballo y abrazó a Juan.

—¿Por qué habla así, amigo?

—Acabo de regresar de su campamento. Ellos saben que soy cristiano y me enviaron a buscar. Entonces me hicieron todo tipo de preguntas, como si conocía a Zuhayr al-Fahl o si sabia que había matado al noble don Alonso por la espalda.

A la segunda pregunta, yo respondí que había oído una versión diferente, con lo cual me gané una bofetada de su joven capitán, cuyos ojos brillan con un fuego demoníaco. «¿Eres cristiano?», me preguntó. Yo le respondí que mi familia nunca se había convertido, que aunque estábamos en al-Hudayl desde el día de su fundación, nadie nos había sugerido nunca que debíamos abrazar la fe del profeta Mahoma y que siempre habíamos vivido en paz. Entonces me dijo: «¿Prefieres vivir con nosotros o quedarte a vivir con ellos? Hemos montado una capilla en una de las tiendas y tenemos un sacerdote dispuesto a oír tu confesión». Yo le contesté que tendría mucho gusto en confesarme a ese sacerdote, pero que prefería quedarme en la casa donde habíamos nacido mi abuelo, mi padre y yo. Entonces el capitán rió. Fue una risa extraña que de inmediato imitaron los dos hombres que lo escoltaban. Después añadió: «No te molestes en confesarte. Vuelve con tus infieles».

—Si quieren interrogar a alguien sobre Zuhayr, tendrá que ser a mí —dijo Umar—. Iré a verlos.

—¡No! —exclamó otra voz—. No debes hacer eso de ningún modo. Justamente iba hacia tu casa a hablar contigo. —Era Ibn Hasd, el zapatero. Como hermano natural de Miguel, Hasd era tío de Umar, pero ésta era la primera vez que le hablaba en calidad de miembro de la familia. Umar arqueó las cejas, como para interrogarle sobre la razón de aquella orden perentoria—. La paz sea contigo, Umar bin Abdallah. El herrero Ibn Haritha acaba de regresar, pues esta mañana se lo llevaron a reparar las herraduras de algunos caballos. Aunque no oyó nada concreto, los ojos del joven capitán lo asustaron. Dicen que hasta los soldados cristianos le temen como si fuera el propio Satanás.

—Además —continuó Juan—, ese desgraciado de Ubaydallah se ha marchado al campamento con quince aldeanos. No es difícil imaginarse las historias que contará para salvar su propio pellejo. Debe regresar a su casa, amo, y cerrar la puerta hasta que todo termine.

—Me quedaré en la aldea —dijo Umar en un tono que no admitía discusiones—. Esperaré a que vuelva Ubaydallah y nos diga lo que quieren los cristianos. Luego, si es necesario, iré a hablar con ese capitán en persona.



Librodot

## *CAPÍTULO 13*

El capitán pelirrojo y lampiño no había desmontado. ¿Por qué no se bajaba del caballo? La intriga atormentaba a Ubaydallah. Sus cincuenta años de trabajo como administrador de tierras y de seres humanos le habían proporcionado una experiencia y unos conocimientos extraordinarios, que no hubiera podido encontrar en los libros. Se había convertido en un agudo observador de la naturaleza humana, y gracias a eso había notado que el capitán era un ser condenado por su creador. Su estatura, un asunto de considerable importancia para un soldado, no concordaba en absoluto con su carácter violento. Era grueso, bajo, y contaría apenas unos dieciséis años de edad. Ubaydallah estaba convencido de que ni siquiera la destreza militar del oficial podía compensarle por esos hechos.

Tras reparar en estos detalles. Ubaydallah cayó de rodillas ante el comandante de los cristianos, asqueando con su servilismo a los aldeanos que lo acompañaban.

—Verga de cerdo —murmuró entre dientes uno de ellos.

Pero a Ubaydallah no le preocupaba la reacción de sus compañeros. Se contentaba con haber hecho que el capitán se sintiera alto. Aquel día, todo lo demás carecía de importancia. Los numerosos años al servicio de los señores del Banu Hudayl habían preparado al administrador para el objetivo que se proponía conseguir.

—¿Qué es lo que desea? —le preguntó el capitán con voz nasal.

—Mi señor, hemos venido a informarle que toda la aldea está dispuesta a convertirse esta misma tarde. Sólo necesitamos que Su Excelencia nos envíe un sacerdote y que nos honre con su presencia.

Al principio, la petición fue recibida en silencio. El capitán no reaccionó. Contempló a la criatura arrodillada ante él con sus ojos de párpados caídos. Aunque acababa de cumplir dieciséis años, ya era un veterano de la Reconquista. Lo habían alabado por su valor en tres batallas libradas en las al-Pujarras y su temeraria ferocidad había atraído la atención de sus superiores.

—¿Por qué? —le preguntó con brusquedad a Ubaydallah.

—No le entiendo, Excelencia.

—¿Por qué han decidido unirse a la Santa Iglesia Romana?

—Porque es el único camino verdadero hacia la salvación -respondió Ubaydallah, que nunca se había destacado por su capacidad para distinguir entre lo verdadero y lo falso.

—Querrá decir que es la única forma de salvar sus pellejos.

—No, no, Excelencia —comenzó a plañir el viejo administrador—. Nosotros, los andalusíes, tardamos mucho tiempo en tomar decisiones. Es la consecuencia lógica de haber sido gobernados durante centenares de años por soberanos que resolvían todo por si mismos. Decidían las cuestiones importantes sin contar con nosotros. Ahora comenzamos a forjarnos nuestras propias opiniones, pero es difícil romper con los



Librodot

viejos hábitos. Aunque empezamos a decidir por nosotros mismos, nos lleva tiempo y nos detenemos en trivialidades...

—¿Cuántos habitantes tiene la aldea?

—En el último recuento éramos unos dos mil.

—Muy bien. Meditaré sobre la respuesta más adecuada a su propuesta. Ahora vuelvan a esperar mi decisión a la aldea.

Justo cuando Ubaydallah estaba incorporándose, el capitán le hizo otra pregunta, y el mayordomo volvió a arrodillarse.

—¿Es verdad que en el palacio de Abenfarid aún ondea un viejo estandarte, con el dibujo de una llave azul sobre un fondo plateado y con alguna monserga escrita en su lengua?

—Así es, Excelencia. Fue un regalo del rey de Ishbiliya a uno de nuestros ilustres predecesores, Ibn Farid. La inscripción en árabe reza: «Dios es el único conquistador».

—Y la llave simboliza la apertura de Occidente, ¿no es cierto?

—Oh, no estoy seguro, Excelencia.

—¿Ah, no? Pues yo si lo estoy —dijo el capitán con tono displicente y arrogante, como para indicar que no deseaba continuar la conversación—. El arzobispo quiere inspeccionar la bandera con sus propios ojos, así que puede informarle a la familia de Abenfarid que pasaré a recogerla. Ahora puede irse.

Tras la partida de Ubaydallah y sus compañeros, el capitán, aún sin bajarse del caballo, ordenó a los dos oficiales que habían presenciado la conversación que formaran a los soldados, pues quería hablarles antes de entrar en la aldea.

Una vez reunidos los hombres, el capitán se dirigió a ellos con tono amistoso, pero autoritario.

—Nuestro objetivo es simple. Arrasaremos esta aldea y todo su contenido. Éstas son mis instrucciones. No hay más de seiscientos o setecientos hombres fuertes y sanos en la aldea y no creo que intenten ni siquiera una resistencia simbólica. No será una tarea agradable, pero no se entrena a los soldados para ser amables y delicados. Las órdenes de Su Excelencia el arzobispo fueron muy claras: mañana por la mañana quiere indicar a los cartógrafos que borren al-Hudayl de los nuevos mapas que están preparando. ¿Está entendido?

—¡No! —gritó una voz en medio de las tropas.

—Acérquese, soldado.

Un hombre alto, de cabello gris y cincuenta y tantos años, cuyo padre había luchado bajo la bandera de Ibn Farid, caminó hacia el frente y se situó delante del capitán.

—¿Qué quiere?

—Soy nieto de sacerdote e hijo de soldado. ¿Desde cuándo matar a niños y a mujeres es una práctica cristiana en estas tierras? Le digo aquí y ahora que



Librodot

este brazo y esta espada no matarán a ninguna mujer ni a ningún niño. Haga conmigo lo que quiera.

—Es evidente, soldado, que usted no estuvo con nosotros en las al-Pujarras.

—Estuve en Alhama, capitán, y me bastó con lo que vi allí. No volveré a pasar por lo mismo.

—Entonces habrá visto a sus mujeres arrojando ollas de aceite hirviendo a nuestros soldados. Usted tendrá que cumplir las órdenes o atenerse a las consecuencias.

—Usted mismo dijo, capitán, que no esperaba encontrar resistencia —señaló el soldado con obstinación—. Entonces, ¿por qué nos pide que matemos a gente inocente? ¿Por qué?

—¡Viejo estúpido! —exclamó el capitán con los ojos brillantes de furia—. Usted no estará mucho tiempo en este mundo. ¿Por qué se muestra tan generoso con nuestras vidas?

—No lo comprendo, capitán.

—Si matamos sólo a los hombres, las mujeres y los niños cobrarán un odio ciego por todos los cristianos. Se convertirán al cristianismo para salvar sus vidas, pero luego se transformarán en un veneno, ¿me oye?, en un veneno permanentemente infiltrado en nuestra piel, en un veneno cada vez más difícil de eliminar. ¿Ahora me comprende?

El viejo soldado sacudió la cabeza con incredulidad; era evidente que no obedecería. El capitán reprimió sus impulsos, porque no quería desmoralizar a la tropa antes de la batalla, y decidió no castigar al rebelde.

—Le eximo de sus obligaciones, soldado. Puede volver a Granada y esperar nuestro regreso allí.

El viejo soldado no podía creer en su suerte. Se dirigió al sitio donde pastaban los caballos y desató el suyo.

—Regresaré —dijo para sí mientras se alejaba del campamento—, pero no a Granada. Iré adonde ninguno de sus malditos frailes pueda encontrarme.

Las puertas de la muralla que rodeaba la casa eran la única vía de acceso al hogar ancestral del Banu Hudayl y habían sido cerradas a cal y canto. Construidas de madera firme, de ocho centímetros de espesor, y reforzadas con barras de hierro, hasta el momento habían tenido una función meramente simbólica. No habían sido fabricadas para resistir un sitio y jamás habían estado cerradas antes, ya que nunca se había concedido ninguna importancia militar a la aldea ni a la casa. Los caballeros y soldados que habían luchado bajo las órdenes de Ibn Farid y de sus antecesores procedían de la aldea y de pueblos vecinos. Se reunían fuera de las puertas y se iban a luchar a otras regiones del reino.

Cuando Ubaydallah transmitió el mensaje del joven capitán, Umar sonrió con tristeza y comprendió. No era el momento apropiado para gestos heroicos, como los que habían causado la muerte de tantos miembros de su propia familia, de modo que ordenó quitar de la muralla el estandarte con la cruz plateada sobre fondo azul y lo mandó colgar de las puertas.



Librodot

—Si eso es lo que quieren —le dijo al administrador—, les facilitaremos la tarea.

Varios centenares de aldeanos habían buscado refugio tras las murallas de la casa y comían en los jardines, mientras una multitud de niños jugaban en el patio exterior, felizmente ajenos al peligro que les acechaba. Y Yazid nunca había visto la casa tan llena de gente y de ruidos. Aunque había sentido la tentación de unirse a la fiesta, por fin había decidido retirarse a la torre.

A Ubaydallah se le había ofrecido refugio en la casa, como a todo el mundo, pero él había preferido regresar a la aldea. En el fondo de su corazón, algo le decía que estaría más seguro en su propia casa, lejos de la familia a la cual había servido durante tantos años. Sin embargo, cometió un trágico error. Mientras caminaba de regreso a la aldea, un caballero, alentado por sus amigos, desenvainó la espada y lo atacó sin darle tiempo a reaccionar. Pocos segundos después, la cabeza del administrador, diestramente separada del cuerpo, rodaba sobre la tierra.

Yazid tiraba de la túnica de su padre. Umar acababa de ordenar que se abriera la armería y que se entregaran armas a todos los hombres y mujeres sanos y fuertes. Zubayda había insistido en que ellas también lucharían, pues los recuerdos de al-Hama habían calado muy hondo en su conciencia.

—¿Por qué esperar, indefensa, a que primero deshonren nuestros cuerpos y luego atraviesen nuestros corazones con sus espadas?

—¡Abu! ¡Abu! —decía Yazid con voz insistente.

Umar lo levantó en sus brazos y lo besó. Aquella espontánea demostración de afecto agradó al niño, pero también le molestó, pues estaba haciendo grandes esfuerzos para comportarse como un hombre.

—¿Qué pasa, hijo?

—¡Ven a la torre! ¡Corre!

Zubayda presintió la tragedia y decidió impedir que Yazid volviera a la torre con su padre.

—Necesito tu ayuda, Yazid. ¿Cómo debo usar esta espada?

La táctica de distracción funcionó y Umar subió las escaleras solo. Cuanto más alto subía, mayor era el silencio. Por fin contempló la masacre: las casas habían sido incendiadas y los cuerpos yacían, desperdigados, en los alrededores de lo que poco antes era la mezquita. Sin embargo, los soldados no habían terminado su tarea.

Corrían hacia las colinas cercanas detrás de aquellos que intentaban escapar. Umar agudizó el oído y creyó oir los gritos de las mujeres alternados con los aullidos de los perros, pero pronto reinó un silencio absoluto. Los fuegos ardían; la muerte estaba en todas partes. Umar cogió una lupa y estudió el mapa de la aldea que había sobre la mesa. Era demasiado para él y dejó caer la lupa, haciéndola añicos contra el suelo. Umar bin Abdallah se secó las lágrimas.

—Nadie puede salvar al cristal roto —le dijo a los dos vigías que montaban guardia.



Librodot

Los centinelas observaban la angustia de su amo, inmóviles como estatuas. Nunca llegarían a pronunciar las palabras de consuelo que cruzaron por sus mentes.

Umar bajó las escaleras despacio. Desde la torre lo había visto todo y ya no quedaba sitio para las dudas. Se maldijo a sí mismo por no haber permitido que Yazid se marchara con su hermana. Al llegar al gigantesco zaguán lo recibió un silencio espectral. Los niños habían dejado de jugar y ya nadie comía. Sólo se oía el ruido ocasional que producían los herreros al afilar las espadas. Todos habían visto el fuego en la aldea y estaban sentados en el suelo, contemplando cómo las llamas se fundían con el sol poniente en el horizonte. Lo habían destruido todo: sus hogares, su pasado, sus amigos, su futuro. Un grito lastimero, procedente de la torre, interrumpió la vigilia:

—¡Los cristianos están junto a las puertas!

Todo el mundo se puso en marcha de inmediato. Enviaron a los niños y a las mujeres mayores a las dependencias anexas y Umar llevó al Enano aparte:

—Quiero que cojas a Yazid y te escondas con él en el granero. Pase lo que pase, no lo dejes salir hasta que estés seguro de que se han ido. Que Alá os proteja.

Yazid se negaba a separarse de sus padres. Discutió con su padre y suplicó a su madre.

—Mirad —les dijo agitando una espada que el herrero había preparado para él—, puedo usarla tan bien como vosotros.

Sin embargo, los ruegos de Zubayda por fin lo convencieron de que acompañara al Enano. El niño insistió aún en llevar su juego de ajedrez con él, y después de cogerlo, le dio la mano al cocinero a regañadientes y se marchó con él hacia el jardín. Al otro lado del jardín, justo debajo de la muralla, crecían un grupo de árboles y plantas de distintas variedades. Cerca de allí, cuidadosamente disimulado por un círculo de arbustos de jazmines, había un pequeño banco de madera. Cuando el Enano lo levantó, la piedra donde estaba apoyado también se alzó.

—Baja, joven amo.

Yazid vaciló un momento y miró hacia la casa, pero el Enano le dio un pequeño empujón y el niño comenzó a descender por la estrecha escalera. El cocinero lo siguió y repuso con cuidado la piedra desde el interior. En aquella oscura cueva había trigo y arroz suficientes para alimentar a la aldea entera durante un año. Era el depósito de emergencia de al-Hudayl, para usar en caso de calamidades imprevistas o de malas cosechas. El Enano encendió una vela y vio la cara de Yazid, empapada de lágrimas.

Por encima del suelo, todo estaba preparado para recibir a los soldados cristianos, que en ese momento intentaban derribar las puertas con arietes. Cuando las puertas por fin se abrieron, los primeros soldados entraron en el zaguán. Era una avanzadilla y el capitán no estaba con ellos. La rápida destrucción de la aldea y los cadáveres que habían pisoteado sus caballos en el camino a la casa habían engendrado en ellos una engañosa sensación de seguridad.

De repente, vieron a los caballeros moros, también montados a caballo y preparados para la acción a derecha e izquierda. Los intrusos intentaron salir del zaguán hacia el patio exterior, pero no fueron lo bastante rápidos, pues Umar y su improvisada caballería cargaron contra ellos con gritos aterradores. Los cristianos, que no



Librodot

esperaban resistencia, reaccionaron con lentitud, y todos ellos acabaron arrojados de sus caballos y muertos. El inesperado triunfo fue celebrado con una gran ovación y gritos de «Alá es grande».

Cargaron los cadáveres de los soldados sobre los caballos y azotaron a los animales, para ahuyentarlos fuera del zaguán.

La espera hasta el siguiente ataque fue larga, pero pronto conocieron la razón. El ejército de Gharnata estaba ensanchando la brecha de las puertas para poder entrar en líneas de tres.

Umar sabía que la próxima vez la victoria no resultaría tan sencilla.

«Es nuestro fin —se dijo a sí mismo—. Sólo puedo ver muerte a mi alrededor.»

Ese pensamiento acababa de cruzar por su mente, cuando oyó el grito de alguien que aún no había acabado de cambiar la voz:

—¡No tengáis piedad con los infieles!

Era el capitán al frente de sus soldados. Esta vez no esperaron el ataque moro y cargaron directamente contra los defensores. El resultado fue un feroz combate mano a mano, mientras el patio vibraba con el entrechocar del acero y el estrépito de los golpes, intercalados con gritos y exclamaciones de «¡Alá es grande!» y »¡Por la santa Virgen, por la santa Virgen!». Los arqueros moriscos, apostados en el techo, no arrojaban sus flechas por temor a herir a sus hermanos. Los cristianos los superaban en número y la resistencia pronto acabó en un baño de sangre.

El caballo de Umar fue desjarretado y la caída lo atontó. Los soldados lo arrastraron hasta donde estaba el capitán. Los dos hombres se miraron, pero mientras los ojos del capitán brillaban de furia, Umar estudiaba a su joven captor con expresión indiferente.

—Lo que ves ante ti es la ira de Nuestro Señor —dijo el capitán.

—Sí —respondió Umar—. La aldea despojada de sus habitantes, mujeres y niños atravesados por espadas, mezquitas entregadas a las llamas y campos desiertos. Los hombres como usted me recuerdan a los peces del mar, que se devoran unos a otros. Estas tierras nunca volverán a ser prósperas y el odio que veo en sus ojos un día destruirá a los de su propio bando. No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta.

El capitán no respondió. Miró a los soldados que sujetaban al prisionero y les hizo una señal de asentimiento. Estos no necesitaron ninguna otra indicación y obligaron a Umar bin Abdallah a arrodillarse. Pero en ese momento atacaron los arqueros. Las flechas dieron en el blanco y los dos hombres que se disponían a ejecutar a Umar cayeron desplomados.

—¡Quemad este lugar! —gritó el capitán.

Luego ordenó a otros dos soldados que se acercaran, pero para entonces Umar ya había cogido la espada de uno de los caídos y participaba otra vez en la lucha.

Fueron necesarios seis hombres para volver a capturar al jefe del Banu Hudayl. Esta vez fue decapitado de inmediato y su cabeza se exhibió en la punta de una lanza en un desfile que se paseó primero por el zaguán y luego por el patio exterior. Se



Librodot

oyeron aullidos y lamentos de dolor, seguidos por gritos de furia y el estrépito de las espadas al chocar unas con otras.

Un arquero que había contemplado la muerte de Umar corrió a informar a Zubayda. Con la cara empapada en lágrimas, ella cogió una espada y se unió a los defensores.

—¡Venid! —les gritó a las demás mujeres—. ¡No debemos permitir que nos cojan con vida!

Las mujeres asombraron a los cristianos con su infinito coraje. Aquéllas no eran las criaturas débiles y consentidas de tantos relatos fantásticos. Una vez mas, el elemento sorpresa ayudó a las mujeres de al-Hudayl, que lograron restar al menos cien hombres a las fuerzas del capitán. Aunque al final sucumbieron, lo hicieron con espadas y dagas en las manos.

Después de dos horas de violenta lucha, la matanza llegó a su fin. Todos los defensores estaban muertos. Tejedores y retóricos, auténticos creyentes y falsos profetas, hombres y mujeres, habían luchado y muerto juntos. Juan el carpintero, Ibn Hasd y el viejo escéptico al-Zindiq habían rechazado la oferta de Umar de esconderse en el granero. Habían esgrimido espadas por primera vez en sus vidas y también habían perecido en la masacre.

El capitán, indignado por el número de hombres que había perdido, ordenó que se saqueara e incendiara la casa. Durante la hora siguiente, los hombres, borrachos de sangre, celebraron la victoria con una orgía de pillajes. Los niños que se habían escondido en los baños fueron decapitados o ahogados, según el humor de sus ejecutores. Luego incendiaron la casa y regresaron al campamento.

El capitán desmontó y se sentó en el jardín con sus dos ayudantes a contemplar cómo ardía la casa. Se quitó las botas y sumergió los pies en el arroyo que atravesaba el jardín.

—¡Cómo les gustaba el agua!

Mientras tanto, debajo del suelo, Yazid no estaba dispuesto a seguir esperando. Hacía tiempo que no se oían ruidos, y aunque el Enano insistía en que debía quedarse allí, el niño se mostró inflexible.

—Quédate aquí, Enano —le murmuró al anciano—. Yo iré a ver qué ha pasado y volveré pronto. Por favor, no vengas conmigo. Sólo debe salir uno de los dos. Si me desobedeces, gritaré.

Pero el Enano no cedió. Entonces Yazid volvió a sentarse, fingiendo estar agotado, y en cuanto la mano del cocinero aflojó un poco la presión en su brazo, se escapó. Antes de que el Enano pudiera detenerlo, Yazid subió la escalera y levantó la piedra de la entrada lo suficiente para poder escabullirse fuera. Al ponerse de pie, se encontró con el suelo cubierto de cadáveres y la casa en llamas. Aquella escena lo trastornó. De repente perdió todo el miedo y corrió hacia el patio, llamando a gritos a sus padres.

Sus alaridos sobresaltaron al capitán y los dos ayudantes corrieron a apresarlo cuando atravesaba el jardín. Yazid pataleaba y sacudía los brazos.



Librodot

—¡Soltadme! ¡Tengo que encontrar a mis padres!

—Acompañadlo —dijo el capitán—. Dejad que compruebe con sus propios ojos el poder de nuestra Iglesia.

Cuando Yazid vio la cabeza de su padre clavada en una lanza sintió que se le aflojaban las rodillas y se echó a llorar. No podía seguir avanzando, porque las llamas y el olor de los cuerpos quemados no se lo permitía. Si no lo hubieran sujetado, Yazid se habría internado entre las llamas para buscar a su madre y habría muerto quemado, pero lo obligaron a volver con el capitán, que en ese momento se disponía a montar su caballo.

—¿Y bien, niño? —preguntó con tono jovial—. ¿Ya has visto lo que hacemos con los infieles?. —Yazid lo miró, paralizado por una tristeza indescriptible—. ¿Has perdido la lengua, niño?

—Ojalá tuviera una daga —respondió Yazid con una voz extrañamente distante—, porque se la clavaría en el corazón. Ahora pienso que muchos años atrás debimos tratarlos igual que ustedes nos tratan ahora.

El capitán no pudo evitar sentirse impresionado. Sonrió a Yazid y miró a sus hombres con aire pensativo. Los soldados recibieron su reacción con alivio. No tenían estómago para matar al niño.

—¿Lo veis? ¿No os dije que el odio de los supervivientes es un veneno capaz de destruirnos?

Yazid no lo oía, pues la cabeza de su padre le estaba hablando.

«Recuerda, hijo mío, que siempre nos hemos enorgullecido de cómo tratamos a los vencidos. Tu bisabuelo solía invitar a los caballeros que vencía a alojarse en su casa y a participar en las celebraciones. No olvides nunca que si nos convertimos en seres como ellos, no tendremos salvación.»

—Lo recordaré, Abu —dijo Yazid.

—¿Qué has dicho, niño?

—¿Le gustaría ser mi invitado en nuestra casa esta noche?

El capitán hizo una señal que sus hombres conocían muy bien. Aunque acostumbraban a cumplir sus órdenes de inmediato, era evidente que el niño había perdido la cabeza, y ambos vacilaron ante la perspectiva de cometer un crimen a sangre fría. Entonces el capitán, enfurecido, desenvainó su espada y la hundió en el corazón del niño. Yazid cayó al suelo con los brazos cruzados sobre el pecho. Murió en el acto, pero mientras la sangre espumosa manaba por su boca, sus labios dibujaron una media sonrisa.

El capitán montó su caballo y atravesó la puerta de la casa sin volver a mirar ,a sus hombres.



Librodot

Caía la noche. El cielo que unas horas antes parecía un abismo en llamas, cobró un color azul oscuro. Primero salieron dos estrellas y luego una auténtica pléyade cubrió el cielo. Los fuegos se habían apagado y todo estaba oscuro, como miles de años antes, cuando aquélla era una tierra salvaje, sin casas ni personas que las habitaran.

El Enano, con los ojos paralizados de horror, estaba sentado en el suelo con el cuerpo de Yazid entre sus brazos, balanceándose suavemente de adelante hacia atrás. Sus lágrimas caían sobre la cara del niño muerto y se mezclaban con su sangre.

—¿Cómo es posible que yo los haya sobrevivido a todos?

Repitió esta frase una y otra vez. No supo cómo ni cuándo se durmió ni en qué momento la maldita luz del alba anunció un nuevo día.

Zuhayr estaba a punto de matar a su yegua de agotamiento, pues había cabalgado sin detenerse desde el mismo momento en que Ibn Basit le había contado que había visto a varios centenares de soldados en los alrededores de al-Hudayl. Su cara estaba surcada por profundas arrugas, que descendían desde los extremos de los párpados hasta los labios. Sus ojos, por lo general negros y brillantes, parecían incoloros y opacos, enmarcados dentro de unas profundas ojeras. Los dos meses de combate lo habían envejecido mucho. Era una noche clara. Mientras atravesaban los tojos, Zuhayr no pensaba en sus hombres, sino en su familia y en su hogar.

—La paz sea contigo, Zuhayr bin Umar —exclamó una voz.

Zuhayr tiró de las riendas de su caballo. Era un mensajero y espía de Abu Zaid.

—Tengo prisa, hermano.

—Sólo quería advertirte algo antes de que llegaras a al-Hudayl. Allí no queda nada, Zuhayr bin Umar. Los cristianos están borrachos y le cuentan la historia a todos los gharnatinos que quieran escucharlos. Esta noche han perdido la prudencia.

—La paz sea contigo, amigo —dijo Zuhayr con la mirada ausente, perdida en la lejanía—. Iré a comprobarlo por mí mismo.

Quince minutos después llegó a la cueva de al-Zindiq. Zuhayr esperaba que el anciano estuviera allí para disipar sus temores, rezaba para que así fuera. Los manuscritos de al-Zindiq estaban atados en ordenadas pilas, como si el anciano se hubiera preparado para marcharse para siempre. Zuhayr descansó unos segundos y dio de beber al caballo. Luego siguió cabalgando. Al girar en el espolón de una colina, tiró de las riendas y miró hacia arriba, en la dirección acostumbrada. La pálida luz del alba brillaba sobre los restos calcinados de la casa. Zuhayr cabalgó hacia su antiguo hogar sumido en una especie de trance hipnótico. Había sucedido lo peor. Al ver las ruinas desde la distancia, su primera reacción fue pensar en la venganza:

—Los perseguiré y los mataré uno a uno. Juro ante Alá, sobre la cabeza de mi hermano, que vengaré este crimen.

Cuando entraba en el patio vio la cabeza de su padre en la punta de una lanza que estaba firmemente clavada en el suelo. Zuhayr saltó del caballo, arrancó la lanza y contempló la cara de su padre con cariño. Llevó la cabeza al arroyo y le lavó la sangre



Librodot

de la cara y del pelo. Luego la transportó al cementerio familiar y comenzó a cavar la tierra con las manos. En su locura, no reparó en que a pocos metros de allí había una pala. Después de enterrar a su padre; volvió al patio, y esta vez vio al Enano balanceándose suavemente con Yazid en los brazos. El corazón le dio un vuelco en el pecho. ¿Era posible que Yazid estuviera vivo, a pesar de todo? Entonces vio la cara serena de su hermano, manchada de sangre en los costados.

—¡Enano! ¡Enano! ¿Estás vivo? ¡Despierta, hombre!

El Enano abrió los ojos, sobresaltado. Sus brazos estaban tan rígidos como el cuerpo que abrazaba entre ellos. Al ver a Zuhayr, el cocinero rompió a llorar. Zuhayr lo abrazó y le quitó con suavidad el cuerpo de Yazid. Luego besó las mejillas de su hermano.

—Ya he enterrado la cabeza de mi padre. Ahora bañemos a Yazid y llevémosle a descansar.

Desvistieron el cadáver con cuidado, lo bañaron en la fuente y lo llevaron al cementerio familiar. Sólo cuando Yazid estaba bajo la tierra, después de rellenar la tumba con la tierra recién cavada, Zuhayr, que hasta aquel momento había demostrado una serenidad sobrehumana, se trastornó y comenzó a gritar. La angustia desatada se convirtió en llanto y fue como si lloviera sobre la tumba de Yazid.

Los dos hombres se abrazaron y se sentaron sobre el montículo cubierto de hierba, junto a las nuevas tumbas.

—Quiero saberlo todo, Enano, hasta el último detalle. Debo enterarme de todo lo que seas capaz de recordar.

—Si yo pudiera estar muerto y Yazid vivo... ¿Por qué tuve que sobrevivir yo?

—Me alegro de que alguien haya podido hacerlo. Ahora cuéntame lo que ocurrió.

El Enano comenzó su relato y no se detuvo hasta llegar al momento de la huida de Yazid. Entonces comenzó a llorar y a mesarse los cabellos. Zuhayr le acarició la cara.

—Lo sé, lo sé, pero ya ha acabado todo.

—Eso no es lo peor. El niño dejó la piedra de la entrada un poco abierta y yo oí cómo lo cogían y lo interrogaban. Qué orgulloso habrías estado si hubieras podido oírle responder al capitán, ese príncipe del demonio que quería matarnos a todos desde el principio.

Cuando el Enano concluyó su historia, Zuhayr permaneció largo rato sentado, con la cabeza entre las manos.

—Aquí todo ha terminado. Han eclipsado nuestro mundo para siempre. Marchémonos. Ese sitio ha dejado de ser seguro.

El Enano negó con la cabeza.

—Yo nací en esta aldea. Mi hijo cayó aquí, defendiendo vuestro palacio, y yo también quiero morir aquí. Tú todavía eres joven, pero yo ya no tengo deseos de vivir.



Librodot

Márchate y déjame morir en paz.

—Yo también nací aquí, Enano, pero ya ha muerto demasiada gente. ¿Por qué sumarnos a ellos? Además, tengo una misión para ti. Sólo tú puedes cumplirla.

—Mientras está aquí, seguiré a tu servicio.

—Te llevaré a la costa y te enviaré a Tanja en un barco. Desde allí, tendrás que trasladarte a Fez y buscar a Ibn Daud y a mi hermana. Yo le escribiré una carta y tú podrás decirle todo lo que desee saber.

Al oír esta petición, el Enano comenzó a llorar otra vez.

—Ten piedad de mí, Zuhayr bin Umar. ¿Cómo voy a enfrentarme con la señorita Hind? ¿Cómo voy a decirle que dejé morir a Yazid? Déjame ir a ver a la señorita Kulthum, en Ishbiliya. Tú deberías ir a Fez y quedarte a vivir allí. No te permitirán vivir en esta península.

—Conozco muy bien a mi hermana Hind, mucho más de lo que ella cree. Ella sólo te escuchará a ti, Enano, y necesitará a alguien de la casa a su lado. De lo contrario se volverá loca. ¿Harás esto como un último favor al Banu Hudayl? —El Enano supo que lo habían vencido—. Mi padre me dijo que había varias bolsas de oro escondidas en el granero. Será mejor que las llevemos con nosotros. Yo las usaré para nuestras guerras y tú podrás llevarte una para el viaje y para establecerte cuando llegues a Fez.

Una vez desenterradas las cinco bolsas de cuero llenas de monedas de oro, Zuhayr ensilló su caballo y preparó otro para el Enano, regulando los estribos a la altura de sus cortas piernas. Cuando se alejaban de la casa y de la aldea, Zuhayr rompió el silencio.

—No nos volvamos para ver la aldea otra vez, Enano. Recordémosla como era antes. ¿Te acuerdas?

El cocinero no respondió ni volvió a hablar hasta que llegaron a la ciudad costera de al-Jazira. Allí encontraron un barco que partiría a primera hora del día siguiente y reservaron un billete para el Enano. Después de una breve búsqueda, encontraron un cómodo *funduq*, donde alquilaron una habitación con dos camas. Cuando se disponían a acostarse, el Enano habló por primera vez desde la partida de la casa de al-Hudayl.

—Nunca olvidaré el fuego, los quejidos y los gritos. Tampoco podré olvidar la cara de Yazid después de que esos salvajes lo mataran. Por eso no puedo recordar un pasado más lejano.

—Lo sé, pero ése es el único pasado que yo deseo recordar.

Zuhayr comenzó a escribir una carta para Hind, donde le relataba el duelo con don Alonso y sus trágicas consecuencias. Tras describir la destrucción de la aldea y de la casa, le rogaba a Hind que no regresara nunca:

*Qué afortunada has sido al encontrar un hombre tan digno de ti y tan prudente como Ibn Daud. Creo que él sabía desde hace tiempo que perderíamos nuestra batalla contra el tiempo. El anciano que te lleva esta carta está lleno de culpa por el crimen de haber permanecido con vida. Cuida bien de él.*



Librodot

*En los últimos días he pensado mucho en ti y me he arrepentido de no haber hablado más contigo cuando vivíamos en la misma casa. Te confieso que una parte de mí desearía irse a Fez con el viejo cocinero para visitarte a ti y a Ibn Daud, para ver nacer a tus hijos y comportarme con ellos como un tío. También para comenzar una nueva vida lejos de las torturas y de las muertes que se han apoderado de esta península. Sin embargo, otra parte de mí me dice que no puedo abandonar a mis camaradas en medio de estos horrores. Ellos confían en mí. Nuestra madre y tú siempre pensasteis que yo tenía un carácter débil, que era fácil convencerme de cualquier cosa y que carecía de firmeza. Tal vez tuvierais razón, pero creo que he cambiado mucho. Mi posición de autoridad sobre los demás me ha obligado a usar una máscara, y esa máscara se ha integrado tanto a mi personalidad que es difícil distinguirla de mi verdadera cara.*

*Regresaré a las al-Pujarras, donde controlamos docenas de aldeas y donde vivimos como antes de la Reconquista. Abu Zaid al-Ma'ari, un anciano que te gustaría mucho, está convencido de que no nos dejarán vivir aquí mucho tiempo más. Dice que lo que desean no es la conversión de nuestras almas, sino nuestras riquezas, y que aniquilarnos es la única forma de apoderarse de nuestras tierras. Si eso es cierto, estarnos condenados hagamos lo que hagamos, pero mientras tanto, continuaremos luchando. Te envío los manuscritos de nuestro viejo amigo al-Zindiq. Cuídalos bien y dime qué piensa ibn Daud de ellos.*

*Si quieres comunicarte conmigo, la mejor forma de hacerlo es enviar un mensaje a nuestro tío de Gharnata. Insisto en que me comuniques el nacimiento de tu primer hijo. Sólo una cosa más, Hind: sé que hasta el último día de mi vida lloraré la muerte de nuestro hermano y de nuestros padres. Ninguna máscara podrá evitarlo.*

*Tu hermano,*

*Zuhayr.*

El Enano no pudo dormir más que un par de horas. Al amanecer salió de la habitación a hacer sus abluciones, y cuando regresó, encontró a Zuhayr sentado en la cama, contemplando la luz matinal que entraba por la ventana.

—La paz sea contigo, viejo amigo.

El Enano lo miró horrorizado: el cabello de Zuhayr se había vuelto completamente blanco durante la noche. Sin embargo, ninguno de los dos dijo nada.

Zuhayr reparó en el juego de ajedrez de Yazid entre las pertenencias del Enano.

—Lo dejó conmigo cuando subió a buscar a la señora Zubayda -explicó el Enano y rompió a llorar otra vez-. Pensé que la señorita Hind lo querría para sus hijos.

Zuhayr reprimió las lágrimas y sonrió.

Una hora más tarde, el Enano subió a bordo de un barco de mercancías y Zuhayr lo despidió desde la orilla.

—¡Que Alá te proteja, Zuhayr al-Fahl! -gritó el Enano con su voz cascada.

«Nunca lo hace», dijo Zuhayr para sí.



Librodot

## *EPILOGO*

Veinte años después, el vencedor de al-Hudayl, ahora en pleno esplendor y considerado como uno de los más experimentados jefes militares del reino católico de España, descendió de su barco en una costa a muchas millas de su tierra natal. Se sujetó la correa del viejo casco, que nunca había querido cambiar pese a que le habían regalado otros dos de plata maciza. El color rojo de la barba que lucía ahora era motivo de innumerables burlas insolentes. Sus dos ayudantes, ya capitanes, lo habían acompañado en aquella misión.

La expedición viajó durante semanas a través de pantanos y bosques tupidos. Cuando por fin llegaron a su destino, el capitán fue recibido por embajadores del soberano local, ataviados con ropajes de extraordinarios colores. Tras intercambiar obsequios, el capitán fue conducido al palacio del rey.

La ciudad estaba construida sobre el agua y superaba cualquier sueño que hubiera podido tener el capitán. La gente se trasladaba en barco de una parte a otra de la ciudad.

—¿Sabe cómo se llama este asombroso lugar? —preguntó a su ayudante en el barco que los conducía hacia el palacio.

—La ciudad se llama Tenochtitlán, y su rey, Moctezuma.

—Es evidente que se emplearon grandes riquezas en su construcción —dijo el capitán.

—Esta es una nación muy rica, capitán Cortés —le respondieron.

El capitán sonrió.

## *GLOSARIO*

| | |
|---|---|
| *Abu:* | padre |
| *al-Andalus:* | la España musulmana |
| *al-Hama:* | Alhama |
| *al-Hamra:* | la Alhambra |
| *al-Jazira:* | Algeciras |
| *al-Mariya:* | Almería |
| *al-Qahira:* | El Cairo |
| *bab:* | puerta |
| *Balansiya:* | Valencia |



Librodot

| | |
|---|---|
| *Dimashk:* | Damasco |
| *funduq:* | hostales para mercaderes |
| *Gharnata:* | Granada |
| *hammam:* | baños públicos |
| *Iblis:* | demonio; jefe de los ángeles caídos |
| *Ishbiliya:* | Sevilla |
| *Iskanderiya:* | Alejandría |
| *jihad:* | guerra santa |
| *jutba:* | sermón de los viernes |
| *Kashtalla:* | Castilla |
| *Malaka:* | Málaga |
| *maristan:* | hospital o asilo para enfermos y dementes |
| *qadi*: | magistrado |
| *Qurtuba:* | Córdoba |
| *riwaq:* | habitaciones de los estudiantes |
| *Rumi:* | romano |
| *Sarakusta:* | Zaragoza |
| *Tanja:* | Tánger |
| *Tulaytula:* | Toledo |
| *Ummi:* | madre |
| *zajal:* | poemas estróficos populares, compuestos de forma improvisada en el árabe coloquial de al-Andalus y transmitidos oralmente desde el siglo décimo. |



Librodot